

PRIMERA PARTE

QUIEN
se atreve,
GANA

YUNNUNEN GONZÁLEZ

QUIEN
se atreve,
GANNA

QUIEN SE ATREVE, GANA

Yunnuen González

©2019 Luz Yunnuen González Sánchez

Primera edición: Octubre 2019

Acerca de la portada

Fotografía de BPTU / Shutterstock.

Diseño de Yunnuen González

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, o distribuida por cualquier tipo de medio: impreso o electrónico, sin la autorización escrita del titular de los derechos de propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción.

Las referencias a los acontecimientos, gente, o lugares son usadas de manera ficticia y/o son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[Agradecimientos](#)

[Derechos de autor & Renuncia de responsabilidad legal](#)

[Títulos disponibles](#)

[En línea](#)

*Para mi hermano,
Un eterno soldado en el alma.*

PRIMERA

parte

1

Caleb

LOCACIÓN: CLASIFICADO
HORA: 1000HRS.

Un día más ante las puertas del infierno. Hades ya debe estar temblando, pues no dejaremos que salga de nuevo de su cueva.

No muy lejos de nosotros están los operadores SEALs^[1] con quienes llevaríamos a cabo la misión más ilógica de mi vida como militar. Cuando el capitán nos informó que participaríamos con los yankees, un escalofrío nada placentero me recorrió la espalda, del tipo que solo puedo callar con una cerveza que me lleve a un mundo en donde todo vale una mierda.

No era cosa de todos los días que trabajáramos con otras naciones. Al menos no con fuerzas especiales.

No me gusta hacerlo, y mucho menos con los yankees, por dos razones:

Primero, se creen GI Joe. Superhéroes inmortales que solo arriesgan a los demás a lo imbécil. Mientras que nosotros somos más..., bueno, no hay con quien compararnos. Se sabe tan poco de nosotros que se nos respeta y temen sean o no enemigos.

Tal vez los Spetsnaz^[2] podrían considerarse igual de buenos que nosotros.

Y, segundo, nada se queda en secreto con los yankees. Todo siempre tiene que salir al día siguiente —o ese mismo día— en CNN u otro canal de noticias americano. Su estrategia siempre ha sido demostrar al mundo que aún son el poder militar. Aunque eso signifique llevarse entre las patas a la OTAN.

Además, la planeación de las misiones siempre era rigurosa, en base al manual. Era lo que más odiaba porque a veces la situación no es como inteligencia lo ha descubierto, y se tiene que tomar rápido la decisión de improvisar, y no podíamos estar esperando a que algún general yankee se le antoje obtener una medalla más.

Esta iba a ser una misión difícil.

—¡Vaya, vaya! ¡Sí son los vaqueros que disparan en el yippie! —gritó Spencer en lo que hacía la mímica de que estaba montando un caballo al tiempo que disparaba. Una broma robada de los Simpson.

Todos reímos, incluso los yankees, a los cuales ya conocíamos. Fue bienvenido el respiro de alivio, porque no íbamos a trabajar con imbéciles desconocidos que quieren lucirse más que nosotros, aun cuando nos desprecien.

—Al menos no detenemos un ataque porque es la hora del té, y aun no estamos frente a una taza y un panecillo —contraatacó uno de ellos haciendo una reverencia muy torpe.

—La reina te hubiera exiliado de su corte por tu ignorancia —comentó Spencer entre risas, luego le hizo la muestra de cómo debe ser una reverencia. Pero solo logró las carcajadas de todos.

No sabía que pudiera ser tan tradicional.

Al encontrarnos, chocamos manos para saludarnos.

Después de haber sido emboscados por el enemigo en un edificio vigía, ambos equipos nos hicimos buenos amigos. No hay nada como estar luchando con Hades para forjar la amistad;

quizás ellos son los únicos SEALs que respeto.

Nuestras bases provisionales no estaban lejos una de la otra, lo que permitía una convivencia que traspasaba el punto de hacer planes para salir por unas cervezas ya fuera en América o en Inglaterra, cuando alguno estaba de visita.

De los cuatro, Spencer es el que se ha visto con ellos en América durante sus vacaciones en casa de su hermana, la cual vive en San Francisco.

Tal vez no me gustaba trabajar con sus fuerzas especiales, pero eran buena compañía para pasar el rato.

—¡Carajo! Necesitan un poco de disciplina... ¡Bien, ya dejen las bromas para otro momento! —ordenó un capitán yankee.

Nos pidió que fuéramos a operaciones, en donde siempre éramos informados de la siguiente misión.

—¿A quién tenemos que meter en cintura esta vez, señor? —preguntó un yankee; no lo reconocí de otras misiones conjuntas. Por su uniforme, al parecer no iban a ser solo fuerzas especiales, también regulares.

—¿Acaso importa, cuando parecen cucarachas: se mata una y sale otra? —respondió Robin de brazos cruzados, denotando cotidianidad. Incluso dio la finta de que estaba bostezando. Robin estaba alardeando al soldado que “meter en cintura a alguien” era nuestro trabajo regular.

Solo hizo que el soldado aumentara el desprecio que ya nos tienen a las fuerzas especiales sin importar la nacionalidad.

Creen que somos privilegiados porque no salimos a rondas ni misiones cotidianas como ellos. Quieren que estemos al mismo nivel de obediencia. Pero nosotros nos hemos ganado nuestros privilegios con sudor y sangre. Es más, el día que ellos se atrevan a aplicar para las fuerzas especiales, ese día... No, solo tendrán mi respeto cuando estén a la par de nosotros.

—Hace unos días, nuestro astuto enemigo reveló la localización de una de las cabecillas que se ha escabullido dos veces de nuestras manos. Lo tenemos que atrapar cueste lo que cueste —dijo el capitán, ignorando las bromas.

—Señor, no hay que menospreciarlo. Gracias a él ahora sé que Seattle no solo es conocida por su café, también por su marihuana —comentó Clay con sonrisa sarcástica.

Solo que nadie rio. Incluso me restregué la frente al lamentar su impertinencia, porque de seguro esta misión era para atrapar al *terry*^[3] que orquestó un ataque terrorista en Seattle hace un par de semanas. Aunque fue pequeño, hubo muchas bajas civiles. Aún era muy pronto para hacer bromas.

El capitán contuvo un poco su resoplido de enfado. Pero no me pareció que haya sido por la bocota de Clay, sino por haber sido atacados en casa. Mi amigo lastimó su orgullo americano con el recuerdo.

—El sujeto en cuestión —siguió el capitán ignorando las miradas reprobadoras sobre Clay—, estará en una zona altamente poblada por civiles. Algunos son simpatizantes de sus ideales, por lo que tendremos que entrar y salir sin ser detectados.

“Será un reconocimiento a pie y actuarán de noche para evitar que se corra la voz de nuestra presencia.

“Su nombre es Ahmad Sarraf. El sujeto es importante para la causa del ISIS. El nombre de la misión será “Golpe de Thor” y el objetivo será “Serpiente”.

—Muy legendario —bromeó Clay por lo bajo.

El capitán nos pidió con un cabeceo que fuéramos al mapa de la zona. Esperó a que todos nos distribuyéramos alrededor para tener una mejor vista, después señaló el área de la que nos

hablaba, la cual estaba limitada por una línea roja.

Me crucé de brazos para poner atención a todo, y hacer gala de mi memoria fotográfica bien entrenada.

—Él está aquí —señaló un edificio que fue adaptado de una casa. Siguió—. Creemos que hay vigilancia aquí... aquí... y aquí —su dedo marcó cada edificio alrededor que no dio una vista clara de cuántos pisos tenían. Iba a ser un problema si eran más de tres.

—Triangularon la zona —comenté rascándome la mandíbula, buscando desde este momento dónde podría dar a apoyo.

—Así es. Lo que hará un poco más difícil cubrir todo. Pero si se posicionan aquí... —concordó el capitán, y por los siguientes minutos habló de tácticas que al final era seguro no usaríamos. Podemos coordinar toda la misión a la perfección, pero al final la decisión de ataque de los *terry* es errática e impredecible.

Siempre tengo un lema para este tipo de situaciones: prepárate para la lluvia, aún en un día soleado.

No me importó otra cosa más que memorizar la distribución de las calles, porque no quería confiar en los yankees para salir de esta. Aunque a veces no tenía sentido hacerlo porque ahora estaban libres, y en unas horas podrían tener barricadas.

Un mayor, salido de la nada, me sacó de mi concentración para marcar las calles por las que entraríamos en la madrugada; cuáles edificios se consideraban libres para escondernos y en cuáles había posibles francotiradores.

—¿Llevaremos caninos? —preguntó Thomas, un SEAL que conocía bien.

—No esta vez.

Mientras ahora respondía algunas preguntas, como siempre visualicé rápido la misión que tendríamos en unas cuantas horas. No me gustaba la zona por la que íbamos a andar. Las calles eran demasiado largas para una huida rápida y demasiado anchas para correr de un flanco a otro buscando resguardo. En esta ocasión las barricadas serían bienvenidas.

Solo espero que la realidad sea igual.

Íbamos a extraer al tipo en cuestión usando vehículos. Una incursión área era demasiado “llamativa” para el terreno hostil.

—Bien, eso es todo. Descansen, pongan su consciencia en paz..., y hablen con sus seres queridos —recomendó Spencer. Lo último me alarmó lo suficiente para mirarlo con desosiego de inmediato. Era la primera vez que nuestro capitán nos pedía hacer eso. Sentí cada palabra y gesto como una recomendación con mal agüero—. Saldremos a las 0200 horas.

Miré a mis amigos, esperando que alguno comentara dichas jodidas palabras que aún me tenían con palpitaciones. ¿En qué demonios estaba pensando Spencer al decirnos eso?

Pero se pusieron de pie sin dar más importancia y comentaron en voz baja lo que querían hacer antes de la misión. Como si fuera un día más en nuestro tranquilo “trabajo de escritorio”.

Yo no podía seguir tal consejo. No hay nadie que me espera en casa, más que mis padres y mis hermanos, y mi llamada inusual la tomarían como despedida. No podía quitarles el sueño hasta que tuvieran noticias mías de nuevo.

Mi pobre madre no era devota a su religión; sin embargo, desde que soy soldado, al menos una vez por mes va a la iglesia a orar por mí.

—Cal... —me llamó Spencer—, vamos a tomar té, ¿gustas?

El cabrón me lo sugirió como si nunca hubiese dicho su mal augurio. Como era de esperarse, los yankees que alcanzaron a escuchar rieron he hicieron gestos de estar tomando té imaginario. Incluso imitaron nuestro acento, que, si bien era coloquial de diferentes partes de Inglaterra, para

ellos era tan elegante como el de la reina.

—Los alcanzo en un rato, tengo que pensar en unas cosas —respondí retrocediendo sin dejar de mirarlos, haciendo notorio que necesitaba estar solo.

—¿Estás bien, Cal? —me preguntó preocupado Spencer. Ahora sí le interesaban las consecuencias de su jodida bocota.

Nunca rechazaba una taza de té el día de la misión, ya que era una tradición para mi tenerla. Es el momento patriótico que nos recuerda que todo esto lo hacemos por la reina y el país. Nos vemos putos presuntuosos, pero las tradiciones inglesas son las que nos han mantenido en la civilidad.

—Sí, te alcanzo en un rato. Solo necesito un minuto a solas. Tengo que pensar un poco acerca de la mortalidad de los pingüinos emperadores.

Spencer se carcajeó.

—¡Son putas aves tontas, esa es tu respuesta! Piensa mejor por qué la foca leopardo disfruta cazarlos —explicó rápido en un grito.

Di un par de pasos más tratando de reír a fuerzas, pero recordé lo importante que era esa taza de té. He visto demasiadas cosas extrañas en mi vida militar para faltar al respeto a la tradición; por lo que troté para alcanzar a Spencer.

A veces las tradiciones lo son todo para un soldado lejos de casa.

—¿Qué pasó, pensé que necesitabas estar solo? —preguntó.

—Sí, pero hay cosas más importantes que los putos pingüinos.

—¿Como una taza de té?

Asentí rápido con la cabeza mientras sonreía a medias.

—Y un bocadillo de pepino y jamón —imité la voz del yankee que se burló de nosotros.

Spencer rio por lo bajo.

—¡Ah, amigo! Siempre seremos muy ingleses —me comentó.

Caminamos en silencio hasta donde nos esperaban Clay y Robin.

Mis preocupaciones desaparecieron tan pronto di el primer sorbo del té de la tarde. Al menos por ese momento, porque sabía muy bien que regresarían una vez que terminara.

Pero disfruté sentirme en casa por tan solo un rato, en donde nada es más importante que decidir en cuál pub tomar la cerveza del día. Si será fish & chips, pie & mash o comida hindú.

Mis amigos platicaron acerca de cosas cotidianas, solo los escuché en silencio para no romper la rutina que me estaba cayendo bien.

—¿Qué te sucede, Cal? —preguntó Spencer tras un rato.

Reaccioné como si hubiera regresado al mundo, aunque siempre estuve aquí. Solo estaba perdido un poco entre lo que podría perder si algo salía mal.

—Desde hace rato estás raro —comentó Robin—, y ya nos estás preocupando. No es momento para esto.

—¿Te preocupan los yankees? —preguntó Spencer.

Asentí lento con la cabeza.

—No me gusta que estén con nosotros en esta misión —confesé.

—¿Por qué no? Si sirven para parar balas, por mí son bienvenidos —aclaró Clay.

—Eso es lo que me inquieta, porque siempre que trabajan con nosotros hay más putas balas rozándonos que cuando actuamos solos —respondí. Se quedaron callados, pero compartieron miradas de vez en tanto, dándome así la razón—. Además, solo confío mi vida a tres personas.

—Ya métete en la cabeza que ellos están bien entrenados... Al menos pregonan que lo están más que nosotros —refutó Clay.

—¿Cuándo has conocido a un yankee modesto? —cuestioné a Clay. Sus muecas me respondieron que nunca.

—Me parece rara tu preocupación cuando ya hemos trabajado con ellos —comentó Clay.

—No sé qué me pasa... —resoplé—. Pueden ser SEALs y aun así no les dejaría mi vida en sus manos —me acomodé mejor en la silla y seguí—. Amigos, a ustedes los conozco como a mi jodida palma de la mano.

“Sé que cuando Clay bajá la barbilla es porque está escuchando más allá de lo que nos rodea y está analizando si hay peligro adelante o no.

“Spencer, cuando tu dedo índice golpetea el lateral del gatillo es porque sabes que estamos perdiendo demasiado tiempo en el lugar. Estamos arriesgándonos innecesariamente.

“Robin, por dios amigo, tienes vista 20/20...

—Y tú eres rápido con el gatillo y la mente, Cal —comentó Robin.

—No olvides su puntería —agregó Clay a Robin.

Spencer rio por lo bajo.

—¡Y hasta hoy se dicen sus putas virtudes! —ironizó Spencer en un susurro, luego continuó en voz alta—. Sí, sí, hagamos esto rápido. Antes de que empiecen a declararse su amor.

“Caleb, eres un ejecutor elegante, ágil, rápido y muy silencioso. ¡Carajo! Matas sin que el enemigo se dé cuenta de que está en peligro... ¡Por eso eres “Eagle”, joder!

Sonreí satisfecho del halago porque aún me sigue gustando mi apelativo, me hace sentir como una. Cuando entré al ejército, mi abuelo me advirtió acerca de los apelativos. Que uno de ellos me iba a definir toda mi carrera militar, y que tuviera cuidado en mi comportamiento porque estarían analizándome todo el tiempo para ponerme uno.

Por suerte, mis habilidades relucieron desde el día uno y me gané un buen apelativo.

—Sí, esto ya es una declaración de amor —susurré, pero después seguí en voz alta—. ¿Ahora entienden? —retomé la seriedad, dejando que me miraran aun un poco confundidos—. Nos complementamos...

—¡Uy, uy! ¡Sí, ahora nos va a proponer matrimonio! Recuerda que yo soy de gustos caros y no me conformo con una simple declaración de amor —ridiculizó Clay, haciendo que todos se carcajearan.

Sonreí irónico otra vez.

—Lo que quiero decir, y esto ya es en serio, aunque suene cursi —agregué serio para dejar las bromas a un lado—, es que confío en sus habilidades para salir vivo en cada misión. Entro a terreno enemigo confiado de que ustedes son sentidos extras —hice una pausa para soltar un suspiro, y agregué—: Los cuatro juntos somos un ser que late y respira fuerza y estrategia. Si uno de nosotros cae en acción, sería como si nos arrancaran un miembro del cuerpo en ese momento. Quedaríamos lisiados.

Pensaron en lo que les dije, y por el largo silencio al fin estaban reconociendo que esta misión iba a exigir mucho más de nosotros.

—Deja de llenarte la mente de mierda, Cal. Todo saldrá de acuerdo a lo planeado como siempre, así que ve a descansar —me ordenó Spencer con la vista perdida y pensamientos que luchaban por llevarlo de nuevo a mi preocupación.

Bebí de un solo trago lo que quedaba de mi té y me puse de pie para ir a dormir. La verdad era que sí lo necesitaba o de lo contrario estaría muy tenso durante la misión. Mis amigos dependían de mi tranquilidad mental.

—Cal... —me llamó Robin con tono normal antes de retirarme—, siempre estaremos detrás de ti.

Los demás asintieron, reconociendo el apoyo.

—Lo sé. Los veo al rato —dije después de sonreírles en agradecimiento, porque me hicieron sentir un poco mejor.

Los tres se quedaron para seguir platicando de trivialidades mientras bebían más té. Cuando les di un último vistazo, sonreí irónico porque de seguro uno de los yankees se burlaría de lo elegantes que se veían mis amigos bebiendo su té.

MISIÓN: GOLPE DE THOR

HORA: 0230HRS.

LOCACIÓN: CLASIFICADO

La siesta me ayudó mucho, también que viniera protegido y armado hasta los dientes. Ya estaba preparado mentalmente con respecto a que los yankees iban a estar con nosotros y que tendríamos que confiar en su rapidez en la toma de decisiones; si es que la tenían.

—Cal... —me llamó Clay—, ¿gustas un chicle?

—Sí, gracias —tomé el chicle que ya me tenía extendido.

La noche era muy oscura, más de lo que veríamos en una ciudad capitalista, como Londres. El día estuvo tan seco y algo venturoso que el vehículo venía levantando la arena que cubría el camino. No me agradó dejar una estela a nuestro paso, porque era como dejar migajas de pan para la bruja. Pero no había nada que se pudiera hacer, más que confiar en la suerte.

Aquí empieza la diferencia entre la planeación en un mapa y la realidad del campo.

Era una jodida ironía que estando ya dentro de la misión, nuestras vidas podían pasar a manos de la suerte. A veces no sirve de nada todo el tortuoso entrenamiento y la experiencia infernal a la que he sido sometido.

Todo estaba silencioso, solo se escuchaba el rugir del convoy avanzando a gran velocidad. Rogué que no hubiera “espías” de los insurgentes despiertos a estas horas, y que Steve, nuestro chofer designado, no pisara un artefacto explosivo, fabricado con la única finalidad de eliminar convoys. Hay demasiados peligros cuando nos desplazamos vía terrestre.

Según el plan, el edificio en donde estaban los objetivos a extraer estaba a cuarenta minutos de distancia de la base. Era demasiado tiempo de travesía para escapar o para llevar heridos. Solo confiaba en el apoyo aéreo de los americanos para sacarnos de ahí pronto, si fuese necesario. Dada la misión, íbamos a tener que salir corriendo, literalmente.

Esta era su misión y solo éramos invitados.

Todo seguía muy callado. Deseé que alguien bromeara con algo, contara una anécdota o lo que fuera que destrozara ese silencio que lentamente estaba poniéndonos más nerviosos.

Miré el reloj, y ya deberíamos estar a diez minutos del punto de despliegue. Sonreí satisfecho porque íbamos a tiempo.

Somos ingleses y somos estrictos con la puntualidad. No es un mito. No en vano el mundo se guía con la hora que marca el meridiano de Greenwich.

Sin esperarlo, tuve un golpe de nerviosismo, pero aun así dije con una seña a Spencer que no faltaba mucho para llegar.

—Cuenten municiones —nos ordenó Spencer.

La oleada de adrenalina empezó a fluir en todos.

Mis latidos gritaron tanto que parecían hacer eco con mi casco. Este era el único momento que permitía que los nervios me hostigaran, después tendrían que huir porque no eran bienvenidos.

Miré a los demás seguir sus ritos en silencio.

Clay era católico, por lo que revisó la cruz que su hermana le regaló cuando fue enviado a su

primer despliegue en Afganistán. Spencer revisó sus rodilleras y agujetas, tenían una maldita manía de desabrocharse en momentos críticos. Me he cansado de pasarle videos de cómo carajos tiene que amarrárselas, pero él sigue haciendo conejitos que entran a la madriguera.

Empiezo a creer que es su ritual de buena suerte.

Robin aseguró las cartucheras, luego que su arma estuviera bien cargada.

Mientras que yo respiré profundo en lo que visualizaba a mi familia. En esas sonrisas que me recibían siempre, ya fuera en persona o por vídeo. Después revisé que mi cartuchera trajera balas y que mi casco estuviera bien puesto. Me acomodé la máscara para ocultar mi identidad y que mis lentes de visión nocturna fueran accesibles.

Todo bien, solo tengo que racionar bien las balas, pensé.

Todos terminamos nuestra preparación al mismo tiempo, y solo entonces nos miramos en completo silencio para decirnos que ya estábamos listos.

—Por la reina y la patria —dije con tono seguro.

Mis compañeros dijeron lo mismo con la adrenalina lista para mantenernos alertas. Otro ritual que no olvidamos jamás.

—Bien, caballeros —avisó Steve—, el juego de rugby ha iniciado. Hagan todas las anotaciones posibles y los veo en la final.

—Los Harlequins van a ganar este año —comentó Clay.

—Solo en sus putos sueños —afirmó Steve.

El convoy se detuvo para dejarnos bajar rápido. El único ruido que se escuchó fue el de botas dando batalla con la arena. Encontramos sin contratiempo dónde cubrirnos en lo que nos agrupábamos con los yankees; fue cuando el convoy arrancó tratando de no llamar la atención de los lugareños, quienes aún dormían.

Solo un perro ladró a la distancia, y, por suerte, ninguno otro le respondió.

Revisé rápido que mi L118A1 AWC^[4] estuviera lista para disparar, luego bajé los lentes de visión nocturna y esperé a que Spencer diera la orden de iniciar la operación. Mientras tanto, revisé alrededor, reconociendo figuras de cosas, y alerta de que no saliera nadie de sorpresa.

Un perro pequeño cruzó el camino sin prestarnos atención; no creo que sea el mismo que ladró antes.

Segundos después, Spencer dio la señal de iniciar.

Caminamos un poco agazapados por la calle, aprovechando la oscuridad que estaba completamente de nuestro lado. Del lado contrario de la calle venían los yankees, y otros soldados de nuestras fuerzas que se ofrecieron como voluntarios, y debo admitir que me sentía cubierto; algunos traían equipamiento que jamás he visto. Eso era lo bueno de ellos, siempre andaban a la vanguardia en armamento. Era una lástima que a veces no supieran aprovecharlo.

Si seguíamos con esa perfecta coordinación, entraríamos al edificio, haríamos nuestro trabajo y saldríamos sin siquiera ser descubiertos por los lugareños.

De pronto, Spencer nos ordenó detenernos; los yankees siguieron su camino para rodear el edificio en donde estaba un maldito bastardo que, según inteligencia..., bueno, como dijo Robin al subir al humvee, no importaba ya a quién teníamos que meter en cintura.

Hasta ese momento, el plan corría como lo planeado.

Spencer nos dio orden de avanzar de nuevo. Por los audífonos escuchamos al sargento yankee avisándonos que desde ese momento se usarían nombres en clave y que tuviésemos cuidado con los hombres que hacían guardia de su lado del edificio; creo que se refería a los voluntarios. Spencer les respondió que nuestro lado estaba vacío, y que llegaríamos por el otro lado para darles apoyo.

Spencer me llamó con una seña.

—Es tú entrada, Eagle —susurró.

Asentí y me adelanté sin dudar, confiado en que mis amigos cubrían mi espalda. Rodeé el edificio con cautela y busqué algo que me ocultara para poder dar apoyo de francotirador cuando los yankees iniciaran la eliminación de los hostiles.

Pero el lugar no era adecuado para posicionarme, apenas si podía ver hacia el edificio a tomar, y no sabía si el edificio que tenía a un lado estaba comprometido. Tuve que arreglármelas con una camioneta que se sostenía en pie de milagro.

Respiré hondo para esparcir la adrenalina en donde la iba a necesitar. Un respiro mal dado y podría mover la mira un milímetro, que equivale metros a la distancia.

—Foxtrot 2 en posición, *over*^[5] —susurré por mi intercomunicador.

Después de todo, no fue tan malo el lugar, ya que pude ver con claridad a ambos comandos desplazarse en silencio para tomar posiciones que facilitarían el ingreso. Analicé a los hostiles por la mirilla de mi rifle, y deseché a aquellos que no representaban una amenaza real para los demás.

—A mí seña! —escuché al yankee decir.

—*Roger*^[6] —respondió Spencer.

Posicioné el dedo en el gatillo, ansioso por encontrar un objetivo y terminar esto pronto. Controlé la respiración lo más que pude sin ahogarme para que el tiro no saliera desviado. El silencio me envolvió hasta que pude escuchar cada latido bajando su ritmo en compás con mi respiración.

—Eagle, dos francotiradores en el tercer piso —susurró tranquilo Clay por el intercomunicador pegado a mi oído. Como siempre, supo transmitir sosiego.

—*Roger* —susurré.

Dirigí la mira hacia allá pero no vi nada. Ajusté un poco más la mira hasta que logré ver solo la sombra de alguien. No tenía una vista directa para disparar, y nada más lograría que la bala rebotara sin eliminar al hostil y revelaría mi posición.

—Cuando estés listo, Foxtrot 2 —ordenó tranquilo Spencer.

—No tengo disparo limpio. *Terry* sigue activo —susurré, aun con la sombra en la mira. Esperé que se moviera solo unos centímetros para tener un disparo certero.

—Eagle, vamos a entrar —me avisó Clay.

—Negativo. Amenaza en tercer piso no reprimida. Repito: amenaza en tercer piso no reprimida —advertí severo, pero no tuve respuesta, y solo los vi posicionándose ya.

Tuve que salir de mi escondite para dar apoyo.

¡Putá madre!, grité en mi mente mientras trotaba hasta donde estaba mi destacamento, no sé por qué se sorprendieron al verme. Quizás mi equipo de comunicación tuvo interferencia y por eso no me escucharon.

—No hubo tiro libre —le murmuré. Asintieron de acuerdo con mi decisión.

—Operador, Bravo Foxtrot. Repito: Bravo Foxtrot^[7] —dijo Spencer en un susurro.

Estábamos a punto de entrar cuando vi por el rabillo que uno de los yankees aventó su rifle sin importarle el ruido que hizo, y caminó hacia la mitad de la calle. Nos confundió tanto su actitud que olvidamos que estábamos a punto de tomar al hombre por el que habíamos venido.

El hombre se quitó el casco, sacó su revólver y se apuntó lentamente en la sien.

—¿Qué mierda está haciendo?! —espetó un yankee en voz alta, sin importar que alertó al enemigo.

Muchas probabilidades corrieron por mi mente de lo que estaba haciendo, pero nunca la más

obvia. Después de todo, estábamos en medio de una misión, lo que quería hacer era ilógico.

Al mismo tiempo que el yankee tiró del gatillo, se escuchó un silbido y cayó de lado completamente muerto y salpicando sangre por todos lados.

Sus compañeros perdieron el control del momento y gritaron horrorizados por lo que todos aún no dábamos crédito. El caos reinó desde ese momento.

Hades burló nuestra guardia para salir a divertirse.

—¡Mierda! —gritó Spencer—. ¡Muévanse! ¡Muévanse!

Tardé un poco en reaccionar. No podía comprender por qué un imbécil decidió quitarse la vida en medio de una peligrosa operación nocturna. Si quería morir, lo único que tenía que hacer era ponerse a fuego abierto, o haberlo hecho en casa. ¿Por qué decidió poner en peligro a sus hermanos?

Estaba en shock, por primera vez en toda mi jodida vida militar. Todo me pareció como si yo fuera ajeno al caos. ¡Por dios! He visto mierda que ningún civil podría imaginar, pero esto encabezó ya la lista.

Uno de sus compañeros lo tomó y estúpidamente trató de ponerlo a salvo sin darse cuenta que los francotiradores del tercer piso disparaban a todo lo que se movía. Escuché autos moviéndose a la distancia, los refuerzos se acercaban. La pregunta era: ¿eran nuestros o del enemigo?

Seguí mirando todo como si esperara que de un momento a otro hubiese un corte comercial para detener tanta confusión. Porque así de absurdo era todo esto, que solo pudo haberse creado en la cabeza de algún guionista.

Me quité los lentes de visión nocturna para verificar que no estuviese viendo una simulación o algo que justificara todo esto.

—¡Eagle, muévete! —me gritó Spencer. Sus gestos estaban llenos de terror, todo estaba fuera de control, y ni él sabía cómo organizarnos de nuevo.

Lo miré aun dentro del shock, recriminándome por no haber hecho todo lo posible para eliminar la amenaza de los francotiradores. Tal vez no hubiera salvado al yankee, pero al menos no sentiría que he fallado a mis amigos.

Miré por su hombro y Clay estaba disparando a discreción y gritando a los yankees que se cubrieran. ¡Joder! Los voluntarios estaban actuando con más raciocinio que los yankees.

—¡Carajo, Eagle, reacciona! —me gritó Robin tomándome del hombro para zangolotearme; también ocurrió en cámara lenta.

Clay volteó a verme solo un segundo, descuidando su flanco izquierdo. Un segundo en misión es el maldito tiempo suficiente para que una bala proveniente de no sé dónde carajos de en el blanco. En este caso, el cuello de Clay.

—¡No! —grité saliendo al fin de mi jodido ensimismamiento y corrí para detener su caída.

Siempre he tenido presente que todo se puede ir al carajo en una fracción de segundo; bueno, lo acababa de comprobar. Spencer, quien aún estaba al mando de la situación, me ordenó meterlo al edificio con Robin abriendo paso a disparo seguro, si era necesario. Aun estábamos bajo fuego.

Por suerte, el primer piso estaba limpio.

Recargué a Clay contra una columna para revisarlo. La maldita bala no tocó la yugular, pero lo perderíamos si no recibía atención médica de inmediato.

—No es grave —aseguró Clay; él era nuestro experto médico, pero no lo vi muy convencido.

¡Mierda! ¡Estamos a cuarenta malditos minutos de la base!

Desde que lo conozco, ha sido un hombre duro, que igual nos hace reír como nos daba valor para enfrentar las situaciones más peligrosas que la que ya estábamos viviendo. Sin embargo, aunque él aseguraba que no era grave, por vez primera vi terror en su mirada; jamás podré

olvidarla. Me suplicaba que le ayudara, que no lo dejara morir, que prácticamente me convirtiera en una maldita hada madrina y lo sacara de ese lugar con solo una estúpida canción y mi varita mágica.

Ojalá lo fuera en este momento.

—Aguanta amigo, solo es un roce —le murmuré dentro del caos que hacían los yankees que solo parecía atraer más enemigos. Saqué una ampolleta de morfina para tranquilizarlo un poco; si no lo hacía, su corazón bombearía más sangre y se desangraría aquí en segundos.

Después saqué como pude su cruz y se la puse en el puño para que le diera esperanza.

—Eagle, hay que limpiar el edificio para tomar al objetivo —me ordenó Spencer sin dejar de mirar hacia cada lado; teníamos que consolidar una posición defensiva—. Lo usaremos como resguardo hasta que venga el apoyo.

—Amigo —dije a Clay—, presiona... Presiona hasta que te duela. Si regreso y no te encuentro llorando de dolor, te jalaré del puto cabello.

Clay rio apenas. Entonces, tomé su mano que no sujetaba la cruz para llevarla a la herida que sangró un poco más con el cambio de manos. Spencer se hincó a lado de Clay para tomar una posición de defensa hacia nuestro amigo.

—Aguanta, Clay. Te sacaremos de aquí pronto —le prometió Spencer.

Mala señal. No es bueno llamar a un soldado por su nombre cuando está herido. Al menos entre nosotros es signo de que hemos perdido el control de la situación. Y mucho menos fue bueno que Spencer me mirara después y me dijera en silencio lo preocupado que estaba por él.

—¡Vamos! —ordené a Robin mientras revisaba que mi arma estuviera saturada de balas.

—¿Orden? —preguntó Robin a Spencer.

—A discreción —le ordenó con gesto duro.

Traducción: nos daba el mando de la vida de nuestro objetivo.

—No a matar —ordené a Robin, luego le susurré—. No vine a este agujero de ratas para ver morir a mis amigos.

Los objetivos eran importantes y los íbamos a sacar vivos de aquí para que otros se encargaran de hacerles pagar... a fuerza de tortura si era necesario.

Spencer ordenó a tres yankees que nos ayudaran.

Subimos las escaleras, escalón por escalón y sin dejar de mirar y apuntar hacia arriba. Cada uno vigilante de un posible *terry*.

Respiré profundo, consiguiendo concentrarme en cada ruido que escuché intensificado. Las balas que aún se escuchaban a nuestro alrededor ocultaron nuestros pasos a la perfección. Yo venía adelante, confiado en que Robin eliminaría a aquellos imbéciles que hubieran escapado a mi visión.

Al llegar al descanso, divisé una figura oscura asomándose y disparé sin pensarlo, dándome así oportunidad para subir rápido y buscar un lugar en donde pudiera cubrir a los que venían detrás; uno de los yankees fue a revisar al hombre caído.

—No es —me avisó en voz baja.

—¡Mierda! Adelante —le dije, señalándole con un cabeceo que continuáramos.

Una vez cubiertos en el segundo piso, caminé agazapado al otro lado el cuarto para cubrir a Robin que ahora le tocaba subir primero. Sabíamos que los objetivos estaban en el último piso protegidos por dos francotiradores, al menos eso fue lo que me pareció ver desde afuera. Pero podría haber más resguardándose.

Robin me miró, pude ver que necesitaba mi ayuda. No dudé, porque después de lo que pasó hace rato, no confiaba en esos cabrones yankees ni siquiera para que me trajeran el té. Robin me

sugirió a señas que subiéramos los dos al mismo tiempo, a contra espalda, cubriendo ambos lados.

Acepté su plan.

A mitad de la escalera, detuve a Robin porque tuve una idea mejor. Le mostré una bomba de humo y entendió al instante mi plan. Me contó con los dedos que en cinco la arrojara.

Tan pronto escuchamos que la bomba cayó al suelo y el humo se disipó rápido, haciendo toser a los bastardos, subimos en carrera con los yankees detrás de nosotros. Disparamos a todo lo que teníamos enfrente, siempre a herir, nunca a matar.

Un quejido nos aseguraba éxito. El silencio era fallo de tino.

En minutos, contuvimos al enemigo.

—Foxtrot 3 a Foxtrot 1 —susurró Robin su nombre en clave—, cinco en custodia. Todo despejado.

—Foxtrot 3, ¿cuántos cayeron? —preguntó Spencer.

—Cero. “Serpiente” está viva y retorciéndose para escapar.

—Bien. Prepárense para extracción.

Terminé de amarrar las manos del enemigo y les ordené que se hincaran en fila para mantenerlo vigilados. Mientras tanto, los yankees revisaron los cuatro escritorios que estaban en el cuarto, había documentación y computadoras con posible información importante.

Una vez obtenido el tesoro, Robin y yo ordenamos a los capturados que se pusieran de pie, algunos sangraban lo suficiente y temblaban en su paso. No fuimos amables con ellos.

Cuando llegamos al primer piso, Spencer estaba terminando de pedir la extracción, la cual escuché tardaría algo. Se habían detectado convoyes enemigos en el camino y tenían que rodearlos.

Ordenamos a los capturados sentarse en hilera pegados a la pared para contenerlos de nuevo. Me acerqué rápido a Clay, quien tenía a un yankee a su lado cuidándolo.

—Soporta un poco más, amigo —le dije hincándome a su lado.

Me miró en silencio, y el miedo aún lo tenía apresado, pero al menos ya respiraba tranquilo. Me sentí optimista, porque podría aguantar hasta llegar a la base.

Minutos después, escuchamos vehículos acercándose y voces que parecían unirse a otras. Robin se acercó a la ventana que era una desventaja táctica. Apenas se asomó un poco para estudiar la situación afuera, y una ronda de balas nos obligó a agazaparnos.

—¡Mierda! —exclamó Robin—. Llegaron los refuerzos, pero no son los nuestros —avisó.

Spencer nos ordenó responder el fuego que retomó el caos. Hubo gritos entre los yankees que los acomodaba por el lugar cual piezas de ajedrez.

El enemigo que teníamos contenido se echó al suelo para no recibir balas perdidas. Mientras tanto, analicé el lugar para buscar un lugar en donde pudiera ubicarme y disparar con mejor precisión a quienes nos atacaban desde afuera.

—¡Foxtrot 1, ¿cuánto falta?! —preguntó Robin sin dejar de disparar.

—¡Carajo, Robin! ¡Sigue conteniendo! —gritó Spencer el apelativo de Robin. Ya estaba desconcentrado y eso no era bueno para nosotros porque él dictaba la estrategia a seguir.

Respiré tranquilo en lo que preparaba la mirilla de mi rifle. Me enfoqué en esos tímidos destellos que si apenas se podían ver afuera. Había demasiado polvo y servía como barrera para quienes nos disparaban; sin embargo, vi entre la nube un cuerpo que salió corriendo y sin dudar apreté el gatillo. Seguí su caída con la mira, solo para verificar que estaba eliminado.

Escuché un quejido que al instante reconocí de Clay. Solo desvié la mirada un segundo para comprobar que estuviera en una zona cubierta, pero vi que ahora se presionaba la costilla. Un

charco oscuro empezó a empapar el suelo cerca de él.

—¡Putra madre! —grité—. ¡Francotirador a las nueve!

Spencer y Robin voltearon a verme, creyendo que me habían herido, pero regresaron a su ataque cuando vieron que estaba revisando a Clay. Alcancé a ver que Robin buscó al hijo de puta que lo hirió más, y solo hizo un disparo.

—¡El cabrón ha sido eliminado! —avisó Robin con calma y regresó a apoyar a Spencer.

—¿Qué tan grave es? —me preguntó un yankee.

—¡Solo límitate a arreglar el problema en que nos metió tu amigo! —espeté molesto.

—Cal, está en mi morral —me llamó Clay. No usó los nombres en clave y eso fue un golpe para mí en el estómago—. Por favor, entregásela en la mano. No dejes que un imbécil trajeado le dé la noticia. ¡Te lo suplico, está ahí para ella!... ¡Nunca la dejes sola!

—¡Clay —exclamé, conteniendo la ansiedad. Clay estaba derrumbando mi fortaleza sin saber—, no cumpliré la promesa jamás! ¡Así que deja de decir mierda!

—¡No, imbécil, escúchame! —espetó Clay, sujetándome del brazo con desespero. No pude evitar su mirada que infundía miedo, como jamás lo he sentido. Me exigió con un apretón extra que se lo prometiera.

—Lo prometo —acepté sin dudar, ya que mi amigo sabía que no le quedaba mucho tiempo. Tenía que hacer su partida tranquila en medio de este caos que terminaría con nosotros muertos también.

Mi amigo jadeó desesperado al sentir la muerte encima de él. Por su mirada supe que no estaba listo para irse aún. ¡Nadie lo está!... Bueno, excepto el imbécil que quiso hacernos la misión inolvidable.

Le sisé para que aceptara la paz ya, solo así no quedaría su espíritu atorado en este maldito nido de ratas.

Pero Clay no pudo aceptarlo.

—Dile que la amo y que lamento haber fallado mi promesa —susurró, y soltó un último respiro con lágrimas en los ojos.

Hubo un momento de paz que pareció callar todo a mí alrededor. Pude escuchar mi respiración agitada, a mi corazón aterrado y a la irrealidad en mis brazos.

Clay estaba muerto.

El mundo se tomó un segundo de duelo por mi amigo.

Hasta que una estúpida risa se escuchó detrás de mí, trayéndome de regreso a la jodida realidad que me señalaba culpables por la muerte de mi amigo. Me puse de pie, en lo que sacaba la pistola y caminé entre balas que parecían volar a mí alrededor con la burla de haber arrancado una vida más.

La serpiente dijo algo que sentí como burla.

—¡Cállate! —le gritó encabronado un yankee.

El maldito objetivo seguía riéndose sin control, mientras que el resto de su escoria lo miraba aterrado porque no se callaba. Valientes para poner armas y bombas en manos de mujeres y niños, pero muy cobardes cuando tienen a un soldado cegado por la muerte de su amigo.

Al llegar a él, puse la pistola en la frente y quité el seguro, y solo así calló. Es posible que haya visto el Yahannam^[8] en mi mirada, ya que era lo único que podía ver de mi rostro.

Estaba hiperventilando. Una voz en mi cabeza me seducía con jalar el gatillo, me tentaba con tal vehemencia con la verdad de que la vida de ese hombre no era importante a lado de lo que perdí hace unos segundos en mis brazos.

Una vida menos no importaba, además tenía autorización de Spencer de arrancarla.

Pero si lo mataba, la muerte de Clay fue en balde. Y eso jamás lo iba a permitir.

Lo tomé por la ropa para traerlo a rastras y azotarlo junto a el cuerpo sin vida de Clay. El hombre cayó parcialmente sobre mi amigo, manchándose con su sangre tibia, luego me hiqué a su lado y le puse la pistola en su sien.

—Pídele perdón, cabrón —ordené con voz tranquila.

El hombre no me entendía, pero por sus balbuceos estaba suplicando por su vida. El miedo a la muerte es legible en cualquier idioma.

Hiperventilé de nuevo, encontrándome de nuevo con ese villano que festejaba ya el momento en que arrancaría esa vida.

—¡Eagle! —escuché dentro de mi ofuscación—. ¡Suficiente!

Miré a Spencer, quien me veía de reojo de vez en tanto. Al ver el miedo en su mirada y la escena, tuve asco. ¿En qué me había convertido la situación? ¿Qué bestia dejó libre este hombre?

Me retiré de él, pero estúpidamente volvió a reír, quizás por nervios a que había esquivado a la muerte una vez más... Espero que así haya sido.

Aun así, fue lo más estúpido que pudo haber hecho porque ese monstruo en mi volvió para levantarlo de un jalón y llevarlo a la ventana que seguía dejando pasar las balas. Disparé un par de veces afuera y puse al hombre delante de mí, como escudo.

—Reza a tu puto dios, porque él es el único que podrá salvarte —le susurré con ira en cada palabra.

—¡No, Cal! —me gritaron en el justo momento en que el hombre gritó algo antes de que el sonido seco de las balas nos rozara; no lo hirieron, pero el gemido de dolor que hubiese soltado cuando su gente le hiriera hubiese sido música clásica para mis oídos.

Me retiré a un lado, soltando el cuerpo que cayó atormentado.

Sacudí la cabeza para deshacerme de aquello que me estaba envenenando y actué por inercia: tomé mi rifle y ayudé a mis amigos y a los yankees a contener a los *terry* que seguían saliendo de no sé dónde.

Entonces, escuché de nuevo otra risa burlona, casi fantasmal, y como reacción nata volví a tomar la pistola y me acerqué a los hombres que se pegaron a la pared aterrorizados de mí; después de todo, les había demostrado lo que era capaz de hacer. Su “jefe” aún estaba aterrado.

—¿Quieres ser el siguiente? —pregunté encabronado a uno de los hombres, que negó rápido con la cabeza. Sé que tampoco me entendió, pero mi pistola apuntándole fue un recuerdo de lo sucedido hace unos segundos.

—¡Suficiente! —me ordenó Spencer. Por fin me arrancó de la bestia que tomó control de mí.

Di la media vuelta para regresar a mi puesto, tenía que seguir protegiendo, pero entonces sentí un piquete en el hombro que expandió una calidez extraña por esa zona, casi de inmediato noté la sangre manchando mi uniforme.

—¡Mierda! —susurré antes de caer en un shock ilógico. La herida no era tan grave, o al menos no me lo parecía, pero aun así me hizo daño.

—¡Eagle! —escuché a Robin entre el caos que pareció desaparecer a medida que llegó el convoy de extracción conteniendo el fuego que aún recibíamos.

Me dejé caer de rodillas y luego al suelo totalmente fatigado.

Me rendí.

Respiré lento con la mirada perdida en Clay. Estaba tan pacífico, pero aun así me dijo que yo estaba por besar a la muerte también.

No hubo recuento de mi vida, ni último pensamiento a un ser amado, solo cerré los ojos, dejando el infierno atrás.

Caleb

LOCACIÓN: CLASIFICADO
HORA: 1600HRS.

Mis pesadillas jamás han sido benevolentes desde que soy soldado; cuando descubrí de qué era capaz el ser humano de hacer por poder.

Y ahora por venganza.

Muchas personas creen que el dinero es lo más importante en la vida, pero no lo es así. El dinero es fútil, pero el poder es eterno. Es lo que nos acerca a ser iguales a dios. Siempre humillaremos y mataremos al prójimo por vivir un poco de esa divinidad.

Ese es el día a día del mundo.

Antes podía soportar las pesadillas porque las personas dentro de ellas no tenían rostros. Solo eran figuras que se eliminaban a placer como en un videojuego —con esa idea siempre en mente, es que he podido conservar el bien y la humanidad—. Pero Clay era ahora el protagonista de una nueva pesadilla, que estará conmigo toda la vida.

Desperté sobresaltado y desorientado. Por un momento pensé que aún seguía dentro de ese edificio de la muerte, sangrando y con la posibilidad de morir también. Pero, por suerte, el rostro compasivo de Spencer me aseguró que ya estábamos en un lugar seguro.

Al moverme, sentí dolor en el hombro derecho. Recordé que la pesadilla de ser herido fue también realidad, y fue lo que me llevó a desmayarme. Aunque creo que más bien fue el estrés del momento el que me apagó para no ser una segunda víctima.

—¿Cómo llegamos aquí? —pregunté.

—Los refuerzos llegaron segundos después de que perdiste el conocimiento —respondió Spencer.

La suerte intervino por mí.

—¿Clay? —le pregunté con voz temblorosa. Tragué saliva para digerir la verdad.

—Caído —respondió bajando la mirada.

Sentí que algo me fue arrancado, como esa vez que me llamaron para decirme que mi abuelo había fallecido; mi figura de rectitud a seguir.

Fue una suerte que estuviera acostado porque me hubiera caído de nalgas porque la verdad pesaba mucho.

—Lo están preparando para entregarlo a su familia. Regresaremos con él a Londres —al ver mis gestos confundidos, porque no era común que dieran “vacaciones” cuando un compañero moría, agregó—. Son órdenes.

—Me parece bien. Le prometí... —callé con el recuerdo de las últimas palabras que nunca he tenido la fe de cumplir.

Spencer sujetó mi muñeca para hacer su apoyo más fuerte.

—¿Ya saben por qué se suicidó el yankee? —pregunté molesto. Su cobardía fue la que originó todo, la que engendró una bestia que aún me era repulsiva. Porque representaba lo malo que *ellos* engendran para aterrar al mundo.

—Su esposa lo dejó antes de salir a misión... —respondió Spencer.

—El chisme completo es que su mujer lo engañó con otro porque él no quería atenderse el estrés postraumático, el cual ocultó magistralmente —le interrumpió molesto Robin por no decir la verdad completa. Siguió—. Se embarazó y lo dejó para irse con el otro. Al parecer, él le juró que, si lo dejaba, se mataría... Y que su historia la sabría todo el mundo. Lo cual pasó porque CNN ya se encargó de esparcir el evento.

—¿Y por una zorra que no tiene idea de nada, murió Clay?! —espeté muy encabronado, tanto que me moví lo suficiente para que la tortuosa punzada me apaciguara—. ¿Qué tan inmaduro era el cabrón que no pudo lidiar con el abandono?

Estaba muy enojado por las mujeres que se creen valientes al casarse con un militar. Creen que son tan fuerte como los maridos y especiales por ser el cordón que los mantiene dentro del bien. Cuando en realidad no tienen ni una puta idea de nada. Solo se casan con el ejército para tener poder, usualmente entre las otras esposas.

Se ha corrido el rumor que el rango no solo es para el soldado, sino también para la esposa. Hay todo un nivel jerárquico y elitista en ese mundo.

Por eso no me arrepiento de ser soltero.

—Tenía estrés postraumático, Cal —me recordó Robin con tono condescendiente, como si él alguna vez lo hubiera sufrido. No que yo sepa—. La vida se destruye y solo hay oscuridad, desolación y constantes ataques de los recuerdos de la guerra... Él nunca recibió ayuda, quizás nunca la pidió, pero aun así es algo que debemos entender como soldados porque nos puede pasar tarde o temprano.

—¿Entonces los culpables son una zorra que no le importó que su marido estaba sufriendo y un jodido general que quería otra puta medalla?

Spencer no respondió porque seguramente estaba dando la razón a Robin.

Un minuto después de seguir ahogándome en ese enojo, me senté en la cama.

—¿Irán a Londres también? —pregunté. Robin era de Manchester y Spencer de Liverpool, solo Clay y yo éramos londinenses. Los cuatro vivíamos en Londres, pero ellos dos a veces pasaban su descanso lejos de ahí.

—Solo por un tiempo —contestó Robin—. Al parecer los cuatro... —calló al darse cuenta de lo que dijo; ya no éramos un solo ser. Suspiró afligido y siguió—, los tres hemos pasado por una situación traumática.

—El coraje que tengo es que dicen que Clay no es la situación traumática —aclaró Spencer—, sino el yankee. Clay es una baja regular —soltó un resoplido, luego me puso más atención que a Robin—. Sabías que algo malo iba a suceder, ¿verdad, Cal? —preguntó.

—No, solo me incomodó mucho trabajar con ellos. Su presidente los ha alzado tanto que se creen dioses intocables.

—Yo llamaría a esa “incomodidad” sexto sentido —aclaró Robin.

—Lo que fuera, el resultado siempre será el mismo —terminé la conversación. Ya no quería seguir analizando un error que jamás podré arreglar.

—¿Reportarás mi mala conducta? —consulté a Spencer.

—No, ya perdí a un amigo —respondió, después se puso de pie y fue seguido por Robin—. Trata de descansar —me ordenó, sujetando mi hombro sano para darme apoyo—. Te avisaremos al rato cuándo regresaremos a casa.

Asentí en lo que me dejaba caer de nuevo a la almohada. Ambos salieron, dejándome con mis pensamientos. No quería descansar, pero no sabía hasta cuando lo volvería a hacer.

TRES DÍAS DESPUÉS

El ataúd de Clay viajó con nosotros. Usualmente los caídos viajan solos de regreso a casa, pero esta vez hicieron una excepción, ya que no veníamos solos, también estaban otros soldados que acompañaban a su compañero caído. Todos teníamos miradas vacías, porque aún no asimilábamos lo que había pasado con nuestros amigos.

Era lo mejor para los tres en este momento que nos regresaran a casa. Me iba a caer bien unos días alejado de todo lo que ha sido mi vida. Necesitaba la rutina de casa, de no pensar en nada más que en qué iba a comer ese día. Tomar decisiones banales que no afectarán la vida de tres personas... No... dos personas más.

Pero todo eso iniciará después de que cumpla mi promesa de entregar la carta póstuma que estaba perfectamente guardada entre mi ropa.

Eché un vistazo a mis amigos, quienes lograron dormir. ¿Cómo podían hacerlo, si yo hasta parpadeando por mucho tiempo tenía flashes de lo sucedido?

Sin embargo, el silencio era tal, y no había nada que hacer para mantenerme ocupado, por lo que empecé a dormitar un poco con la mirada fija en la caja de Clay. Podía verlo, como si tuviera vista de rayos X.

No había pensamientos, solo incredulidad porque el cuerpo lastimado de mi amigo venía en esa caja, dentro de un sueño mortal del cual no despertará.

¿Vendrá ya arreglado para su funeral, sin ninguna señal de su sufrimiento? ¿O aun traerá el uniforme ensangrentado?

Sacudí la cabeza para olvidar esa imagen. Pero ¿cómo hacerlo cuando detrás de su muerte está la verdad de que nos han dejado lisiados?

El avión se zangoloteó cuando estaba a punto de caer dormido. Me alerté tanto que me puse de pie para enfundar un rifle inexistente. El ataúd de madera rústica cubierto con nuestra bandera me hizo reaccionar al lugar en donde estaba, tenía las miradas de los soldados encima de mí, y no se burlaban ni criticaban mi reacción, simplemente me miraron con comprensión. Aún estaba alerta.

Me senté en el incómodo asiento de nuevo, dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Trata de dormir de nuevo, Cal —ordenó Spencer dándome una palmada en la pierna; vi de reojo que seguía con los ojos cerrados.

Cerré de nuevo los ojos, perdiéndome al fin en esa oscuridad que necesitaba tanto en ese momento.

Sentí que dormí horas, hasta que escuché claramente a Spencer llamándome. Cuando abrí los ojos, ya habíamos aterrizado y los compañeros estaban preparándose para dejar el avión.

La compuerta se abrió, dejando entrar el viento frío de otoño. La tranquilidad de mi país me cegó para bien, me prometió que ahí podía ya bajar la guardia.

La paz que reina aquí es tan ajena al infierno en el que suelo vivir.

Los cuatro nos pusimos de pie y esperamos a que subieran otros soldados por recoger los ataúdes uno por uno. Noté que no fui el único que temblaba al mantener el saludo militar a ambos cuando los levantaron en hombros para sacarlos del avión y llevarlos a las carrozas para ser entregados a sus familiares.

Una vez hechas las respectivas ceremonias, bajamos todos del avión. Estaba tan agotado que apenas podía dar el paso.

—Spencer... Cal —nos llamó Robin cuando caminábamos con nuestras mochilas al hombro hacia afuera de la base.

Todo lo que sentía era tan ajeno. Para mí, en ese ataúd que se marchó no iba Clay, solo un infortunado soldado al que le hicimos compañía de regreso a casa.

—Estoy para ustedes a cualquier hora del día —murmuró Robin, rasgando así el velo de la

verdad.

Spencer y yo lo miramos con un poco de confusión, pero al verlo dar ese profundo respiro que le hizo bajar la guardia también, entendimos que era más una petición de estar para el otro cuando aparecieran las preguntas que siempre vienen con la depresión por haber perdido a un amigo en combate.

O al menos eso es lo que sueles escuchar en la base cuando alguien cae.

—A cualquier hora del día —dijo Spencer poniendo la mano en el hombro de Robin.

Asentí mirando a mis amigos.

Seguimos caminando en silencio. Ilógicamente disfrutamos esa paz irreal que siempre sentíamos cuando regresábamos a casa.

Fuimos al infierno, peleamos con Hades hasta matarlo, una vez más, y regresamos a casa conscientes de que perdimos mucho en el camino. Los monstruos que aún vivían en nuestra cabeza trataban de sobrevivir poseyendo los recuerdos de aquello que nos daba paz. Es difícil dejar atrás todo ese terror que nos vimos forzado a ignorar en tan solo horas, a confiar de nuevo en la bondad de las personas, y en despertar una mañana con la consciencia limpia. A veces era necesario días para entender que aquel extranjero que estaba a mi lado en la parada del bus o en el metro, no es parte de sus compatriotas que quisieron matarme. Solo es otro ser humano que quiere un mundo mejor, y por eso había huido del infierno en donde nació.

Usualmente aceptaba esta etapa con mucha más rapidez, pero ahora había perdido un amigo y un largo camino de aceptación me esperaba por delante.

Llegué a mi departamento. La soledad que percibí al instante me recibió como si fuera un extraño en mi hogar. Aventé la mochila en el suelo, junto a mi sofá preferido, y fui a la cocina por una cerveza para apaciguar mi instinto humano de supervivencia. Por suerte, mi hermana siempre mantenía mi dotación de cervezas en el refrigerador cuando venía a dar un vistazo a mi departamento.

Quizás era su manera de afirmar que su hermano siempre iba a regresar a casa.

Destapé la botella y miré por la ventana la vida cotidiana de mis vecinos, quienes tenían una parrillada con amigos. Había risas y abrazos ajenos al sufrimiento que se vivía del otro lado del mundo.

Di un largo trago sin dejar de verlos, y, de pronto, me pareció enfermiza su ignorancia. ¿Había perdido a un amigo para que ese hombre pudiera nalguear sexualmente a su novia frente a sus amigos? ¿Presumir que él es un macho que puede hacer con ella lo que quiera?

Algo encendió mi desprecio por esa pareja, hasta el punto que arrojé la botella al fregadero. Se rompió en un estruendo que no llegó a esos seres insensibles de mi dolor.

Al fin pude despegar la mirada de esa ventana para ir a refundirme en mi sillón, que se sintió como hecho en el cielo. Tomé el celular para enviar un mensaje a mis padres, informándoles que había llegado a casa y necesitaba verlos después de descansar un poco. Siempre les llamaba, pero esta vez preferí los mensajes que no permiten conversaciones profundas. Me hubiera derrumbado al escuchar la voz de mi mamá.

Me hizo sentir querido leer la emoción de alguien porque haya regresado vivo.

MAMÁ

Descansa todo lo que puedas, hijo. Te lo has ganado.

CALEB MCGREGOR

Gracias, mamá.

Iré a verlos mañana. Lo prometo.

MAMÁ

Claro, hijo, ven a desayunar. Poppy y Edwin vendrán a comer. Me gustaría apapacharte a ti solo antes. :-)

CALEB MCGREGOR

:-)

Te amo mucho, mami.

Me importó un carajo hablar como un niño de siete años para mi mamá, porque necesitaba esa inocencia que ella aún seguía fecundando en mí.

MAMÁ

Yo también, hijo. Ahora a la cama a dormir para soñar con nubes de algodón y ciudades de chocolate.

Sonreí a las palabras de mi madre que me ha dicho desde niño. A pesar de no saber lo que le sucedió a su hijo, siempre encontraba la manera de dibujar una sonrisa sincera en mi rostro.

Me puse de pie para ir a mi cuarto. Me desvestí, quedándome solo en bóxer, y me metí a la cama que me recibió con un familiar aroma a mí.

—Estoy en casa —balbuceé antes de caer de nuevo dentro de la oscuridad que seguía siendo bienvenida. Solo esperaba que las pesadillas no encontraran esa puerta secreta que las regresaba a mí. No estaba en condiciones para que mi mente me jugara chueco.

El silencio absoluto me despertó. Irónicamente, lo sentí como que algo no estaba bien. Busqué desesperado el encendido de la lámpara, esperando... ¡no sé! No me sentía a salvo en ese momento.

Sin embargo, cuando mi cuarto fue alumbrado, mostrándome soledad y seguridad, me dejé caer en la almohada dentro de un respiro lleno de alivio.

—Estás a salvo. Estás en casa —me recordé en voz alta.

Me levanté de la cama para ir a la sala por mi mochila; la abrí ahí mismo, buscando la carta de Clay. La miré detenidamente, como si tuviera a Clay en mis manos. Estaba sellada y en el frente tenía escrito Jessica, el nombre de su esposa. Las siete solitarias letras que resguardan las últimas palabras de mi amigo.

Tuve un fuerte deseo de llevar la carta en ese momento, pero al acariciar “Jessica”, entendí que sería un shock muy fuerte para ella. Necesitaba la opinión de Robin y Spencer.

Fui por el celular para llamarles, pero, al ver la hora, decidí hacerlo después, cuando sus propios terrores ya hubieran desaparecido con la luz de un nuevo día.

Dejé la carta en la mesa de centro y regresé a echarme de nuevo a la cama, en donde por un largo rato traté de conciliar el sueño. Pero estaba tan cansado que el mismo cansancio me tenía en vela.

Así iba a estar por los siguientes días: mendigando horas de sueño.

Pensé en Jessica. En lo que estaría haciendo en este momento, posiblemente avisando a cada pariente la pérdida de Clay. Repetir una y otra vez la triste historia de su muerte, llorar todo el tiempo ante las palabras de consuelo de las personas que, sin intensidad alguna, la acongojan más.

“Ahora está descansando”, es lo peor que le dirán.

Olvidar y revivir su muerte en cada inter. Quizás rogando a dios que Clay estuviera vivo, que todo fuera una vil equivocación. Iba a ser muy triste para ella la verdad cuando viera el cuerpo de su marido.

¿Cuándo tendría que darle la carta? ¿Hay algún momento correcto?... ¿Lo hay?

—¡Ahora! —respondí levantándome de la cama. Me vestí rápido, tomé las llaves de mi abandonado auto y la carta que despidió un aroma ferroso, adquirido de no sé dónde.

Tal vez solo era mi mente que estaba potenciando el olor a muerte.

Cuando subí al auto, puse la carta en el asiento del pasajero, como si fuera Clay mismo que me hacía compañía en esa noche fría de otoño. Era medianoche por lo que no había tráfico, me pareció bien porque no sé cómo hubiera reaccionado al primer imbécil que me tocara el claxon, porque no avancé en el semáforo en verde con la rapidez deseada por él.

Me dirigí a Wandsworth con una decisión que era inusual para el momento. Sabía lo que me esperaba al llegar a donde Jessica, pero era necesario. No para agravar su dolor, sino para aliviarlo un poco. Las palabras de Clay podrían darle ese bienestar que tan desesperada ha de estar buscando en este momento.

Estacioné el auto frente a la casa de tres pisos cuyas luces estaban encendidas. Tuve un momento de duda, que fue desechado por el suspiro que me dio el valor de salir del auto con carta en mano y trotar a esa puerta blanca.

No podía hacerla sufrir más, solo porque yo aún tenía miedo.

Toqué sin dudar, luego retrocedí un paso, quizás rechazando inconscientemente la situación incómoda por la que iba a pasar de un segundo a otro.

La puerta se abrió, pero no era Jessica, sino un señor de edad avanzada. Me miró con gesto reprobatorio, quizás para él era muy tarde para recibir visitas, sobre todo masculinas. Por esos ojos color café oscuro, supe que era el padre de Jessica.

—Buenas noches, señor. Soy Caleb... —respiré profundo—, compañero de Clay.

Apenas dije eso y el gesto del señor cambió por asombro y de inmediato me invitó a pasar con una amabilidad exagerada.

Tragué saliva mientras pasaba ocultando un poco la carta que traía en la mano. Agradecí que no estuviese ensangrentada porque eso hubiera sido como disparar a Jessica directo al corazón.

—Señor, necesito hablar con Jessica a solas —le avisé cuando llegué al pie de la escalera.

—Sí, sí, claro —dijo yendo a donde supuse estaba Jessica.

—¡Señor! —alcancé a gritarle. Volteó a verme como si estuviese dispuesto a cumplir cualquiera de mis estúpidos deseos—. No se vaya muy lejos, ella lo va a necesitar.

El señor bajó la mirada a mis manos cuando sin querer apreté un poco la carta, y entendió sin dudar que yo era el mensajero de la muerte.

Siguió su camino, dejándome solo en esa casa que aún tenía la presencia de Clay, incluso su aroma. Tan pronto pasé a la sala, escuché murmullos que fueron seguidos por pasos que corrían a mi encuentro; apenas pude prepararme cuando Jessica se arrojó a mis brazos entre lágrimas que serían aún más dolorosas en unos segundos.

La abracé para que desahogara un poco su pérdida. Levanté la mirada, encontrándome a su padre y otras mujeres tratando de no llorar junto con ella. Bajé la mirada y le siseé un poco para tranquilizarla, ya estaba dejando de respirar.

No solo murió Clay, también un poco del alma de Jessica.

Jessica me soltó cuando al fin sintió que podía hablar conmigo, dando así aviso a los testigos de retirarse.

—Jessica... —murmuré en lo que ella se limpiaba las lágrimas como podía—. Yo... —callé. ¿Cómo carajo le iba a decir que Clay murió por una estupidez?

—¿Quién estuvo con él? —preguntó ya más tranquila.

—Yo.

Se puso pálida... y retrocedió tambaleante, buscando dónde sentarse para sostener la verdad

que muchas esposas de militares enfrentarán si la vida es una perra desgraciada: la persona que fue testigo de la muerte, será el mensajero de sus últimas palabras.

Se sentó para cubrir con las manos el dolor en su rostro; mientras tanto, me acerqué a ella despacio en lo que le ofrecía la carta que me pareció tan ensangrentada que escurría. Sacudí la cabeza para alejar esa falsa ilusión.

Jessica negó con la cabeza constantemente sin quitarle la mirada de encima. Rechazaba su existencia.

Pero al final su deseo de estar cerca de su marido, aunque fuera en palabras escritas, la hizo tomarla.

Primero acarició su nombre hermosamente escrito por Clay, como si parte de su marido estuviese con ella. Vi sus labios temblar, quizás también se imaginó sangre en ella. Contuvo ese llanto por la verdad que le dio su imaginación: Clay no tuvo una muerte tranquila. ¿Pero qué soldado la tiene?

Si se tiene la suerte de sobrevivir el servicio y morir en casa, estoy seguro que habrá remordimiento por las muertes hechas en nombre de la paz y la patria.

La abrió con cuidado, como si fuese una carta antigua a punto de desintegrarse con su toque. Sentí que no tenía que estar ahí. Más bien, ¡no quise estar ahí!

No sabía qué decía esa carta, pero trajo sin dudar los recuerdos de Clay aterrado de la muerte, pidiéndome que se la entregara a Jessica como diera lugar.

Recordé el mensaje que no podía repetir, porque no quise ser el Cyrano de Bergerac de la muerte.

Pero lo prometí.

—Jessica, él te amó y lamentó haber fallado su promesa —balbuceé. Me arrepentí de haber traspasado el mensaje cuando vi su carita de nena triste, tras recordar la promesa que le hizo él; cuál sea está.

Bajó la mirada a la carta de nuevo, y un par de lágrimas se derramaron en ella.

—¡No, por favor, no te vayas! —me pidió Jessica llena de miedo cuando retrocedí un paso para darle privacidad. Me detuve como si me hubiesen echado un balde de agua helada. Entonces, la miré desdoblar la carta, respirar profundo y empezar a leer, todo con una fuerza de voluntad que yo nunca hubiera tenido en su lugar.

Una sonrisa inoportuna apareció, quizás Clay había iniciado la carta con algo familiar para ella, algo que le diera un poco de paz antes de su despedida. Sin embargo, lentamente la sonrisa fue transmutando en un puchero cuya obligación era acallar el dolor. Su respiración tranquila se aceleró hasta el punto de que estaba asfixiándola. Al final, no pudo contener más y se soltó a llorar con la carta aplastada en su pecho.

Soy soldado, he visto la muerte cara a cara, pero unas lágrimas fueron las que me rompieron por completo, y me llevaron a Jessica. A hincarme frente a ella para perdernos en un abrazo que solo agravó el recuerdo de Clay muriendo en mis brazos.

3

Caleb

EL FUNERAL DE CLAY

UNA SEMANA DESPUÉS

¿Cómo puedo asistir al funeral de mi amigo que murió en mis brazos?

Es una pregunta que me repetí una y otra vez desde el momento en que vestí mi uniforme ceremonial para honrar a mi amigo. Cargar su féretro envuelto con la *Union Jack*^[9], con su gorra y espada encima, y un adorno de flores blancas con una tarjeta en ella, mientras que sollozos acompañaban cada paso que difícilmente podía dar hacia la iglesia, en donde mi amigo tres años atrás había prometido amar a Jessica para toda la vida. Ignorante de que su destino ya había sido escrito a manos de un imbécil yankee.

Al menos los reporteros estaban guardando el respeto al no importunar con su obtención de noticia a toda costa.

La noticia dada fue: Un SAS cayó y otro fue herido durante la extracción de una cabeza importante del ISIS. Jamás mencionaron al yankee que quitó la pieza importante que nos derrumbó a todos.

Fue molesto ver a personas ajenas a nuestro dolor, atestiguando la despedida como si fuera otro monumento histórico a admirar. Decían que era para honrar a mi amigo, pero para mí era solo patrañas que justificaban su morbosidad.

Pero seguí con lo planeado. La pose dura de soldado que tuve que mostrar ocultó perfectamente que por dentro estaba derrumbándome. Jamás se ha puesto tan aprueba mi humanidad.

La noche que entregué la carta, Jessica me pidió que hablara acerca de Clay en el funeral, pero no pude moverme de mi lugar llegado el momento. Spencer se hizo cargo e improvisó.

A pesar de todo, fue un buen memorial.

Tras la misa, cargamos de nuevo el féretro de camino al auto que lo llevaría al cementerio donde sería enterrado con los correspondientes honores; sin embargo, cuando otros compañeros dieron los cañonazos en honor a mi amigo, casi me arrojé al suelo al tener flashes inoportunos del momento en que todo se vino abajo.

Robin, cuyo abrazo servía para soportar mejor el peso del féretro, me apretó más consciente de lo que me estaba pasando. Su apoyo amigable me recordó que estábamos en casa, en un momento trágico, pero a salvos.

Metimos el féretro al auto con el mortífero silencio siendo roto por el choque de la madera contra el metal. Los sollozos esporádicos eran flechas directas al corazón que de un momento a otro terminarían de desgarrarlo.

Rogué que todo esto terminara ya, pero cada segundo que me llevaba a ese fin me advertía que Clay desaparecería. Era un conflicto extraño.

El desconsuelo lo mantenía aun unido a nosotros.

Nos alejamos para que el auto se marchara, dejándonos atrás para recuperarnos del momento. Aun en silencio nos marchamos al auto de Spencer para ir al cementerio.

La velocidad de mi amigo nos hizo llegar antes que la carroza fúnebre y, una vez más, nos preparamos para seguir con nuestra obligación.

Me dieron náuseas mientras caminábamos despacio por la vereda que terminaba en el lugar de su reposo; el final se acercaba y era inevitable.

Sin embargo, una vez que dejamos el féretro en su base, desde ese momento, todo pasó aún más rápido y una hora después ya estábamos de regreso a los autos. Tal vez no fue la indiferencia del tiempo, sino el escudo que me cegó para sobrellevar la despedida a Clay.

Tuve que apoyarme con el auto tan pronto llegué, y oculté el rostro para terminar de soltar el peso que he soportado desde esa fatídica noche. Quise vomitar, pero no sería adecuado hacerlo en ese recinto de descanso.

—¿Sería correcto ir a tomar unas cervezas? —preguntó Robin quitándose la gorra para ponerla bajo su brazo.

Salí de mi confinamiento para mirarle de reojo, necesitaba una pero tampoco sabía si era correcto o no.

—Habrá una pequeña reunión en casa de Clay —avisó Spencer, diciéndonos así que sí sería incorrecto ir por una cerveza.

Me separé del auto para que regresara ese respiro fatigado. Esto aún no terminaba.

—¿Cuánto tenemos que estar ahí? —consulté con la cabeza hacia atrás, y miré a Spencer de reojo.

—Lo que sea necesario.

—Lo siento, Spencer, pero yo ya no puedo con esto —confesé como si hubiese caminado horas por el desierto bajo el sol candente. Jamás me he quejado con él en voz alta, pero esta vez no iba a callar mi sentir.

—Tú, más que nadie, no puede faltar —aclaró con un ligero tono paternal.

Solté un respiro sonoro. Ya estaba cansado física y emocionalmente.

—Está bien —cedí abriendo la puerta del auto.

Tan pronto subimos, cada quien se perdió dentro de su propio mundo silencioso, en donde a veces la persona caminando delante de nosotros en un semáforo en rojo era más importante. Todo era mejor que los flashes recurrentes de gritos y sangre.

—Tengo mi segunda sesión de terapia mañana —soltó Robin. Por instinto, Spencer y yo compartimos miradas preguntándonos en silencio si en verdad habíamos escuchado bien. Robin agregó—. Y les recomiendo que hagan lo mismo. De hecho, mi hermana...

—¿La que es psicóloga? —preguntó Spencer mirando a Robin por el retrovisor.

—Sí, no tengo otra —respondió sarcástico. Quise reír, pero no pude—. Me recomendó que visitara un terapeuta del ejército, pero me negué. Aún no les tengo confianza.

—¿Sigues creyendo que solo solucionan el problema superficialmente para que el soldado quede en condiciones pasables para seguir en servicio? —preguntó Spencer.

—Sí —confirmó Robin y siguió—: Quería que mi hermana me tratara, pero se negó; por algo de ética profesional o algo así. No lo sé. La cuestión es que me canalizó con una colega y ya fui. Conversando con ella, me recomendó que ustedes también deberían asistir.

—¿Con ella? —preguntó Spencer.

—Sí, que le ayudaría a seguir un plan con los tres...

—¿Juntos? —pregunté rápido.

—No, por separado.

—Esto me suena a que encontró su mina de oro —comenté. No me agradaba la idea de ir a contar lo que pasó a alguien fuera del ejército, quien no tenía idea de lo que es que te entrenen para ser un arma letal para el país.

Con el tiempo aprendí que nunca se debe hablar de los horrores de la guerra, porque creen que es como en las películas: que en cualquier momento dirán corte y todo regresará a la normalidad. Que las balas que rozan a centímetros de nuestras caras son solo efectos especiales que no harán daño.

Y tampoco les gusta conocer el costo de su libertad. Prefieren seguir sus vidas con la idea de que siempre hay alguien que protege su estilo de vida de la maldad.

El terrorismo solo pasa en otro mundo, no en el suyo.

—Yo iré —dijo Spencer, lo que me hizo de inmediato voltear a verlo muy sorprendido.

Mi amigo era igual que yo: no le gustaba hablar del “trabajo” con civiles. Solo que en su caso era por aquello de que lo vieran como un superhéroe.

Me regresó la mirada.

—Lo necesitamos, Cal... ¡Yo lo necesito! No he podido dormir desde que llegamos, y si logro hacerlo, despierto sobresaltado. A veces escucho un sonido fuerte y me atrincho en el suelo —explicó después de que detuvo el auto frente a la casa de Clay; me sorprendió lo rápido que llegamos. También que yo tenía los mismos síntomas.

—Pues yo no lo necesito. Puedo solucionar esto con un buen descanso de tres días... Solo estoy muy cansado, como nunca lo he estado —dije tajante mientras salía del auto para entrar a esa casa, estar un rato respondiendo preguntas tontas y salir para alejarme de todo esto ya.

No quise aceptar en ese momento que tenía un problema, porque mi congoja mantenía el recuerdo de Clay en este mundo. Si me trataba, terminaría de matarlo.

Pero apenas llegué a la puerta con mis amigos detrás, y no pude siquiera tocarla; Spencer tuvo que encargarse de eso. El padre de Jessica nos abrió y, tras recorrerlos de pies a cabeza, nos invitó a pasar como si fuéramos los homenajeados de la fiesta.

En cuanto Jessica me miró, se arrojó a mis brazos para llorar sin cohibirse de las miradas que atrajo: unas llenas de compasión y otras empáticas al sentir su dolor. No pude moverme, porque estaba tan abrumado por todo.

He de ser honesto con lo que llegué a sentir en un segundo dentro de esa incomodidad: odié a Clay. Lo odié por darme la responsabilidad de ser el apoyo de su esposa. De ser aquella persona que ahora era un jodido *freak* en un circo de preguntas indiscretas: ¿cómo murió? ¿Por qué tardó en llegar el apoyo? ¿Por qué no protegimos mejor a Clay? ¿Por qué? ¿Por qué?!

¡Estúpida gente! ¡Soy un jodido soldado, no el imbécil de Superman!

Alguien vino a quitarme a Jessica. Amé a esa persona en ese instante porque sentí que me quitaron de encima la lápida de mi amigo. Enseguida, un señor se acercó para ofrecerme un café, que rechacé escondiendo la mirada acribillada. ¡Necesitaba un puto vaso con vodka, y no algo que me alertara más!

Me dirigí sin pensarlo a un lugar vacío en la sala, con mis amigos detrás. De vez en tanto, nos volteaban a ver con esas estúpidas preguntas que jamás responderé.

—No puedo estar aquí —soltó Robin a los pocos segundos, y fue hacia la puerta con paso asustado.

Lo seguimos, al fin alguien tuvo el valor de huir. Pero al llegar a la puerta, Jessica gritó mi nombre y me suplicó que no me marchara. Todo se quedó en silencio en espera de mi respuesta.

—Ve con él —dije a Spencer antes de que Jessica se aferrara a mí de nuevo—. Yo me quedaré hasta..., bueno, no sé hasta qué hora.

—Bien... Lo siento, Jessica —dijo Spencer con voz tranquila, logrando que ella me soltara para arrojarse ahora a Spencer.

Tras que la consoló un rato, como si fuera una niña perseguida por un monstruo, se marcharon; entonces, regresamos con sus familiares. Por suerte, el tiempo pasó rápido y poco a poco la gente se despidió de Jessica. Ya estaba tranquila, o quizás ya no tenía más lágrimas para derramar.

Solo entonces convine que ya era hora de irme.

—Jessica... —le llamé tomándole con delicadeza del brazo.

—No te vayas, Caleb —suplicó con ojos tristes que sentí tan manipuladores.

—Jessica, estoy... —solté un resoplido— tan agotado. Necesito dormir, no lo he hecho desde...

—Quédate aquí, en el cuarto de visitas —dijo. Miré la casa de Clay, y lo sentía en todos lados. Y en este momento quería alejarlo de mi porque estaba haciéndome daño.

—Pero...

—Por favor, Caleb, no quiero estar sola. No esta noche. Y tú estás aquí —explicó bajando la mirada.

Creo que la entendía. Aparte de mis amigos, que dejaron este maldito barco sin más, yo era quien tenía la verdad de esas preguntas que nunca pudo responder a sus familiares y amigos.

—Está bien.

—Gracias —dijo y dio la vuelta para ir a la cocina. No me quedó más remedio que seguirla, y tendré que estar a su lado hasta que el sueño por fin la venciera.

Preparó cafés y se recargó en el mueble de la cocina como si estuviésemos en una primera cita que prometía una cogida.

—Todo es tan difícil. Entro y salgo de la realidad como si estuviera en un videojuego —comentó mirando su taza.

Suspiré profundo, lamentando que quisiera hablar de algo que aún no terminaba de entender.

—Lo sé. Por mi parte, siento todo el tiempo que estoy atrapado en una pesadilla —musité con voz trémula.

—Te agradezco infinitamente que no lo hayas dejado solo —dijo.

Cerré los ojos y respiré hondo, pero el fatídico recuerdo regresó para que sintiera cada segundo real de nuevo.

—No lo hagas. No me hagas recordar —supliqué a Jessica en un murmullo.

Se sonó la nariz y las lágrimas que al parecer aún tenía.

—Ven, te mostraré dónde vas a dormir —sugirió, después de darse cuenta que me afecta hablar de su marido. La seguí en silencio.

No me gustó estar ahí porque seguía sintiendo a Clay por todos lados, como un fantasma testarudo.

Llegamos al cuarto de huéspedes decorado con buen gusto. Tenía que ser así, Jessica era diseñadora de interiores; ella me dio algunos consejos para decorar mi departamento.

Agradecí que no sentí a Clay ahí.

—Buenas noches, Caleb —me dijo antes de cerrar la puerta.

Solo entonces pude dejar escapar todo en una exhalación larga. Me quité la chaqueta y me dejé caer de espaldas en la cama. No era mi lugar seguro, pero al menos me servía esta noche para descansar.

Tras largos minutos con los ojos fijos en la ventana, el sueño llegó para perderme en una pesadilla: reviví la muerte de Clay una y otra vez. Hasta que, en una de esas, Clay, ya muerto en

mis brazos, abrió los ojos mostrando el vacío de la muerte, y gritó “mátalos”. Fue tanto el susto que me dio que desperté buscando mi pistola, pero solo me encontré un rostro muy cercano a mí que desconocí por completo, el cual terminó haciéndome retroceder hasta golpearme con la cabecera de madera. Parpadeé más rápido para reconocer a Jessica al fin, quien me decía ya en voz baja que me tranquilizara, que había tenido una pesadilla.

Aun fuera de mí, me arrojé a ella para besarle con fervor. No sé por qué lo hice, ni siquiera sentía atracción por ella, pero quería arrancarle la ropa y cogérmela hasta que solo quedara gozo y no dolor.

Ella se dejó llevar. Quizás necesitaba sentirse amada por un minuto.

Sin esperarlo, la ropa fue arrojada al suelo hasta que quedé en bóxer, pero en ese preciso segundo, Jessica susurró “Clay, te amo” y desperté del trance en donde ya me tenía la locura.

Salí de la cama con las súplicas desesperadas de Jessica. Me llamaba Clay, lo que quería decir que estaba fuera de sí también, perdida en recuerdos que ya la estaban protegiendo de todo esto. No le hice caso y me puse rápido los pantalones y los zapatos, después tomé el resto de mi ropa y fui vistiéndome en el camino a la puerta de la calle.

Ya en la banqueta, antes de buscar un taxi, vomité, asqueado de lo que había hecho. Arrepintiéndome de haber traicionado la memoria de mi amigo muerto. Mancillé a la mujer que él amó.

Volteé hacia atrás y vi a Jessica parada en la ventana, mirándome con tristeza. ¡Aún seguía perdida en ese mundo de fantasía en donde Clay vivía!

Como un vil cobarde, corrí por la calle hasta que llegué a una avenida en donde por fin encontré un taxi.

Marqué a Spencer tan pronto entré al departamento, pero me entró su grabadora de voz. De seguro apagó el celular para intentar una vez más dormir. Entonces, llamé a Robin, quien me contestó en el tercer timbre.

—Necesito ayuda —supliqué con voz trémula.

—¿Estás bien?! —preguntó preocupado en un grito. Creo que mi voz despedía ya desesperanza.

—Sí, pero también necesito hablar de esto con alguien... Por favor, envíame la dirección de tu psiquiatra.

—Bien. Te la enviaré tan pronto cuelgue... Pero ¿todo está bien?

—Sí, es solo que no quiero llegar al punto en donde me pondré una pistola en la sien.

—¿Quieres que nos veamos? —me preguntó con rastros de preocupación. Es muy peligroso que un soldado hable de suicidio, aun cuando sea broma.

—No. No te asustes, estoy bien. Solo escogí mal las palabras. Duerme... Ya hablaremos después. Por ahora también solo quiero dormir.

—¿Estás seguro, Cal? ¡Júrame que estás bien!

—Sí... Lo estoy.

Dudó un segundo en silencio, que terminó con un resoplido rendido.

—Está bien. Descansa.

—Igualmente.

Colgué, soltando un suspiro aliviado. Me tranquilizó un poco aceptar que necesitaba ayuda, o al menos lo suficiente para quedarme dormido en el sillón.

No hubo pesadillas esta vez.

AL DÍA SIGUIENTE

Desperté con dolor de cabeza, del tipo que parece que el cerebro va a explotar en cualquier segundo. Apenas pude abrir los ojos para darme cuenta que aún era de noche; tomé el celular para ver la hora y eran las diez. Me estiré todo lo que pude y me levanté para tomarme un par de aspirinas con un vaso con Coca-Cola. Después fui a caminar por la sala con celular en mano, y ahí me di cuenta que había dormido casi quince horas, por eso tenía dolor de cabeza.

También vi que tenía dos mensajes de WhatsApp de Jessica. Todo regresó de golpe, haciéndome sentir peor, hasta el punto que corrí al baño a vomitar la poca decencia que me quedaba.

¿Qué hubiese pasado si ella no hubiese dicho el nombre de su marido? ¡Me la hubiera cogido! ¡La hubiera usado solo para lastimar, que alguien más sienta un poco lo que me está enfermando! ¿El remordimiento me hubiera puesto definitivamente una pistola en la cabeza?

Me senté en el suelo para ver el celular, no tenía el valor para leer los mensajes de Jessica. Ya no quería regresar a esa realidad en donde ella quería mantenerme cautivo para sentirse cerca de su marido.

Pero tampoco podía ser un hijo de puta con ella, sobre todo cuando Clay me hizo prometerle que nunca la dejara sola... Solo necesitaba un poco de tiempo para mi propio desconsuelo.

Me paré para enjuagarme la boca y regresé a la sala a contemplar el celular hasta que me vibró en las manos, esta vez era un mensaje de Robin con la dirección y teléfono de la psiquiatra. Lo guardé rápido en mi agenda porque necesitaba ayuda, ahora más que nunca.

Con la idea de que pronto tendría ayuda profesional, fui por una cerveza a mi refrigerador, luego tomé unas papas del mueble, y me senté en el suelo de la cocina a pensar en la realidad que ahora vivía.

No me gustaba porque me sentía absolutamente perdido en la vida, como cuando era adolescente y en el colegio me preguntaron cuál carrera universitaria definiría mi futuro. En ese entonces estaba aterrado por la respuesta de la chica a la que me le iba a declarar; no podía definir nada, mucho menos mi futuro.

Lo que aún temía más era ser otra estadística de estrés postraumático que por lo general termina muy mal. Como el soldado yankee.

Miré la cerveza como si estuviese llena de todas las soluciones a mis problemas. Si quería sanar, primero que nada, debería dejar de depender del alcohol para tranquilizarme.

Me puse de pie para ir arrojar el líquido por el caño, luego regresé al baño para lavarme de nuevo los dientes e irme a dormir. Ese dejo de optimismo que me dio la simple idea de que en pocas horas podría recibir ayuda, me hizo caer dormido muy rápido.

Caleb

CONSULTORIO DE LA DOCTORA LYNN RYAN
ST. JOHN'S WOOD

Jamás he sentido tanto miedo de encontrarme con alguien.

Ni siquiera cuando he estado en misiones difíciles.

Ahí me siento protegido por mi entrenamiento, mi astucia y armamento. En este momento estaba desprovisto de todo eso y solo me sentía como un adolescente con el alma afuera. Dispuesto a ser rechazado o amado.

La doctora Ryan aceptó darme una cita a las pocas horas que llamé para concertarla. Solo tuve que decir que era el amigo de Robin Marlow. Al parecer, no quería que un soldado con estrés postraumático anduviera por mucho tiempo en la calle, cargado con problemas que le harían cometer un genocidio. Cosas malas podían pasar con tan solo un insignificante detonante.

Llegué a una casa de tres pisos, es posible que eran varios consultorios, tal vez de otras especialidades. Mis manos temblaban y estaba inquieto mientras esperaba en la sala con otros pacientes cuyos rostros parecían más tranquilos que el mío. ¿Sus problemas serán igual de graves?

No lo creo, pensé.

Por un segundo, decidí huir, pero casi de inmediato algo muy fuerte me dijo que no fuera terco, que no estaba bien, y que dejara de portarme como un estúpido malcriado.

Escuché mi nombre dentro de mi miedo; levanté la mirada despacio para prepararme a conocer aquella mujer madura que esperaba fuera mi salvavidas en ese jodido mar de pesadillas.

La doctora me dejó boquiabierto con su belleza sencilla. Era muy joven, quizás yo le llevaba unos cinco años. ¿Qué podía saber esta mujer de la vida si todavía era considerada por la sociedad como una persona inexperta, rayando en la actitud de una adolescente?

—¿Doctora Ryan? —pregunté. Tal vez me había confundido y ella era la asistente de esa señora mayor que aún quería que fuera.

—Sí, soy yo. Por favor, pasa —respondió con una tímida sonrisa que me hizo soltar un respiro de resignación. Iba a contar mis problemas a una niña.

Después de la introducción y un largo silencio que se comió parte de la hora para atenderme, y en donde la miré de vez en tanto, admirando su belleza, solté un primer suspiro.

—Estoy perdiendo el tiempo, quitándoselo a alguien quien sí... —murmuré con temor.

—Caleb —me interrumpió captando mi interés —, este es tu tiempo y si quieres estar en silencio, puedes estarlo.

No respondí y solo la miré de vez en tanto, sorprendido porque ella sí estaba dispuesta a ayudarme. Era extraño porque soy yo quien siempre ayuda.

Aguardé otros minutos, debatiendo por qué me era tan difícil de hablar.

—Necesito ayuda —solté rendido.

—Aquí estoy para escucharte —respondió, pero me quedé callado de nuevo.

Solo nos miramos por muchos minutos hasta que retomé el valor.

—Supongo que debo empezar con que he sido un hijo querido, un hermano torturado por su hermana mayor e idolatrado por su hermanito...

La doctora soltó una risita callada.

—¿Hablar de eso te dará más confianza? —preguntó guardando una sonrisa amigable al final.

—No, la verdad es que me gustaría ir al grano, solo que no sé por dónde empezar. Es la primera vez que necesito a un terapeuta.

—Tal vez yo sí sé por dónde—dijo, logrando una sonrisa por su guasa—. Déjame guiarte un poco... ¿Por cuánto tiempo has sido soldado?

—¡Uff! —solté dejándome caer en el respaldo, más cómodo ahora que ella estaba dirigiendo la sesión—. Desde mi primer año de universidad ... Catorce años, creo.

—¿Siempre quisiste estar en el ejército?

—No. Fue un llamado patriótico —me preparé para a la cara de compasión—. Estuve presente en el 7/7^[10] —apareció el silencio incómodo que siempre seguía a esa fecha—. Estuve en la estación de la segunda explosión al metro. Estaba en los torniquetes, pasando mi boleto, cuando se escuchó un estruendo y todo se sacudió un poco... —callé ante el recuerdo.

—¡Oh! ¿Quieres hablar de ello? —ahí estaba la mirada compasiva, que no dura mucho porque de inmediato quieren saber más del momento.

—Solo le diré que ese evento fue el cimiento en donde encontré mi verdadera vocación —respondí. Pero no comenté nada, lo que quiere decir que no hay nada que tratar ahí.

—¿Y ahora te gusta ser militar? —preguntó.

—Me gustaba... ¡No! Espere. Aún me gusta... —solté un suspiro lleno de confusión—. La verdad es que aun siento el llamado, pero estoy un poco confundido. En este momento quiero construir una máquina del tiempo para viajar a ese minuto en donde dije a mis amigos que no me gustaba trabajar con los americanos, y advertir a mi otro *yo* que hiciera caso a sus instintos —solté sin más.

Al mirar a la doctora, vi que su ceño ligeramente fruncido se preguntaba de qué estaba hablando.

—¿Esa misión de la que hablas fue clasificada?

—Sí, doctora —contuve la sonrisa irónica. Era una niña para tal término—. Lamento decirle que todo lo que le relataré será..., bueno, “clasificado” por mí.

—Entiendo —dijo anotando algo, viéndose tan indefensa. Puedo decir que despertó mi lado de soldado, el lado protector—. Prosigue hasta donde tu contrato te lo permita.

—No quiero arruinar su vida pacífica tan ajena al terror que se vive en ese lado del mundo, doctora —excusé con una sonrisa sarcástica al final.

—¿Crees que no puedo soportarlo? —preguntó muy curiosa.

—No, porque no tiene idea de la realidad que se vive ahí —respondí entre una risita inoportuna—. Por eso es que solo se da a los civiles una fracción de esa realidad. Lo que ven en las noticias es muy diferente a lo que vive cada soldado y local al que tratamos de arrancar de la tiranía.

—¡Pruébame! —retó con una sonrisa algo coqueta.

Sonreí cohibido. Mi *yo* libidinoso tomó ese reto como algo sexual; sin embargo, negué con la cabeza. No podía dejarme llevar por el deseo de impresionarla.

—Doctora, el motivo de estas sesiones es porque necesito *su* ayuda. No quiero darle pesadillas que con certeza la llevaran a mi estado.

—Eres un hombre protector —comentó para sí, mientras anotaba muchas cosas en su libreta.

—Sí, supongo que por eso soy muy buen soldado.

—Bien, empecemos con algo más sencillo —sugirió—, hálame de ti.

—Bueno, eso es más cómodo... —dije antes de un resoplido—. ¿Por dónde empiezo? —hice

un tronido con la boca—. Bien. Soy un hombre de vida sencilla. Supongo que todo lo que he visto me ha hecho valorar lo poco que tengo y me conformo... Y tampoco tengo tiempo para disfrutar excentricidades. Soy igual de feliz con un vaso de agua que con el vino más caro del mercado —enarcó las cejas—. No es que lo haya probado ya. Mi sueldo es bueno, pero no da para tal frivolidad —sonrió. Seguí—. A diferencia de otros soldados, yo no soy adicto a la adrenalina, ni la busco una vez fuera de rotación. Al contrario, la uso para concentrarme en el campo y ser quien se espera que sea con un arma.

“Paso por un periodo de desajuste después de cada rotación, pero creo que es normal por todo lo que veo. Allá afuera es como bajar al inframundo.

“Por suerte, no dura más de un mes. Me adapto rápido a la vida cotidiana de la ciudad —la doctora gimió un “A-ha”. Continué—: Creo que eso lo tengo que agradecer a mi familia, quienes me han hecho la vida lo más cotidiano posible... Cuando estoy con ellos olvido que soy un soldado.

—¿Tienes novia? —preguntó sin mirarme, estaba anotando algo. Aunque la sentí un poco incómoda por hacerme tal pregunta.

Alcé la sonrisa de una esquina algo irónico.

—No. Es imposible tener una estable.

“Por supuesto, no soy célibe, pero..., bueno, solo puedo tener amigas con beneficios que no me exigirán más de lo que no puedo dar.

“Al parecer, ellas están conformes porque no vuelven a buscarme... Tal vez perciben al soldado en mí.

“Además, por muy romántico que parezca en las películas, los soldados y las relaciones, como el matrimonio, no les gusta ir mucho de la mano.

—Ya veo. ¿Y no te sientes solo?

—Sí, a veces. Soy humano... Sin embargo, cuando empiezo a sentir un poco la soledad, ya es demasiado tarde para buscar compañía porque tengo que empezar una nueva rotación.

—¿Qué opina tu familia de la vida que llevas?

—Mmm... Mi mamá, como todas las madres de soldados, quiere otra vida para su hijo. Nunca me lo ha dicho, pero puedo leerlo siempre en su mirada cuando me ve haciendo cosas cotidianas. Estoy seguro que se cuestiona por qué esa vida no me llena y la de la guerra sí.

“Si por ella fuera, ya me hubiera encadenado a Londres, casado y obligado a tener hijos.

—¿Y tu papá?

—La verdad es que para él ser soldado ya lo ve como un trabajo normal de 9 a 5. Al igual que mis hermanos.

—¿Has pensado alguna vez en dejar el ejército?

—He llegado a un punto que ya es demasiado tarde para pensar en eso. Además, no me veo haciendo otra cosa. Y sé bien que nunca me adaptaré en un trabajo regular de oficina... Lo más seguro es que me dedique a *PMC* al retirarme.

Por lo general, en eso terminamos trabajando los SAS.

—¿*PMC* es ser contratista militar privado? —consultó Lynn, a lo que confirmé con un asentimiento de cabeza. Me sorprendió que supiera de eso—. No, Caleb. No lo tengas como última opción, porque perderías tu ser.

—¿Por que dicen que son mercenarios?

—Sí. Alguien con valores no puede terminar vendiéndose al mejor postor, perdiendo su ética en el proceso —no supe qué comentar a la verdad, pero tampoco esa era la razón principal. Los contratistas existen porque no pueden adaptarse a la vida civil; y el dinero y libertad de hacer lo

que sea es tentador. Mojó los labios y no dejé de mirarla para que no pensara que me importaba poco su opinión—. Aún hay tiempo de iniciar una nueva vida, si en verdad lo deseas. No tiene que ser de oficina.

Sonreír irónico ante el clásico comentario de alguien en sus veintes. “La vida es larga y puedes hacer lo que quieras”. Lástima que esa emoción se termina al entrar a los treintas. Y entonces te das cuenta que la madurez al fin ha llegado y que tienes que seguirla.

—No, pero es lo que la sociedad espera al readaptarme a ella. Que sea un hombre sin pasado y me ajuste al statu quo... Tal vez puedo hacérselo creer, pero en el fondo no será así. Esa es una de las razones por las que se termina trabajando en algo privado, porque solo ahí se necesita saber usar un arma y estrategia militar... Y ser un adicto a la guerra.

“Y, bueno, después de todo, es la vida que conozco bien.

Una campanita sonó dentro del cuarto, fue tenue, casi perceptible. La doctora miró hacia su lado derecho, en donde estaba su pequeño escritorio muy moderno.

—¿Mi hora ha terminado? —le consulté.

—Sí. ¿Cómo te sientes ahora?

—Con más confianza en usted —le respondí la verdad.

—¡Bien! —exclamó con una sonrisa satisfecha—. Gracias por confiar en mí... ¿Regresarás?

¡Claro! No suelo negarme a una mujer hermosa, pensé mientras mi estúpida sonrisa coqueta escapó. Por suerte fue correspondida.

—Sí —accedí poniéndome de pie para salir del cuarto, seguido por ella.

Fue al escritorio que estaba en una pequeña sala, seguramente era de su asistente, a quien no conocí. Tal vez estaba haciendo algo en otros consultorios de la clínica.

—¿El viernes a la misma hora? —preguntó, y asentí de acuerdo con la cita—. Bien, te veo entonces —terminó extendiendo la mano para estrechar la mía.

—Gracias, doctora. En verdad le agradezco que me haya escuchado.

—Solo fue una introducción.

—Lo sé, pero aun así me hizo sentir de nuevo como una persona normal. Solo espero que dure hasta la siguiente sesión.

—Bien. Como recomendación, visita a tu familia... Busca esa “cotidianidad” que ellos te dan. Por el momento, no estés solo por mucho tiempo.

—Sí, lo haré. Gracias —agradecí con sonrisa engreída.

Sonrió algo cohibida, incluso noté un ligero rubor en sus mejillas.

Ya no seguí coqueteando y salí sin voltear a verla. No quería darle la impresión de que me había cautivado.

Al salir de ese consultorio, respiré un aire nuevo. Siempre he creído que las mujeres tienen un toque especial para que el miedo desaparezca con su presencia; mi mamá lo tiene y mi hermana lo logra con un abrazo. Al parecer, también lo tiene la doctora Ryan, porque jamás me he abierto tan rápido con una mujer extraña.

A menos de que quiera llevarla a la cama.

Tras subir al taxi que me regresaría a casa, marqué a mi papá para comentarle que ya estaba en terapia. No quise ir directo con mi madre porque se espantaría, siempre ha creído que puedo manejar los problemas por mi cuenta, pero al final mi papá también se asustó. Supongo que no creía que estuviera tan mal.

Me comentó que siempre he sido un hombre más fuerte que él, que soy su ejemplo de carácter, y otras cosas que me hicieron perder ese poco optimismo que la doctora me había enfundado.

Sentí un poco que lo estaba defraudando.

Pero volví a sentirme bien cuando me dijo que estaba orgulloso de mí por haber aceptado mi problema y buscar la manera de solucionarlo.

—Solo siendo débil podrás salir de mal momento por el que pasas, hijo. No te hagas el fuerte esta vez y habla —recomendó.

—Lo haré, papá —prometí—. ¿Ha ido Edwin a la casa? —pregunté para cambiar el tema. Edwin era mi hermano pequeño.

—Sí, aquí está, junto con Pops. ¿Quieres hablar con él? —sugirió, de seguro con el teléfono ya a medio camino de Edwin. Siempre hacia lo mismo.

—¿Qué hay? —me contestó mi hermano con ese júbilo que lo caracterizaba.

—¿Vas a estar mucho tiempo ahí? —consulté. Necesitaba salir a distraerme; iba a seguir el consejo de la doctora.

—No. ¿Vamos por unas cervezas? —preguntó, ganándome la idea.

—Sí. Voy para mi casa a descansar un rato, me llamas cuando salgas de ahí.

—Está bien. ¿Llevo a Pops?

—No está vez.

—¡Se va a enojar! —me advirtió con tono burlón.

—Si se entera, dile que vamos a hablar de senos y traseros. Si está dispuesta a soportarnos, es bienvenida.

Edwin soltó una risa y tapó el auricular, de seguro para preguntar a Pops.

—No, dice que esta vez no... Entonces, te veo en un rato.

—Nos vemos.

Tras colgar, miré por la ventana el resto del camino, y solo por ese momento sentí que mi vida podría regresar a la normalidad.

Tocaron a mi puerta. Abrí sin preguntar.

—¿Qué hay? —saludó Edwin sin esperar a que le invitara a pasar. Cambió el plan como siempre.

—Tomo mi chaqueta y...

—No. Traje cervezas —dijo mostrándome un *sixpack* de Stellas—. Está cayendo una ligera llovizna y no quiero mojarme las bolas.

—Bueno, ¡como quieras! —acepté cerrando la puerta, después seguí mi hermano en silencio a la sala.

—Bien... —dijo Edwin sentándose en el sofá después de tomar una botella y abrirla. Siguió—. ¿Cómo te fue en el funeral?

—Mejor te platico que estoy yendo a terapia y mi doctora tiene un frente y una retaguardia de quitar el respiro. De esos que quieres nalguear, aunque no te guste hacerlo —cambié por un mejor tema de conversación.

—¡Ja! Ya se me hacía extraño que aceptaras...

—No, no. Yo iba con la idea de que era una viejita bonachona que se la pasaría escuchándome nada más. De las que me ofrecería un té para abrirme.

—Y como tú no rechazas el té —comentó burlón—. Estás describiendo una abuelita, no una psicóloga. En todo caso, si fuera de edad avanzada, sería alguien con aires de sabionda, de las que sabe las soluciones de todos los problemas.

Reí por lo bajo.

—¿Y cuál es su nombre? —preguntó acomodándose mejor en el sillón.

—Lynn Ryan.
—Uy, buen nombre. De entrada, te dice que es caliente.
Ese era mi hermano, quien siempre define con solo un hombre.
Solté una risita cohibida al imaginármela en ropa interior sexy.
—Es una niña —confesé—. Te apuesto a que no pasa de los 29 años.
Edwin se carcajeó tanto que temí fuera a derramar la cerveza en mi sofá fino.
—¡Uy, el hombre de mundo!
—Edwin, aunque tuviera treinta, he vivido tres veces la vida que a lo mejor ella ni siquiera aprovecha, porque te confieso que se ve un poco reprimida.
—Cal, no es ella. Eres tú el que la reprime. Cualquiera a tu lado parece un estúpido neonato.
Hice una mueca de aceptación. En eso tenía razón, ya que he vivido más que cualquiera en mi mundo. Y también he visto horrores que incluso a él le darían pesadillas.
—Y, bueno, ¿te vas a aventar con ella?
—No, no quiero arruinarlo. Es cierto que necesito ayuda. Y, veme, he estado riendo... ¡Así de buena es!
—¡Hum! Apuesto que te la vas a coger en la tercera sesión.
—No soy tan imbécil... Mmm, démosle hasta la penúltima.
Ambos reímos y después bebimos un largo trago de cerveza.
—En verdad necesito su ayuda o me paralizaré en la primera misión —confesé ya serio a mi hermano—. Gracias, Edwin —le reconocí que su conversación me estaba ayudando.
—Siempre estamos detrás de ti para sostenerte, no importa cómo pero ahí estamos. Recuérdalo siempre.
Sonreí. Así lo sentía ya.

UN MES DESPUÉS

—No quiero presionarte, Caleb —me dijo la doctora, atrayendo mi atención de inmediato—, pero no hemos tocado...
—Sé que tenemos que hacerlo, esa es la razón por la que estoy aquí... — interrumpí. Dudé en decirle que también porque me gustaba mucho—. Pero la verdad es que me siento muy bien dejando todo eso atrás. He aprendido a hacerlo con usted —terminé con una media sonrisa conquistadora.
—Lo he notado.
—Sin embargo, seguí su consejo y fui a buscar a Jessica para hablar con ella.
—¿Y qué te dijo? —preguntó apuntando en su libreta.
—Nada. Estaba estacionando el auto cuando la vi saliendo de su casa con Spencer... Arranqué de inmediato.
—¿Por qué? —cuestionó sin ocultar su decepción.
—Porque... porque no puedo enfrentarlos juntos. Ella me reclamará por qué no hice todo lo posible para salvar a Clay mientras que él no dejará de verme asustado por haber presenciado mi deshumanización.
“Y el gran error de no haber puesto a Clay en una esquina para que nada lo tocara.
—Pero tienes que pasar por eso, tarde o temprano, Caleb. Para empezar a responder tus propias preguntas y aceptar que hiciste lo que se te permitió en tales circunstancias. Eres un ser humano y se te tiene permitido cometer errores y tener miedo.
“¿Qué crees que estaba haciendo Spencer con ella?
—Tal vez cumpliendo las promesas de Clay. Las que se supone debo cumplir.

—¿Qué promesa?

—Nunca dejarla sola.

No comentó nada a eso.

Me puse de pie para dar un paseo por el lugar, pero al recorrer sus piernas delgadas, muy estilizadas con unas zapatillas negras, me atreví a acercarme para robarle un beso. Lo hice cuando alzó la mirada para seguirme.

Rompí con todo juramento profesional que ella haya hecho para el bienestar del paciente. Solo me importó probar esos labios que me han tentado desde el primer segundo.

Lo más sorprendente de todo es que no me rechazó; por el contrario, enterró sus dedos en mi cabello para degustar más ese beso robado. La levanté sin dejar de explorar su boca para llevarla al sillón donde yo estaba, que era más grande, para manosearla a gusto.

Se escuchó nuestra respiración jadeante cuando tocamos partes que deberíamos estar respetando.

Pero cuando dimos un par de pasos torpes más hacia el sillón, ella rompió el beso y dijo mi nombre con sensualidad que me recordó a Jessica llamando a Clay.

La maldita realidad explotó enfrente de mí. No podía acostarme con mi doctora, eso no era profesional para ninguno de los dos. Necesitaba su ayuda, y por ninguna razón podía echar a perder las semanas de terapia solo por una estúpida calentura.

—¡Mierda! —expresé por lo bajo mientras la soltaba—. Lo siento, lo siento —me alejé de ella un par de pasos. Sentí el mundo cayendo sobre mí—. No fue mi intención. Bueno, sí lo fue, pero... Lo siento.

—Tranquilo, Caleb —dijo muy calmada. Me sorprendió su madurez, porque yo esperaba que me corriera o hiciera algo típico de cualquier veinteañera cuando le dicen que se arrepintieron de besarla.

—No quiero que deje de ayudarme —le supliqué sujetando su brazo, que terminé soltando cuando sentí todavía el choque del deseo. Incluso me dirigí a ella como una extraña para no agravar más la situación.

—No, no lo haré. Haremos esto a un lado. Nada ocurrió —aseguró seria.

Jamás he sentido tanta vergüenza como en esos segundos que fue a tomar su bloc y pluma que cayeron al suelo cuando le supliqué con el beso que me siguiera.

La campana sonó. Otros días lamenté que me corriera, pero esta vez se lo agradecí.

—Espero verte en tres días, como siempre —dijo ella de camino a la puerta. La seguí sin dejar de mirar su trasero, y revocando sus labios y cada curva que pude tocar.

¿Por qué carajos apareció Cal, el decente? ¿Deseaba a esa mujer mucho!

—Podría ser en cuatro días. Tengo un compromiso familiar y...

—Sí, no hay problema. ¿Pero será a la misma hora?

—Sí. Me parece bien —callé un segundo en lo que la miraba, tratando de no incomodarla más. Iba a disculparme de nuevo pero su mano extendida, muy formal, terminó todo de una vez por todas.

Solo le sonreí y me di la vuelta, consciente de que me miraba marchar.

De regreso a casa, traté de no pensar en el error que cometí. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué estoy empeñado en usar el sexo para callar el trauma? Lo hice con Jessica, y ahora con Lynn.

Pero no entiendo... y tardo en hacerlo. El error lo volví a cometer en la siguiente sesión, cuando me estrechó la mano y nuestras miradas se encontraron. No solo vi deseo en ellos, también salvación.

No llegué más lejos porque reaccioné a los primeros segundos y hui sin dar explicaciones.

No podía tener nada con ella, porque en verdad sentía que me estaba ayudando. Gracias a ella pude leer esos dos mensajes que Jessica me envió, diciéndome que solo por una fracción de segundo la llevé a un lugar en donde el dolor no existía. Que no pensara en esa noche como traición a Clay, sino en un escape del “momento” que ambos necesitábamos. Un afecto fugaz que nos ayudó.

Creo que Jessica tuvo razón, porque es lo que estoy ansiando de Lynn. Con Jessica no lo sentí, solo arrepentimiento puro, pero no iba a decirle eso.

Pero entendía qué quería decir. El único problema es que Lynn es mi doctora, y no cualquier mujer que me levanté en el pub; a la que podía ignorar al día siguiente. Además, estaba la ética profesional que no quería que ella violara por ningún motivo, porque sabía que eso le afectaría a la larga, le haría desconfiar de su profesionalidad.

Decidí tomarme unos días para pensar mejor en qué es lo que quería de Lynn. No podía entusiasmarla con lo que consideraba por el momento un amorío pasajero; lo que describía Jessica. Además, se veía que ella era de las que tenía relaciones serias y largas. Algo que yo no podía ofrecerle ni estando bien de la cabeza.

Dejé de asistir a las sesiones casi por tres semanas; aunque aún sigo el consejo de no estar solo. Convivir con mi familia es ahora mi terapia.

La extrañé como nunca creí. Cada rato de ocio me cachaba a mí mismo suspirando y revocando sus besos. Un par dignos de añorar y volver a besar.

Me convertí en un adolescente nervioso de la chica que le gusta.

Al final decidí plantear la situación a Lynn, de que me gustaría salir con ella a cenar o a tomar una copa; solo para conocernos. Por supuesto, eso implicaría que me canalizara a otro psiquiatra. Pero no me importa iniciar de cero, porque Lynn seguiría ayudándome de otra manera.

Pero al llegar a mi sesión, lo primero que me pidió fue hablar extraoficialmente.

—Quiero pedirte una disculpa por lo que ha sucedido entre nosotros, Caleb —me dijo. Iba a detenerla para decirle mi deseo, pero siguió—. No fue correcto que después del primer beso te diera pie para pasar a algo más —y volvió a seguir dejándome siempre con las palabras en la boca—. Lo mejor es mantener las cosas estrictamente en el lado profesional.

Al parecer, esos días sin vernos la pusieron a pensar en nosotros también.

Me desilusionó mucho.

Pero, pensándolo mejor, quizás tenía razón. En este momento tenía que pensar solo en mi salud mental y no en cómo meterla en mi cama.

—Será como tu digas —le dije.

—Bien. Iniciemos —me invitó a sentarme.

A partir de esa sesión, perdí el toque de salvación que sentía adentro de esas cuatro paredes, y todo volvió a ser como una mortífera avalancha viniendo detrás de mí, que por más que corría y corría, ella era más veloz.

Por las siguientes sesiones sentí a Lynn tan fría que no me daban ganas de decir nada durante la larga hora juntos. O a veces yo era el frío y le hablaba de la guerra como si fuera algo tan cotidiano en mi vida. Quería escandalizarla para que su interés regresara a mí, y se diera cuenta de cuánto la necesitaba en mi vida de la manera en que ahora la quería: amándome.

En cuestión de un par de semanas, regresaron las pesadillas, al igual que esa impotencia de no haber salvado a mi amigo.

Hubo un solo sueño en donde hice lo correcto y él sobrevivió.

Pero desperté sintiéndome peor porque la vida me dijo que sí pude haberlo salvado, si no me hubiera cegado con la incredulidad y hubiese actuado como se me enseñó.

Volví a ese lugar oscuro que, tras haber probado la salvación con Lynn, ahora me aterroriza más, porque descubrí con ella un rayo de luz que me mantiene a salvo, y no quiero perderlo.

Lynn notó mi cambio, pero en lugar de aceptar lo que ya significaba para mí, le pedí que se arriesgara a tratarme una semana con pastillas para dormir que no causaban adicción. Necesitaba un descanso.

Una solución rápida para algo que se remediaba con tan solo un beso suyo.

Tal vez era antiético pedirle medicamento, pero he llegado a un tope en donde hablar no funcionaba ya. Las pesadillas y falta de sueño estaban destruyéndome noche a noche.

No aceptó mi petición. Ya que su ética era medicar solo en casos extremos; no creí que hubiera un caso más extremo que yo en este momento.

—Caleb, estás en un duelo complicado por una experiencia fuerte, pero no quiero que mires siquiera el camino que te lleva al estrés postraumático. Ten paciencia.

—Lynn no tienes idea de lo que fue tener a mi amigo herido en mis brazos, de verlo desvanecerse segundo a segundo hacia la muerte, de tener la jodida decisión de arrancar vidas y no poder retener la suya. Porque es el orden natural —dije resentido. Pero al ver la compasión en su mirada, supliqué—. Lynn, necesito dormir.

—Y yo te ayudaré. Déjame intentar algo más. Confía en mí, no te alejes, por favor.

—Está bien —acepté sin dudar.

Me pidió que por una semana saliera a correr antes de dormir, con música para callar mis pensamientos.

No sé si iba a funcionar porque correr se ha convertido para mí en algo tan rutinario como tomar agua. Tal vez me lo sugirió para que regresara cansado a casa y durmiera sin problemas, pero creo que se le ha olvidado que para que eso suceda necesitaría correr al menos veinte kilómetros.

Ella era la experta y aun así seguí su recomendación.

Caleb

UN MES DESPUÉS

Tras el rechazo de Lynn, espacié las sesiones a una por semana y empecé a buscar a otro psiquiatra; un hombre esta vez para evitar tentaciones. Ella aún seguía ignorando lo importante que ha sido para mí desde que la conozco; tal vez terminando sus servicios se daría cuenta que estoy haciendo todo lo posible para estar juntos.

Oculté a Lynn que las pesadillas no desaparecieron. Noche tras noche, la pasaba en la sala con un café muy cargado en mano y mirada perdida en la luz de la lámpara que me mantenía despierto.

Salir a correr funcionó los primeros días, pero pronto me recordaron las obligaciones militares y trajeron consigo los pensamientos analíticos.

No hubo descanso ya para mí.

Todos empezaron a notar en mi rostro demacrado que no estaba bien. Y no lo negaba, porque a veces estaba tan cansado que con trabajos daba un paso, mucho menos iba a tener ánimos de esconder mi condición. Y a la hora de dormir, me quedaba como búho.

Coincidió con mi padre cuando vino a visitarme una mañana, de que moriría si no lograba dormir.

De alguna manera tenía que conciliar el sueño. Ya no podía seguir dormitando por minutos al día porque, tarde o temprano, reventaría como un débil globo cerca de una aguja puntiaguda.

La terapia ahora solo funcionaba para sacarme de la cama todas las mañanas. No quise intentar con la marihuana porque no sabía hasta donde mi cuerpo podría soportar su influencia. Nunca he probado ninguna droga.

Además, el ejército me correría si se llegaran a enterar. Y sé muy bien que tienen sus medios para tales cosas.

Tenía que poner más empeño en buscar algo sano para relajarme antes de ir a dormir.

Hoy era otra tarde más perdido en la vida.

El silencio de la casa era tan ajeno que decidí salir a dar un paseo sin rumbo fijo. Tal vez el bullicio podría callar las insoportables imágenes que me cazaban como cervatillo herido.

No caminé por mucho tiempo. La pasividad nunca ha sido mi fuerte, por eso soy bueno en lo que hago, porque era un hombre de acción. Y ahora que veía a las personas viviendo sus insulsas vidas, creyendo que no encontrar estacionamiento era el fin del mundo, empezaba a cuestionarme si algún día regresaría a la banalidad en la que vivían. De nuevo desconocía la concepción de planear un futuro, y me acerqué más a la idea de ser contratista... No es lo mío cuidar a personas mimadas.

Cuando miré hacia la izquierda, gracias a la canción que alguna vez me hizo creer que era parte de esta ciudad, me di cuenta que estaba frente al pub que solía visitar; en mi último permiso para venir a Londres ese pub era muy rustico y ahora era moderno.

Nunca pensé que la vida cambiara aquí, eso me daba estabilidad, pero ahora me doy cuenta

con algo tan sencillo que el mundo no se detiene solo porque yo no estoy aquí.

—¡Ja! El mundo sí evoluciona —comenté para mí sarcástico.

Decidí entrar, quizás un par de cervezas lograrían ese ligero letargo que me permitirá dormir un poco más. Sería feliz si detenía también a las pesadillas, solo por una noche para recuperarme los suficiente.

El lugar estaba tranquilo, dispuesto a que los presentes tuvieran una buena conversación sin levantar demasiado la voz, mientras bebían sus pintas con espumosos finales.

Fui por una pinta de Guinness a la barra.

—¿Qué hay, Cal? —me saludaron.

Levanté la mirada y tardé un poco en reconocer al hombre frente a mí.

—¡Dylan! ¿Qué haces aquí? —pregunté asombrado de verlo.

—¿En qué puto planeta vives, o te dieron muy fuerte en la cabeza? ¡Sabes que aquí trabajo! ¿Qué haces tú aquí, te creía en rotación? —preguntó tomando el vaso de una pinta para servirme mi cerveza favorita.

—Me dieron un descanso forzado desde hace un par de meses —tomé el vaso que me dio y sin dudar le di un sorbo que se sintió refrescante y optimista—. No quiero hablar de eso, es un drama. ¿Podríamos vernos..., no sé, mañana para ponernos al corriente?

—Sí, estaría bien. De todas maneras, no puedo hablar mucho ahora. Hay algo de gente.

—Sí, ya veo —miré sorprendido que en tan poco tiempo se haya empezado a llenar—. Muy buen pub, por cierto —reconocí mirando superficialmente el lugar.

—Gracias. Ahora soy inversionista, pero..., bueno, nos está yendo bien con el nuevo concepto. Atrae jóvenes con dinero.

—¡Qué bien! —exclamé animado por él, chocamos puños para celebrar su éxito. Me sorprendió otro cambio—. Eso me asegura cervezas gratis, ¿verdad?

Dylan rio entre dientes, tomando mi comentario como broma; aunque yo lo decía en serio.

—Tenemos mucho que ponernos al tanto —dijo terminando de llenar otra pinta.

—Sí —respondí tomando la mía. Dylan entendió que lo iba a dejar trabajar.

Busqué un lugar no muy alejado de las conversaciones privadas, quería un poco de interacción londinense. Desde que entré al ejército, he encontrado en esta rara actividad la manera más rápida de cimentar los pies en la realidad que con cada misión me parece más ilógica... y ajena.

Miré detenidamente el burbujear de mi cerveza, vigilando como terminaba de convertirse en oscura. Hasta que algo extraño pasó sin querer: desapareció todo el ruido a mi alrededor, dejando solo el constante trinar de la espuma de mi cerveza. Incluso podría escuchar el aleteo de una mosca en el lugar, si es que hubiera una con este frío.

El cansancio estaba tomando control de mí en un mal momento. No pude evitar cerrar los ojos, solo para mostrarme a mí mismo el rechazo de Lynn cada vez que le extendía la mano para despedirme de ella, seguido por aquellos recuerdos de mi última misión.

Estaba tan jodido.

Después brinqué a algo peor. Mi nombre retumbó entre el estruendoso trinar de metralletas y las armas de mis amigos que temían por sus vidas. Quise abrir los ojos, pero al parecer había perdido el conocimiento dentro de ese recuerdo. Mis manos temblaron como si tuviera un ligero Parkinson mientras que mi respiración se agitó hasta el punto en que ahogaba el grito de ver a Clay cayendo al suelo.

Todo se sentía tan real como cuando lo viví. Era una crisis que iba a terminar en algo malo.

Estaba por gritar, cuando un golpe fuerte en la espalda me sacó del peor recuerdo de mi vida. Me puse de pie atrabancado, reflejo condicionado con el que moriré, pero fue para evitar que la

cerveza alcanzara a mojar mis jeans.

—¡Oh, disculpa! —se excusó una mujer con una sonrisa imposiblemente feliz. Del tipo que bien me haría dibujar un solecito, arcoíris y pajarillos cantando a su alrededor.

Miré a mi mesa cuando ella lo hizo, y había derramado parte de mi pinta. Quise decirle que no se preocupara, pero las palabras no salieron, solo una sacudida de cabeza indiferente que me regresó a sentarme para perderme de nuevo por otro rato.

A ella no le importó mi rechazo.

Ya no caí en el recuerdo, sino en una soledad que ilógicamente no fue completa, porque dejó que una risita femenina se escabullera; su dueña era feliz por algo.

—Estoy segura que sí le intereso —dijo una voz femenina que se coló hasta mi interés, parecía no responder a la risa que me atrapó sin querer—. Un hombre no te busca dos veces si no está “interesado” en ti —soltó un resoplido de fastidio—. ¡Argg! No entiendo qué quiere... Los hombres son tan complicados. ¡Deberían venir con un manual!

—Un manual va en contra de su naturaleza —contradijo otra—. Si no me crees, ponles algo enfrente desarmado y nunca, nunca leerán el manual. Terminarán diciendo que viene incompleto, o que el que diseñó el objeto era un idiota.

“Ellos son todólogos^[1]”.

“O algo más clásico. Dales una dirección a la que no saben llegar, un mapa, y lo rechazarán porque, según ellos, vienen precargados con un mapa interno, que solo tienen que ubicarse y darán con el camino a “Roma””.

Solté una risita sarcástica muy callada porque tenía razón. Al menos no con los soldados, somos una excepción a la regla, ya que tener un mapa y saber leerlo a veces puede salvarnos la vida.

—Eso es cierto —concordó otra muy severa. Agregó—. En cuanto a lo otro, dicen que nosotros somos las complicadas, pero en realidad son ellos... ¡Carajo! ¡No leen nuestro manual!

Reí disimulado. ¡Así que esa era la solución para entenderlas! ¿Podrán decirme dónde consigo el manual de Lynn? Porque no entiendo al diseñador que la construyó.

—¡Claro que no! Los hombres son más predecibles que... que... ¡ay!, bueno, no sé con qué compararlos en este momento, pero solo tienes que darles una cosa y los tendrás siempre a tus pies.

—¿Y qué es? —preguntó una de ellas con curiosidad inocente, creo que era la de la risita cautivadora. Me hizo sonreír cuando la imaginé con su solecito, pajaritos y arcoíris aun flotando sobre su cabeza y ella cantando su canción favorita. Muy feliz.

—Sexo —susurré la respuesta.

—¡Sexo! ¡Ley universal, amigas! —respondió otra, haciéndome reír entre dientes—. Coger sin compromisos es su única ley que respetarán, amarán y morirán por cumplir. ¡Incluso irían a la guerra por defenderla! —en eso tenía razón. Es mejor pelear por sexo que por enfermos de poder—. ¡Por eso te busca un hombre más de dos veces!

—¿Estás diciendo que él solo quiere acostarse conmigo? —preguntó molesta la indecisa.

—Eso es lo único que quieren —concordó la “risueña”.

—Sí. ¿Quieres una tercera vez con él? —cuestionó otra decidida.

—Yo quiero casarme con él... pero —respondió la indecisa seguido de un silencio corto.

—Entonces, vuelve a ser esa diosa en la cama que fuiste la primera vez, por eso te llaman después. Si fuiste patética, olvídale, amiga, porque ¡jamás volverá a llamarte!

“Y será la hora de que mejor busques a otro hombre que tal vez, con mucha suerte, quiera lo mismo que tú.”

Reí sin miramientos porque en eso también tuvo razón. Esa mujer nos conocía muy bien.

—Eso es tan malo, usar el sexo para retenerlo —comentó otra con repulsión en su voz.

—Es la única manera de atraer su atención. Es como en el reino animal, y, aunque no te guste, todavía tenemos genes primitivos —explicó una de ellas—. El macho despliega todo su colorido para conseguir a la hembra. En nuestro mundo los chocolates y flores son su “colorido” para conseguir...

—Sexo... Al igual que los animales —agregó por lo bajo una de ellas, no sé cuál.

Para ese momento, despertaron tanto mi curiosidad que quise voltear para conocerlas, pero se darían cuenta que las he estado escuchando.

—¿Y si yo quiero lo mismo: solo sexo? —consultó la indecisa.

—Entonces, ¿por qué carajos estás con la duda de si quiere algo más?! ¡Acuéstate con él y asunto arreglado!

Volví a reír.

—Es que..., no sé, cuando hablamos por teléfono solo pienso en él desnudo y haciéndome cosas, pero cuando lo veo quiero...

—¿Una familia con él? —aclaró la “risueña” con voz coqueta.

Todas rieron, incluso yo, solo que esta vez no me contuve.

—¿Al menos vale la pena físicamente? —preguntó la “risueña”.

—¡Sí! —dijeron las otras dos al unísono. Fueron tan efusivas que me imaginé de inmediato al tipo como el modelo de moda, sea quien fuere.

Siguieron hablando de ese tipo por un buen rato, sobre los rumores que corrían en la oficina de él. Según ellas, era un imbécil de una novela de porno para mamás traspasado a la realidad.

¡Quien diría que las mujeres tienen deseos reprimidos que son satisfechos por historias!

Así que de esto hablan cuando están solas... Por cierto, ¿qué es porno para mamás?, divagué con amas de casa cogiendo con actores porno. ¿Cómo lo describirán con palabras?

Mientras seguía escuchando toda su conversación, que no era nada discreta, me di cuenta que las mujeres son doble cara. Se enojan cuando un hombre las ve como solo un pedazo de carne, pero ellas son igual que nosotros cuando creen que nadie las escucha. Creo que eran hasta peor porque daban santo y seña de sus cogidas.

Por desgracia se acabó mi pinta, y tuve que ir corriendo a la barra por otra para no perderme el chisme. Sin embargo, ya de regreso, estaban platicando de una película romántica que me hizo desatender su conversación para meditar acerca de lo que cuesta su estilo de vida.

La vida de Clay, pensé mirando mi pinta con esa súbita desolación que me dejó descansar un rato al entrometerme en la conversación de mis vecinas.

Volví a caer dentro del problema. Pensé de inmediato en Lynn, en rogarle que por favor no siguiera tratándome así, porque me hacía más daño que bien. Además, estaba dispuesto a algo serio con ella.

De pronto, volvieron a golpear mi silla y a derramar mi pinta, esta vez con tal fuerza que mi pantalón se mojó un poco. Volteé hacia atrás, y la misma mujer que lo hizo la primera vez se disculpaba de nuevo. Solo me vio de reojo, sin insignificancia, para responder la despedida de sus amigas. Fue una lástima que todas se marcharan porque fue muy divertido escucharlas. Me aclararon algunas cosas que siempre me he preguntado como hombre.

Tomé la cerveza para darle un trago cuando alguien se paró a mi lado, confundiéndome.

—¿Te divertiste? —me preguntó la que ha estado desperdiciando mi cerveza con su torpeza. Por la tesitura de su voz, era la “risueña”.

Ahora que la podía ver bien gracias a un oportuno rayo de luz, acepté que era la mujer más

hermosa que he visto en mi vida. Tanto que me hizo sentir como un inexperto adolescente que no sabía qué decir frente a la chica que lo ha traído babeando las banquetas. Pero también lucía tan dulce, del tipo sensual que con solo mojar sus labios ya me hizo venir.

—¡Bah! Ya no eres tan valiente cuando te enfrentan, ¿verdad? —aseguró haciendo un puchero que me arrancó una carcajada.

Se sentó frente a mí sin preguntarme si podía hacerlo. Me agrado su osadía.

—Al menos podrías invitarme una cerveza como compensación —sugirió inclinándose para que la escuchara, aunque lo que destacó más fue su busto y esos labios juguetones.

—Creo que tú deberías invitármela, ya que me la has derramado dos veces —aclaré con aires de conquista.

Ella rio con tal osadía.

—¿Qué te gustaría? —le pregunté poniéndome de pie con torpeza. ¡¿Dónde carajo está el valiente soldado cuando lo necesito?!

—Un shandy —respondió regresando al respaldo de la silla.

—¿Un shandy? —rectifiqué conteniendo la carcajada.

—Sí. ¿Están prohibidos?

—No, no. No crítico los gustos de las personas en cuestión de bebidas para nenas —respondí alzando las manos en son de paz.

Rio disimulada.

¡Carajo! Me está coqueteando, reconocí cuando sonreí por instinto a su ternura.

—Bueno, por si no lo has notado, soy una “nena”. Así que puedo tomar esa bebida.

—Tienes razón. Ya te la traigo.

Me di la vuelta para no seguir diciendo estupideces de adolescente. Fui a la barra con paso de marcha, pero Dylan no estaba para atenderme rápido, tuve que esperar casi cinco minutos para que me entregaran la bebida. Temí que la “risueña” se arrepintiera de platicar conmigo y se marchara.

Pero, al regresar con su bebida y otra pinta, la vi muy entretenida con su celular. Me miró con desconfianza cuando le puse enfrente su bebida. Supuse que presentía que la había cargado con una droga, y que por eso había tardado. Para demostrarle que era de confiar, tomé su vaso para darle un trago largo, y luego le mostré la boca abierta para que viera que sí había tragado.

Empezó a beber tras la demostración de confianza; tal vez ya ha tenido malas experiencias con bebidas adulteradas. Era una mujer que sabía cuidarse sola.

—¿Y cuál es tu nombre? —pregunté dejándome caer en el respaldo, tomé la cerveza para acentuar mi interés por ella.

Ya no quería seguir llamándola “risueña”. Ese rostro idealmente hermoso debe tener un nombre igual... ¡No sé! Brooke, Jenna... alguno que se escuche bien cuando se esté con ella en la cama.

—Sarah Lloyd. ¿El tuyo?

Me sorprendió la simpleza de su nombre. Pero, mirándola con detenimiento, le sentaba muy bien.

—Caleb McGregor.

—Mucho gusto, Caleb —dijo extendiendo la mano. Tenía en su rostro una cautivadora sonrisa que desencadenó algo más que un pensamiento sexual.

—Mucho gusto —logré decir con una sonrisa presuntuosa.

Sarah bebió su shandy muy lento, tratando de evitar mi mirada que no era nada discreta. ¿Y cómo serlo si aún no creía que alguien fuera tan bello? Mucho más que Lynn.

—¿Escuchaste toda nuestra conversación? —me preguntó con gesto serio.

Asentí con la cabeza y sonrisa torcida. No es que ellas fueran discretas tampoco.

—Tu amiga nos conocé más de lo que cree —confesé.

—No, es algo obvio. Leí en algún lado que los hombres piensan en sexo al menos diez veces al día; yo creo que más. Teniendo en cuenta eso, se puede deducir muchas cosas.

Me carcajeé.

—No todos —logré refutar—. En mi caso, yo no puedo darme el lujo de perder segundos valiosos para pensar en sexo... Además, sé leer mapas y los uso.

—¿En serio? Serías el primero... Mmm, ¿en qué trabajas? —preguntó inclinándose un poco hacia mí.

Me quedé callado, no podía decirle a qué me dedicaba. Primero, por seguridad. En estos días uno ya no sabe quién puede estar trabajando para organizaciones extremas y estar escuchando a mis espaldas; como yo lo he comprobado. Mi fanfarronería podría llevarme a manos enemigas.

Y, segundo, en caso de que fuera otra hermosa londinense más, no quería espantarla con muerte, traumas y demás. Sucedió con Lynn, aun cuando era mi terapeuta. Porque en ese momento con Sarah entendí por qué Lynn me rechazaba: no quería meterse en el drama que trae siempre un soldado a cuestras.

Después de todo, yo se lo advertí.

—Soy... soy... —balbuceé. ¡No supe qué responder!

—¿James Bond? —preguntó con un guiño coqueto y sonrisa traviesa.

Me carcajeé tanto que llamé la atención de algunos.

—No. En este momento no soy nada. Estoy reencontrándome a mí mismo —aclaré sagaz, aunque fue la verdad de mis días.

—Me evadiste muy bien —susurró.

—No... Okay. Fui corredor de bolsa y casi me dio un ataque cardíaco en la última caída de bolsa —mentí con lo primero que se me ocurrió—. Aun soy muy joven para tener uno. Lo que me hizo darme cuenta que no llegaré a los cuarenta si sigo así.

—¡Ah, ahora entiendo lo de reencontrarte contigo mismo!

—Sí.

Me creyó. ¡Y tenía que hacerlo! El gobierno pagó a los mejores entrenadores militares para enseñarme a mentir al enemigo. Yo podría soportar una tortura inhumana. Por suerte, aún no he pasado por una.

Me di cuenta que necesitaba que siguiera sentada frente a mí, porque su compañía me estaba ayudando mucho; me hacía sentir normal. Un hombre cualquiera que acababa de conocer a una mujer bonita en un pub.

—Pues yo soy gerente de operaciones de campaña —dijo, y de inmediato ladeé confundido la cabeza. Eso sonaba a un puesto militar, y ella se veía tan delicada como una flor para pertenecer a las fuerzas. ¿O acaso estaba en la política? Aclaró rápido—. Literalmente me dedico a analizar si una campaña de Vodafone va a funcionar o no.

—¡Ah! Eres buena en tu trabajo —comenté sacando mi celular enseguida para mostrarle que estaba en esa compañía.

—Sí, somos muy buenos. Por cierto, gracias por la lealtad —respondió orgullosa, antes de una risita entre dientes, refiriéndose al grupo que tenía a cargo..., supongo.

—Soy un hombre leal —solté sin querer con sonrisa a medias.

—¿Del tipo por la reina y la patria?

—Así es —respondí conteniendo con trabajos la ironía que quería brotar en una risa.

—Un Da Vinci entre Picassos —comentó.

—Mmm, interesante —dije, dejándome caer al respaldo de la silla sin dejar de mirarla ni de acariciar mi barbilla. En verdad esta presentación me parecía peculiar.

—¿Qué? —cuestionó confundida.

—¿Cuáles son las probabilidades de que dos personas muy buenas en su trabajo se conozcan de la forma más “risible” posible?

—Por risible te refieres a...

—¡A-ha! Nuestras risas: la tuya hermosa y la mía impertinente.

Sonrió en lo que bajaba un poco la mirada, luciendo más hermosa. No hay nada como una mujer sonrojándose. Si se ponía así por decirle que tenía una risa hermosa —lo cual no era mentira—, ¿qué haría por otras palabras más calientes?

El silencio fue cómodo, al menos no me hacía buscar excusas idiotas para salir huyendo de una terrible cita. Aunque, tenía que tener en cuenta que esto no era una.

Sin embargo, la maldita campana sonó con entusiasmo. Siempre me hace mentar la madre porque parecía escuchar la voz de mi padre advirtiéndome que era hora de parar de beber, cuando yo quería emborracharme. Esta noche lamenté que me alejara de Sarah como en esas citas de cinco minutos.

Me dieron ganas de ir a donde Dylan y arrebatarla de la mano, porque estoy seguro que era él quien la estaba tocando, ya que sabía muy bien que me encabronaba escucharla.

Ya lo podía ver con su sonrisa estúpida y buscándome para ver mi reacción.

—Hagamos esto rápido —balbuceé callado en lo que me sentaba mejor en la silla. Iba a apostar todo en una sola mano. Ella me gustaba y no quería que esta noche terminara ya—. Hermosa Sarah, te voy a ofrecer dos opciones. Pero tendrás que pensarlas rápido —los gestos de Sarah eran increíbles. Me estaba gustando ese tenue miedo en su mirada y deseo en sus labios.

Di un sorbo a mi cerveza para hacer más profunda su expectación y la sensación de que estaba tomando valor.

—La primera es... —hice una pausa para inclinarme hacia ella como si le dijera un secreto. Ella también lo hizo, de seguro por instinto. Noté su pecho algo agitado, muy nerviosa—. ¿Tienes una pluma?

Hizo gestos confundidos en lo que se dejaba caer en el respaldo de la silla, algo desilusionada.

—Debes tener una. Las mujeres traen todo un mundo consigo, perfectamente escondido dentro de sus bolsos.

Se aventuró ahora en su bolso y soltó una risita irónica cuando me la entregó.

—Bien. La primera es que me pondré de pie en unos segundos y te pediré una cogida rápida en tu departamento —todo su hermoso rostro se abrió en sorpresa... ¿Indignada? No sé por qué, estoy seguro que lo esperaba. Continué—. Tu silencio me orillará a retirarme con la esperanza de que me alcances antes de que suba al taxi. No te preocupes por justificarte, eres una chica seria y eso es lo que espero de una. Sin embargo, será una lástima que no aceptes, pero lo entenderé.

“La segunda es que te daré mi número de celular —lo escribí en una servilleta limpia—, y te pediré que me hables. Quizás lo harás en uno o dos días para darte un poco de importancia, y mostrame que no eres una mujer urgida, pero lo harás. Y ten por seguro que no pensaré que lo estás. Un secreto para tu amiga: A los hombres nos gusta que nos llamen para una segunda vez... Somos igual de inseguros que ustedes cuando tenemos sexo de campeonato y queremos más.

“Entonces, te invitaré a salir. Sé que aceptarás y la pasarás tan bien conmigo que me pedirás que te acompañe a tu departamento para portarnos mal... Prometo ser todo lo que esperas de mí.

Nunca defraudo.

Pobre Sarah, estaba con la boca abierta. Atorada en algún lugar entre la incredulidad y la indignación.

—Ambas situaciones no asegurarán una relación —seguí—, pero eso ya lo sabes por tu amiga. Los noviazgos maduran con sexo y convivencia, no con solo saber mi nombre, y en la cama se deciden muchas verdades que la pasión libera... La vida no es una película de Disney —rio entre dientes—. Entonces, como puedo buscarte después de la primera opción, o puedo botarte después de la segunda. No hay nada seguro.

“¡No, espera! Eso se decidirá dependiendo de qué tan bien nos llevemos en la cama —terminé guiñándole.

Le deslicé la servilleta junto con la pluma. Ella la miró boquiabierta, dándose cuenta que su amiga sí tenía toda la razón. Solo que yo tuve la “decencia” de plantearle la situación desde el inicio y sin tanto drama de por qué carajos no le llamo.

Era hora de actuar el plan. Di un último sorbo a mi cerveza y me puse de pie sin dejar de mirarla aun maravillado, a lo que ella levantó la mirada recorriendo sensual mi cuerpo. Quizás imaginándome ya desnudo y lo mucho que la haría gozar.

Me agradó eso, y se lo demostré con mi sonrisa fanfarrona. El ejército me ha dado un cuerpo que es el deseo de muchas mujeres.

—Es tu decisión, Sarah —le dije cuando al fin se encontró con mi mirada.

Sin embargo, no recibí respuesta, lo que quería decir que escogió la primera... ¿O quizás ninguna de las dos?

—Bien, Sarah. Fue un placer —me despedí antes de darme la media vuelta, ya indiferente de esa mirada clavada en mí.

Salí a la calle mirando a ambos lados, esperando con suerte encontrar un taxi vacío. No me permití voltear para no dar a Sarah la idea de que aún estaba esperando que me alcanzara.

Pero con el paso del tiempo, fue raro lo que me estaba haciendo sentir su negación a distancia; a decir verdad, no me gustó y me estaba orillando a regresar para disculparme que la haya ofendido. Tal vez toda esa “verdad” que querían escuchar de nosotros desde el inicio era pura palabrería, y querían dejar todo en duda, o en manos del destino.

Ni modo. A veces se pierde.

Hice la parada al primer taxi que pasó, pero ya venía ocupado. Como ya no quería quedarme más tiempo ahí suplicando que no me abandonara, saqué el celular para llamar a Uber.

—Tomé la decisión desde el momento en que choqué contigo —escuché a Sarah detrás de mí. Volteé lento cuando me tocó el brazo para llamar mi atención, creyendo que no le había escuchado—. Solo que no tenías que ser tan directo. Un poco de romance hubiera sido lindo.

Asentí ocultando esa sonrisita que me regañaba por no tener más confianza en mí. Sin darle tiempo siquiera de reaccionar, la tomé del cuello para besarle como seguramente lo esperaba: mostrándole que conmigo siempre tendrá algo más. Eso es lo que ellas siempre quieren con el primer beso.

Pero me detuve al estar a escasos centímetros de sus apetitosos labios para disfrutar el escalofrío provocado por la expectación de romper definitivamente la línea que no deben cruzar dos desconocidos.

Su aliento agitado incitaba a seguir, a que ya la reclamara mía con tan solo un beso. No iba a resistirme más a tan perfecto ofrecimiento, así que mojé los labios y la besé.

Pero nunca imaginé que la princesa con sonrisas hermosas se me colgara del cuello para prohibirme terminar el beso. Me demostró muy bien que le gusté, y, ¡joder!, besaba muy bien.

¿Podía una mujer tener tanta perfección?

Segundo a segundo, ese primer beso maduró hasta el punto en que tuve que morderle el labio para que me liberara.

Rio muy traviesa, ya que le gustó que la mordiera.

—Disculpa, pero de alguna manera tenía que detenerte un poco, golosa —comenté con una sonrisa engreída. Me dio un manotazo en el pecho como respuesta, que no tenía otro significado más que dejar de sonrojarla.

Me alejé de ella, pero solo para detener un taxi vacío que divisé rápido.

Sarah dio su dirección al taxista apenas subimos y cerré la puerta. Me pareció bien que no fuéramos a mi casa, así tendría la huida post-sexo en control.

No hablamos en todo el camino, a pesar de que nuestras miradas se encontraban demasiadas veces. Quizás ella temía descubrir que me estaba arrepintiendo, pero era todo lo contrario, porque necesitaba estar con alguien esta noche. Alejarme de los pensamientos, usando el sexo de nuevo.

Pero esta vez lo hacía por deseo carnal, porque Sarah me gustaba muchísimo.

Varios minutos después, sentí un ligero rosé en la mano que me llevó de inmediato a mirarla, justo a tiempo para ver su dedo meñique contorsionándose un poco, buscando un agarre casual. Tomé su mano sin dudar y enseguida la miré con una sonrisa engreída que le presumía lo que iba a poder tocar a gusto en un rato, solo tenía que ser más paciente.

Pero Sarah se sorprendió por mi atrevimiento en el taxi y retiró rápido la mano dentro de esa cautivadora risita nerviosa. Ya no la incomodé más porque tal vez esta era la primera vez que era osada con un extraño.

Tras unos diez minutos con la tensión sexual creciendo despacio, finalmente llegamos a su departamento que estaba en una calle solitaria en Notting Hill.

Pagué el viaje en lo que ella bajaba rápido. Tras que se marchó el taxi, Sarah me miró en silencio de nuevo. ¿Qué esperaba que hiciera? Ella era quien tenía que dirigirme a su departamento.

Finalmente sonrió tímida y se dispuso a abrir una puerta azul. No puede evitar la sonrisa estúpida al recordar la famosa puerta de la película de Notting Hill. Incluso me tomé un segundo para revisar mejor el lugar porque estaba sospechando que lo era.

—Se lo que piensas y, no, no lo es —aclaró—. Pero verás por aquí muchas puertas pintadas de ese color en honor a esa película.

Sonreí irónico porque por un segundo ya me estaba sintiendo como el jodido Hugh Grant, mientras que yo quería ser algo más osado.

Cerré la puerta detrás de mí y la seguí en silencio por escaleras que se doblaron hasta un tercer piso.

—Casi llegamos a las estrellas, ¿verdad? —comentó cuando la miré ya algo cansado de subir.

—La vista vale subir tanto escalón —respondí deleitándome con su sonrisa tímida—. Estás más cerca de las estrellas. Presiento que las veré muy bien desde tu cuarto —le susurré, arrancándole una risita nerviosa.

Cuando se detuvo en una puerta blanca y metió la llave, me le embarré en lo que le abrazaba por la cintura y mis labios buscaban su cuello para encenderla ya. Me dejó manosearla hasta que entramos a su departamento, que fue cuando puso varios metros de separación entre los dos.

Por cada paso que yo daba para disfrutarla, ella me rechazaba con uno más.

—¿Estás jugando conmigo? —le pregunté ya un poco cansado de estar persiguiéndola por ese pequeño pasillo. Me miró analítica—. Si te has arrepentido, solo dilo y me voy. Aun así, es posible que te hable para invitarte a salir, y recuerda que nos vamos a divertir mucho y voy a

querer conocer tu cuarto.

“Me gustas mucho.

No respondió, pero alcancé a ver que su respiración se alteró casi hasta el punto de sofocarla en deseo. ¿Tenía miedo de mí?... ¿O de acostarse con un extraño?

Como no me corría de su casa, me detuve para extenderle la mano y mostrarle confianza. Por suerte, no tardó en tomarla, quizás descubrió en ella el lado protector que las mujeres encuentran en mí fácilmente. En lugar de jalarla como si su cuerpo me perteneciera, me acerqué lo suficiente para acunar su cara y besarle; esperé que ella subiera la intensidad. Era buena para eso.

Sorpresivamente sentí sus manos tratando de desabrocharme el pantalón en lo que su lengua se metió más adentro de mi boca para hacerla suya.

Sarah se dejó llevar por la experiencia.

Caleb

Le retiré mis labios a la fuerza para quitarme la sudadera y playera sin tanta torpeza. Sin embargo, se soltó a reír cuando me quedé un poco atorado entre ambas prendas. Estoy “entrenado” para vestirme en menos de cinco segundos y estoy quedando como idiota urgido de sexo frente a ella.

Fue muy amable en ayudarme.

Ya libre de la opresión de la ropa, y acompañándola con una risa callada pero nerviosa, acuné su rostro de nuevo y la gocé con un beso que la obligó a dar un brinco para que la llevara a donde yo quisiera; sentirla tan cerca me calentó tanto que le supliqué con voz jadeante que me dijera dónde estaba su cuarto. Necesitaba espacio suficiente para todo lo que quería hacerle.

Iba a gozarla como un... Irónico. Como un soldado que no ha tenido sexo desde hace tiempo.

Sin deseos de bajarse, se torció un poco y me señaló la puerta que me pareció lejana.

—¡Sujétate bien, hermosa koala! —le ordené en lo que la agarraba mejor para trotar a su cuarto.

Sarah soltó una risa de niña divertida mientras se aferraba más a mí. Acostumbrado a cargar kilos de equipo y caminar kilómetros no aptos para personas normales, ella me pesó tanto como una delicada pluma.

La bajé en el umbral de su cuarto para tentarla con un beso durante cada paso a su cama.

—Eres muy risueña, ¿verdad? —le comenté en lo que empecé a quitarle la ropa.

—No. Pero tú me haces reír mucho —aclaró tomándose de la cintura para ponerse de puntas y darme un picorete.

—¿Y eso es bueno?

—Mucho... Parezco tonta, pero me encanta reír para ti.

Mientras que la llevaba lento a acostarse, la besé emocionado por llegar pronto a otras partes de su cuerpo. No callé mis gemidos en su boca tras degustar su increíble beso. ¡Era una experta en besar!

A pesar de que no lo quería, tuve que cortarlo para ponerme el condón que sacó de su cajón. No me permití cuestionarme cada cuándo se acostaba con hombres para estar preparada así.

De un segundo a otro, ya estaba inmerso en ella. En cada gemido callado suyo que me motivaba más a convertirlo en grito.

—No te reprimas —le susurré antes de morderle el hombro para que se liberara. Quería que se volviera loca por mí. ¡Joder! ¡Que me diera la misma adrenalina que consigo en las misiones!

¿*Tendré que decirle que no he tenido sexo para que se sienta más especial?*, me cuestioné sin dejar de manosearla con delicadeza para que se relajara ya.

Pero seguía reprimiéndose. Entonces, me aloqué por ella hasta el punto que me pidió con un quejido que fuera más “cariñoso” con ella. No había cariños en el sexo casual, al menos para mí. Y necesitaba que ella quisiera lo mismo.

—Tranquilo, Cal —pidió jadeante.

—Entones, solo relájate —le dije cuando detuvo mis caderas para que viera en sus ojos que hablaba en serio.

—No me iré a ninguna parte. ¡Te lo juro! —prometió. Por un momento creí que iba a detener

todo si no cumplía su deseo, pero su sonrisa traviesa solo me pedía un poco de lentitud.

¿Cómo ser lento cuando no he tenido sexo, y tengo el gusto de estar en la cama con la mujer más preciosa que he conocido?

Ante mi silencio, soltó una exhalación que la hizo ver ahora muy nerviosa. Tal vez se imaginó que había caído en las garras de un adicto al sexo.

—¡Hey! —le llamé cuando perdió la mirada a un lado. De seguro resignada a que en este momento primero estaba yo y ella jamás. Me miró temerosa—. Sarah, eres hermosa y te deseo desde que me besaste. Lo único que necesito es que no te reprimas.

Escondió la mirada, pero muy sonriente. La regresé con gentileza para que volviera a verme.

—¿Seguimos? —consulté.

Asintió en lo que subía sus pecadoras manos por mi espalda, y se alzó un poco para alcanzar mis labios.

Estaba haciendo muchas concesiones para ser sexo de una noche, pero esta pausa terminó de confirmarme que yo era el primer extraño con el que se acostaba. Tal vez debería tomarme esto con calma y disfrutarlo como ella quería, porque ¡quién sabe cuándo volveré a tener sexo!

Y tampoco quería dejarla con un trauma.

Esta vez bajé la efusión y ella se liberó, e incluso se hizo atrevida. Disfruté el sexo hasta el último segundo.

Al cumplirle, en lugar de dejarme caer a su lado y compartir ese momento íntimo que generalmente se tiene con la pareja, me quedé quieto, haciendo una temblorosa *plank*^[12] con ella aún debajo de mí. Mi récord era cinco minutos sin flaquear, así que podía soportar hasta que mi respiración se tranquilizara; ella era tan golosa que no dejó de mover sus caderas hasta encontrarse con otro orgasmo, el cual llegó segundos después.

Salí de la cama para vestirme sin preocuparme si ella seguía perdida en el éxtasis. Me senté a su lado para ponerme los tenis, y tomar un respiro. Sarah se sentó, cubriendo su desnudez con trabajos.

—Estuviste... ¡Wow! —reconoció con voz sensual, con la clara intención de llamar mi atención para que regresara a la cama. Sus feromonas me decían que me quería toda la noche.

Pero esto era sexo casual y mi regla es una vez y huir, por mucho que haya disfrutado el momento.

—Tú también —reconocí poniéndome de pie—. Descansa —agregué ya en la puerta.

Sarah me dejó irme como una brisa que entró para refrescarla un poco. Sin embargo, cuando salí a la calle, miré hacia el tercer piso, al que debería ser el departamento de Sarah.

—Gracias —susurré con una sonrisa de completa satisfacción.

Podría decir, sin dudar, que tuve el mejor sexo de mi vida con una mujer que me quita el respiro, aun en pensamiento. Era una lástima que solo iba a ser una noche.

Como no pasó rápido ningún taxi, entonces caminé hasta encontrar uno. Disfruté mucho la caminata mientras pensaba en la noche con ella. No hubo remordimiento, sufrimiento ni culpabilidad. Volví a ser yo.

Estuve tan relajado todo el camino, como si me hubieran quitado kilos y kilos de preocupaciones. No tenía idea cuán mal estaba.

Tal vez ya era hora de volver a la terapia con Lynn.

Al llegar a mi departamento, fui directo a mi cama. Estaba tan relajado y cansado que dormí más de doce horas, y al fin tuve un sueño placentero.

DOS DÍAS DESPUÉS

Llegué al consultorio de Lynn muy descansado. Esa noche de sexo sin compromisos me cayó muy bien, y el gusto ha durado hasta hoy. Al menos ya no estaba como gato tenso.

—Buenas tardes, Caleb —me saludó Lynn con una sonrisa muy abierta, como si le diera gusto verme. Incluso se sujetó de mi brazo, apretándolo un poco para alcanzar mi mejilla, que fue besada bien. Esta vez no fue uno temeroso de la tensión que podría despertar.

Su actitud fue completamente amigable, lo cual me sorprendió.

—Hola —respondí mirándola aun confundido.

—Te ves muy descansado —comentó en lo que se sentaba y tomaba su libreta con movimientos tan elegantes que bien podía pasar por alguien de la realeza.

—Sí. Por fin pude dormir dos noches completas... y sin pesadillas.

—Me alegra mucho —dijo, y le sonreí orgulloso de al fin tener un avance—. ¿Has visto a tus compañeros?

—¿A Spencer y Robin? —pregunté algo despistado, ya que aún seguía analizándola y preguntándome una y otra vez por qué ahora lo hacía. ¿Acaso traía tatuado en la cara que me acosté con alguien y quería regresarme a ella? ¿Acaso las mujeres pueden notar eso?

Tiene que ser cierto que pueden descubrir un engaño con solo analizar bien a la pareja unos segundos.

—Sí.

Tras reaccionar a lo que me había preguntado, me cuestioné si acaso ha hablado de mí con mis amigos. O ya habrán dejado la terapia y quiere averiguar por qué.

—No, aun no. Ni siquiera he pensado en buscarlos.

—Ya han dejado la terapia —avisó.

—¿La abandonaron? —cuestioné molesto. Tanto molestarme con que los tres necesitábamos ayuda urgente antes de hacer una estupidez, y no soportaron.

—No, los he dado de alta. Y creo que ya regresaron a su “trabajo”.

Me sorprendió saber eso. ¿Quería decir que yo estaba más jodido mentalmente que ellos?

—No estaban tan mal como yo..., ¿o sí? —pregunté.

—No es eso —respondió dubitativa—. Estuvieron más dispuestos a recibir ayuda que tú.

Hice gestos de indignación porque ella fue quien me levantó el muro de confianza, solo por alejarse sentimentalmente.

—Pero no estoy rechazando la ayuda...

—No, pero tampoco quieres hablar del tema de lleno. A veces das pie, pero te desvías cuando sientes aflicción.

—Es que no es fácil. Ellos no..., bueno, no perdieron una vida en sus brazos.

—No, pero sufrieron la misma impotencia que tú.

“Caleb, no puedo hablar más de ellos contigo, solo te pregunté porque me sorprendió que no me comentaras nada en la sesión anterior, después de haber visto a Jessica y Spencer.

—Está bien.

—¿Y cómo lograste dormir? —preguntó mirando su cuaderno de notas para apuntar otro avance.

Lamenté que me preguntara eso porque, a pesar de haber tenido sexo jodidamente increíble con Sarah, aún tenía intenciones serias con Lynn. No podía decirle la verdad, eso me cortaría las alas de una vez por todas.

Tragué saliva sin que ella lo notara, al momento no tenía una respuesta inventada.

—Pensé en ti —solté cuando vi que humedeció sus labios con la lengua y levantó un poco la mirada hacia mí.

—Me estás dificultando esto, Cal —advirtió. Pero cuando noté que no me llamó Caleb, como siempre lo hace, supe que estaba cediendo a lo que sea que está naciendo entre los dos.

—Bien —dije tras un suspiro ya resignado cuando no hizo algo más para seguir la intimidad. Quizás estaba viendo cosas donde no había nada. No sería la primera vez que me pasa—. Tiene razón. Ya es hora de que hable de esa noche.

Me acomodé en mi asiento.

—Estoy aquí para ti —dijo, pero, la verdad, es que me molestó que lo dijera con tono de psicóloga. Estoica y quizás cansada ya de escuchar problemas ajenos e insignificantes.

—Gracias —resoplé ya decidida a dar otro paso—. Bueno... Todo iba bien. Se suponía que iba a ser otra misión que terminaría en una hora... máximo —puse el escenario frente a nosotros sin mirarla. Ya no me importaba escandalizarla, así que continué desclasificando lo que desencadenó todo—. Estábamos muy concentrados en cada parte de la misión. Funcionando a la perfección cual maquinaria suiza.

“Pero solo bastó un segundo para que todo se fuera al carajo... —hice una pausa para respirar profundo—. Hay una delgada línea entre lo correcto e incorrecto, y yo la crucé sin siquiera notarla... o importarme.

—Sé que no puedes hablar mucho de esa misión, pero ¿puedes decirme qué sentiste en el momento que Clay fue herido?

Me rasqué la barba.

—¿Alguna vez has jugado Jenga? —ella asintió en silencio—. Nos quitaron una pieza que balanceaba la torre a la perfección.

“Mi descontrol inició cuando sucedió la primera baja. Las consecuencias de eso cayeron sobre Clay muy rápido. Tal y como suceden en las películas. No podía creer lo que nos estaba pasando —terminé con un tronido de dedos.

—Entiendo. Se rompió la burbuja de seguridad que construyeron alrededor suyo —comentó, a lo que asentí con la cabeza.

—Sí. He sido entrenado para tener la sangre fría en situaciones terribles, para actuar mucho más rápido que cualquier civil... Pensar antes de sentir. Ser con el inocente tan fuerte y protector como Superman, y con el enemigo tan psicópata como el Joker.

“Y me sentí tan inexperto y acorralado como la primera vez que entré en combate. Me convertí en ese debilucho que creyó que por ser sobresaliente en Sandhurst estaba listo para afrontar solo al mundo entero.

—Pero viviste algo extraordinario.

—Tal vez. Las estadísticas dicen que la muerte de soldados es algo común, y te repiten constantemente estar preparado para ello, porque te puede suceder o a tu compañero, pero nunca llegas a considerarlo como algo tan cotidiano. Solo esperas, y tal vez ruegas, antes de cada misión no correr tal infortunio.

Suspiré profundo, preparándome para regresar a ese segundo que siguió tras el suicidio del yankee.

—¿Mis amigos te dijeron lo que sucedió en realidad? —consulté.

—Sí. Y sé que no puedo hablar o escribir acerca de ello.

—Bien, será más fácil que entiendas que el inicio de todo me tomó por sorpresa, pero después me importó poco. No podía bloquearme por algo ilógico.

“Pero un segundo después sucedió lo de Clay y... estuve confundido por un segundo o dos; incluso llegué a preguntarme qué le estaba pasando, que no era momento para hacerse el gracioso. Pero todo se derrumbó frente a mí cuando vi la sangre aun tibia y su rostro aterrorizado porque

sabía que iba a morir. No importara las estúpidas palabras que le dijera, él iba a morir... Y no lo quería así.

“Irónico. Fue una negación que aceptaba la muerte.

“Fue como si jamás hubiera asistido al entrenamiento por el que pasé para demostrar que era una persona lo suficientemente dura para proteger al país. Solo fui un civil que presencié el asesinato de un amigo... Me sentí tan impotente como ese día del atentado, cuando escuché gritos y gente corriendo aterrada cubierta de concreto y sangre... Le juro que sentí que estaba viendo el inicio de la tercera guerra mundial.

“Lo del 9/11 fue impactante, pero lejos de casa. Además, era joven para comprender lo que significaba en realidad un ataque como ese.

—¿Pierdes tu empatía cuando estás en misión? —preguntó preocupada. Tal vez no debí haber usado esa analogía de Superman. A un psicólogo no se le puede decir que todos tenemos un dejo de psicópata porque de inmediato dará la orden de refundir en el psiquiátrico.

Asentí con la cabeza.

—Tengo que hacerlo —aclaré—. Tengo que pensar cada vez que la persona que aparece en mi mira solo es una figura sin vida que representa la maldad que usted ve filtrada en los noticieros, que ha sido aleccionada para no tener compasión por nadie... ni siquiera por un niño.

—¿Alguna vez has lamentado haber quitado una vida?

—No puedo responder a eso —revelé, evitando su mirada inquisitiva—. Ningún soldado podrá responderla con sinceridad.

—Ok, entiendo.

Me frustró no poder confesarle que en esos momentos mi voz creyente me recuerda que, si no elimino al enemigo, estoy ayudándole a tomar un avión y venir a atacar civiles aquí.

Esa confesión le probaría que confió en ella en un cien por ciento, pero me alejaría de su interés.

—Veamos... —susurró—. Cuando regresas de una rotación, ¿qué es lo que haces para olvidarte de tu lado de soldado?

Suspiré aun con la mirada perdida.

—No es fácil reintegrarme... Es como ser perdonado por todos los pecados cometidos después de pasar décadas en el infierno. Los primeros días estoy dividido entre la guerra y la paz, hasta que, de pronto, un día cualquiera, la cotidianidad me atrapa. Y es desesperante porque no puedo ignorar jamás que el enemigo está tramando algo para llegar a mí, no importa en que parte del planeta esté.

“A veces ruego que el celular destinando al trabajo suene para dejar esta vida tan cotidiana.

—Bien..., regresemos un poco —dijo, atrayendo mi atención. Siguió—. En el momento que viste a Clay herido, ¿qué deseaste hacer primero?

—Ponerlo a salvo. Siempre hay que poner a un compañero herido a salvo, después darle primeros auxilios.

—¿Lo hiciste por entrenamiento o porque estabas protegiendo a tu amigo?

—Lo segundo —respondí sin dudar y Lynn soltó un suspiro de alivio. Creo que acababa de responder la pregunta que me certificaba como un soldado aun con humanidad y no en una máquina para matar—. Pero ahí fue donde cometí un error. Debí haberlo arrinconado, ponerlo alejado de las miras fáciles.

—Caleb, estabas bajo un estrés impresionante, no es sencillo pensar cuando tu vida corre peligro.

—Tienes razón, pero fui entrenado para estarlo.

—¿Crees que, si lo hubieras arrinconado, se hubiera salvado?

Mi sueño me decía que sí, pero en ese momento mi mente me proyectó ese segundo disparo, y por la trayectoria, supe que no.

Clay estaba condenado a morir en ese edificio.

—No. Nos rodearon demasiados enemigos escondidos.

—Bien... ¿Qué pasó después?

—Mientras el apoyo llegaba, decidimos continuar la misión. Clay estaba herido, pero no era grave hasta ese momento —tragué saliva, aun recordando—. Lo hicimos rápido, pero pronto nos superaron en número y... —callé cuando recordé la risa de ese bastardo que terminó por hacerme perder la razón. Continué—. Otro segundo bastó para perderme en el miedo.

“Y cuando el miedo ataca a un soldado, solo hay caos que crece y crece hasta cometer una idiotez... ¡Y pasó! —suspiré lento—. Recordando ese momento —dije mirándola, todo el tiempo había evitado sus hermosos ojos—, creo que salir herido fue algo bueno... Hubiera terminado de perder mi humanidad —terminé desviando de nuevo la mirada.

—Cal —me llamó y enseguida le puse atención—, ¿qué sentiste cuando confirmaste que Clay estaba muerto?

—Ira... Mucha ira. Pero no contra el enemigo, porque actuó como se espera. Sino contra el yankee y su familia.

No sé por qué responder eso me llenó con una tristeza que me hizo respirar agitado cuando la contuve a fuerzas. Fue como si lágrimas de impotencia quisieran tomar el mando de mi entereza. Iba a pedir un minuto de descanso cuando Lynn se puso de pie y vino a hincarse frente a mí, luego levantó un poco mi barbilla para que la mirara, y me besó.

Al fin derribó la muralla que la detenía de caer en mí. Y fui tras ella necesitado de ese olvido que Sarah me dio durante una noche.

Estaba por suplicarle con caricias que se sentara en mí a ahorcajadas cuando la campana de sesión terminada sonó. Esta vez, fui yo quien cortó el beso antes de que su asistente notara que estaba tardando en salir de la sesión.

Lynn me miró sorprendida de lo que hizo.

—No debimos... —balbuceé.

—Sí, sí. Lo siento —dijo poniéndose de pie. No la ayudé porque me dio miedo tocarla y terminar de perder esa cordura que ahora me hacía comprender que estaba cruzando un puente que por el momento no tenía que siquiera mirar.

Ya estaba hablando de lo sucedido esa noche con la mujer que prometió ayudarme. Mi proceso verdadero de curación había iniciado.

Salimos ambos en silencio, y solo pidió a su asistente que agendara otra cita para esa semana.

—Gracias, doctora —le dije antes de tomar mi camino para dejar el consultorio.

—De nada, Caleb. Si me necesitas para hablar, estoy a tan solo una llamada —respondió.

Cuando salí, no pude evitar esa sonrisa que al fin era sincera por lo bien que me sentía. Seguía violando juramentos que nos alejaban, pero no podía evitarlo con ella.

Sin embargo, tras unos pasos, me invadió la confusión porque no entendí si me había dado una señal oculta para llamarle o no.

Pero, de nuevo, decidí dejar el coqueteo para una vez terminado el tratamiento.

Tan pronto llegué a mi departamento, me eché en el sofá de siempre. Aún me sentía bien.

Recordé ese beso; quizás toqué alguna fibra sensible en Lynn.

Sonreí porque quería decir que le dolió escuchar lo que viví, que soy un hombre cuya

vocación era proteger y en ese momento yo la necesitaba.

Lo que hubo en su beso fue un sentimiento agradable que me dijo que ella estaba para mí en ese momento... Y no como mi doctora, sino como Lynn.

Mi celular sonó, regresándome a la realidad.

NÚMERO DESCONOCIDO

Hola.

Fruncí el ceño, preguntándome si podría ser el número privado de Lynn. Tal vez sí leí bien su mensaje oculto.

CALEB MCGREGOR

Hola.

¿Quién eres?

NÚMERO DESCONOCIDO

¿Tan pronto me has olvidado? :-)

—¿Carita no risueña? —cuestioné recordando al instante un solecito, arcoíris y pajaritos.

CALEB MCGREGOR

¿Sarah?

NÚMERO DESCONOCIDO

¡Bingo! Te has ganado un premio. ¿Qué te gustaría tener? :-)

Sonreí deleitado de que me buscara.

CALEB MCGREGOR

Hola.

NÚMERO DESCONOCIDO

Hola de nuevo. ;-)

Por alguna razón me la imaginé mordiéndose las uñas de nerviosismo por mensajearse conmigo, y yo actuando ya como idiota.

CALEB MCGREGOR

¿Estás nerviosa por chatear conmigo?

NÚMERO DESCONOCIDO

Un poco.

Bueno, sí.

CALEB MCGREGOR

¿Por qué? Me has dejado tocar y besar partes de ti que estoy seguro ni siquiera sabías que te daban placer.

NÚMERO DESCONOCIDO

Porque... ¡Carajo! No puedo dejar de pensar en ti.

Has puesto mi mundo de cabeza.

Abrí los ojos sorprendido. Sarah era muy directa.

Pensé que su osadía de esa noche fue consecuencia de que estuvo bebiendo, pero al parecer ella era así. Consigue lo que quiere.

No le respondí de inmediato porque lo que le dijera iba a llevarla por el mismo camino que no

quería que tomara.

Si le decía que solo habíamos tenido sexo de una noche, sería la última vez que sabría de ella.

Si le decía que yo en cambio pensé en otra mujer... sería la última vez que sabría de ella.

Como sea, ella saldría de mi vida.

Como no tenía idea de lo que quería, apagué el celular para que el WhatsApp le notificara que estaba fuera de línea. Tenía que pensar muy bien mi situación sentimental en este momento con Lynn, quien al fin me había besado por iniciativa propia.

Caleb

MINUTOS DESPUÉS

Apenas releí sus mensajes, tomé las llaves para ir a su departamento.

Durante el camino pensé en su reacción al abrirme la puerta. Tuvo mucho valor al confesar que la noche que pasamos juntos fue tan buena que no podía dejar de pensar en mí. He de ser sincero, si Lynn no estuviera en mi mira, lo más probable es que yo hubiera sido quien la hubiera buscado.

El taxi llegó más rápido de lo que creí. Tan pronto toqué nervioso la puerta, escuché los pasos de alguien en un trote desesperado.

Sarah se sorprendió al verme, quizás creyó que no me pareció tan buena para acudir a ella con solo un mensaje directo. Traía una bebida fría en la mano; el aroma a bombón me dijo que era un S'more improvisado. Estaba haciendo frío para beber uno, pero quizás su antojo fue tal que no le importó enfermar.

Pero ahí estaba, conteniendo esa sonrisa presuntuosa. Después de todo, hice temblar su mundo. No siempre me lo dicen.

Sarah sonrió de oreja a oreja mientras que su dedo índice coqueto me invitó a pasar, con trabajos logré cerrar la puerta en un azote algo escandaloso, y subimos en trote los tres pisos. Tras abrir la puerta, me tomó de la playera para meterme a su casa, pero me soltó unos segundos para dejar rápido la bebida en el suelo, luego se colgó de mi cuello en un abrazo que la llevó a mis labios.

Me tomó tanto por sorpresa que la fuerza de su efusión me hizo retroceder hasta estamparme contra la puerta; agradecí que estuviera cerrada o hubiera tropezado y caído de espaldas, llevándola conmigo.

Se separó de mí sin esperarlo, dejándome muy ansioso de ella. Lo hizo sin dejar de verme, de seguro jugando con que ya no la iba a tener.

Pero me apresuré a sujetarle la mano para detenerla.

—No pagué veinte libras en un viaje para un beso —le dije aun con esa sonrisa que le hizo besarme.

Rio como una niña tímida y siguió retrocediendo.

—Espera. Si vas a jugar conmigo, necesito un poco de esto —le dije agachándome para tomar el S'more; le di un trago rápido para refrescarme un poco.

Me quitó la bebida para llevarla a la sala. Después regresó y me jaló jugueteando para ir a su cuarto. En el camino, me solté para quitarme la sudadera y playera. Ahora sí no hubo la torpeza de esa noche.

—¡No, no! —me detuvo cuando estaba por desabrocharme los jeans. Agregó—. Eso lo quiero hacer yo.

Levanté los brazos, diciéndole así que no metería ya las manos, que le daba permiso para abusar de mí.

Sarah me recorrió con la mirada aun sin dejar de retroceder, hasta que la detuvo la cama, que fue cuando me acerqué lo suficiente a ella para percibir que ya estaba extasiada sin haberla tocado

aún.

Mundo de Sarah, cuidado porque ahí voy a estremecerte, pensé con sonrisa creída.

Perdí la noción de mí cuando sus delicados dedos me tocaron el abdomen para desabrocharme los jeans. De ahí en adelante, me la cogí como quise la primera vez.

Noté que Sarah ya tenía plena confianza en mí y se dejó llevar. Susurró mi nombre de tantas maneras sexys que fue fácil entregarme a ella también.

Cuando terminamos, me senté en la cama solo un momento para regresar a la realidad. Solo necesitaba un par de respiros que me ayudaran a ponerme de pie para recolectar mi ropa, tal y como lo hice la primera vez.

Alcancé a ver de reojo que Sarah se volteaba sin cubrirse para lograr atraer mi atención... otra vez como esa noche. Sin embargo, me puse los jeans y me metí los tenis como pude para dejar el cuarto sin comentarle nada. Pero ella me llamó con la urgencia necesaria para detenerme; al menos le debía mirarla sobre mi hombro.

—¿Me puedes traer mi S'more? —me pidió. Destruyó mi huida de galán satisfecho de sexo.

Me arrancó una risa disimulada, pero aun así fui por él, que ya era solo líquido. Le di un trago antes de entregárselo.

No me agradeció el gesto y solo bebió, fue entonces que aproveché para marcharme ya, antes de que se le ofreciera otro favor.

—¡Cal! —me detuvo su llamado, y otra vez la miré sobre mi hombro—. Estuviste... ¡Wow! —exclamó sensual.

Reí entre dientes, alagado por su admiración.

—Tú también —le respondí ocultando la sonrisa por el halago.

—¡Buenas noches, pompis sexy! —se despidió traviesa.

—Buenas noches, Sarah —susurré siguiendo mi camino hasta que salí del departamento.

Al llegar al mío, me desnudé hasta quedar en bóxer y me metí a la cama oliendo aun a sexo. No quise darme un baño porque el aroma de Sarah impregnado en mí me estaba relajando inexplicablemente.

Tuve sesión con Lynn dos días después. No hubo coqueteo porque, en cuanto la vi, quise iniciar la conversación que dejamos en la sesión anterior.

—Aún siento ira —le revelé—. Sobre todo, cuando veo al presidente americano hablando de las bajas —no quité la vista en sus delgadas piernas que se cruzaron recatadas, aunque me pareció sensual.

—Cal... —me arrancó un latido al llamarme así de nuevo—, es bueno que sientas ira.

—¿Sí? —cuestioné confundido—. ¿Por qué lo es?

—Porque cuando viniste a mi te negabas a sentir... Y puedo asegurar ahora que a recibir ayuda también —abrí la boca para refutar, porque en eso se equivocaba—. Sí, Caleb. Viniste a mí por miedo, pero en el fondo te negabas a recibir ayuda porque no querías aceptar lo sucedido con Clay. La realidad te hirió mucho.

Bajé la mirada, aún no quería aceptar su muerte, pero ya empezaba a admitir que nunca fuimos superhéroes como nos hacen creer indirectamente.

—Te escondiste desde el momento de la pérdida en una “realidad” en donde esperabas que todo fuera mentira y pasara rápido. Que desapareciera con tan solo un tronar de dedos —agregó, y admito que me leyó bien entonces—. Pero no es así, Cal. Cosas malas pasan a la gente buena... más seguido de lo que crees.

“A veces es como si el mundo naciera malo y la bondad es la que tiene que luchar día a día para existir. Hay que ser muy fuerte para mantener la bondad en uno.

Asentí, concordaba con eso porque lo he visto con mis propios ojos. ¡Carajo! ¡Esa es la razón por la que soy soldado y por la que voy al culo del mundo a contener a la maldad!

—Poco a poco entraste a la verdad de la perdida —siguió—. Es un camino largo que es preferible no andarlo solo, Cal —soltó un suspiro reprimido—. No querías abrirte... ni hablar de ese momento. Empezó a preocuparme que tomaras ese lugar como normal y seguro; estabas ya demasiado tiempo ahí.

—¿Tengo salvación? —pregunté ingenuo.

—Todos la tenemos, solo depende de cada uno cuán dispuestos estamos a permitir ser ayudados y hacer algo para seguir adelante. Las experiencias malas son buenas a la larga, Cal, porque te ayudan a conocerte mejor —hizo una pausa reflexiva.

—Mmm, y ahora siento ira —comenté con la mirada perdida—. No veo un avance...

—¡Hum! No realmente —contradijo buscando la forma de explicarlo—. Hace unas sesiones atrás se unió tu ira por Clay con tu renuente negación. Lo sentí cada vez en tu mirada, en las pocas palabras que dedicabas a Clay... Dices que aún sientes ira, ya no lo siento así, Cal. Parece ser que has encontrado la manera de desahogarla con algo mucho más positivo.

—¿Besándote?

—No, los besos que hemos tenido tienen otro significado que simple atracción. Te sentiste tan abrumado que necesitaste desfogarte en lo más fácil de alcanzar... Yo estoy a la mano.

“La pasión es el escape de muchos sentimientos —hice mueca de que no entendía. Explicó—. Al ser soldado, la reprimiste tanto que utilizaste lo contrario a la violencia...

—¿Amor?

—Sí.

—Te sigues aislando de tus amigos...

—Sí —le interrumpí para confirmarle la verdad. Entiendo claramente lo que quiere de mí: ser cien por ciento sincero. Seguí—. Pero he visto mi familia... Bueno, no los he visto en estos días, pero supongo que me están dando espacio, como usualmente lo suelen hacer para que yo pueda reintegrarme a la sociedad sin problemas.

—Entiendo —golpeteó su pluma en sus labios un poco, luego suspiró—. Cal, me estoy dando cuenta que estás viviendo *su* muerte en desorden, y en destiempo.

—¿Y eso es malo?

—No. Pero es peligroso porque tus sentimientos están a flor de piel y pueden llevarte a cometer errores.

—Lynn, los besos no fueron locuras.

—No, me refiero a hacerte daño.

—Lynn, creo que estoy reviviendo las famosas etapas del duelo, ¿verdad? —manifesté reconociendo lo que quiso decir. Me hizo una seña de que me explicara—. He pasado por todo lo que se dice de ellas antes de venir a ti, pero ahora estoy a un nivel nuclear, lo reconozco... El miedo fue lo que me trajo a ti.

—Bien. Háblame de eso.

—Tienes razón. No siento ira por Clay, creo que ya no... Al menos no hoy. Sino por toda la situación... —resoplé frustrado—. Lo siento, no puedo explicarte bien sin soltar información de más.

—Está bien.

La campana sonó. ¿Por qué carajos siempre lo hacía cuando sentía que había dado un paso

fuera de la desgracia?

Ya quería deshacerme de todas las putas campanas del mundo que parece ser fueron creadas solo para joderme la vida.

—Hoy lo dejaremos aquí, pero no te escaparás la próxima sesión —dijo Lynn algo bromista, arrancándome una sonrisa.

—Gracias. Tal vez vamos muy lento, pero ya empiezo a sentir tu ayuda —comenté extendiendo la mano, que ella tomó, pero dudó en despedirse de mí de beso. Al final, solo torció su sonrisa y me dejó marchar.

Apenas llegué a casa y me relajé en el sillón para revisar mi celular, ya que lo apagaba durante la sesión y no lo encendía hasta llegar aquí. Una vez que haya analizado en el camino todo lo hablado.

Tenía una notificación de mensaje nuevo de Sarah. Me sorprendí sonriendo a su mensaje sexual, llamándome de nuevo “Pompis sexy”. No lo pensé dos veces para correr a su llamado.

A partir de esa noche, mi vida decidió dividirse entre las dos mujeres que se unieron para hacer una sola más perfecta. Lynn era quien me escuchaba, la consciencia buena que me guía por un camino de armonía. Mientras que Sarah me daba el desahogo emocional. La felicidad sorpresiva que me da me dice que no es malo sonreír de vez en tanto... Y con ella lo hacía siempre al dejar el departamento con un “¡Estuviste wow!” detrás de mí.

Sarah

DOS DÍAS DESPUÉS

Hice muy bien en pedir mis vacaciones; tenía muchas cosas por hacer. Caleb no me ha llamado desde hace dos días, y no sé si volveré a verlo. Es más, no sé si quiere volver a verme, ya que la última vez fui yo quien lo llamó para ofrecerle sexo sin compromiso, algo que ningún hombre en el planeta rechazaría.

Prendí mi Spotify para poner mi canción favorita e iniciar la limpieza general de mi departamento.

Estaba por empezar a cantar cuando tocaron a la puerta.

—¿Quién podría ser a las diez de la mañana? —me pregunté en voz baja.

Fui a abrir en un trote descalzo.

Casi me da un infarto cuando vi a Caleb frente a mí. Tuve que parpadear unas veces de más para creer que estaba ahí. Iba a preguntarle qué hacía aquí, sobre todo sabiendo que yo trabajo, pero sería una pregunta estúpida porque era muy obvio que había venido por sexo.

Cuando lo vi vistiendo casual pero tan guapo, recordé mi facha, la que esperaba nunca conociera.

Me escondí detrás de la puerta, olvidando estúpidamente que no tenía maquillaje y traía un chongo mal hecho; después de todo iba a hacer limpieza.

—Hola —logró decir después de una sonrisa atenuada. No sé si era de gusto por verme o por lo tonta que me vi.

—Hola —dije como niña tonta.

—¿Estás ocupada?

—Yo... Estaba... Yo... —balbuceé. No quise decirle que estaba a punto de hacer limpieza porque eso lo correría.

—Vine para invitarte a salir a comer un helado —dijo. Miré sin querer hacia el cielo, que

estaba un poco nublado para tal cosa. Soy una loca de las cosas frías, pero en ese momento no se me antojaba. Sugirió—, o un café.

Lo miré en silencio, mientras él seguía diciendo algo; perdí el interés. ¿Así me estaba pidiendo pasar para cambiar el café por sexo? ¿No podía simplemente pedirlo como yo lo hice la última vez?

—Puedes darme unos minutos para prepararme—dije, saliendo valientemente del escondite para subir al departamento en una carrera, pero me alcanzó a sujetar de la mano. Con eso supe que el café era sexo, e iba a voltearme para empezar ya.

—No. No pierdas tiempo en eso, solo toma tu celular y llaves —me dijo con una sonrisa a medias.

—Pero... —objeté mirándome de pies a cabeza.

—Ya te lo dije: estás hermosa. Anda, no lo pienses más.

Me le quedé mirando confundida. No lo había dicho, a menos de que esa sonrisa atenuada significaba eso. O tal vez lo dijo cuando me ensordecí en mis pensamientos y lo vi mover solo los labios.

—Está bien. No tardo —cedí mirando rápido su agarre, le pedí así que me soltara para ir al departamento.

Ignoré su mirada admirando mi cuerpo cuando subí las escaleras.

Lo primero que hice fue apagar la música, después corrí al cuarto para verme en el espejo. no me veía mal, a pesar de andar en pants. Así que solo me puse una chamarra abrigadora pero bonita, y me solté el chongo. Sin embargo, parecía que había despertado recién; entonces lo cepillé rápido, pero seguía entercado.

—¿Por qué escogiste hoy para portarte mal? —regañé a mi cabello, pero no cedió—. Bien, haz lo que quieras.

Ya decidida a no pelear con el cabello, solo hice una coleta; por suerte le pareció bien estar así. También me puse rápido rímel transparente para no verme tan simple y un poco de bálsamo.

—Sí. Mucho mejor —reconocí al verme en el espejo.

Me puse rápido los tenis, tomé el celular y llaves.

Cuando bajé en un trote tranquilo, Caleb estaba en la puerta, viéndome como si yo fuera una princesa bajando por una larga escalera que solo hacía más angustiada su espera; me hizo sentir muy bien.

—Creí que ibas a tardar más —me preguntó cuando me dispuse a cerrar la puerta. Siempre poníamos cerrojo porque la puerta solía abrirse por sí sola con el viento fuerte.

—No me dejaste —le respondí. Me sonrió satisfecho por confiar en mi apariencia “humana”, como le dice Nina.

Era una regla tácita que ningún prospecto debe vernos desarregladas antes del noviazgo.

Nos quedamos en la acera en silencio por unos segundos.

—¿A dónde vamos? —le consulté.

—¿Qué deseas: un helado o un café? —preguntó.

—Un café. Hay una cafetería sobre la avenida —le respondí.

Hizo gestos de que no le parecía ir ahí.

—No, me gusta apoyar al comercio nacional. Mejor te llevaré a donde suelo ir. Es una cafetería rústica agradable —sugirió.

—Está bien. ¿Tenemos que ir en taxi?

Rio entre dientes, no sé por qué le causó gracia.

—No, ciudadina bonita, vamos a caminar.

—Está bien. ¿A cuántas calles está?

—Calles, dirás kilómetros.

—¿Qué?

—Anda, vamos. Platicamos mientras caminamos —animó. Pero no me moví porque yo no soy de caminatas largas.

—¿No quieres conocerme? —preguntó mientras me ofrecía la mano. Me estaba manipulando, pero, simplemente, no quise rechazarlo.

Así como los hombres no rechazan un mensaje invitándolos a tener sexo, nosotras no desperdiciamos el momento en que el hombre que nos gusta nos deja conocerlo fuera de la cama.

—Bien, guíame —le dije tomando su mano, pero solo fue para recibir un jalón que me animó a ir con él, porque después me soltó para meter las manos en los bolsillos de su chamarra. Hice lo mismo, ya que el frío era algo fuerte.

—Dime la verdad —dijo—, ¿en serio no estabas ocupada?

—No. Estoy de vacaciones, iba a ser mi primer día para holgazanear.

—¿No vas a ir a algún lado?

Sonreí satisfecha de que estuviera indagando si podría verme más seguido.

—No, rara vez salgo del país. No me gusta lidiar con planeaciones, aerolíneas, y hoteles.

“Y tampoco viajo sola porque me gusta conversar con alguien acerca de lo que visitamos. Suelo viajar con mis amigas, pero van a tomar sus vacaciones en otro momento. Yo las tomé porque me lo ordenaron.

—Ah —exclamó callado—. ¿Adicta al trabajo?

—Un poco. ¿Eso es malo?

—No, yo también lo soy.

—Sí, lo sospeché cuando me dijiste que estabas reencontrándote.

Soltó una risita irónica que no entendí. Enseguida guardamos silencio y nos separamos un poco, hasta que una corriente me hizo pegarme a él para que me cubriera.

—Es un día frío —me comentó.

—Sí, por eso debimos haber tomado un taxi —eché en cara, pero gimió en desacuerdo.

—¿Te gusta el frío o el calor?

Me carcajeé sin querer porque esa pregunta podía ser malinterpretada.

—El frío. Aunque es más sexy el calor, o al menos lo es para el hombre con el que estoy saliendo —le respondí mirándolo de reojo, pero solo sonrió y se desentendió de mi indirecta. O tal vez no le gustaba todo lo que trae consigo el clima caliente.

—¿Siempre te ha gustado vivir en Londres o preferirías otro lugar?

—No. Aquí tenemos todo: lugares turísticos; ya podemos decir que tenemos buena comida, entretenimiento de calidad, clubs nocturnos... Además, aunque ya no vivo con mis padres, no me gustaría dejar de verlos con la frecuencia que lo hago.

“Se que es extraño en estas épocas tener una relación estrecha con ellos, pero son mi muro.

—Tus padres... ¿Tienes hermanos?

—No. Mi mamá sufrió una enfermedad años después de darme a luz y ya no pudo volver a tener hijos.

—Es una lástima —comentó con tono condescendiente—. Te has perdido de una gran aventura.

—Tal vez. Pero no puedes extrañar aquello que nunca has tenido, ¿o sí?

—Tienes razón —gimió un momento—. Así que te gusta mucho Londres... —exclamé un a-ha—. La libertad que tienes aquí.

—Sí. Además, me siento segura, tanto económica como físicamente. Cada vez que veo las

noticias que hablan de los horrores que pasan en otras ciudades del mundo, bueno, llámame egoísta, pero me alegro de no vivir ahí.

—Si tuvieras algún superpoder, ¿ayudarías a esas personas?

—No lo sé. Nunca he pensado en eso —gimió en desacuerdo porque evadí un poco el tema. Agregué—. Pero, si yo tuviera superpoderes, ya no necesitaríamos de un ejército, ¿no?

Río disimulado y me pidió que me explicara.

—No sé mucho de eso, nunca me ha importado saberlo, pero alguien me dijo que tenemos uno de los mejores ejércitos del mundo.

“Y lo creo, se historia y tenemos más de mil años de experiencia. Hemos perdido muchas guerras importantes, pero aprendemos de ello y nos preparamos para la siguiente.

“Con un superhéroe ese súper ejército ya no sería necesario.

—¿Qué es lo más loco que has hecho, aparte de presentarte con un extraño impertinente e irte a la cama con él?

Le di un manazo porque me avergonzó que me echara eso en cara.

—Soy algo impetuosa cuando algo realmente me gusta...

—¿Cómo yo?

Reí sonrojada. A este hombre le gustaba cohibirme a cada rato, creo que le excita saber que era irresistible para una mujer.

¿Por qué tanta inseguridad en sí? ¿Acaso no tiene espejos en su casa?, pensé.

—¿Tienes miedo a algo en especial? —preguntó.

—Sí. A lo que todos tememos...

—¿La muerte?

—No, la soledad. La muerte es inevitable, estemos o no preparados para ella. Lo único que ruego es que me deje ser un poco feliz antes de llevarme consigo.

—Bonito pensamiento ingenuo —susurró apenas, luego dijo en voz alta—. Pero eres hija única, deberías estar acostumbrada a estar sola.

—Sí, pero no tengo miedo a la soledad física, sino a la espiritual. Soledad en el amor... — callé cuando vi a una persona pidiendo limosna. Me detuve sin dudar para ayudarlo, siempre lo hacía.

No para callar mi conciencia, sino porque siempre veía en la mirada de las personas cuando en verdad estaban perdidos en la vida. Y si una taza de café los regresaba, aunque fuera un segundo, yo era feliz.

Caleb se detuvo abruptamente para ver por qué me había detenido. El joven necesitado me agradeció.

—¿Balanceando el karma? —me preguntó cuando lo alcancé.

—No —no expliqué más porque nadie entendía mis razones. Siempre me decían que esa no era la manera de ayudarlos.

Lo sé. Sé que puedo hacer más por ellos, pero me da miedo indagar sus razones para estar en esa situación. No estoy capacitada para aconsejarlos. Además, mi mundo es tan brillante que es insostenible para algunas personas malhumoradas.

—Oh, secretos —musitó Caleb—. ¿Qué tan buena eres para guardarlos?

—Yo... —me detuve al darme cuenta por fin que estaba dentro de un interrogatorio—. Ya es suficiente hablar de mí.

Caleb me miró, apretando los labios. No le gustó que me encerrara ya.

—Aún no termino...

—¿Por qué me invitaste a tomar un café? ¿Para saber si soy buena para dejarme entrar más en

tu vida? ¿Pasé tu jodida prueba? —le pregunté conteniendo un poco mi súbita molestia. Ahora era mi turno.

—Bueno, estaba en la sala con la televisión prendida —empezó a recitar guardando la calma, como si estuviese leyendo un jodido libro. Siguió—, tenía un café en mano y estaba jugando ajedrez en el celular.

—No sabía que te gustara —comenté tan estúpida. Era obvio que no lo sabía porque la única vez que hemos platicado de algo no sexual fue cuando nos conocimos.

—¿Quieres que continúe? —me consultó serio.

Bajé mis ímpetus, después de todo, estaba dándome información de él.

—El gusto por el juego lo adquirí por un amigo... —enmudeció para resoplar escondido, sentí de inmediato que se cerró a mi—. El ajedrez no me entretuvo. Así que dejé el celular a un lado para tomar el control y marear los canales. No había nada interesante.

“Miré el reloj. Eran las diez de la mañana, muy temprano para... —calló de nuevo cuando se dio cuenta que iba a decir algo que tal vez no me iba a gustar. Pero de por sí no me gustó siquiera que me pusiera en opción de entretenimiento. Arregló—. ¡Okay! Quería verte.

Supo arreglarlo. Sin embargo, me extrañó tanto la idea de que prefería conversar conmigo que tener sexo.

—¿Cuál es la razón detrás de tu interrogatorio? ¿Querías saber si valía la pena seguir cogiéndome? ¿Me conoces mejor ahora?

Río entre dientes de nuevo en lo que hacía un gesto sarcástico.

—Como todos los hijos únicos, estás acostumbrada a ser el centro de atención y a que te protejan, por eso no te gusta la soledad. Crees que el amor es el escondite perfecto para no aceptar que a veces la soledad es buena, siempre y cuando te ames incondicionalmente.

“Eres una mujer que no le gusta ir con el statu quo, por eso eres atrevida —iba a contradecirle que lo soy solo por lo que me dijo de los hombres. Continuó ignorando mis palabras atoradas—. Aunque te aterre la reacción de las personas. En eso eres contradictoria, porque al final consigues siempre lo que quieres. Lo que me hace preguntar cuán caprichosa eres.

“Amas Londres por ser una ciudad de primer mundo, no eres ajena al resto, pero jamás cambiarías o dejarías tus comodidades atrás por mucho tiempo, y mucho menos para ver la realidad que se esconde detrás de un Resort. Otra contradicción, ya que eres empática con las personas débiles en la vida, tratas de poner un granito que ayude a esa persona a seguir adelante por sí sola. Ya que crees que solo así podrá volver a valorar su papel en la vida. Aunque, en mi opinión, estás muy equivocada porque la verdadera ayuda es cuando...

—¡Ya! —le callé agresiva, cuando me asustó que me leyera así. Resoplé molesta—. Mejor regreso a casa —le dije dándome la media vuelta para buscar un taxi.

Pero Caleb me detuvo del brazo, no fue agresivo.

—Lo siento. No quise asustarte —dijo—. Disculpa que haya brotado de mi lo analítico.

—No me gustó cómo me describiste.

—¿Por qué?

—Me crees tan banal —susurré tan bajo que él ladeó la cabeza para escucharme. Dije en voz alta—. No lo sé. Simplemente no me gustó que me hicieras ver como una niña mimada.

—Sarah, no te sientas mal. Eres un ser humano, una londinense más que...

—No, lo siento, pero... No quiero seguir con esto —interrumpí liberándome, y caminé rápido hasta que vi un taxi. Por suerte, Caleb no me siguió, ya que odio las escenas estúpidas de pareja en la vía pública.

Los problemas se deben de arreglar en privado. El jodido mundo no tiene que saber todo.

Solo hasta que solté un suspiro de alivio, me di cuenta que ya estábamos en Kensington. ¿Acaso me iba a llevar hasta el centro por una estúpida taza de café? ¡Habíamos caminado mucho! Tomé el celular de mi bolsillo y vi la entrada de Caleb; dudé en borrarlo de mis contactos.

Otra cosa que no analizó en mi es que a veces soy atrabancada con la toma de decisiones, al menos en lo personal, porque soy diferente en lo laboral, en donde analizo hasta la última consecuencia.

No sé cuál fue su intención con ese interrogatorio, pero al final sentí que había desnudado mi alma y no me gustó. Porque aquello que yo creí me hacía buena persona, con sus palabras me hizo sentir como una niña mimada que no tienen idea de nada.

Llegué a mi departamento, ya con la decisión de no volver a ver a Caleb.

Caleb

UNA SEMANA DESPUÉS

Hoy no tuve sesión con Lynn, y Sarah no me envió el acostumbrado mensaje coqueto que me hacía ir a ella. No sé por qué se molestó con mi interrogatorio para conocerla mejor. La razón por la que fui a buscarla fue para saber algo más que aquello que le gusta en la cama.

Tal vez estaba buscando a “una Lynn” en ella.

Por eso le hice ciertas preguntas que me permitirían conocerla rápido. A diferencia de ella, yo no tengo mucho tiempo disponible para pasar por el largo proceso de convivir con ella para conocernos. Mi celular del trabajo puede sonar en cualquier momento y no puedo ignorarlo solo porque ella quiere ir despacio.

Al parecer mi análisis fue demasiado agresivo, aun cuando usé mi voz empática todo el tiempo. Se me enseñó a reconocer cada situación y manejarla correctamente. El objetivo era manipular al enemigo con falsa empatía y llevarlo con preguntas básicas y empáticas al lugar perfecto en donde finalmente revelaría información. Si era necesario ofrecerle “flores y chocolates”, tenía que hacerlo.

Casi lo que hice con Sarah.

Si eso no funcionaba, entonces tenía que llevarlo a la base en donde hombres especializados en interrogar, le sacarían información quisiera o no.

No sé qué pasará ahora con Sarah.

Ya que no tenía nada mejor que hacer, y no quería pensar, decidí ir al pub a visitar a Dylan para pasar el rato con una cerveza. Era miércoles, lo que significaba que el pub no estaría atiborrado de personas iniciando su fin de semana de desmadre.

—¿Qué hay, Dylan? —saludé en lo que me sentaba en el banco alto. Dylan volteó a verme algo serio, pero en cuanto me reconoció, llevó acabo nuestro viejo saludo de manos. Después tomó un vaso y sirvió mi cerveza oscura.

—Me conoces bien —dije con una sonrisa satisfecha. Di un largo trago que me relajó rápido —. ¿Estás muy ocupado?

—No, está muy tranquilo. Estaba perdiendo el tiempo acomodando un poco aquí.

—Bien —volví a dar otro sorbo.

—Hablé con Edwin el lunes pasado —comentó apoyando ambos brazos en la barra para descansar un poco.

—Y ya te dijo qué hago en la ciudad —balbuceé lo obvio. Mi hermano no cerraba el hocico nunca, y mucho menos con su gran amigo de juerga.

—Sí. ¿Necesitas hablar de eso?

Solté sin querer una risa burlona.

—Tú actúas todo el paquete de bartender, ¿verdad?

—No con todos.

—Me hubieras ofrecido tu ayuda antes, así no hubiera pagado una buena billetiza... Aunque,

pensándolo mejor, vale la pena.

—¿Es mujer tu terapeuta?

—Sí...

—Tenía que serlo —interrumpió. Le hice gestos de que no entendía—. Gracias a tu hermana, haces más caso a las mujeres.

—No, si fuera así, no haría caso a Spencer.

—Me refiero a la vida diaria.

—El ejército es mi vida diaria —aclaré.

—Nunca ganaré una contigo —balbuceó, a lo que le negué con la cabeza diciendo así que nunca lo hará.

Lo ha intentado con otras cosas, incluso en el deporte, y no puede. Creo que es destreza de SAS versus ciudadano.

—Bueno, bueno. No tienes idea de lo cogible que está.

Dylan soltó una risa cómplice.

—¿Te estás acostando con ella?

—No. Aún no... Pero ya tengo cubierto eso, conocí a otra linda mujer que sabe complacerme de pies a cabeza.

—¿La conozco?

—A lo mejor... Tal vez la has visto porque aquí la conocí.

—¿Sabe a qué te dedicas?

—¡No, no seas imbécil!

—¿Qué?!

—No, ya sabes que no me gusta que sepan qué soy. Tuve que darle mi nueva profesión pantalla —me hizo gestos de que le siguiera contando—. Soy un corredor de bolsa descansando un poco del estrés del mercado internacional.

Rio disimulado.

—Uy, con razón se metió a tu cama... Aunque si no es con una, caen con la otra.

Solté otra risa entre dientes.

—En realidad, es su cama donde me he estado metiendo.

—¿Cuándo le vas a decir de tu vida verdadera?

—Nunca. Solo es una agradable compañía nocturna.

Eso he estado metiéndome en la cabeza desde que me aparecí en su casa con la ilógica idea de querer conversar con ella, y terminé con un interrogatorio que la molestó. Hasta el momento, no sé cómo disculparme por el análisis de personalidad tan crítico que le hice.

Lo único que se me ocurría era decirle que no necesito que sea la mujer perfecta para coger, porque ya lo era.

Incluso yo estoy consciente que si le digo eso será la última vez que sepa de ella.

Dylan gimió en lo que me clavaba su clásica mirada de que me conocía y que esa “linda mujer” ya era algo más para mí.

Por suerte, el celular sonó, y de nuevo ahí estuvo la estúpida sonrisa conquistadora al ver el mensaje de Sarah.

—Dame un segundo —pedí a Dylan.

CALEB MCGREGOR

Hola

SARAH LLOYD

Hola.

La sentí a la defensiva con tan solo una palabra. Sí no quería ya verme, entonces, ¿por qué me buscó?

Aun así, aproveché que me contactó.

CALEB MCGREGOR

Te pido una disculpa por ser intrusivo.
Solo quería conocerte más rápido.

No recibí respuesta. De seguro se arrepintió de haberme enviado el mensaje.
Iba a seguir platicando con Dylan cuando Sarah me respondió.

SARAH LLOYD

¿Podrás disculparte en persona?

CALEB MCGREGOR

Sí. ¿Quieres que vaya a verte?

SARAH LLOYD

No.

Te estoy viendo.

Tardé un poco en entender.

Busqué rápido a mi alrededor, hasta que la vi espiándome. Me hizo sonreír satisfecho de que no pudiera alejarse de mí.

—Bueno, Dylan. Tengo que dejarte, mi linda mujer requiere de mis servicios —dije brincando del banquillo.

—¡Por la reina y la patria! —exclamó bromista, haciendo la señal de victoria.

—Esta vez solo es por una princesa —le grité caminando de espaldas.

Dylan rio sarcástico y regresó a lo que estaba haciendo antes de que yo llegara.

Cuando iba a la mitad del lugar, perdí a Sarah. Saqué el celular solo para verificar que no estuviese alucinando ahora. Pero Sarah salió por mi derecha y de inmediato me abrazó por la cintura.

—Lo siento —le dije sincero—. A veces soy un idiota...

—Vaya coincidencia encontrarte aquí, ¿no? —interrumpió con sonrisa que antojaba sus labios.

Supe con su cambio de conversación que ya no quería hablar de lo sucedido. Me estaba dando un borrón y cuenta nueva. Decidí aceptarla.

—¿Vienes sola? —le pregunté.

—No. Con unas amigas, pero te vi... —suspiró sin ocultarlo, anhelante de mí— y quiero estar mejor contigo. ¿Vamos a mi casa?

—Mmm... —su casa estaba lejos. Y el deslice de sus manos a mi trasero me habían encendido—. Mi departamento está cerca.

Sonrió feliz de oreja a oreja porque era la primera vez que la llevaría a mi departamento.

Me tomó de la mano para sacarme del pub.

Pero una vez en la calle, nos soltamos y caminamos en silencio a mi departamento. No queríamos tocarnos porque estábamos tan excitados por el otro que terminaríamos en un rincón oscuro para una cogida rápida.

Fue muy extraño lo que pasó una vez que ya estábamos desnudos en mi cama. Quizás ambos estábamos cansados, pero tuvimos sexo lento. Y dado que estábamos en mi departamento, no pude escapar, pero al menos pude hacerlo de la cama.

Sarah no me reclamó cuando me puse el bóxer mientras se acomodaba para descansar un poco.

La cocina era el único lugar a donde pude huir por el momento.

Debería sentirme acorralado en mi lugar seguro, pero estaba bastante tranquilo. Incluso me gustó tenerla aun esperando en la cama.

Estaba por terminar mi vaso cuando sentí que alguien tomó mi mano, por un momento me asusté, pero era Sarah vistiendo solo una tímida sonrisa.

Desnuda. Cual Eva paseándose sin pudor por el paraíso.

No me dijo nada, solo me jaló de regreso a la cama.

Nos acostamos los dos boca arriba, sin tocarnos. Y estuvimos en silencio hasta que Sarah gimió con timidez mientras se volteaba hacia mí para abrazarme parcialmente, y acarició mi pecho como si tocara fuego. Me incomodó porque nunca hemos tenido esta intimidad. No quise mirarla, solo que tomara sus cosas y se marchara como yo lo hacía cuando cogíamos en su departamento.

Pero eso sería como gritarle que solo la quiero para sexo.

—Cal, ¿puedes mirarme un segundo? —pidió deteniendo su caricia. Creo que notó mi tensión, pero aun así la complací.

¡Joder, eres hermosa e irresistible!, reconocí cuando la vi brillando con su sonrisa tímida.

—Solo por esta noche, ¿podrías dejarme el mando? —consultó en un susurro cariñoso.

Sonreí sin querer porque estaba dejando libre su carácter: me quería y me iba a conseguir como diera lugar.

—Creo que lo has tenido desde que nos encontramos en el pub —respondí.

—Bueno, entonces, ¿me dejas intentar algo contigo?

Enarqué las cejas sexualmente.

—¡Adelante!

Se encimó con cuidado en mi e inició una serie de caricias y besos que de pronto me enloquecieron hasta el punto que entré en ella de nuevo. Quise tomar el control, pero sujetó mis manos a un lado para regresarme a su comando.

Soy bueno para seguir órdenes.

Me di cuenta con los minutos que estábamos haciendo el amor tan lento que fue represivo para alguien como yo. Por suerte, pronto me dejó acariciar su cuerpo mientras que ella aun llevaba el mando, y, con el paso de los minutos, encontró la forma de tocar algo en mí que hizo que mi orgasmo llegara primero, pero aun así seguí complaciéndola hasta que ella alcanzara el suyo.

Se acostó sobre mi pecho para relajarse mientras seguía jugueteando en una caricia con los bellos de mi pecho. Le retribuí mimando su espalda con una caricia suave y relajada que nos hizo quedar dormidos sin esperar... completamente satisfechos.

—Cal —escuché que me llamaron dentro de mi sueño, después hubo un ligero zangoloteo que me despertó ligeramente. Vi a Sarah con trabajos ya vestida; y era de día—. Tengo que irme —avisó.

Asentí humedeciendo los labios para hablar; sin embargo, ya no esperó mi respuesta y caminó por el pasillo inconsciente de que la estaba mirando entre sueños.

—¡Estuviste wow! —le alcancé a gritar.

—Ten un buen día, pompis sexy —dijo deteniéndose un momento para voltear a verme sobre su hombro; tenía una sonrisa hermosamente cohibida.

—¡Tú también! —le dije y siguió caminando.

Tras que escuché la puerta de la calle cerrándose un poco escandaloso, me volteé y arrojé en mis cobijas para dormir de nuevo. Aún tenía esa sensación de paz que Sarah me mostró parte de la noche.

Tuve suerte de que aún siguiera interesada en mí.

Sarah

Apoyé los codos en el escritorio para fingir que estaba analizando la información que tenía en el monitor, cuando en realidad estaba pensando en Caleb, mirándome con deseo lascivo.

No debería de pensar en él cuando me enojó todo lo que me dijo, pero ahora veo que lo estuve porque a nadie le gusta que le digan la verdad.

Cuando lo encontré en el pub iba a pasearme frente a él y castigarlo con indiferencia, ya no me iba a tener. Pero me rendí y terminé escribiéndole; la primera sonrisa al ver mi mensaje fue la que me convenció de que ya nunca iba a poder alejarme de él.

Y tampoco quería hacerlo.

Luego me permitió hacerle el amor. Una noche tan maravillosa que nunca olvidaré.

Nuestra primera vez.

Sonreí traviesa porque fui tan astuta en conseguir lo que quería de él; aunque fuera por una noche. Tal vez si le recordaba lo fantástico que fue todo, podría incitarlo a repetirlo de nuevo; así que tomé mi bolso para sacar el celular y volver a ser osada.

Mientras abría Whatsapp recordé la indignación de Joy por retener a un hombre con sexo, pero ¿cómo quería que lo hiciéramos? ¿Al estilo georgiano?

Además, incluso las georgianas usaban las reuniones para conocer a su próximo marido.

Los hombres de hoy no tienen la paciencia ni honor para un cortejo de semanas sin sexo. Tal vez aguantan dos o tres citas, pero a la siguiente harán todo lo posible para llevarnos a la cama. Así que estaba jugando según sus reglas.

Además, si no lo hubiese hecho, Caleb no me hubiera dejado hacerle el amor.

SARAH LLOYD

Hola.

CALEB MCGREGOR

Hola.

Su saludo rápido me hizo sonreír triunfal.

SARAH LLOYD

¿Qué haces?

CALEB MCGREGOR

Acabo de despertar, estaba por ver un capítulo de Enterprise.

SARAH LLOYD

No sabía que fueras Trekkie.

CALEB MCGREGOR

No lo soy, pero es una buena serie.

Además, el capitán tiene un perro muy gracioso, un Beagle. ¡Imagina un perro en el espacio!

Iba por buen camino al bromear conmigo.

SARAH LLOYD

¡Jajaja! Ha de ser muy lindo.

CALEB MCGREGOR
Sí. Me ha gustado esa raza desde que lo vi ahí.

SARAH LLOYD
¡Ah! ¿Y vas a hacer maratón todo el día?

CALEB MCGREGOR
No. Creo que mejor regreso a dormir porque aún estoy cansado.
¿Qué me hiciste mujer?

La sonrisa que he tenido durante toda la conversación apenas pudo contener el grito de felicidad.

SARAH LLOYD
Algo de otro mundo: fuiste mío.
Por cierto, te escribía para decirte que lo pasé MUY bien anoche.

CALEB MCGREGOR
Fue... diferente

SARAH LLOYD
¿¿Qué?! ¡Por favor, Cal! ¡No mientas! ¡Te encantó!
Y puedo jurar que en este momento lo estás recordando y quieres más de mí.
¡Admítelo! Te soy irresistible.

No respondió. Y eso me desilusionó.

SARAH LLOYD
¡Cal, te hice el amor!

CALEB MCGREGOR
Ah, fue eso.

SARAH LLOYD
¿Acaso me estás diciendo que no te gustó para que no lo vuelva a repetir? :-|

CALEB MCGREGOR
¿Tienes planeado volver a hacerlo así?

Ahora fui yo quien no le contestó porque se acercó Joy para avisarme que ya era hora de ir a comer algo. Dejé a Caleb dentro de su interrogante para que pensara en la forma de retractarse. Me dolió que me dijera que no le gustó la cercanía que tuvimos cuando sentí que lo volví loco.

Tal vez Caleb no tiene tacto a la hora de hablar de sus sentimientos, o tal vez se estaba poniendo un escudo para no ser lastimado.

No sé por qué, no tengo la intención de hacerlo; por el contrario, quiero que sea el hombre más feliz del mundo a mi lado.

¿Qué le habrá pasado para comportarse así?

Después de decirme que Lidya se sentía mejor —no vino a trabajar por una ligera gripa—, Joy y Nina hablaron de sus planes para pasar el día de San Valentín con sus parejas. Había olvidado por completo que en unos días se celebraba el día más horrible del año.

Lo odiaba porque un estúpido exnovio me cortó ese día; no le importó desgraciarme cada futuro San Valentín.

¿Qué imbécil corta a su novia en ese día? ¡Solo un vil bastardo que quiere ser recordado para

siempre!

Pensé en pasar el día encerrada, lamentando que un tonto medieval inventara el día para conseguir más fácil a su damisela. Nunca vislumbró que parte de la humanidad odiaría su gesto “romántico”.

Pero luego recordé que este año sería diferente, porque Caleb estaba en mi vida y podríamos pasar el día teniendo sexo. No era amor, pero al menos lo disfrutaría.

Solo tenía que buscar la manera para que él no creyera que estábamos celebrándolo.

—¿En qué piensas, Sarah? —me preguntó Nina.

—En Caleb.

—¿Quién es Caleb? —me preguntó Joy algo intrigada por la mirada perdida que aún tenía.

Cuando reaccioné, las miré con una sonrisa traviesa, ya que ellas estuvieron conmigo el día que lo conocí, así que me darían la razón por haberme acostado esa noche con Caleb.

—¿Recuerdan la noche en el pub que sin querer derramé la cerveza del hombre que estaba en la mesa detrás de mí? —les pregunté. A lo que ambas asintieron, pero por alguna razón no parecían entender por qué me refería a él. Aclaré—. Es él.

—¿Te ligaste al monumento al hombre guapo? —me preguntó Joy. Al parecer, a ella también le gustó.

Asentí emocionada porque lo tenían aun presente.

¿Y cómo no recordarlo? Caleb era un hombre alto, delgado pero musculoso, pero no del tipo que solo estorban y afean, sino del que es fuerte y protegen con devoción; amaba cada descuido que tenía y me abrazaba como si fuera una delicada mariposa. Además, era velludo, pero en la cantidad sensual; pero eso ella no lo ha visto. Sus rizos despeinados antojaban siempre enroscarlos en los dedos después de una caricia amorosa; sus facciones eran masculinas, pero con unos hermosos ojos azules, que tenían siempre una expresión triste. Y traía una barba desaliñada que lo hacía ver muy bohemio.

Para mí, Caleb era muy apuesto, del tipo que babeo por él, y lo que lo hace más irresistible es que no parece importarle si lo es.

—A mí no me pareció guapo. Demasiado andrajoso para mi gusto —aseguró despectiva Nina.

—No viste más allá —aclaré—. Pero la belleza está en los ojos de quien la mira.

Nina se encogió de hombros para no seguir discutiendo nuestro gusto en hombres. Gracias a dios, son diferentes.

—¿Ya es tu novio? —me preguntó Joy.

Solté una risita, y creo que me sonrojé. No había pensado en él como tal.

—No, es más mi “compañero de cama”, pero, ahora que lo preguntas, muero por que lo sea.

—San Valentín es una buena oportunidad para eso. Por si no lo sabes, ellos también se sienten solos en ese día y caen más fácil en nuestras garras —comentó Nina.

Me carcajeé de los gestos que hizo Joy de que no teníamos remedio. Caleb apenas si pudo aceptar que le hiciera el amor, es posible que huya de mi si le pido ser mi novio.

—No, no quiero presionarlo. Si él quiere que sea su novia, me lo pedirá en algún momento de nuestro “romance”... Pero estaba pensando en pasar el día con él, sin ninguna presión de por medio.

Joy se carcajeó, se lo que pensó de inmediato: sexo, sexo y más sexo.

—El simple hecho de que quieras pasar San Valentín en su cama ya es presión para él —comentó—. Estarías cometiendo suicidio romántico.

—Creo que ya me suicidé desde que le mandé un mensaje para invitarlo a mi casa a tener sexo por segunda vez.

Se carcajearon.

—¡Por dios, Sarah! —exclamó Nina aun riendo—. ¡Dime que es una broma!

—No.

Las dos se enseriaron.

—¿Y funcionó? —preguntó Nina con interés.

—Sí, me buscó una tercera vez —se sorprendieron. Agregué—. Pero tienes razón, va a ser mucha presión para él —acepté en un puchero desanimado. Por eso necesitaba buscar una explicación que lo convenciera.

Solté un suspiro que me regresó a la desilusión de nuevo.

—Recomendación, Sarah —dijo Nina—. Deja esto en manos de él, por el momento.

Asentí resignada porque así tendría que ser.

Ya sin consideración, siguieron hablando de sus planes.

Cuando regresamos al trabajo, miré el celular con la esperanza de que Caleb me hubiere insistido en que le respondiera, pero no tenía nada nuevo de él.

¿Será que está escondiéndose de mí porque San Valentín está cerca?, pensé mientras retomaba mi trabajo.

Creo estaba pidiendo demasiado de él. Tal vez Nina tenía razón y, por el momento, era mejor que él me buscara cuando estuviera listo para lo que ya quería de él desde anoche.

Caleb

Sarah ya no me respondió el mensaje. Por un momento me dio curiosidad su silencio, pero, tras analizar la noche que tuvimos y sus mensajes, caí en cuenta que estaba creyendo que lo que teníamos era el principio de una relación seria, y yo no quería eso porque aún estaba interesado en Lynn.

Lo siento por Sarah, pero así son las cosas con las cogidas de una noche.

Por suerte, hoy tenía sesión con ella, por lo que Sarah saldrá de mi cabeza tan pronto vea la sonrisa afable de Lynn.

Entré a la cafetería en donde iba a traer a Sarah, cuando fue el gran fiasco por obtener información. Aun cuando me buscó después, me sorprende que Sarah haya reaccionado tan mal; tal vez necesitaba perfeccionar de nuevo mi método de interrogador.

¿O hay que tener más tacto al interrogar civiles?

Estaba haciendo cola cuando vi a Lynn dos personas más adelante. No supe si llamarle o no porque sentía que hablar con ella fuera de su consultorio sería romper por completo la imagen de mi doctora.

Creí que los besos ya lo habían hecho, pero en realidad aún tenía ese respeto profesional fuera de esas cuatro paredes.

La coincidencia a veces puede ser una perra, porque en ese preciso momento me llegó un mensaje de Sara.

Que tengas un buen día, Cal.

Esto sí era ponerme en conflicto. Me resistí a salir corriendo a ver a Sarah y me enfoqué en mi verdadero objetivo.

Levanté la mirada hacia Lynn cuando sonó un celular.

—Hola —respondió ella con mucho entusiasmo para mi gusto.

Guardé el celular, esa conversación me atraía más por el momento.

—No, estoy haciendo cola para mi dulce elixir —rio tras una pausa—. Sí, aún sigue en pie... ¿Pasas por mí? —sospeché que tendría una cita con un maldito bastardo suertudo—. Sí. También te quiero ver... Luego te llamo que ya es mi turno.

Pasó a la caja y ahí me preparé para hacerme el encontradizo con ella porque era seguro que iba a verme cuando se dispusiera a recoger su café; le tomó segundos descubrirme. Dudó por un segundo, pero terminó saludándome.

—No me estás persiguiendo, ¿verdad? —cuestionó ella en son de broma; aunque noté que estaba muy incómoda en verme fuera de su consultorio.

—No, no me hubieras descubierto, si esa hubiese sido mi intención —respondí tras una risa nerviosa. Iba a seguir con una frase que bien pude haber dicho a Sarah para ruborizarla, pero con Lynn era diferente, tenía que ser cortés.

—Estás muy callado —notó ella.

—Lo sé, pero es porque siento que he visto a mi profesora fuera de la universidad, en su mundo personal.

—¿Fuiste a la universidad? —preguntó ladeando un poco la cabeza en curiosidad.

—No, pero... corrijo, como si la hubiese visto fuera de la preparatoria.

Lynn rio callado, y casi enseguida miró su reloj como si le estuviese quitando ya mucho tiempo.

—¿Estás bien? —preguntó sincera.

—Sí. Estoy... —dudé en sacar mis problemas en la calle. No quería que nuestras conversaciones fueran solo acerca de mis problemas, este era el momento para ser más casual con ella— de compras y necesitaba un poco más de batería con caféina.

—Quisiera tomar mi café contigo, pero tengo una sesión... —se excusó apresurada.

—Sí, sí. No te preocupes. ¿Sigue en pie la cita?

—Sí. Te veo en un rato —respondió tocándome el brazo en el momento que se despidió con una sonrisa. Fue una lástima que no pudiera quedarse.

Continué mi compra después de que se marchó. Cuando me entregaron el café, saqué el celular para leer un mensaje de mi mamá, pero en eso me llegó otro de Sarah.

Huele delicioso tu café. ¿Me das un poco?

Me encontré con Sarah cuando levanté la mirada confundido por el mensaje. Me sobresaltó tanto verla frente a mí.

—¡Agarrado en infraganti! —exclamó sonriente.

Miré sin dudar hacia la puerta esperando ver a Lynn retenida por algo, pero, por suerte, no estaba. Entonces, ya relajado, le sonreí como saludo.

—¿Qué haces en esta zona? —preguntó en lo que se apoyaba de mi brazo para saludarme de beso en las mejillas.

Estaba tan efusiva que me estaba desconcertando.

Iba a responderle cuando reconocí un clic que nunca he esperado escuchar en esta ciudad, al menos no frente a mí. Cuando volteeé, dos pistolas estaban dirigiéndose hacia todos lados mientras los estúpidos jóvenes nos gritaban que sacáramos nuestras pertenencias.

Me congelé en la confusión que se desató, como esa noche fatídica. Mi respiración se agitó dejando que el miedo empezara a hacer de las suyas, mostrándose ya con un ligero temblor en mis manos. Pero entonces miré de reojo a mi lado y reaccioné al instante.

—No hagas nada —susurré a Sarah y, en solo una fracción de segundo, analicé las maneras rápidas de desarmar a ambos ladrones sin que nadie saliera herido. Podría ser sencillo, ni

siquiera tendría que hacer un solo disparo.

Pero Sarah apretó asustada mi brazo, la vi de reojo de nuevo y no quise ponerla en peligro innecesario. Un celular y unas pocas libras no valían la pena que ella saliera lastimada por hacerme el valiente SAS.

—Arroja tu bolso al suelo, a tus pies —le susurré sin desviar la mirada de los ladrones que estaban atentos al otro lado de la cafetería, pendiente de que no la vieran hacerlo. Cuando escuché el ligero golpe, miré rápido hacia donde cayó para moverla con cuidado con el pie por debajo de la mesa que teníamos a un lado; mientras tanto, atoré mi celular en el bóxer por la espalda, y después llevé a Sarah detrás de mí.

Uno de ellos se acercó a nosotros y ordenó con la pistola a Sarah que le diera el dinero. Respiré pausado para guardar más la calma y estar listo para desarmarlo.

Pero ella me apretó el brazo con tal fuerza que me recordó de nuevo que estaba aterrada.

—Tranquila, todo va a estar bien —susurré a Sarah cuando sus uñas se encajaron más.

Rápido saqué la cartera para darle el dinero y la dejara en paz. Estuve pendiente del arma todo el tiempo.

—¡Vamos, cabrón! ¡Apúrate! —me dijo el ladrón acercando más el arma hacia Sarah. Estuve a punto de desarmarlo ya.

Pude decirle que se calmara, era una reacción innata, pero equivoca, porque mi pasividad solo lo pondría más nervioso y su dedo tembloroso podría resbalar.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó el otro cuando su compañero estaba por tomar mi dinero. A lo lejos se escuchó la sirena de una patrulla y un segundo después salieron corriendo. El ladrón no logró quitarme el dinero de la mano.

Liberé lento el respiro que había dado, como si estuviera preparándome para disparar con el rifle, y agradecí que el asunto no fuera más allá.

Guardé rápido el dinero.

—¿Estás bien? —pregunté a Sarah, quien seguía sujeta a mí.

En lo que ella asintió con la cabeza y me soltaba, me agaché por su bolsa para dársela.

La sirena que se escuchó era en realidad una ambulancia que pasó por enfrente del ventanal a alta velocidad.

La invité a sentarse en lo que los presentes en la cafetería discutían el suceso, también le di mi café para que se tranquilizara. Mientras ella bebía sin importarle que estuviera algo caliente, me senté frente a ella. Pero estaba tan asustada que no podía hablar, así me di cuenta que era la primera vez que vivía un asalto.

—¿Sarah? —le llamé tomando su mano para que sintiera que no estaba sola.

—Estoy bien... ¿Tú lo estás? —preguntó desesperada, creo que recordó que fui su escudo humano.

—Sí. ¿Es la primera vez que te asaltan? —le pregunté.

—Sí —respondió sujetando el vaso entre sus manos con algo de fuerza; estaba temblando.

—No les hubiera permitido que te hicieran algo —le confesé.

Sarah levantó la mirada hacia mí para verme como si fuera su príncipe; sin embargo, se sobresaltó cuando su celular sonó. Revisó rápido el mensaje que le llegó.

—¡Demonios, tengo que irme! —exclamó poniéndose de pie—. Gracias, Cal —dijo dándome un beso rápido en los labios que me tomó por sorpresa; fue increíble su desinterés ciudadano ante el peligro que corrió.

Salió justo a tiempo para no ser interrogada por la policía que llegó un par de minutos detrás de ella. Tuve que quedarme un buen rato hasta que me dejaran ir. Ni a ellos revelé mi profesión.

HORAS DESPUÉS

Casi estuve a punto de perder la cita con Lynn.

Después de que avisé mi llegada a la asistente de Lynn, ella misma salió a recibirme con una sonrisa contenida, le dio gusto verme de nuevo.

Pero a mí ya no tanto. ¿Qué carajo pasaba conmigo?

—¿Cómo estás desde la cafetería? —preguntó en lo que se sentaba en su sillón habitual.

—Bien... —dudé un poco en contarle lo sucedido, pero tenía que hacerlo. Esa era la finalidad de la terapia—. Te fuiste a tiempo, detrás de ti nos asaltaron.

—¿Qué?! ¿Es en serio? —preguntó muy sorprendida, y algo preocupada.

—Sí.

—¿Cómo reaccionaste?

Recordé que desistí en hacerme el héroe tras darme cuenta que Sarah estaba en peligro. Iba a tener que clasificar la experiencia.

—Me sorprendió porque sigo pensando que esta ciudad es mi lugar seguro, y fue atacado por ellos. Pero no hice nada que pusiera vidas en peligro.

La vida de Sarah, pensé.

—¿Fue duro para ti no hacer nada?

—Mmm, okay. Confieso que no me quedé completamente tranquilo, sería ir en contra de mi naturaleza de nuevo, pero estuve atento a ellos. Solo iba a actuar si traspasaban la línea de la cordura. Por suerte los asustó una sirena de ambulancia —terminé riendo, y Lynn sonrió.

—Estoy orgullosa de ti, Cal —dijo, y mi sonrisa se abrió.

Entonces, Lynn inició su consulta habitual preguntando por mis amigos. Borró la sonrisa de mi rostro.

—Seré honesto —respondí—, sigo sin poder verlos. Solo pensar en ellos me recuerda todo lo que pasó, y hoy fui prudente pero aún no puedo manejar la situación con ellos.

“Y creo que ellos sienten lo mismo, y por eso hemos estado alejados... Si no es por ti, no me hubiera enterado que han regresado a servicio.

—¿Los extrañas?

—Sí. Son mis mejores amigos, los únicos en quien puedo confiar mi vida —pensé un segundo—. ¿Ha escuchado eso de hermano de armas? —ella asintió—. Bueno, es muy yankee, pero es cierto.

“Pasamos por tantas cosas juntos que la “hermandad” ya casi es al punto consanguíneo. Del tipo que darías la vida por tu padre, madre o hermanos.

—Creo que ya es momento de saber de ellos, Caleb. Hoy lo demostraste —sugirió para que no siguiera perdiéndome en definiciones.

Negué de inmediato tras sentir el mismo miedo que me convirtió en un desconocido. Ellos aun representaban la muerte de Clay.

—Caleb, los tres se necesitan mucho en este momento.

—Sin Clay, soy un lisiado —comenté en un susurro al recordar lo que les había dicho a mis amigos antes de esa misión.

—Es cierto lo que dices, y te lo confesaré, aunque no deba hacerlo, pero ellos sienten lo mismo —siguió Lynn sin haberme escuchado—. Los tres se conocen a la perfección, y confían en el otro lo suficiente para poder hablar de lo sucedido sin censura. Intercambiar puntos de vista que tal vez ayuden a los otros a aceptar que las cosas malas pasan aun cuando uno haga todo lo posible para que no sea así.

“Ustedes pueden ayudarse a seguir adelante más rápido que estando cada quien por su lado —

bajé la mirada—. Además, el silencio puede estar rompiendo poco a poco la confianza que tienes con ellos, Cal. Y, por lo que he hablado con los tres —levanté la mirada—, es lo más importante en la vida para ustedes.

“Como ya lo has definido... Hermanos de armas.

—Sí. Confío mi vida en Robin y Spencer —solté un suspiro acongojado—. Tal y como lo hizo Clay.

“No es lo mismo enfrentar a dos ladrones, que a la realidad de que nuestro amigo murió por una estupidez.

Lynn se puso de pie para venir a sentarse a mi lado, y detuvo mis manos, las cuales se han estado retorciendo una contra la otra desde que me metió en el punto de mi problema.

Estaba siendo cariñosa de una forma profesional, pero me incomodó porque me di cuenta que con Sarah no he mendigado ni una sola caricia. Por el contrario, ella se ha esforzado porque no me falten.

Desde la primera noche juntos, ha intentado cada segundo que yo baje la guardia definitivamente para que ella pueda ser más cariñosa.

Y hoy en verdad me preocupó que le hicieran algo.

Ya no seguí hablando, y Lynn no retiró la mano por un buen rato.

—Cal, el silencio siempre deja que tu corazón hable —dijo traspasando su caricia a mi mejilla, acelerando mis latidos ilógicamente. Pero no de excitación, si no de traición... Y era por Sarah.

—¿Tengo estrés postraumático, Lynn? Dime la verdad —pregunté con voz infantil. Si lo tenía, no quería poner en riesgo a ninguna de las dos.

Ella negó con la cabeza como respuesta y dejó de acariciarme para sujetar mi mano.

—No. Estás malentendiendo el término —aclaró. Le puse más atención—. El estrés postraumático no solo sucede en los soldados, también en cualquier persona que haya presenciado algo terrible. Por supuesto, se da más en tu profesión porque están constantemente en situaciones de riesgo eminente.

“Hay diferentes tipos y cada uno debe ser analizado y tratado con cuidado.

“En el caso de muertes trágicas, todo empieza cuando se desvía el duelo y se mantiene vivo el recuerdo del instante trágico casi todo el tiempo. La persona sufre un resquebrajamiento de la realidad y empieza a reaccionar a estímulos que lo llevan al momento traumático una y otra vez. La persona se siente aislada de amigos y familiares porque piensa que ellos no entienden la situación. También se da un bloqueo de emociones que llevan a la persona a la ansiedad, a sentirse indefensa, y se ve obligada a defenderse de alguna manera de los malos pensamientos y sentimientos.

Asentí al entender todo lo que me estaba explicando, pues lo vi con mis propios ojos. Y hasta ese momento empecé a compadecerme del yankee.

Sin embargo, las campanas sonaron dando por terminada la sesión, y no pude evitar suspirar en alivio mientras me ponía de pie rápido.

—¿Qué día será esta vez y a qué hora? —pregunté metiendo las manos a los bolsillos para cerrarme un poco a su persona, que de pronto despedía un aire de cazadora.

—Mañana es San Valentín...

—¿Nos vemos el lunes? —sugerí evitando ese día.

Lynn se quedó en silencio un minuto mientras me miraba; al parecer, quería que la invitara para algo el día de mañana. Pero no tenía pensado pasar esa festividad empalagosa con nadie... más que mi sillón, mi cerveza, mis papas y mi televisor.

—Sí, agenda el día con mi asistente —terminó Lynn resignada a que ahora era yo quien estaba alejando las cosas.

Tras que me di una ducha, me senté en el suelo para ver la televisión. No podía sacarme de la cabeza la imagen de Lynn siendo cariñosa conmigo. ¿Por qué lo hizo? ¿Acaso estaba tan urgida por una cita para no pasar sola San Valentín que se arriesgó a no ser profesional conmigo? ¿Por qué no me aproveché de la situación, cuando es lo que he estado buscando desde que la besé?

La respuesta a esa pregunta fue fácil de responder: Sarah.

SAN VALENTÍN

Salí a pasear. Ya estaba cansado de películas de amor y de estar evadiendo este día sin éxito. Sarah no me ha respondido mi última pregunta por lo que no habría sexo para mí esta noche.

Ni aun como premio por haberla protegido.

Cuando era veinteañero este día me entusiasmaba porque yo celebraba al jodido amor de una manera diferente. Si llegaba a estar en la ciudad, salía con mis amigos al pub favorito para cazar solteras que estaban tristes y necesitadas de un poco de cariño.

Era el mejor día para tener sexo fácil y sin compromiso. *A quid pro quo.*

El trabajo de ligue era mínimo. Una mirada excitada, una sonrisa presumida, una cerveza gratis y aseguraba una cogida rápida en el baño. Si estaba muy excitada, tanto para dos cogidas, entonces merecían cogérmelas en sus casas. Nunca en la mía, porque no me aseguraba una escapada rápida... como ya he comprobado muy bien.

Nunca ha coincidido que tenga una relación en este día.

Este año no habrá cacería, porque, de seguro, mis amigos están peleando metiendo en cintura a los *terry*, y yo estoy con la jodida mente saturada de dudas respecto a las dos mujeres que hay en mi vida.

Sé que no debería estar pensando en ellas, no agregar complicaciones románticas a mi vida, pero las otras opciones son Clay y Jessica. Vida versus oscuridad.

Caminé por un rato hasta llegar a la avenida principal en donde estaban los comercios que me permitirían escaparme de la jodida miel que todos derramaban ya. Seguí caminando hacia mi librería favorita, pasaría un rato ahí leyendo las sinopsis de libros de historias de romanos. Algo con estrategia.

¡Quién lo diría! Después de dos milenios, sus tácticas funcionan.

Cuando estuve por llegar, me topé con un hombre que al principio me dio risa por lo patético que se veía. Desesperado y volteando a todos lados mientras escondía un gran ramo de flores, como si su escuálido cuerpo pudiera ocultarlo. De pronto, fijó la mirada hacia el frente y su desespero cambió a un ridículo nerviosísimo. Revisó el ramo, e incluso acomodó unas flores para que estuviera perfecto como esperaba.

Una mujer se acercó y él no perdió tiempo en darle el ramo; supuse que era su novia. Ella se volvió loca de emoción, hasta el punto que soltó el ramo de rosas, el cual cayó al suelo con estruendo, para colgarse del cuello del tipo y besarlo.

¡Hey, búsquense un jodido cuarto! No me interesa saber cuán parada la tiene ya él, supliqué en mi mente sorprendido.

La gente pasó a su lado, mirándolos con indignación por el espectáculo. Sin realmente esperarlo, Sarah vino a mi mente.

¿Sería correcto tener un detalle con ella? No era mi novia y aún no llegábamos a ese punto en

donde estuviera pensando ya en pedirle que lo fuera. Lynn ya estaba haciéndose mucho del rogar y, la verdad, cuando me dio el mensaje escondido de San Valentín, no me gustó nada que me usara como barco salvavidas. Después de todo, la escuché haciendo planes con alguien; de seguro la canceló.

Tal vez no era mala idea regalarle una rosa al menos. Si esa mujer casi se coge a su novio en la vía pública por media docena de rosas, yo al menos podría conseguir un faje.

Saqué el celular para buscar una florería cerca, por suerte, había una a la vuelta de la esquina. Me dirigí hacia allá antes de arrepentirme.

Fui encontrándome a mi paso con hombres y arreglos florales que, analizándolos, eran la representación de lo que querían obtener de su pareja ese día.

¡Carajo! ¡Uno llevaba un arreglo que necesitó dos personas para transportarlo! A ese imbécil lo iban a cortar esta noche porque estaba diciendo a viva voz que había engañado a su pareja.

Suerte que no esperan mucho de mí, pensé con sonrisa irónica.

Llegué al fin a la florería que estaba atiborrada de hombres. Ahí tuve un segundo de duda, pero en verdad quería que supiera que al menos me interesaba pasar mi tiempo con ella. Y que le estaba agradecido porque estaba ayudando en mi recuperación sin saber.

Miré las flores abrumado porque no sabía qué color escoger o cuáles eran sus favoritas. Es más fácil escoger las armas que usaré en cierta misión que esto.

Al final escogí rosas rojas, muy tradicional. No me llevé una sino una docena. Creo que me dejé llevar por la emoción de los hombres que estaban a mí alrededor y hablaban de lo que han obtenido con sus flores.

Pobres mujeres, si supieran en realidad los deseos escondidos. Ellas creen que es amor, pero en realidad es sexo fácil... al menos solo por esta celebración. ¿Estarán conscientes de que las flores, los chocolates y la cena o película nos llevarán a sus camas tarde o temprano?

Ahora tenía que hacer que Sarah fuera a mi casa. No iba a presentarme en la suya con ramos en mano.

Cuando llegué a casa, dejé el ramo en la mesa y fui directo al refrigerador por una cerveza. Me recargué en el mueble de la cocina para beberla mientras buscaba el número de Sarah; esto iba a ser muy incómodo de llevar a cabo. Sin embargo, mi celular sonó cuando estaba por marcarle, y, por azares del destino, era ella.

—Hola —respondí nervioso.

—Hola —dijo ella igual—. Disculpa que no haya respondido después de lo que sucedió ayer...

—No te preocupes. Solo estaba jugando a ponerte nerviosa —le interrumpí. Para ser honesto, ya había olvidado que me dejó en visto.

—¿Estás ocupado hoy? —preguntó, interrumpiéndome.

Sonreí porque de seguro me habló para que fuera a su casa a tener sexo, ya que ella no esperaba más de mí. Y, solo por eso, las flores iban a ser todo un éxito.

—No. Por el contrario, iba hablarte para preguntarte si te gustaría venir a pasar el rato.

—¿Podrías mejor venir a mi casa?

En menos de un segundo me imaginé caminando en la calle con ramo en mano y miradas masculinas burlándose de mí, tal y como yo lo hice.

O podría irme en Uber. ¡Vamos, vas a tener más de una mamada con esas rosas!... El ridículo lo vale.

—Sí, ¿a qué hora quieres que esté allá? —pregunté.

—¿Podrías venir ahora?

—¿Ahora? —dudé. Di un trago largo a mi cerveza para que mi respuesta fuera rápida y no le diera a entender que no quería verla, cuando era lo contrario. ¡Carajo! Para eso era el ramo de rosas. Solo necesitaba un poco de valor para salir a la calle con las flores. Continué—. Sí. Me doy un baño rápido, porque vengo de correr, y voy a tu casa.

—¿Sí vas a venir? —preguntó asombrada por algo.

—Sí —respondí extrañado. Su tono ya se escuchaba entusiasmado—. Te veo en un rato.

—Nos vemos.

Colgué y miré a la nada. Me sentí bien con su nerviosismo por verme, quizás también tenía la idea de que vernos en este día iba a ser algo extraño.

Fui a darme una ducha rápido, no quería hacerle esperar.

Llegué a su casa y, en cuanto bajé del auto, miré las flores en mano y de pronto me sentí como un idiota. ¿Qué iba a decirle? ¿Feliz San Valentín, amiga de cogidas?

Saqué rápido el celular en cuanto sonó, era Sarah que quizás se preguntaba por qué estaba tardando mucho.

—Hola, ya estoy en tu puerta, ¿podrías abrirme?

No respondió y casi al instante abrió la puerta; creo que estaba esperándome ya abajo.

Lo primero que vio fue las flores, que la dejaron completamente muda; tuve que atreverme a decirle que eran para ella para que me hiciera caso. Y aun agregando más al momento incómodo le dije:

—Feliz San Valentín.

Me premió arrojándose a mí para besarme con un ímpetu sorprendente, como lo hizo la chica del tipo que vi hace rato. Fue tan buena que me hizo empujarla con trabajos —ya que yo aun traía el ramo— para meterla al edificio. Cerré la puerta como pude y la estampé en la pared para aprovechar el premio que me dieron unas simples rosas.

—Subamos —le susurré después de cortar el beso mordéndola.

—¡Sí, sí! —accedió soltándome por completo. Le di el ramo, que tomó con una sonrisa de oreja a oreja, enseguida tomó mi mano y me jaló detrás de ella hasta su departamento.

¡Quién lo diría! Las flores son poderosas, y no se necesitaron muchas, pensé mientras la veía muy entusiasmada por el detalle.

Tan pronto cerré, escurrí las manos por la cintura, ahora sí era momento de reclamar mi premio.

—¡Espera! Yo también tengo algo para ti —dijo liberándose con trabajos.

Tuve que soltar un respiro abrumado. ¡Demonios! Ella también tenía algo para mí. Solo esperaba que no fuera una tarjetita con un poema empalagoso que me obligara a mentir. O que me hiciera huir.

Regresó con una caja algo grande; la verdad es que me confundió, ¿qué había adentro? La puso en la mesa de centro de la sala y me pidió que la abriera ahí.

Fui hacia ella con paso miedoso. Sentí la caja como un dispositivo mal armado que explotaría tan pronto lo abriera.

—¡Vamos! ¡Ábrelo ya! —ordenó entusiasmada.

Cuando tomé una de las cintas rojas, la caja se movió sorpresivamente, haciéndome retroceder exagerado. Sarah rio, pero volvió a instarme a que lo abriera ya sin temor.

En cuanto quité el moño, la caja se abrió dejando salir la cabeza de un cachorro Beagle. Sarah lo sacó por mí para entregármelo, pero lo tomé como si el animal fuera a orinarme encima.

¿Por qué carajos me había regalado un perro?

—¿Te gusta? —me preguntó entusiasmada.

Miré al cachorro, quien tenía una mirada manipuladora. Supe que iba a ser todo un reto.

No supe que responder. Un perro era demasiada responsabilidad para mi profesión. ¿Quién carajos iba a cuidarlo en mi ausencia?

—No es una tarjeta de San Valentín —respondí renuente de aceptarlo; de hecho, se lo regresé.

Sarah rio muy divertida por el shock que aún tenía. Acunó al cachorro en sus brazos, el cual se dejó manipular por ella como si fuera un bebé.

—¡No, no lo es! Recuerdas que me comentaste que era tu raza favorita desde que viste...

—Enterprise. Sí, Porthos... Pero hay una gran distancia entre que es mi raza favorita y el deseo de tener uno.

Me sorprendió que se acordara de la única conversación casual que hemos tenido desde que nos acostamos, y eso fue por WhatsApp, ni siquiera fue algo que pudiera llamar conversación. Sarah está muy pendiente siempre de lo que le digo.

La sonrisa de Sarah desapareció al instante.

—No te gustó —aseguró bajando al cachorro al suelo, quien no dudó en demandar su atención de nuevo.

—Sarah... —dije acunando su rostro para levantar su tristeza—, jamás he tenido un perro. Ni de niño tuve uno. No tengo idea de cómo cuidarlo. Lo único que tuve fueron peces y morían a cada rato.

—Está bien —dijo soltándose de mis manos—, lo regresaré.

“Pero es triste que lo rechaces. Ha sufrido mucho.

—¿Qué le pasó? —le cuestioné intrigado.

—La mamá tuvo cinco cachorros y sufrió mucho tanto en el embarazo como en el parto. Si hubiese tenido uno más, lo más probable es que hubiese muerto.

“Él fue el último en nacer y lo hizo muerto, pero, por suerte, el novio de mi amiga es veterinario y estaba ahí, y logró regresarlo tras mucho esfuerzo. Al ser el más pequeño, no pudo alimentarse muy bien los primeros días, así que estuvo batallando con la desnutrición.

“Fui ayer a verlos cuando mi amiga me dijo que su Beagle había tenido cachorros, y quería darlos en adopción. Me acordé de ti cuando él corrió a mí, como si quisiera ganar mi atención a los demás. El pobre se cayó un par de veces y lloró como si me rogara que no lo dejara por ser tan torpe... Iba a escogerte uno más fuerte, que aguantara tu estilo de vida, pero me contaron su historia y no pude rechazarlo más.

Cuando miré al cachorro, quien se había sentado como borracho a los pies de Sarah, me pareció tan desvalido.

Un sobreviviente, pensé.

Además, ya me parecía interesante la idea de tener un perro. Alguien que me hiciera compañía en esos momentos en que las pesadillas traspasaban a mi realidad. Lynn ya me había recomendado tener una mascota para volcar mi tiempo libre en otro ser viviente, pero rechacé la idea rotundamente con la excusa de que estaba en rotación por meses.

Me agaché para tomar al cachorro antes que ella.

—¿Cómo quieres llamarlo? —le pregunté sin dejar de ver la tierna cara del cachorro. Poco a poco estaba despertando ternura en mí.

—Porthos.

Solté una risita entre dientes.

—¿Cómo el del capitán Archer^[13]?

—Sí, es un nombre bonito. Y será tu escudero.

—Bien... —dije llevando al cachorro a mi abrazo, se sentía tan indefenso—, Porthos será.

Cuando miré a Sarah, tenía ese gesto que esperaba mis flores crearan. Era tan linda conmigo. Confirmé con sus pequeños detalles que ella me ha ayudado más con mi depresión que Lynn.

Sarah me ha dado todo sin que yo se lo pidiera, y siempre ha sido sincera y dadivosa.

—Eres increíble —susurré entre una sonrisa—. Okay. Me lo quedo solo si aceptas ser mi novia y me ayudas a cuidarlo cuando no esté —sugerí sin pensar.

Como era lógico, se sorprendió. También yo lo estaba, pero solo fue por una fracción de segundo, el que me tomó inclinarme un poco a ella para alcanzar un beso apresurado que no rechazó.

—Di sí —le balbuceé con el cachorro entre los dos, tratando de lamernos las barbillas—, o Porthos se va a quedar sin mamá.

Sarah rio nerviosa y me quitó al perro de los brazos para ponerlo en el suelo, luego se colgó de mi cuello para que nuestras bocas se unieran de nuevo. Me dio el *sí* entre besos y me jaló apresurada a su cuarto. El cachorro nos siguió jugueteando con nuestros pies, y siguió llamando nuestra atención entre aullidos que eran demasiado fuertes para su tamaño.

—Espera —dijo Sarah tras reír en mi boca.

Tomó uno de los cojines para arrojarlo al suelo, Porthos lo olfateó un par de veces para después echarse ahí como si fuera su cómoda cama.

—Ha dormido conmigo desde ayer —comentó abrazándome del cuello de nuevo, no perdí la oportunidad para pegarla a mí y que viera que ya estaba excitado por ella.

—Tendré que llevarme ese cojín o no vamos a dormir nunca —me hizo gestos curiosos—. Él porque extraña tu olor y yo porque sus aullidos me recordarán que también te extraño.

Apenas dije eso y Sarah me atacó con un beso que me llevó a desnudarla rápido y hacerle el amor sin juego previo. Ya habíamos esperado suficiente, después de todo, es San Valentín.

Caleb

Al terminar, cuando la efusión perdió su poder, no pude evitar preguntarme cómo había llegado a esto. ¡¿Ahora tenía una novia y un perro?!

Sarah salió de la cama sin cohibirse por su desnudez y fue a no sé dónde. Nunca lo ha hecho conmigo, hasta creo que lo hizo adrede. Sin embargo, regresó en minutos con dos refrescos con hielos; agradecí tanto el gesto. Sarah no se acostó a mi lado, solo se puso las pantaletas, una camiseta y se sentó en medio de la cama para seguir disfrutando su bebida a gusto. Me senté con la espalda pegada a la pared; acomodé un poco más la sabana para cubrir mis partes.

Sarah me miró en silencio. Al parecer, al igual que yo, estaba un poco cohibida por la situación. A pesar de tener tiempo acostándonos, nunca hemos estado tan cerca del otro como desde la primera vez que me hizo el amor, y ahora tenía que verla como mi novia.

—¡Porthos! —lo llamé para cortar el silencio; me incliné hacia fuera de la cama, pero no me hizo caso porque aún no reconocía su nombre. Entonces, le hice tronidos con la boca para que entendiera que era necesitado, solo así me hizo caso y vino a mi mano creyendo que era hora de jugar a mordisquearme los dedos.

Lo cargué, pero se alborotó en mis brazos, hasta que Sarah se estiró para dejar el vaso y tomó a Porthos para enseñarme a tranquilizarlo. Lo acunó en sus brazos y le acarició su panza regordeta de bebé. Porthos se calmó en segundos, creo que tocó su punto de dicha, y lo puso en la cama, a un lado de mis piernas, para que los dos lo acariciáramos.

Fue terapéutico.

—¿Crees que puedas con él ya estando solo? —preguntó, dejando de acariciar a Porthos para volver a tomar su bebida.

Solté una risita irónica.

—Será un reto al principio, pero creo que seremos buenos amigos —respondí mirándolo. No creo que sea más difícil que “El largo arrastre^[14]”.

Ahora reí por la pose en la que estaba durmiendo Porthos: boca arriba, con una oreja cubriendo uno de sus ojos y sus patitas como si estuvieran entrelazando sus dedos.

Sarah dejó su bebida en el buró de nuevo, ahora para sentarse junto a mí, teniendo cuidado de no despertar a Porthos.

—Sabes —dijo tomando mi mano para entrelazarlas—, has hecho que cambie de opinión respecto a este día.

Sonreí avergonzado. Si supiera que no tenía idea de salir de esta casa con una novia... menos con un perro.

—Tampoco tenía una buena opinión de este día —concordé. Sarah descansó su cabeza en mi hombro, y me hizo sentir muy bien—. Pero creo que me gusta que ahora seas mi novia.

Sarah levantó la cabeza para verme con una sonrisa y me dio un beso casto.

Eso era verdad. Sarah opacó a Lynn sin problema alguno; nunca dudó en estar conmigo.

Esto no fue un concurso de quién ganó más rápido mi interés, solo pasó.

—¿Lo crees? —cuestionó indignada, aunque me pareció que estaba jugando.

Reí malicioso en lo que soltaba su mano para abrazarla mientras veíamos en silencio la

hipnótica respiración de Porthos.

—Ahora viene lo más interesante de todo —comentó Sarah.

—Ah, ¿sí? ¿Qué?

—Divertirnos juntos mientras nos conocemos.

—Ya nos divertíamos juntos, ¿no? —aclaré.

Se separó de mí para que la viera de nuevo a los ojos.

—La diversión viene al conocer a tu *yo* no sexual; ¿qué te gusta? ¿Qué te hace enojar? ¿Qué te encontenta?...

—¡Mucho sexo! Recuerda que soy hombre y no puedo fallar el estereotipo o me cortan las bolas —respondí rápido a su última pregunta. Sarah rio—. Entiendo —me quedé en silencio unos segundos, esto sí ya era serio.

—¡Sí! ¡Te atrapé! —hizo señal de victoria, al estilo Churchill; me hizo reír su efusión juvenil. Era feliz por ser mi novia—. Entonces, iniciemos —sugirió saliendo de la cama, luego me aventó mi bóxer y mi playera. Pensé que me iba a decir que ya terminaba la celebración, pero me ordenó —: ¡Vamos! Me vas hablar de ti.

Me vestí rápido, luego tomó a Porthos, quien se movió como bebé recién despertado. Cuando miré a Sarah, me pidió que la siguiera a la sala, en donde iniciaría el primer momento para conocernos. Aunque yo ya sabía cosas de ella, quiso primero una introducción muy básica de los dos.

Al menos en eso no tuve que mentir.

Y eso era algo que tenía que pensar con detenimiento porque había llegado el momento de revelar mi vida militar.

UNA SEMANA DESPUÉS

¡Logré llegar a la primera semana sin cortar con Sarah! Aunque estuve a punto de regresarle a Porthos al tercer día.

¡Nunca creí que fuera tan difícil educar a un cachorro! Todo el tiempo lloraba por atención, y cuando se la daba, solo se pasaba el rato mordéndome los dedos, las agujetas o cualquier cosa que tuviera al alcance del hocico. Me había convertido en su mordedora oficial. ¡Y se orinaba por todos lados! ¿Cómo algo tan pequeño puede deshacerse de tanto líquido y tan seguido?

Y cuando bebía su agua, parecía que se metía a nadar en su bebedero, y le gustaba sacar las croquetas de su plato para comerlas con masticadas escandalosas.

Le gustaba el caos.

Cada vez que lo trataba de corregir, el maldito perro corría a esconderse en su cama; era tan ingenuo que creía que el borde de la cama lo escondía. Tan pronto me daba la vuelta, corría detrás de mí para jugar con mis pies, olvidando la razón por la que fue regañado. Un par de veces estuvo a punto de tirarme. Y cuando me detenía, corría en dirección contraria hasta quedar a una distancia prudencial, entonces, se sentaba cuál borracho y me sacaba la lengua.

¡Carajo de perro! ¡Se burlaba de mí!

Sarah nunca me creyó cuando le platicué lo que hacía su “bebé”. ¡Ah! Porque cuando Sarah llegaba a mi departamento, Porthos era un soldado bien portado.

Algo que no discutí a Sarah era que se notaba que el peludo tenía muchas ganas de disfrutar la vida. Le admiro eso.

Pero también tenía sus momentos tranquilos, que eran siempre que salía con él. Lo metía adentro de mi chamarra, como si fuera su cangurera, y sacaba la cabeza para mirar todo. Disfrutaba así su paseo.

A pesar de todo, no me sentía solo ya con ambos a mi lado. Tanto era así que no he ido a mis sesiones con Lynn, porque ahora ella significaba el pasado que no quería que arruinara mis buenos momentos.

Mis noches con Sarah eran cada vez mejor. Como era de esperarse, aun estábamos en la etapa de coger. Mi casa por lo general era nuestro lugar de encuentros porque ella me visitaba tras su día de trabajo.

—Sarah —le llamé mientras estaba sentada en la silla de la cocina jugando con Porthos—, ¿tienes planeado algo para el fin de semana?

—Sí, hacerte el amor. Después jugaremos un poco. No sé, tal vez amarrarte y tentarte con que no me vas a tener... Volverte loco. Ya sabes, lo usual.

Reí disimulado. Sarah era muy extrovertida, del tipo que podría ponerse a bailar en público si algo la hiciera muy feliz en ese momento. Esa era una de las cosas que me gustaba de ella, que podíamos decirnos nuestros deseos o pensamientos.

Aunque yo seguía evitando decirle mi verdadera vida.

—¿Y si te llevo a un lugar en donde te darán más ganas de tener sexo que hacer el amor? —le propuse.

Sarah me miró de inmediato alarmada. Le gustaba bromear con ese tipo de sexo, pero en el fondo no creo que lo llegaría a disfrutar.

—Tranquila. No te voy a llevar a una fiesta swinger ni nada por el estilo —aclaré con una sonrisa presuntuosa, porque hice una nota mental de algunas cosas que podríamos hacer juntos. Sarah resopló aliviada—. Pero ten lista para el próximo sábado una pequeña maleta para dos días.

—¿Qué empacó? —preguntó casual, mientras iba por la bolsa de Doritos que estaba en el anaquel de comida chatarra. Porthos le brincó un poco pidiéndole comida, pero no le dio porque tenía ingredientes prohibidos para él.

Sarah le cuidaba mucho la dieta. Lo único que me tenía permitido darle era unas galletas de vainilla que a ella le gustaban mucho. Ya hasta tenía su dotación en mi alacena. Porthos se volvía loco cuando ella las sacaba.

—Mmm, ropa algo cálida.

—¿A qué hora saldremos? —preguntó ignorando aun el berrinche de Porthos.

—A las siete de la mañana.

—¿Tan temprano? —cuestionó. Para Sarah, era pecado levantarse temprano en fin de semana. Asentí con la cabeza—. Está bien. Estoy en tus manos.

—Veré si podemos llegar una noche antes.

—Sería mejor —me respondió.

Dejó la bolsa para cargar al lloriqueante Porthos, mientras tanto, me recargué en el mueble para admirarla acariciándolo; se veía preciosa con esa sonrisa tímida en sus labios que a veces no quería desaparecer, como si escondieran un secreto que sí me interesaba conocer.

Bebí mi café despacio.

—¡Vaya! Aceptaste salir conmigo sin preguntar tanto —comenté en verdad sorprendido. Las mujeres no pueden contener la curiosidad cuando de sorpresas se trata.

Mi hermana era una de ellas; siempre me golpea el brazo hasta que ceda en revelarle la sorpresa. Así fue como se enteró antes de tiempo que mi mamá esperaba a Edwin; yo lo descubrí por estar de metiche escuchando las pláticas de mis padres.

—Amo las sorpresas y no me gusta que me las arruinen. Eso nunca lo analizaste.

—Nunca creí que fueras...

—¡Maravillosa para ti! —terminó poniéndose de pie. Porthos sintió el movimiento y demandó que lo bajara.

—Bueno, cuando te vi sospeché que serías una *maravillosa* cogida, lo cual no me equivoqué —aclaré, haciendo que Sarah riera entre dientes.

—También fuiste una buena cogida —comentó dándose importancia.

—¡Joder, claro que lo fui! ¡Siempre lo soy!

Se carcajeó tanto que Porthos le aulló... o no sé qué sonido hizo, aún no se definía. Pero reaccionó a Sarah.

—¡Y puedo certificártelo en este jodido instante! —aseguré dejando la taza en el mueble, después aplaudí como cuando a alguno de mis amigos se les ocurre algo para pasar el tiempo de ocio en la base.

—¡No, no! No hay nada que certificar, mi cuevita del amor da constancia ante notario de eso —expresó como si tuviera miedo de mis movimientos decididos.

Porthos ladró nervioso por nuestras voces agitadas.

—¡Tranquila! —dije tomando mi café de nuevo con una sonrisa presuntuosa—. Estamos muy relajados tomando nuestro café, mientras planeamos cómo invadir en tu “cuevita del amor” en una hora... más o menos. Estamos pensando hacer una incursión aérea, pero yo prefiero terrestre. Me da más confianza en el control del lugar y de los hostiles.

Sarah se carcajeó.

—No me digas que *Call of duty*^[15] te ha hecho todo un soldado experto —comentó aun entre risas.

Reí con la verdad atorada en la garganta, la única que no he podido confesarle.

—Bien —dijo tomando a Porthos, quien aprovechó la oportunidad para darle lamidas donde se dejara—. Porthos, mi cuevita y yo estaremos viendo la tele.

Salió de la cocina contoneando la cadera con exageración burlona. Adivinó por casualidad mi profesión, y desperdicié la oportunidad para decirle la verdad.

Aun con la sonrisa que me dejó en los labios, miré el espacio vacío que era cubierto por su voz hablando con Porthos. Ya empezaba a amar cada segundo a lado de Sarah. Y la casa se sentía ya diferente, mucho mejor cuando ella estaba aquí, inundándola con su risa.

No solo era espectacular en la cama, como se lo aseguré, también fuera de ella. Muy buena para hacerme olvidar toda la mierda que he cargado a costas desde antes de conocerla.

¿Por qué no llegó antes a mi vida?

A LA MAÑANA SIGUIENTE

Desperté con un gemido que desconocí al principio, seguido por alguien jalándome la cobija; miré hacia el suelo y vi a Porthos llamando mi atención.

Respiré profundo en lo que veía al otro lado, sentí mariposas en cuanto vi a Sarah durmiendo junto a mí. Nunca las he tenido, y no sé cómo interpretarlas. Me atreví a tocarla para averiguar su significado, pero las mariposas se intensificaron cuando ella se movió porque Porthos lloró más fuerte.

Lo tomé tan rápido que cuando lo alcé se me resbaló encima de ella. Porthos lloró y Sarah se quejó.

—Perdón, se retorció mucho —me disculpé tratando de quitárselo, pero Porthos, en cuanto la vio, le lamió la cara hasta despertarla bien entre risas adormiladas.

Sarah lo tranquilizó; me sorprendió que tuviera sobre él tanto dominio en tan poco tiempo. Después me miró en silencio.

—Buenos días, Sarah —le dije como idiota nervioso porque descubrí que las mariposas que aún sentía eran porque me ponía nervioso.

—Buenos días, Cal.

Ambos sonreímos y buscamos acercarnos al otro con torpeza, pero entonces Sarah recordó algo y se levantó de la cama con urgencia en lo que maldecía. Porthos se confundió por la situación.

—¿Qué sucede? —le pregunté en lo que me sentaba.

—¡Es viernes! ¡Tengo que ir a trabajar! —respondió buscando ropa en su closet.

—Sarah —dije tratando de ver el reloj en lo que Porthos demandaba mi atención mordiéndome la barbilla—, son las diez y media.

Se detuvo para mirarme, supe que no me creía.

—¿Por qué no me despertaste antes? —me reclamó.

—Porque acabo de hacerlo también —aclaré.

—¿No ha sonado mi celular? —me preguntó con mirada acusadora.

—No sé dónde está tu celular.

Fue a revisar de su lado, y ahí estaba, pero por los gestos que hizo no había ninguna llamada.

—Son las diez de la mañana —balbuceó y luego se quedó pensando si era o no conveniente llegar casi a medio día a su trabajo.

—¿Qué quieres hacer? —le consulté con Porthos mordiéndome ahora los dedos. Sonrió traviesa porque decidió tomarse el día para seguir en la cama—. No, Sarah, no voy a pasar el día teniendo sexo.

Se carcajeó tanto.

—Lo sé, lo sé —dije saliendo de la cama con Porthos, tan pronto lo puse en el suelo corrió con Sarah para pedirle que lo cargara, mientras tanto Sarah se sobresaltó cuando me vio desnudo, había olvidado que dormí así. Empecé a vestirme con naturalidad, ya no me incomoda que me vean desnudo—. Ya me dijiste que pensamos en el sexo las veinticuatro horas del día, pero a mí me enseñaron a mantener el control.

—Ah, ¿sí? ¿Quién te enseñó? —preguntó curiosa.

¡Mierda!

—En la bolsa no se tiene tiempo de estar fantaseando porque un segundo de distracción puede significar millones de libras perdidos —terminé brincando poniéndome los jeans—. Y tengo hambre.

Sarah no me respondió porque seguía hipnotizada por mi caricia a Porthos.

—¿Qué vamos a hacer con Porthos? —le pregunté. Empecé a ver los inconvenientes de tener una mascota. Sarah no me respondió—. ¿Sarah?

—¡Oh! —reaccionó al fin cuando le moví la mano como si estuviese diciéndole *hola* para despertarla—. Compré una bolsa especial para él.

Salió del cuarto; mientras tanto, me puse los zapatos. Al poco rato regresó con Porthos dentro de una bolsa que puso en la cama para que lo viera mejor.

—Creo que sí va a funcionar —acepté al verlo tranquilo—. Vístete mientras voy al baño.

—Sí —respondió sacando a Porthos de la bolsa.

Nos dejaron desayunar en el bistró, siempre y cuando Porthos se quedara en su bolsa. Noté que fue una concesión que hicieron a Sarah por ser cliente asidua.

Pedimos de desayunar lo tradicional, lo que pudimos haber preparado en su casa.

—No vas a interrogarme tan feo de nuevo, ¿verdad —preguntó Sarah en lo que echaba azúcar a su café.

—No —respondí.

La razón por la que la saqué de la casa era porque no quería que me interrogara. Ahora la relación no era de pisa y corre, y la última vez que tuve novia fue antes del ejército. Necesitaba un poco más de tiempo para decirle de mi profesión. Sé que ya tengo que hacerlo, pero nuestra relación apenas inicia y no quiero arruinarla.

La lealtad a la corona puede esperar; después de todo, me lo debe.

—Tengo hambre —dije.

—Yo también —soltó un respiro—. Solo espero que esta vez no nos asalten —comentó.

—No. Un rayo no cae dos veces en el mismo lugar.

—Lo sé, el problema es que no estamos en el mismo lugar, así que la probabilidad se reinicia.

—Mmm, no había pensado en eso.

—No sé qué hubiera hecho si no hubieses estado ahí —confesó.

No le respondí porque me quedé pensando que tal vez hubiese sido lo mejor. Le hubieran quitado pertenencias que podría restituir. Pero si alguno de los ladrones se hubiera atrevido a tocarla o a ponerse más violento de lo necesario, entonces yo hubiera tenido que actuar, y alguien más hubiera salido herido, aparte de los ladrones, porque mi prioridad hubiera sido eliminar la amenaza; me entrenaron para hacer eso primero.

—Lo que aun no entiendo es tu facilidad de ese día para olvidar que te asaltaron —se lo hice notar.

—No, no lo olvidé. En realidad, tenía una junta muy importante ese día y se me olvidó; por eso me llamaron. Pero todo el tiempo estuve pensando en lo que pasó.

“Y estuve paranoica algunos días con cada joven que se me acercaba.

—Sarah, nunca dejaré que algo te pase —prometí tras perdernos en la mirada del otro.

Esta mujer me importaba demasiado siquiera para alejarme o permitir que alguien la lastime.

Sarah bajó la mirada, sonrojada de interesarle a alguien lo suficiente para dicha promesa.

—Tengo una pregunta, Cal —me dijo después de tomar su tenedor para empezar a comer. Lo hizo con tal naturalidad.

—Bien, no respondo interrogatorios... —callé cuando levantó la mirada para verme con cierta indignación.

—¿Siempre vamos a caminar cuando me invites a algún lado?

Me carcajé lo suficientemente alto para atraer un poco la atención de algunos del restaurante.

—No. El tráfico siempre me ha sacado de mis casillas y he comprobado que caminar es un viejo arte que te permite admirar cosas que no notarías con el movimiento de un auto.

“¿Alguna vez te has detenido a admirar el puente de la Torre levantando sus levas? —me negó con la cabeza—. Es hipnótico.

—No, pero ¿tú lo harías si tuvieras que hacerlo con tacones?

—Tienes que ser práctica, Sarah. Compra unos buenos tenis y úsalos para caminar, cuando llegues a tu destino te pones los tacones.

—Cal, ¿tienes idea con cuántas cosas cargo en la mañana para todavía agregar los tacones? Tendría que dejar mi café y no puedo empezar mi día sin uno.

—Ciudadina hasta el hueso —comenté sin querer en voz lo suficientemente alto para que ella escuchara.

—Ya estás de nuevo analizándome —me regañó.

Hice mueca de que no podía evitarlo, y así era, otra cosa del ejército que no puedo apagar ni siquiera en vacaciones.

Siempre estoy consciente de mi entorno y de quienes me rodean. Como el que la mesera ha

pasado por nuestra mesa cinco veces sin nada en mano, y siempre mira a Sarah demandando su atención. Al principio creí que estaba atenta a nuestra siguiente orden, pero es Sarah quien la tiene fascinada.

Creo que la ha conquistado.

Sonreí irónico. Es la primera vez que esto me sucedía.

—¿Qué sucede?

—¿Qué opinas de los tríos?

Me miró asustada.

—No tengo opinión y punto —respondió tras salir del susto, pero lo hizo con indignación.

—Todos tenemos una opinión de eso. Es un tabú que, tarde o temprano, todos nos preguntamos si seríamos capaz de hacerlo.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál es tu opinión acerca de eso?

—Que la noche de placer no vale los problemas que trae consigo. Siempre hay celos y reclamos. Un amigo me dijo que por eso es mejor practicarlos con desconocidas porque la pareja siempre tiene celos de las caricias hacia la otra mujer.

—A-ha, un amigo —balbuceó celosa—. ¿Lo has hecho?

—No, por lo mismo. Y es cierto, un amigo lo hizo y confío en su experiencia.

—Entonces, ¿por qué la pregunta?

La mesera pasó de nuevo y Sarah siguió ignorándola.

—Porque es lo que tal vez se está preguntando la mesera —le respondí una vez que se alejó lo suficiente para no escucharnos. Agregué—. Ha pasado tantas veces que ya estoy a punto de cobrarle peaje. Te mira con tal pasión que parece haber fuegos artificiales a su alrededor. Y es posible que se pregunte por tu indiferencia hacia a ella, y que tal vez acostándose conmigo también será la única posibilidad viable para tenerte en su cama.

Sarah me miró boquiabierta.

—Pero es mujer... y yo soy mujer —aclaró con inocencia.

—Pues no es impedimento para ella... Nunca te has topado con una... —cuestioné al último en voz baja.

—¡No!

—Tal vez por eso te permitió tener a Porthos aquí —rematé bromista.

—¿Y no te da celos que ella...? ¡Uggg! —se retorció en desagrado. Sarah era hetero por completo.

—No, porque tengo suficientes mensajes tuyos que me hacen compadecerme de ella. Sé que nunca le vas a sonreír como cuando me ves.

Se quedó sorprendida de mi seguridad en ella, pero así era.

—¿Me equívoco? —consulté.

—¡No! Y por eso odio que analices todo, sobre todo a mí.

—Lo siento, no puedo evitarlo. Si no lo hago... —me quedé callado cuando detuve las palabras: “vidas se pueden perder”.

Recordé a Clay.

Y fue en un mal momento porque me sentí culpable de tener un desayuno y bromear con Sarah, mientras que lo que queda de él se está degradando poco a poco al polvo, y su esposa que no deja de pensar cada segundo qué hubiera pasado si yo hubiera hecho algo tan sencillo como arrinconarlo.

Me apagué porque por mucho que Lynn me dijera que no fue mi culpa, siempre me lastimará ese “¿qué tal sí?”

—Cal —me llamó. Levanté la mirada hacia ella—, ¿en verdad me está coqueteando? —me preguntó como si me hiciera cómplice de sus aventuras.

Me hizo sonreír con solo ese gesto.

—Sí. ¿Por qué te sorprende? Eres hermosa —le respondí.

Sonrió.

—Y soy tu novia —comentó en lo que se inclinaba para pedirme un beso que no le negué.

No pude evitar mirar a la mesera sobre el hombro de Sarah, y se desanimó con la muestra pública de afecto.

Sarah hizo el resto del desayuno muy relajado, no se incomodó porque la mesera persistía en su conquista; solo espero que Sarah no se haya convertido en su reto. En lugar de dejarme llevar por los celos, seguí disfrutando el momento con ella. La mesera estaba peleando una batalla ya perdida.

Sarah

DOS HORAS DESPUÉS

Caleb me abrazó de inmediato, no sé por qué contenía su respiración acelerada, cuando sabe que me gusta ver que he hecho temblar su mundo. A pesar de que sus latidos eran ligeramente descoordinados y aun ansiosos, los sentí enamorados de mí.

Los minutos pasaron y Caleb no cortaba el momento, al parecer también estaba disfrutando esto. Entonces, me aproveché para acariciar lento su pecho hasta llegar a su tatuaje:

11911618

AB-

Repasé cada número y letra con la punta de los dedos mientras lo decía en mi mente.

¿Qué significaban? ¿Por qué era lo único que tenía tatuado? ¿Y por qué tenía esa cicatriz tan nueva y rara? Parecía la quemadura de un puro, pero más profunda. ¿Quién lo torturó así? ¿O fue una apuesta tonta entre hombres para saber quién soportaba más dolor? Además, tenía otras cicatrices que parecían tener su tiempo con él.

Nunca he visto el pasado tan marcado en la piel de alguien, guardando secretos y aventuras... Y tal vez sufrimiento.

Sujetó mi mano para alejarla de cada intrigante línea, como siempre sucedía cuando dedicaba un segundo de atención a esa zona. Por esa actitud, me daba miedo preguntarle acerca de ese tatuaje. No quería que me dijera que era el recuerdo de alguna novia que lo lastimó tanto para odiar San Valentín.

Ya no lo molesté y me acurruqué mejor.

Fue extraño lo que sentí. No era como otras veces, sino como si fuera la primera vez que mi piel delicada era abrazada por el calor de un hombre. Toda la experiencia se sentía casi virginal.

Era abrumador porque también había protección y posesión descomunal.

No me lo decía con palabras, pero prometía en silencio que de ahora en adelante no conocería la tristeza ni el miedo. Él se encargaría de que mi mundo fuera perfecto bajo su cobijo.

—Tengo sed —comentó, rompiendo así la intimidad. Tal vez era muy pronto para él estar así.

—Iré por agua —avisé.

No me vestí, a pesar de mi timidez, porque me encantaba sentir su mirada todo el tiempo sobre mí. Caleb era el primer hombre con el que he intentado cosas que con otros jamás hice por

cobardía, ya que siempre han encontrado un defecto en mí. Pero no se puede descuidar con un hombre tan perfecto físicamente como él. Además, me hace sentir tan hermosa.

Porthos corrió juguetón detrás de mí de ida y vuelta de la cocina. Quería jugar un rato, pero yo quería seguir acurrucándome con mi novio.

Al verme, Caleb se sentó para beber el agua y luego me extendió la mano para que regresara a la cama, en donde me acorraló de inmediato para hacerme el amor con tal lentitud que mis gemidos, los cuales fueron callados al principio, asustaron a Porthos hasta el punto que aulló.

—¡Porthos! —le gritó severo Caleb.

Siguió cuando calló, pero volví a jadear y Porthos a aullar. Ya no pudimos contener la risa.

—Creé que te estoy lastimando —comentó Caleb.

—Espera —dije tomando uno de los cojines que tenía en la cabeza y lo lancé al suelo. Porthos, sin dudar, se acercó a olerlo y enseguida se echó como si fuera a dormir.

Caleb reinició, volviéndome a hacerme jadear. El aullido estuvo ahí de nuevo, pero esta vez Caleb no se detuvo y me calló besándome, lo que hizo que me excitará aún más y encajara las uñas en su espalda conforme me estremecía el orgasmo. Lógicamente se quejó y Porthos volvió a aullar y después a llorar.

Volvimos a reír porque Porthos creía que estábamos sufriendo.

—Tendremos que enseñarle a quedarse afuera del cuarto —comentó Caleb dejándose caer en mi pecho parcialmente.

Mi risa traviesa fue seguida por un silencio agradable pero muy largo.

—¿Caleb? —le llamé en un murmullo. Pero solo gimió adormilado en respuesta—. ¿Estás despierto?

—Sí, estoy escuchando el latido de tu corazón —respondió antes de un suspiro pacífico. Enroscó con cariño sus rizos entre mis dedos mientras él seguía hipnotizado por mi latido.

—¿Te gusta escucharlos? —pregunté.

—Sí, desde que tengo uso de razón. Es el sonido de la vida, la canción de cuna compuesta con las notas perfectas para llevarme a la tranquilidad.

—¡Ah! —*Se está abriendo a mí. No sabía que fueras cursi.* Pregunté—. ¿Cuántos corazones has escuchado?

—Docenas.

Suspiré profundo, algo desilusionada porque creía que era algo que no hacía con todas.

—Obviamente el de mi madre es el que más me gusta escuchar. Es una lástima que ya no he tenido la oportunidad de escucharlo en vivo de nuevo.

“Cuando era niño y tenía problemas para dormir por el maldito coco bajo la cama —reí por lo bajo, no lo imaginaba teniendo miedo—, mi mamá iba a mi cuarto y me protegía con su abrazo y latidos hasta quedarme dormido. La última vez que lo escuché fue cuando mi abuelo falleció hace unos años...”

—Lo siento.

—Gracias —suspiró profundo—. Aún tengo el recuerdo que ha llegado a serenarme en momentos de mucho estrés.

Se alzó un poco para ver mis labios, luego a mis ojos y sonrió apenas.

—El tuyo también es perfecto. Tanto que me gustaría grabarlo para escucharlo una y otra vez hasta que mi mente toque su melodía en cuanto piense en ti.

—Eso es lo más lindo que alguien me ha dicho —murmuré antes de besarle. Pero no nos llevó a hacer el amor de nuevo, sino que regresó a escuchar a mi corazón que ahora latía de acuerdo a sus caricias.

Estaba conociendo cada ritmo que le diría en un futuro lo que quería de él.

Tras un largo rato, volvió a alzarse un poco y sin dudar acaricié su mejilla.

—Soy una cursi, pero este es el noviazgo más maravilloso que he tenido en mi vida —le confesé.

Sonrió de oreja a oreja.

—¡Y lo bueno del noviazgo es que no dejaremos de coger hasta que dé la media noche! —amenazó mientras empezó a hacer de las suyas con las manos.

—¿Por qué hasta entonces? —pregunté retorciéndome un poco para detenerlo.

—Porque en algún momento tengo que hacer *entrenamiento físico como egipcio*^[16].

—¿Eh? —le cuestioné con ceño fruncido.

—“Dormir” como una momia.

—No te entiendo —dije con gestos risiblemente confundidos.

Se carcajeó hasta que sus besos me pidieron que me pusiera seria en el asunto. Pero cada vez que mis gemidos subían un poco de intensidad me decía que guardara silencio porque Porthos se inquietaba mucho. Lo prohibido sin lugar a dudas era muy apasionante pero no quisimos torturarlo más.

Terminamos riendo porque eso era lo más cercano a hacer el amor con un bebé presente en el cuarto, por lo que tuvimos que ir a la sala para convivir con él.

La noche aún era joven y Porthos era un bebé que se iba a dormir a su cama temprano.

Sarah

AL ANOCHECER DEL VIERNES

No sé por qué acepté el plan de Caleb sin indagar un poco más. La fantasía romántica de un *Bed&Breakfast*^[17] rustico en la campiña, podría ser como lo vi en posts de Facebook. No habría nada turístico que ver y pasaríamos las horas en la cama como recién casados.

Pero estábamos en West Sussex, en medio del bosque.

—No sabía que existían estos lugares a una hora de la ciudad —comenté cuando bajé del auto para ver toda la escena que resultó ser algo romántica.

Cal soltó una risita cuando se dirigió a la cajuela a sacar cosas. Mientras tanto, admiré más el lugar y, de pronto, lo rustico se burló de mí. No habría baño ni cama, y en definitiva no habría rico desayuno en la cama. ¡Solo naturaleza!

Eso iba a matar el romance. Mas bien, yo iba a matarlo con mis quejas.

Escuché cosas cayendo muy cerca de mí.

—¿Te ayudo con algo? —pregunté a Caleb.

—Sí, toma aquello que no te resulte pesado.

Fui a la cajuela para sacar las bolsas de comida. Caleb me sonreía cada vez que nos cruzábamos cuando íbamos y veníamos con las cosas. Iba a ayudar a bajar la casa de campaña cuando me detuvo.

—No la necesitaremos —dijo.

Me quedé muda. ¿Cómo íbamos a mantener a raya a la naturaleza?

—Entonces, ¿para qué la traes?

—Por si acaso.

—¿Por si acaso? —repetí, pero más inquisitiva—. ¿Qué carajos vamos a hacer aquí, Cal?... Espero que no hagas literal “Estar en contacto con la naturaleza”.

Solo rio entre dientes, como cada vez que mis dudas por su conducta salen a flote.

Ya me estoy arrepintiendo de esto, pensé mirando ansiosa al horizonte, tratando de encontrar civilización.

Caleb cerró la cajuela y puso la alarma del carro, luego prendió una lámpara y me invitó con un cabeceo a que lo siguiera. Caminamos entre la oscuridad que hacía el canto de la naturaleza algo tétrico.

—¿Alguna vez has armado una casa de campaña? —me preguntó acomodándose en la espalda nuestras mochilas que solo contenían cambio de ropa para dos días.

—No, Cal. Ni siquiera en mi cama.

Me miró de reojo y sonrió al ver que estaba como pez fuera del agua.

—Entonces, tomé la decisión correcta.

Ya no dije nada porque Caleb venía muy misterioso y solo me daba más miedo llegar a nuestro destino.

Por suerte, cerca de diez minutos caminando, llegamos a una tienda estilo militar ya puesta.

—Creí que... —dije sorprendida.

Caleb sonrió triunfal de mi sorpresa mientras abría una hoja de lona para mostrarme el interior, el cual me dejó totalmente boquiabierto, más que cuando la vi por primera vez, porque ¡era como una cabaña, en realidad!

Tenía todas las comodidades de una, muy rusticas, pero ¡las tenía!

Entré para revisar el lugar como si fuera un hermoso castillo que tenía un sofá, una cocineta que fungía como chimenea también, una mesa a la cual podríamos darle un buen *uso*, una cama matrimonial y, lo más importante, ¡un baño con regadera! Y todo estaba listo para usarse.

—¡Gracias, dios! —alabé algo exagerada; arranqué la risa de Cal—. ¿Cómo descubriste este lugar?! —le pregunté después cuando me eché al sofá, en lo que él dejaba las cosas.

—Un amigo cuando se casó... —calló de pronto, dándome la espalda. Noté que bajó la mirada por algo, como si lo angustiara.

—¿Estás bien? —pregunté poniéndome de pie para estar para él. No era la primera vez que se comportaba así, y he querido comentárselo, pero me da miedo que me corte por meterme muy pronto en su vida; aún estamos en la “luna de miel”.

—Sí, sí —contestó viniendo a mí, se inclinó un poco para besarme—. Ven, vamos a encender la fogata y nos echamos en la hamaca que está afuera.

—¿Hay una hamaca?! —grité como niña emocionada, jamás me he subido a una.

Fuera de la tienda había una parrilla ya con leños. Caleb entró rápido por algo para prender la fogata, solo que antes acomodó los leños de tal forma que pudiera entrar oxígeno, luego sacó un pedernal que le facilitó hacer fuego. Me relató todo el procedimiento como si estuviese entrenándome.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —Caleb sonrió irónico de nuevo. Lo estaba haciendo mucho esta noche—. ¡Espera! ¿Quién carga consigo un pedernal? ¿Acaso eres pariente de Bear Gryll? —pregunté muy bromista.

—No, soy hombre y nuestro lado prehistórico siempre despierta cuando de fuego se trata.

Me carcajeé. Eso explicaría por qué los hombres siempre se reúnen alrededor de un asador, e incluso discuten por quién va a encender el carbón. Gracias a los genes, tal vez añoran esa era prehistórica en que eran cazadores, y se reunían con la familia para cocinar la presa obtenida.

—¿Y tu lado primitivo te llevó a comprar un pedernal por si acaso?

Se carcajeó.

—Algo. La verdad es que fui boy scout —respondió.

—Caleb “sexy boy scout” McGregor —murmuré su nombre en clave con gestos libidinosos, y volvió a reír entre dientes. No quiero creer que atiné a su nombre en clave en su juego en línea. Agregué—. ¡Ja! Ahora todo tiene sentido. Esto complementa tu entrenamiento en *Call of duty*.

Río por lo bajo en lo que se ponía de pie para invitarme a que fuéramos a la hamaca. Tantas veces he visto gente subirse con facilidad y ¡no lo es! Más cuando yo era novata y él no paraba de reír de mis intentos que eran aterradores.

Pero al final logré hacerlo y me acurruqué en sus brazos. La hamaca se meció con cadencia al detectar nuestros ligeros movimientos. Disfruté tanto el sube y baja de su respiración, la dureza de su pecho que extrañamente era cómoda, y, lo que más me embriagaba, su devoción hacia mí.

—No hay lugar en la tierra donde la paz sea así —comentó con la mirada perdida en el cielo, y agregó cuando subí la mirada para admirarlo—. No hay guerras, tecnología mal usada, ni bullicio caótico o preocupaciones que rompan con este momento tan sencillo —me miró—. Puedo disfrutar a plenitud a la preciosa mujer en mis brazos.

Me acurruqué más mientras tenía tremenda sonrisa feliz en el rostro por estar con el hombre que aún no creo que sea mi novio. Ya que, cuando lo vi por primera vez, me gustó tanto que mi

torpeza no fue adrede, fue nerviosismo puro por tenerlo cerca. No todos los días me topo con un hombre como Caleb... Bueno, a veces sí, pero me doy cuenta que no me quieren tomar en serio por ser rubia; se dejan llevar por el estereotipo.

Esos hombres siempre tienen el porte de coge-mujeres por mil y Caleb nunca lo ha tenido; por el contrario, esa noche tuvo la guardia tan baja que me permitió acercarme a él.

Es más, creo que no está consciente de que es el tipo de hombres que saca la lujuria de las mujeres en cuanto lo miran. Me sucedió, por eso me acosté con él la noche que lo conocí.

Y sigo sin arrepentirme de mi arrojito porque ahora es mío, y sé que ya empieza a amarme; lo he visto cuando tiene a Porthos en el regazo y me mira como si yo fuera esa mujer que es su imposible.

—¿Alguna vez has hecho el amor en una hamaca? —le pregunté tras pensar en esa noche sexual. Me alcé un poco para verlo; más bien para que sintiera que quería hacer el amor con él más adentrada la noche.

—No, pero he tenido orgasmos en el desierto... Muy embarazosos —respondió aun jugando con un mechón de mi cabello.

Sonreí maliciosa.

—Será en la playa, ¿no? —corregí.

—Sí, eso quise decir. No soy de playas, porque me parecen desiertos... Yo soy más de bosques.

Suspiré en lo que regresaba a su pecho, y él continuaba acariciándome.

—Sí, ya lo veo —concordé mirando las llamas de la fogata.

Tras un largo rato relajados, mi estómago gruñó demandando comida.

Caleb se paró de la hamaca con cuidado para entrar a la cabaña por algo. Me quedé ahí sola, pero me dio miedo que esa hamaca me tirara y me lastimara; no iba a arruinar el fin de semana por ir a emergencias.

Me levanté con torpeza para ir a sentarme cerca de la fogata. Caleb salió con un bol que traía comida, una jarra y dos tazas de metal, muy campirano. Me dio el bol que traía unos palillos para brochetas, bombones, chocolates y galletas Graham.

—¡Cómo supiste que amo los S'more! —le grité entusiasmada, disponiéndome enseguida a preparar los bombones.

—Tengo memoria fotográfica y una vez te vi beber un S'more improvisado, incluso me diste una probada... Y luego me usaste de mesero para traértelo de la sala —me respondió guiñándome presuntuoso. Me estremeció, aún lo hacía cuando coqueteaba—. Lo más lógico era que te gustaban —me ofreció el café.

—Ah, ¿sí? Memoria fotográfica... Mmm, dime, ¿qué vestía cuando nos conocimos? —pregunté. Los hombres nunca se fijan en lo que vestimos, a menos que estemos entalladas como guante de cirujano, o nuestra ropa interior logre asomarse.

—Traías unos pantalones negros entallados con una blusa de seda color crema con algunas figuras en negro, usabas tacones no muy altos, tenías el cabello con tu clásica caída romántica y traías un bolso café. También usabas un collar que tenía tres caídas, y tu maquillaje era sencillo.

—¡Recuerdas todo! —exclamé, arrancando su sonrisa. Hoy ha reído mucho, siendo feliz conmigo.

—Te lo dije... memoria fotográfica —dijo tocándose varias veces la sien.

Vino a sentarse junto a mí y preparamos nuestros S'more.

Estaban deliciosos, Cal se preocupó por traer muy buenos ingredientes. Reímos mucho cuando intentábamos no batirnos con el bombón derretido, pero terminábamos haciéndolo.

—Veo que eres un hombre con muchas aptitudes —le comenté.

—Y tú una mujer con mucha perseverancia.

—No, solo lo he sido contigo —confesé. Me miró asombrado—. Tú despiertas algo en mí que me hace osada. A veces siento cuando estoy contigo que, si no me arrojo a la vida, me perderé de cosas maravillosas.

“Es posible que, si me llevas a escalar montañas o a hacer paracaidismo, lo haré por tu contagio a la osadía.

Sonrió con esa estúpida ironía que siempre me dice que hay un secreto tratando de escapar

—Soy toda una aventura —comentó por lo bajo. No entendí qué quiso decir.

—Me gusta lo que me haces sentir —dije sin mirarlo porque estaba peleándome con lo chicloso del bombón—. ¿Cómo te sientes conmigo?

—A diferencia de tu deseo por retar a la muerte, me siento en paz —respondió rápido en lo que se inclinaba para servirse más café; mientras tanto, me quedé atorada en la confusión. Me miró de reojo, dándose cuenta que necesitaba que se explicara—. Sí, paz. Ya sabes, bienestar, armonía.

Abrí los ojos, sorprendida.

—Podríamos estar en medio de un huracán, con cosas volando a nuestro alrededor a punto de matarnos, y yo me sentiría en paz teniéndote a mi lado —siguió—. Es más, influenciás tanto que el mismo huracán se detendría contigo presente y se daría cuenta que no puede destruir algo tan hermoso como tú.

Lo miré conteniendo una tímida sonrisa amorosa que le decía en silencio que me había tocado el corazón.

—Eres paz, pasión... Mmm, sonrisas, sensatez, empatía. Eres...

—Tu linda novia —le interrumpí, y volteó a verme—. Soy todo eso porque tú me lo haces sentir.

Eso fue lo que debió decirme cuando me analizó. Si lo hubiera hecho, en ese mismo momento yo le hubiera pedido que fuera mi novio.

Al vernos directo a los ojos, nos cohibimos tanto que terminamos riendo entre dientes, solo para cortar un poco la profundidad a la que llegamos.

Estábamos a punto de decinos que nos amábamos. Al menos yo ya lo tenía en la punta de la lengua, solo estaba buscando el gesto ideal que me hiciera decirlo ya. No me importaba ser la primera, porque sé que lo tomaría desprevenido. Lo pensaría un segundo o dos, solo para crearlo, pero me besaría con pasión y terminaría diciéndome que también me amaba.

—No importa lo que suceda, Sarah, solo recuerda que eres la persona en quien pienso al despertar y al irme a dormir, solo para soñar contigo —me sonrojé tanto que bajé la mirada. Él siguió—. Eres la única persona con quien devoraría S'mores toda la noche —terminó jugueteando en lo que se inclinaba a mi para robarme mi golosina.

—¡Ouch! —le exclamé cuando me mordió un dedo en su efusión.

Río gracioso en lo que me arrancaba el resto del S'more, para embarrárselo en los labios a propósito, luego me atacó con besos en el cuello.

Reí como nunca lo he hecho. Después me sujetó el rostro y me dio un beso en los labios como si no quisiera ensuciarme. Me dejó toda pegajosa, pero no me importó porque estaba rebozando en felicidad.

Caleb me ama, pensé mientras nos sonreíamos al final.

Sus acciones ya lo gritan.

Hemos pasado un rato maravilloso, y sé que el resto del fin de semana será igual.

Caleb estaba en sus treintas, yo apenas había entrado al club, pero éramos tan felices en este momento como dos veinteañeros que apenas están experimentando con el amor verdadero. Éramos muy juguetones y bromistas con el otro.

Cada vez que veía Caleb fijamente, pensaba en la irrealidad de estar con él. Hasta el momento, ningún hombre en mi vida se le ha comparado en ningún sentido.

No solo lo amo, tal vez es el hombre de mi vida.

Volvió a robarme mi postre.

—¡Deja de robarlos! —le reclamé sonriente.

Pero solo rio muy travieso, supe así que no se iba a detener.

—Hubiera traído mi bocina para tener un fondo musical tranquilo —comenté mientras me preparaba otro S'more.

Caleb rio.

—¡La naturaleza te está cantando, no la ignores! —dijo aventándose para ahora besar mi cuello, otra vez me dejó chicloso.

A pesar de que comimos muchos S'more, cerca de las once de la noche entramos a cocinar para cenar algo, después pasamos un rato echados en el sofá platicando de tonterías mientras que él acariciaba mis piernas que estaban sobre su regazo.

Ya entrada la media noche nos dispusimos a dormir; tuve que irme a lavar la cara porque Caleb se encargó de hacerme una mascarilla de bombón y besos.

Como quise ser coqueta para él, me puse mi pijama de short y playera; el que compré especialmente para este viaje. Pero, al ver que iba a pasar frío, tuve que ponerme unas medias de lana que me daban hasta arriba de las rodillas; seguía viéndome coqueta.

—No, te va a dar frío —dijo Caleb sacando una playera térmica de su maleta, supuse que era su pijama. Él se puso una playera normal y el pantalón de su pijama. Fue muy práctico.

En lo que él amarraba el cordón de su pantalón, me dieron ganas de correr para subirme a la cama en un brinco, pero terminé haciéndolo femenina para tentarlo un poco modelando lo sexy que me veía usando su ropa, no iba permitirle que siguiera ignorando mi plan.

—Cal —le llamé, pero estaba tan entretenido con el lazo de su pantalón. Le volví a llamar, dio un vistazo rápido, y se dio cuenta de mi pose de mujer inocente.

Sonrió sonrojado porque le gusté como me veía.

—¡Anda, ven! —lo invité a subirse también.

Tras controlar el equilibrio, me dijo “hola” nervioso y me tomó por la cintura. Le respondí poniéndome de puntas para abrazarlo bien, pero la cama rechinó tanto que ambos reímos ante la graciosa imagen que tuvimos de tener sexo atrabancado con ese ruido acompañándonos. ¡Cuál cliché de película porno de los ochenta!

Brinqué un poco, pero rechinó más fuerte. Caleb se carcajeó tanto en lo que trataba de detenerme, tal vez pensó que si la cama rechinaba era porque estaba a punto de desarmarse.

—Con eso nos oyen hasta la tienda siguiente —comentó aun entre risas.

Amé que fuera feliz conmigo con algo tan tonto.

—¿Hay más gente por aquí? —le pregunté ya deteniéndome para abrazarlo.

—Sí, debe haberla. Estamos en un servicio de campistas de lujo que está dentro de una granja.

—Y así de sencillo la idea de tener sexo quedó descartado —dije—. Entre mi efusión y el rechinido, no quiero que vayan a quejarse con el dueño de la granja.

Caleb gimió en desacuerdo.

—Señor —dije imitando una voz masculina—, los enamorados de la cabaña “x” están

filmando una película porno y no dejan dormir.

Volvió a reír. Creo que lo que más recordaremos de este viaje será que no paró de reír.

—Yo sé que les va a decir el señor —comentó.

—¿Qué?

—¿Le da envidia, señor? Tal vez su mano sea una buena compañera esta noche mientras los escucha —imitó otra voz masculina.

Reí tanto que Caleb quiso taparme la boca con un beso para no hacer más escándalo.

—Pobres personas que están solas esta noche —comenté después en lo que me hincaba para entrar a la cama.

—Siempre tan bondadosa —comentó Caleb mientras me seguía hasta acomodarnos, pero ambos teníamos miedo siquiera de tocarnos.

—¡Al carajo! —exclamé en lo que me movía para buscar su abrazo.

La cama rechinó, y Caleb rio de nuevo, pero aun así me acomodó entre su abrazo y ya no nos movimos. Sin embargo, tenerlo así de cerca, de escuchar su respiración, de olerlo, de sentir su calor, y recordar todo lo romántico que ha sido, encendió mi libido.

Ronroneé en lo que me encimaba un poco en él.

—Boy scout —le llamé antes de que siguiera cayendo en el sueño—, ¿les enseñaron a hacer el amor en una casa de campaña?

—¡No! —respondió—. Los boy scouts hubieran desaparecido en cuanto hicieran eso.

“Además, técnicamente está no es una casa de campaña sino una cabaña.

—Mmm —ronroneé triste—. Es una lástima... Entonces, ¿alguna vez lo has hecho en una tienda de campaña o en el bosque?

—No —respondió, volteándose con un poco de trabajo para verme. Como esperaba, la cama rechinó incitándome más. Preguntó—. ¿Tienes ganas de hacerlo?

Asentí mojándome los labios para verme más sexual.

—Como boy scout, ¿también usarás un pedernal para encender mi fuego? —le pregunté—. *Come on, baby, light my fire. Try to set the night on fire*^[18] —canté tan mal. Se carcajeó un poco, pero después me dio un beso casto aun entre mi canto que seguía, y luego otro... y otro... y finalmente me encendió.

—*Your sex is on fire*^[19] —cantó ahora él en un susurro cuando me manoseó por encima de la ropa. Le supliqué que ya dejara de hacerlo y que iniciáramos.

Gimió con una negación.

—*Oh, baby it's showtime! Give it to me*.^[20] —seguí incitándolo cantando más sexual. Pero en lugar de responderme me atacó con cosquillas que me hicieron reír tanto que hice que la cama rechinara como nunca, desatando así más carcajadas.

Al fin me dejó en paz, pero solo para empezar a jugar con que iba a bajarme los pantalones. Pero me desesperé tanto que yo ya lo iba a hacer, pero me lo prohibió.

—Detente —dijo abrazándome más para darme un beso en la frente—, y siente lo que hay entre los dos.

—¿Un incontenible deseo por tener sexo? —consulté tontamente.

Caleb rio por lo bajo en lo que me daba otro beso en la frente.

—Solo siéntelo.

Nos acurrucamos mejor —casi estaba encima de él— y nos quedamos en silencio, solo nos mirábamos, nos acariciábamos y besábamos con castidad.

El momento con él era tan inverosímil. Un hombre con control que prefiere estar a mi lado compartiendo la cercanía, que hacerme el amor hasta que en verdad venga el encargado a

callarnos por las quejas.

Me sentí mucho más cerca de Caleb, a un nivel muy emocional. Sin lugar a dudas, ha sido la experiencia no-sexual más satisfactoria que he tenido.

Y duró bastante.

—Lamento decirte esto, pero la naturaleza llama —me avisó antes de darme un beso en los labios y liberarme. Se levantó de la cama ya sin importarle el rechinado que hizo.

Regresó pronto, pero se aventó a la cama sin recordar que podía romperla; milagrosamente dejó de rechinar.

Nos carcajamos tanto.

—Solo necesitaba un buen trancazo —comentó.

De pronto, se sintió muy frío.

¿De dónde salió tanto jodido frío?, pensé mientras me volteaba para buscar su cuerpo aún caliente.

—¡Brrr! —exclamó Caleb mientras me abrazaba.

Esta vez tratamos de conciliar el sueño. Sin embargo, yo estaba tan feliz que me estaba costando mucho trabajo hacerlo. No quería que el agradable bienestar desapareciera cuando la mañana llegara.

Después de un rato, cuando sentí su abrazo más débil, me alcé un poco para mirarlo y ya estaba dormido. Tenía razón, conmigo encontraba paz.

Acaricié sus hermosos labios con cuidado de no despertarlo. Se abrían a mí con tal facilidad para enseñarme emociones que quería experimentar las veinticuatro horas del día.

—Te amo —le susurré.

Mi corazón no rebotó de miedo por un rechazo, sino por la verdad que al fin le dejé expresar.

Seguí mirándolo con detenimiento para atisbar alguna seña que me dijera que me había escuchado y que, quizás, no le había agradado mi confesión.

Pero no hizo gestos ni se movió.

Suspiré feliz en lo que regresaba a su abrazo. Acaricié su pecho por encima de la ropa, tratando que me contagiara un poco de paz y, ¡quién sabe!, encontrarme con él en su sueño.

Quizás muy pronto esas hermosas palabras vendrán de sus labios.

Caleb

Una onda de frío se coló, despertándome con desagrado. Sarah estaba a mi lado aun durmiendo.

Salí de la cama con cuidado, pero se movió tanto que ella gimió como si tratara de despertar, pero le siseé cariñoso para que siguiera durmiendo. Cayó de nuevo en su sueño con una sonrisa.

Fui al baño entre estirones y bostezos. Aún estaba oscuro, ni siquiera la naturaleza había despertado. Nunca he entendido porque cuando estoy de rotación, despierto temprano y estoy listo para iniciar el día. Pero cuando estoy en Inglaterra, levantarme ya sea temprano o más tarde es tan difícil. Siempre tengo flojera.

Cuando regresé, me paré a un lado de la cama para ver a Sarah.

¿Cómo conquisté a esa simpática mujer que incluso era hermosa tras despertar? Sarah era contradictoria hasta en eso. Siempre quiere estar atractiva, pero a veces no le importa si trae el cabello como pájaro loco o si despertó con un grano inoportuno.

Sarah siempre me sorprendía con su espontaneidad y amor por la vida, tal vez por eso Porthos la eligió como mamá. Y soy afortunado de estar con ella, porque los demonios se han aferrado a mí por tanto tiempo que ya no era atractivo para alguien. Lynn me lo ha demostrado.

Pero Sarah escuchó mi sufrimiento silencioso y se ha entregado cada segundo para ayudarme a olvidar y ser feliz en medio del caos. Sé que ella esperaba sexo en este viaje, pero quería darle algo más.

Solo tengo que seguir en control.

Me metí a la cama de nuevo. Sarah sintió mi movimiento, y me llamó entre sueños a donde la regresé con mi abrazo. Dormí de nuevo a su lado.

Desperté por instinto, a la hora que mi reloj interno estaba acostumbrado. Estaba amaneciendo ya y Sarah seguía dormida. Me levanté con cuidado para salir a correr un rato, para aprovechar la naturaleza y libertad que me es prohibida durante mis rotaciones.

Correr por gusto es más gratificante que correr por entrenamiento... o por tu vida.

Sarah despertó cuando estaba poniéndome una playera y me preguntó con desespero a dónde iba.

—A correr. Vuelve a dormir —le susurré para no despertarla más.

—¡No, no, no! —dijo con voz ronca—. Voy contigo.

—Es muy temprano, sigue durmiendo. No tardaré.

—No —negó de nuevo, estirándose esta vez—. No quiero quedarme sola.

—Estás a salvo aquí —le dije sin mirarla.

—Eso dicen siempre, pero apenas te das vuelta y aparece Jason^[21] para matar.

Contuve la carcajada para no despertarla más.

No quería quedarme despierto en la cama mientras que ella seguía durmiendo. Me desespera ver a la nada porque siempre trae recuerdos que lastiman o me hacen arrepentirme de cosas. O me hacen cuestionarme cosas que ni siquiera deberían estar ahí. Y Sarah ha logrado que este fin de semana esté alejado de todo desasosiego.

Sacó rápido sus leggings y, como no traía sudadera, tomó la mía que dejé en la salita; dejé que se la pusiera porque se ha quejado mucho del frío en este lugar.

—¿Crees aguantarme el paso? —pregunté en lo que le pasaba los tenis.

Se quedó en blanco mientras me miraba, al parecer estaba pensando en quedarse a seguir durmiendo.

—¿Aparte de boy scout eres maratonista o qué? —soltó al fin.

Reí irónico entre dientes. No podía adivinar mi verdadera profesión aun cuando tiene todas las señales frente a ella... Y le he dado algunas pistas sin querer.

A veces hasta disfruto ese momento en silencio en donde da la apariencia de haber adivinado. Pero un segundo después suelta alguna frase espontánea y pasa sin más el momento de que yo le confiese mi profesión.

—No, pero tengo muchos años corriendo todas las mañanas. Hasta el día de hoy puedo caminar cincuenta kilómetros sin detenerme... Más si no traigo nada conmigo.

La dejé boquiabierta, aún no se acostumbra a la larga lista que le he dado con mis aptitudes.

—No te asustes —dije entre una risita inoportuna—. Me lo tomaré con calma contigo... ¿Seis kilómetros estarán bien? —pregunté burlón.

¿Resultado? Me gané un manotazo.

Ignoró mi gesto exagerado de dolor y me ordenó que ya saliera.

—Estírate un poco antes de correr o tendré que traerte cargando —le sugerí mientras me estiraba también. Siendo juguetona, echó un vistazo a mi trasero.

—No suena mala la idea que me cargues como Skywalker lo hizo con Yoda en todo su

entrenamiento.

Reí ante la imagen de ella en mi espalda como mi bebé koala.

—Anda, sexy-bollos, motívame un poco —le dije dándole una nalgada que le hizo perder un poco el equilibrio.

Empezó a correr entre risas avergonzadas por mi mirada clavada en ese trasero que me gustaba mirar y tocar. Me di cuenta que lo disfrutó después porque corría ya como una guardiana de Baywatch; ojalá tuviera un espejo por delante para ver su mejor lado.

La alcancé rápido y corrimos a la par. Por momentos, tenía que darle algunas instrucciones para que no se cansara rápido.

Cuando escuchaba su respiración algo forzada, entonces le decía que camináramos para que recuperara el aliento. No quería que le diera un ataque cardíaco solo por hacerse la chica atlética que aguanta mi paso. Estoy seguro que las únicas veces que corre es para que no la deje el metro.

Calculé que habíamos corrido más o menos dos kilómetros a la redonda.

—Suficiente para ti —dije cuando de nuevo escuché su respiración agitada.

Se detuvo y se dobló por reacción innata, apoyó las manos en las rodillas para que el aire entrara más fácil.

Me senté un rato en el suelo como señal de que hiciera lo mismo, pero me ignoró y caminó un poco zangoloteando las piernas. Quizás para prepararse a seguir corriendo, o quizás estaba teniendo calambres. Primera señal de que la esforcé mucho.

Espero que no quiera probarme su resistencia porque no importa cuánto se entrene, siempre perderá por obvias razones.

Pero ya no quería seguir porque se me ocurrió mejor hacer “ejercicio” con ella en la cama para mantenerme en forma. Al fin que ya no rechinaba y ella estaba muy despierta.

Sin embargo, me tomé unos minutos para disfrutar lo agradable del lugar, y del frío de la mañana que refrescaba con el calor de nuestros cuerpos; por eso me dejé caer acostado para disfrutarlo más.

Me perdí sin querer en la calma, como siempre lo hago cuando vengo tras una ronda difícil de servicio.

—¡Cal! —me llamó Sarah con tono sensual. El dulce sonido que siempre me arrancará de mis alejamientos.

Me alcé un poco para verla, y fue una sorpresa grata verla desnuda, muy cerca del estanque. Se veía preciosa, pero entonces me confundió.

—¿Qué haces? —le pregunté mientras me ponía de pie.

Sonrió traviesa, preocupándose por lo que sea que se le haya ocurrido. Su empeño en tener sexo sigue poniendo a prueba mi control, y ya he cedido, por eso quería regresar a la cama.

Sin que lo esperara, se arrojó al estanque después de decirme que me le uniera.

—¡No, no, no! —grité alarmado para detenerla, pero fue demasiado tarde.

Se escuchó un *splash* fuerte.

—¡Carajo!... ¡Mierda! —exclamó saliendo a flote. No pude evitar carcajearme—. ¡Hijo de su puta madre, esto está helado!... ¡Mierda, mierda, mierda!

No sabía que supiera insultar. Dejé de reírme en lo que me acercaba a la orilla con cuidado para ayudarla a salir. Se abrazó a sí misma en lo que yo recogía su ropa y se la daba; se la puso titiritando de frío.

—¿Por qué carajos no me dijiste que está helada el agua de este lago? —me reclamó con voz cortada, como si yo la hubiese arrojado al mismo solo para jugarle una broma.

—¡Por dios, koala, estamos en Inglaterra! ¡Ya deberías saber que todos los malditos estanques,

lagos y ríos de este país están helados!... ¡Aun en verano! —le respondí conteniendo las risas ligeras.

Se veía tan graciosa.

Terminó de vestirse, pero aun así seguía titiritando. Me miró con ojitos tristes, como Porthos lo hace cuando lo baño y no me apresuro a secarlo.

—Sujétate bien, Yoda —le dije cargándola rápido.

—Que la fuerza te acompañe —balbuceó, aferrándose a mi como si fuera el último aliento de vida. Apresuré mi paso de regreso a la cabaña porque estaba mojándome y ya empezaba a titiritar también.

—¿No peso mucho? —me preguntó en un susurro titubeante.

—No. Estoy acostumbrado a cargar cosas pesadas por mucho tiempo.

—¿Qué? ¡En serio, Cal, ¿qué carajos eres?! —cuestionó titiritando.

Solté otra de mis risas irónicas, pero no le contesté. Cada vez se acercaba más el momento para que le revelara todo. Pero ahora temo hacerlo por su reacción, que me vea como un asesino, y que le dé tanto miedo estar conmigo que me cortará sin pensarlo. Algunas de las chicas con las que llegué a salir, y que se enteraron por casualidad lo que soy, me miraron como si yo fuera el soldado del diablo.

No quiero que Sarah me vea igual.

Llegamos a la tienda, y la llevé al baño sin dudar, en donde la desnudé. Ya estaba con los labios morados y muy pálida; estaba a punto de entrar en hipotermia.

Era tan delicada.

Abrí la llave del agua caliente y ella entró con pasitos torpes; se relajó cuando sintió tibio. Empecé a desnudarme también para estar listo en cuanto saliera.

—¿También te vas a bañar? —preguntó dando un rápido escaneo a mi cuerpo.

—Sí. ¿Creías que te iba a hacer el amor en medio de tu hipotermia?

Sonrió traviesa.

—Así entro en calor más rápido.

—Koala, te aventaste a un estanque —le dije con obviedad, pero no entendió mi mensaje escondido—. El agua de un estanque por lo general tiene microbios que...

Apenas dije microbios y se talló desesperada.

Esperé a que terminara, mirando cada caricia que se dio en su desespero por higienizarse. Era sensual incluso haciendo eso.

Le pasé la toalla y me metí a bañarme en lo que se secaba. Me retribuyó mirándome también, pero ella lo hizo con tal lascivia. No me importó. De hecho, ya no me incomoda desde el primer día de entrenamiento del SAS en donde tuve que desnudarme frente a una desconocida en medio de un cuarto llenó de hombres para responder un largo cuestionario. Su mirara “indiferente” nunca la olvidaré, al igual que mi gran flacidez.

Dejó el baño cuando vio que estaba más atento a bañarme.

Salí en minutos, con una toalla enredada en la cintura, y fui a la cama para contener el calor con ella, quien ya estaba enredada en las cobijas, aun tratando de calentarse. Para su mala suerte, el día se estaba haciendo frío.

Me puse el bóxer frente a ella, luego me subí a la cama hincado y le pedí que se sentara para quitarle la ropa, solo la dejé en pantis.

—¡Me voy a enfermar! —exclamó preocupada.

—Eso es lo que voy evitar que pase —aclaré metiéndome a la cama y la aprisioné con mi abrazo.

Se relajó en segundos y el calor empezó a correr entre los dos. Fue muy agradable el choque de temperaturas; aun cuando se había dado un baño tibio, estaba más fría que yo.

—¡Vaya, se aprende muchas cosas en los boy scouts! —comentó entre un ronroneo que tenía toques sexuales, incluso su mano bajó a mi pene para acariciarlo lento.

Pero, gracias a los “boy scouts”, contuve la excitación.

—Concéntrate en recuperar el calor. Tenemos todo el día para hacer el amor como conejos a principios de primavera. Ahora, lo único que me importa, es que no retomes la hipotermia —le ordené.

—¡Eso hago! —respondió entre risitas tontas y siguió frotando más duro.

—Sarah... —le amonesté severo.

Refunfuñó como niña caprichosa y dejó de tocarme. Minutos después, tras un largo suspiro, se quedó dormida.

No la solté, incluso cuando caí dormido también.

Sarah

ANTES DEL ATARDECER

Tomé la manta que Caleb trajo, y una jarra con café recién hecho, mientras que él estaba buscando otra sudadera en su mochila. La temperatura cayó más desde la mañana, y, después de la estupidez que hice en la madrugada, no quiso enfermarse.

Salí de la cabaña admirando la escena tan campestre. Tenía un encanto que nunca pensé disfrutar.

El sol estaba ocultándose ya, muy lento pero seguro de que iba a dejar el mejor atardecer de mi vida. Y lo iba a disfrutar con el hombre que amo.

—Sarah —me llamó Caleb para tomar mi mano y llevarme al lugar que le pareció con mejor vista.

Le di la manta para que la pusiera, después me senté y serví los cafés. Los puse en él suelo, cerca de Caleb, que ya estaba sentado, y acepté su invitación de sentarme entre sus piernas con él como respaldo.

Me gustó mucho estar rodeada con su abrigo.

Desde que lo conozco he estado pensando qué lo hacía tan diferente a otros hombres, y di con la respuesta el día que me pidió ser su novia. Era su aura de que él nunca iba a dejar que algo malo me pasara, que su amor por mí era tan inmenso que siempre me sentiría segura en la vida.

Él era mi guardián.

—Siempre me siento protegida contigo —comenté a Cal de la nada. Gimió en lo que me besaba la cabeza—. ¿Recuerdas el asalto?

—Sí.

—Fuiste mi ángel de la guarda, y no has dejado de serlo desde entonces —le dije torciéndome un poco para ver su expresión.

Sonrió satisfecho por el reconocimiento. Era la verdad, me aterró ver la pistola apuntándome, pero siempre sentí que Cal no iba a dejar que me hicieran daño. ¡Nunca!

Tal vez ser corredor de bolsa lo ha hecho tan osado para pararse frente a un asaltante.

—Cal... —le llamé en el silencio que sin querer hicimos—. ¿Cuándo vas a regresar a trabajar en la bolsa?

Desvió la mirada. No quería hablar de lo que al parecer aún le causa estrés.

—¿Por qué no te gusta hablar de tu trabajo? —le pregunté.

—Por la misma razón que a ti.

—Mi trabajo no es interesante.

—Tampoco lo es el mío —aclaró ignorándome un poco.

—Para mí sí —le contradije, pero solo obtuve un gemido de que no iba a hablar más del tema. O tal vez de él—. ¿Por qué no quieres hablar de ti? —volvía a intentar.

—Sí lo hago.

—Pero solo de ciertos temas.

Soltó un resoplido de fastidio por mi terquedad, ya estaba enojándose conmigo.

Caleb aún sigue cerrándose a mí, hasta el momento no he logrado conocerlo hasta el punto que yo ya quiero, compenetrarme tanto con él que puedo ya terminar sus oraciones. Pero también me he dado cuenta que él es quien decide cuándo y qué dejarme saber.

Pero ¿cómo me contengo cuando conforme estamos más tiempo juntos, quiero saber más y más de él?

Ahora me doy cuenta que si sigo presionando, al único punto que voy a llegar va a ser en donde se molestará más y tal vez termine todo.

Y estoy muy enamorada para perderlo tan pronto.

No pude evitar la frialdad en mi actitud, y Caleb la sintió tanto que me abrazó más en lo que soltaba un suspiro tranquilo.

—Antes de ser corredor de bolsa trabajaba en un banco como ejecutivo de cuenta —dijo al fin—. Fue un trabajo que aborrecí de principio a fin. Detesté estar jugando al psicólogo con los clientes porque no se toman unos minutos para leer contratos.

—¿Y ser corredor fue mejor? —consulté.

Resopló en renuencia, y ya no lo presioné. Tenía que conformarme con eso poco.

Solo me acomodé mejor.

—¿Eres feliz? —me preguntó después con voz profunda.

No sé cómo lo hace con solo un abrazo, pero volví a sentirme afectuosa con él. Dejé por la paz mi insistencia porque ya no quise seguir arruinando el momento.

—Mucho... Aunque no hubo el sexo prometido —bromeé para dejar todo atrás.

Río por lo bajo. A esta altura del viaje ya acepté que no lo va a haber, y no tenía problema con eso porque Cal me lo compensaba con romance. Solo se lo mencionaba para bromear con él.

—Todo es tan infinitamente extraordinario desde que entraste a mi vida —le confesé después de un suspiro romántico.

—¿Te puedo confesar algo? —me preguntó; me torcí un poco para mirarlo y asentí—. Me siento seguro a tu lado... Me has hecho sentir de nuevo —dijo antes de besarme.

A pesar de la clara ironía, ahora ya estoy consciente de que “algo” ha estado aferrado en el corazón de Caleb, pero dejaré que él decida cuándo es el momento para hablarme de ello.

Enseguida me abrazó más fuerte mientras miraba el inicio del atardecer. Para ser honesta, no me importó ya porque su rostro despedía una luz que me conmovió al punto de las lágrimas; las cuales tuve que ocultar para no arruinar la tarde.

Me miró sin importarle que no hubiese estado con él admirando la vista.

—Tengo algo para ti —dijo de pronto. Me soltó un poco para sacarlo del bolsillo de su sudadera.

—¿Un beso?

—No, pero te lo daré después.

Me entregó un llavero que era una placa de soldado que tenía algo grabado, pero como ya

estaba oscureciendo un poco más sacó su celular para alumbrarme.

Decía:

SALVASTE MI CORAZÓN,
AHORA ES TUYO.
CALEB

—Sarah... —me llamó, levantando mi rostro por la mandíbula—, me haces muy feliz.

Sonreí llena de satisfacción y me acurruqué en su abrazo, mientras sujetaba fuerte la placa, muy pegada a mi corazón. Era un regalo sencillo, tal vez hasta casual, pero lo que decía tenía mucho valor.

Tras el atardecer, vimos las estrellas. Tan infinitas, silenciosas, y ahora felices de nuestro amor que inunda su espacio oscuro y solitario.

12

Caleb

LUNES

El celular sonó cerca de las diez de la mañana. Fruncí el ceño en contrariedad cuando vi que era el número del consultorio de Lynn. Nunca pensé que iba a importunarme que me llamara.

—¿Bueno? —contesté sin ocultar mi somnolencia.

—Buenos días, ¿habló con Caleb McGregor? —me preguntaron del otro lado; no era voz conocida.

—Sí, ¿con quién hablo?

—Soy la asistente de la doctora Ryan. La doctora me ha pedido que me comunicara con usted para concertar una sesión el día de hoy a las cinco de la tarde. ¿Puede asistir?

—Sí, claro. Ahí estaré —acepté renuente a ir, pero creo que ya tenía que dar una explicación a Lynn de mi ausencia.

—Bien. Avisaré a la doctora que pude localizarlo y que ha aceptado venir a verla.

—Sí. Gracias por llamarme.

—Por el contrario, lo esperamos —dijo la asistente formal y colgó.

Me restregué la frente. Pospuse esta situación lo más que pude. He estado tan inmerso en las pantaletas de Sarah y en nuestro trato diario para conocernos, que nunca pensé lo que iba a decir a Lynn respecto a mi notorio desinterés en la terapia y en ella.

5 DE LA TARDE

CONSULTORIO DE LA DOCTORA LYNN RYAN

Pasé a la sala de espera con paso casual. Estaba a punto de sentarme en el sillón cuando la puerta se abrió mostrando a una señora que era acompañada con palabras de aliento de Lynn.

Me miró sutil y siguió hablando con la señora, hasta que finalmente me invitó a pasar a ese cuarto que me empuñeció. Fue profesional todo el tiempo.

Me senté en el cómodo sillón, que no ofreció una tregua a mi tensión.

—¿Cómo has estado, Cal? —me preguntó algo indiferente ahora.

—Bien.

—¿Por qué no has venido? —interrogó directa.

Solté un resoplido que me preparaba para dar la excusa que había ideado minutos después de que recibí la llamada de su asistente.

—He estado ocupado. Me regalaron un perro y...

—¡Ah, ya tienes mascota! Me alegra que hayas hecho caso de mi consejo —interrumpió mi excusa que ya tenía tramas de notoria mentira.

—En realidad fue el regalo de una... amiga.

—¿Y es un cachorro?

—Sí, pero parece ser hijo de un anarquista. ¡Lynn, me saca la lengua! ¿Has visto que un perro se comporte así?

Lynn rio entre dientes. Bajó tanto la guardia que reconocí a la mujer que estuvo a punto de

tener algo serio conmigo.

—Yo creo que es un reflejo condicionado. Lo más seguro es que te mira porque no entiende aún por qué lo regañas... Es algo así como orinarse por miedo o porque tiene frío.

—Esa es una buena explicación, pero aun así me hace sentir que me está retando —aclaré con muecas de una sonrisa por la gracia.

—¿Y cómo te sientes ahora que tienes a cargo una vida pequeña? —preguntó.

—Bien. No se lo digas al diablillo, pero me gusta tenerlo en la casa. Sobre todo, cuando se tranquiliza y se duerme encima de mí mientras vemos la televisión... Me mira como si yo fuera su mundo —pensé un poco—. ¿Crees que eso pase con los bebés? Mi prima tuvo uno hace un par de años y una vez su bebé miraba a su esposo como si fuera el hombre más importante en su vida.

—Lo era... Y, sí, en esa etapa eres para él su “mamá”.

Reí entre dientes porque en eso se equivocaba. Yo solo era su proveedor de comida y cama, además de ser su mordedera, mientras que Sarah era su mamá.

—¿Ya le has puesto nombre? —preguntó.

—Sí, se llama Porthos.

—Muy bien. Estás aceptando que un pequeño ser es ahora parte de tu vida, y que eres responsable en atenderlo y protegerlo.

—Sí, ahora entiendo que necesitaba un poco de compañía.

—¿Y Porthos es el único que te tiene feliz? —preguntó casual. Aunque percibí el tono de curiosidad femenina, no profesional.

¿Acaso se me notaba?

Las mujeres son sagaces para detectar a otra en sus terrenos, y Lynn era más por su profesión.

Pero, ¡carajo!, la idea era demostrarle que estaba ya un poco mejor, pero no hasta el punto que no podía borrar la sonrisa estúpida cuando recordaba a Sarah y Porthos juntos.

Bajé avergonzado la mirada.

—Estás saliendo con alguien, ¿verdad? —preguntó con un ligero tono celoso. Levanté la mirada para ver sus labios apretados, ¿conteniendo un reclamo quizás?

—Sí —respondí serio. No podía mentir a la mujer que me mostró un rayo de luz en la oscuridad para salir de ahí.

Lynn apretó aún más los labios y respiró profundo mientras que levantaba la barbilla para mostrarme ese enojo que estaba conteniendo. Estaba celosa, y es posible que hasta enojada por desecharla tan fácil.

—Entró a mi vida igual de rápido que Porthos..., doctora —traté de explicar como si me hubiera cachado cogiendo con Sarah en su cama.

—¿Están saliendo apenas o ya hay algo más serio? —preguntó, pero noté en su tono que lo hizo su lado profesional.

—Es algo casual —mentí—. No creo que avance a algo más serio... Solo es un desahogo sexual, ya sabe, para soltar toda esa adrenalina que me sirve en el ejército, pero aquí es tan sofocante.

Lynn me miró en silencio, al parecer no me estaba creyendo.

—¿Ya has hablado con tus amigos? —preguntó seria. Hizo un jodido pestañeo indiferente que me encabronó. ¿Por qué me reclamaba así que no la haya esperado?

Me quedé un rato en silencio y otro pensando:

¡Joder, no soy un puto adivino para saber tus intenciones!, le reclamé en silencio mientras la miraba. ¡Además, carajo, te besé porque me gustabas mucho y quería estar contigo! ¡Debiste haberme dado una señal más segura que tus indelebles coqueteos y besos escondidos en mis

momentos de vulnerabilidad!

Si me hubieras dicho que esperara, lo hubiera hecho por ti.

Tengo que dejar de reclamarle en silencio porque ahora estoy con una mujer que no dudó en mí ni un jodido segundo. Sarah me vio, me quiso para sí y me conquistó. ¡Así de fácil!

—No, pero he pensado en hacerlo ya —la miré. Creí que eso le iba a dar gusto, pero igual siguió—. Los extraño..., también lo que éramos los cuatro.

—¿Has hablado con la mujer con quien estas saliendo respecto a lo que hablamos en estas sesiones? —preguntó.

—No —suspiré. Su cambio de conversación me dijo que ya no soportaba los celos, pero ahora yo no quería hablar de Sarah, sino de mí y mi problema. Aun así, consulté—. ¿Quiere que deje de verla?

Lynn me miró en silencio. ¡Aun en este jodido momento de celos seguía haciéndose del rogar!

—Lynn —le dije inclinándome un poco hacia ella; no la intimidé—, si crees que salir con esta mujer perjudica mi rehabilitación, dímelo.

—Sí, perjudica mucho —respondió sin dudar.

—¿Por qué?

Yo no lo veía así. ¿Cómo hacerlo cuando Sarah ha logrado hacerme reír y estar en paz?

—Porque en este momento la única persona que importa eres tú. Está bien tener una mascota que te ayude en esos momentos que necesitas compañía o una sonrisa espontánea, pero una pareja requiere mucho más de ti. Requiere atención, compenetración y entendimiento. Si ella no sabe siquiera a qué te dedicas, ¿cómo esperas que pueda entender lo que te sucedió y tus etapas de duelo?

Bajé la mirada, lamentando que tenía razón con eso. Siempre lo supe en el fondo, quizás es por eso que no he tenido los jodidos pantalones para siquiera confesar mi profesión a Sarah. Solo me he dejado la máscara de olvido que ella me pone cuando estamos juntos.

—Ella no sabe que eres un SAS, ¿verdad? —no sé por qué preguntó cuando bien sabía la verdad. Tan pronto negué, ella exclamó decepcionada—. ¡Oh, Caleb!

—¿No me estás diciendo esto porque estás celosa? —me atreví a farfullar, pero fue solo para mí. Busqué justificar mi poca valentía con Sarah, echándoselo en cara a Lynn.

Por desgracia, Lynn me escuchó y se carcajeó como si le hubiera contado un jodido chiste.

—Sí me importara ella, en este mismo momento te diría que hay un conflicto de intereses y lo mejor sería canalizarte con un colega.

—¿Y lo hay?

—¿Qué?

—Conflicto de intereses.

—No. No lo hubo en un inicio, nunca lo habrá, Cal... Así que regresemos a tu problema, por favor.

“Ella no es buena para ti en este momento.

—¿Y por qué siento que sí lo es?

—Bien, si crees que ella puede ayudarte, dile la verdad —me retó con seriedad. Pero sentí su sugerencia más como una lucha contra Sarah, que un consejo profesional.

—Lynn... —le supliqué en silencio que no siguiera presionando.

Suspiró hondo en lo que se restregó la frente.

—Disculpa el tono que usé. No fui profesional —se excusó antes de mirarme, lo hizo tan profundo que me empequeñeció—. No estás listo para comprometerte en una relación en este momento.

“Caleb, lo que ella te ofrece, sin saber tu problema, puede llevarte de nuevo a esa irrealdad en donde estuviste cuando llegaste a mí. En donde te sentías cómodo. Ahí no estás haciendo frente a tus sentimientos, solo los estás cubriendo.

“No quiero que corras riesgos y explotes... y le hagas daño.

Me quedé en silencio, mirándola fijamente. La intimidé, pero ahora no la entendía. Todo eso me sonó a que estaba dolida porque me desinteresé de ella, eso no lo podía ocultar, aun detrás de tanta “profesionalidad”. Pero por alguna razón no quería dejarme ir tampoco.

¿Qué debía hacer? ¿Decirle que sí era mejor canalizarme con alguien más?

Tal vez era la mejor solución a este momento incómodo, pero sería iniciar de nuevo. Perdería todo lo que he avanzado, porque reconozco que Lynn me ha ayudado mucho.

Alguien que no entienda o tenga paciencia podría regresarme por el camino de la oscuridad, directo al cometer una maldita locura. Tal y como sucedió con el soldado yankee.

—Bien... —suspiré—, hablaré con mis amigos tan pronto salga de aquí. El único problema es que no sé dónde están, ni por dónde comenzar. No sé si ellos están dispuestos a hablar también.

—Lo estarán porque están esperando también esa conversación contigo. Solo recuerda no guardarte aquello que te cegó en ese momento, y tampoco reprimas su punto de vista. Déjalos hablar... relatar la tragedia desde su perspectiva; entonces vendrán los comentarios.

Asentí con la cabeza.

—Solo te advierto —continuó— que muchos detalles saldrán a la luz, y quizás te decaigan. Pero no te asustes, llámame a cualquier hora y nos veremos para hablar de ello.

La miré sin reaccionar a su mensaje indirecto.

—Lo haré.

—Cal, estoy aquí para ti siempre —aseguró antes de que la campana terminara incómodamente la sesión.

Ambos nos pusimos de pie al mismo tiempo, solo que ella se apresuró a llegar a mí para poner su mano en mi pecho. Temí lo que iba a hacer cuando se acercó aún más.

—Recuérdalo... Siempre lo estaré —murmuró mirándome directo; leí en ella un ruego a que la besara, pero en ese momento solo podía pensar en Sarah, en que necesitaba ver su sonrisa ya.

—Gracias, Lynn —dije retirándome un paso que desarmó toda la escena.

Lynn suspiró lamentando mi alejamiento y me señaló con la mano que saliera.

—Mirna, por favor agenda una cita para el señor McGregor pasado mañana misma hora —le ordenó muy profesional. Y por su tesitura, no podía cuestionar el día para volver a vernos.

—Sí, doctora.

—Bien, hasta luego, doctora —me despedí retrocediendo sin dejar de mirarla; estaba incómodo por la despedida tan fría.

Ella soltó un resoplido callado y se dio la media vuelta para regresar a su consultorio. Sentí en su desdén un reclamo por olvidarme de ella.

Cuando salí del consultorio, la recomendación de Lynn de cortar a Sarah se presentó con una ilógica posibilidad de mejorar más rápido. Pero era verdad también que Sarah ha hecho su parte en esta terapia... sin saberlo. Eso la hacía aún más especial para mí.

Ella no lo hizo por compasión, sino por quererme y ser correspondida.

No. No voy a dejar a Sarah.

Lo siento, Lynn, pero perdiste una oportunidad de tener algo jodidamente grandioso conmigo. No voy a permitir que me arranques a una mujer maravillosa.

Saqué el celular para llamar a Sarah y planear algo con ella para esa noche.

DOS SEMANAS DESPUÉS

La influencia positiva que tenía Sarah en mi vida, me deslumbró hasta el punto que dejé de asistir a las sesiones con Lynn, ni siquiera asistí a la siguiente cita que agendó, y ya no cumplí mi promesa de hablar con Spencer y Robin. En parte porque no sabía si aún estaban en el país, y no quería avisar al ejército de que estaba en condiciones “óptimas” para regresar al deber.

Sarah construyó para mí una burbuja en donde me hizo más risueño y lleno de optimismo a las cosas nuevas. Incluso el entrenamiento de Porthos empezó a dar resultados positivos. Ya disfrutaba echarse a ver la televisión conmigo en mi regazo, pasear en el parque para pasar el tiempo en lo que llegaba la hora para ver a Sarah, y ya me traía su juguete para que jugara con él cuando pensaba que yo estaba aburrido.

Y aprendió a jalarme la cobija todas las mañanas cuando él despertaba antes que yo, solo para decirme con un ladrido que ya iniciara el día.

Alguien dijo que detrás de la tormenta viene la calma. Eso era lo que estaba viviendo ya. Sarah era *serenidad*.

Estaba jugando en el suelo con Porthos mientras la televisión hablaba sola, cuando escuché mi celular a la distancia. Pero no era mi tonto tema de *Duel of the fates* de Star Wars, sino *Rule, Britannia!*^[22] Era mi otro celular, el que solo usaba para ser llamado al deber.

Me congeló con su lejano llamado, mientras que Porthos aulló cuando el sonido en ascenso le lastimó los oídos. Incluso él sabía que íbamos a recibir noticias que en otros días me dieron alivio porque dejaría la aburrida cotidianidad.

El celular calló. Entonces, me puse de pie con Porthos tratando de llamar mi atención, como siempre tuvo su propia guerra con mis agujetas. Pero en el fondo creo que me estaba deteniendo de acudir al deber.

El celular volvió a sonar, y esta vez mi lado patriótico me llevó en un trote al mueble donde siempre lo dejaba para ser escuchado, no importando en que parte del departamento estuviera.

—McGregor —respondí con voz segura, aunque después tuve que tragar saliva para recibir las noticias.

—Soy Spencer —respondió mi amigo muy tranquilo.

¡Mierda!, exclamé en mi cabeza con zozobra.

—¿Qué hay, Spencer?

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Podemos vernos con Robin? —preguntó con voz vacilante. Tal vez estaba asegurando ya que no estaba listo para verlos.

—¿Aún están en Londres? —pregunté con lamento.

—Sí.

Pensé en la recomendación de Lynn, luego en Sarah, en el miedo de hacerle daño, y sentí que ya estaba listo para verlos. Era el siguiente paso para desarmar la bomba en que me he convertido desde esa noche fatal. Por la seguridad de Sarah, y Porthos, tenía que seguir las recomendaciones de Lynn.

—Sí, dime dónde nos vemos —accedí al final.

—Si lo deseas, en el pub al que vamos cerca de mi casa.

—Sí, me parece bien... ¿Los veo a las 6?

—Sí. No me despido —dijo rápido Spencer. Lo que quería decir que estaba guardando todo para cuando nos viéramos.

—Bien.

Tras colgar, miré el celular, tratando de aceptar que esa llamada hubiese ocurrido. Solo el gruñido de Porthos, que seguía peleando con mis agujetas, me regresó al mundo. Me agaché para tomarlo y abrazarlo mientras le daba un beso, lo que ocasionó un sinfín de lamidas que me hicieron reír.

—Bueno, amigo. Tendrás tu segunda visita con tus abuelitos.

Tomé las llaves y la sudadera para llevar a Porthos con mis papás. No podía dejarlo solo en casa porque pasaría todo el tiempo llorando. Y Sarah aún estaba en el trabajo.

Mis amigos ya estaban en el pub cuando llegué. Robin fue quien me marcó con la mano dónde estaban sentados.

—¿Qué hay? —les dije cuando se pararon para saludarnos de manos, el cual terminó en un abrazo fraternal.

Cuando se sentaron, les avisé que iría por mi cerveza antes de iniciar la conversación que aún no quería tener, a pesar de que ya era obligatoria.

—Te ves... ¿feliz? —comentó Robin cuando regresé y me senté con una sonrisa ligera.

A pesar de todo, tenerlos enfrente me recordó que siempre me cuidarán las espaldas.

—Las cosas están yendo mejor ahora —respondí antes de dar un trago a mi cerveza—. ¿Y ustedes?

—También estamos mejor —respondió Spencer.

Asentí a que tenía que sacar ya todo, antes de seguir con que el clima ha estado perfecto en estos días.

—¿Por qué tuvo que pasar? —cuestioné sin querer, tras un suspiro algo sonoro.

—Las cosas malas pasan...

—A la gente buena —interrumpí a Robin—. ¿No debería ser al revés? ¿Las cosas malas pasan a la gente mala?

Robin se encogió de hombros ante el karma que a veces hacía cosas ilógicas.

—¿Creen que todo hubiera sido diferente, si ese yankee no nos hubiese sacado de concentración? —preguntó Spencer.

Tanto Robin como yo respondimos asintiendo con la cabeza.

—Hubiéramos salido en diez minutos a lo mucho. Aun con Clay herido, tomamos el objetivo muy rápido y fácil. No nos esperaban —respondió Robin.

—Quise matarlo —se confundieron un poco—. A la *Serpiente*. Perdí la cabeza, y me convertí en el miedo personificado —les confesé cuando me llegó el flash de ese soldado que fui y que ahora me daba terror.

—Sí. Pero todos lo hicimos, solo actuaste antes que nosotros, como siempre lo has hecho “Eagle” —coincidió Spencer con una tesitura que me recordaba el origen de mi apelativo—. Y fuiste benevolente porque...

—Yo lo hubiera puesto en ángulo para que sus mismos “fieles” hicieran el trabajo sucio —comentó Robin.

—La vida de Clay —dijo Spencer.

—Hubiera sido en balde —eso fue lo que razoné entre tanta estupidez. Incluso lo hice entonces.

—Eso no nos hace mejores que ellos.

—No, pero ¿qué está bien y qué mal, cuando para ellos somos el demonio? —cuestionó.

—¿Cuánto estuvieron en terapia con Lynn? —preguntó Robin. De seguro le confundió que

siguiéramos echándonos la culpa, pero eso jamás iba a cambiar, ni aun teniendo un millar de jodidas sesiones con Lynn porque los “Hubiera” nos flagearán por siempre.

—Yo desde que nos enviaste con ella —respondió Spencer.

—Casi igual —respondí.

—¿Les ayudó Lynn en algo porque en este momento ya los noto como ese día en el funeral? —preguntó Spencer.

—Mucho —respondimos al unísono—. Pero el pasado nunca dejará de estar ahí.

—Fue difícil, pero Lynn es una maravilla como terapeuta —comentó Robin.

Solté una risita traviesa y desvié la mirada para que no vieran en lo que estuve a punto de terminar con ella. ¿Cómo hubiesen sido las cosas ahora si Sarah no hubiera aparecido en mi vida?

Sé la respuesta ya. Estaría estancado en el mismo lugar que ella alumbró por completo para que viera el camino de regreso a la vida.

—El pasado siempre lastimará —balbuceó Spencer.

—Tal vez ya no tengo pesadillas, pero aún sigo recriminando por qué no lo arrinconé —comenté.

—Cal, no fue solo tu decisión. Yo tampoco vislumbré que ese era un punto inseguro —comentó Spencer.

Nos quedamos en silencio un momento, hasta que la cerveza me obligó a liberar las cosas que querían ser confesadas. Cada error llevado a cabo por el duelo.

—Casi me acuesto con Jessica el día del funeral. Me cegué y necesitaba liberarme —les confesé, y esperé que su furia se desatara en un puñetazo directo a mi cara.

Jessica es intocable.

—Mmm, así que era eso —dijo Spencer tranquilo, logrando que Robin y yo lo miráramos con interés. Explicó—. Me llamó esa noche del funeral para pedirme perdón por el error que estuvo a punto de cometer.

“No supe de qué hablaba hasta ahora. Todo el tiempo pensé que había cometido la misma estupidez de la vieja del yankee.

“Fui a verla para que me explicara eso, porque también se me cruzó por la cabeza que había intentado suicidarse, pero, ya estando ahí, pasó que...

—Me llamó al día siguiente para vernos —interrumpió Robin—. No me negué, pero solo estuvimos en la cafetería mirándonos en silencio. ¿Qué podía decirle cuando me sentía tan culpable de que Clay estuviera muerto?

“¿Cómo iba a poder cumplir con ella si solo quería que no existiera, porque, entonces, Clay tampoco lo existiría y no habría remordimiento?

—Al parecer, ella quería que nos convirtiéramos en Clay —comentó Spencer.

—Sí, eso sospeché cuando me llamó Clay en medio del beso —comenté antes de dar un largo trago a la cerveza.

—Pero no la mancillaste, ¿verdad? —me cuestionó Robin.

—¡No! —negué alto y decidido.

Miré a Spencer y por la mirada que me echaba, no me creía, y por eso me evité para fingir.

La verdad era que ya no importaba si me creían o no.

—No la volví a buscar, y eso ha hecho que me sienta mal por la promesa a Clay —confesé—. No quiero cumplirle, es mucha responsabilidad.

—Tranquilo con eso —dijo Spencer poniendo la mano sobre mi hombro en apoyo—. Yo la seguiré cumpliendo. Quiero hacerlo... No se preocupen, ella estará bien conmigo.

—Gracias —suspiré en lo que los veía—. Lamento no haberles llamado —me excusé.

—La verdad, Cal —dijo Robin—, no te hubiera respondido. No lo hice con Spencer —coincidió nuestro amigo con asentimientos de cabeza—. Me sentía mucho mejor conforme conversaba con Lynn, y verlos a ustedes era retroceder.

“Solo quería alejarme de esa noche lo más que se pudiera. Incluso estuve tentado en ir a casa, pero solo estaría tapando el problema y no solucionándolo.

—Nosotros éramos el tatuaje de tus recuerdos —comenté.

Logré que rieran entre dientes. Creo que habían olvidado que yo era quien a veces salía con comentarios “profundos”. Clay solía llamarme Sargento Calhoun^[23] cuando salía con algo así.

—Extraño al imbécil. No lo valoré lo suficiente —comentó Spencer. A lo que concordamos también con asentimientos de cabeza.

—Salud por Clay —dijo Robin después y chocamos los vasos por nuestro amigo entrañable.

—¿Cómo podemos seguir? —cuestioné mirando de reojo a Spencer.

—Como siempre lo hemos hecho: apoyándonos entre nosotros. Recordar que no estamos solos —respondió Spencer.

—¿Qué tan difícil ha sido para ustedes retomar la rutina ciudadana? —seguí con lo mismo.

—Muy difícil —respondió Robin—. Los primeros días salía a correr hasta que desfallecía de cansancio. Un par de veces tuvieron que asistirme en el parque porque me desmayaba por la falta de aire.

—Yo... —dijo Spencer antes de un suspiro pesado—. Bueno, he cometido errores solo para tener ocupada mi mente en otras cosas. Gracias a Lynn, he podido corregir esos errores.

Nos quedamos callados pensando en nada.

—Hostiles a las cuatro —alertó Robin muy tranquilo, mientras jugaba con la boca de su pinta.

Como era de esperarse, Spencer y yo nos inquietamos porque por una fracción de segundo esperaba ver una bala volando directo a nosotros. Pero Robin rio entre dientes y aclaró que había un grupo de veinteañeras mirándonos.

Volteamos sin ser discretos, y era cierto. Nos sonrieron y tomaron poses de flirteo. En mi caso, solo sonreí a medias, porque me recordaron mi fidelidad a Sarah. Me volteé ya sin prestarles atención.

—Hoy no —dijo Spencer.

—Yo tengo novia —les confesé, y obtuve su asombro—. Y un perro.

Los dos se carcajearon, de seguro por lo del perro. En el pasado los hubiera enfrentado, pero me alegró ser la razón de sus lágrimas risueñas.

—Regresando a Lynn... —dije—. En mi opinión es un ángel que bajó para ayudarnos —sonrieron concordando que así fue—. Pero lo de mi novia se dio sin que lo esperara... al igual que el perro.

—No te imagino con novia —comentó Spencer.

Me carcajeé tanto y balbuceé que yo tampoco lo hubiera imaginado. Es más, era la primera desde que me enlisté.

—Pensé que ibas a decir que con un perro —comentó Robin.

—Lo del perro supongo que fue sugerencia de Lynn, pero no lo de la novia —aclaró Spencer—. Me lo sugirió también y, por lo que veo, quería que abriéramos un refugio de animales.

Reímos entre dientes.

—El problema que tengo es que mi novia no sabe que soy un SAS, y Lynn me recomendó que la corte porque está interfiriendo con la terapia —solté un suspiro.

En ese momento, alguien del pub nos trajo tres pintas que no pedimos. Nos informó que eran de las chicas que estábamos ignorando.

—No, gracias —dijimos los tres, y el mesero tuvo que llevárselas ante nuestro rechazo severo. Ya no nos preocupamos por ver sus reacciones.

—En otra ocasión te aconsejaría que siguieras tus deseos —dijo Spencer—, pero si Lynn no está de acuerdo, será por algo.

—Tendré que pensar qué es lo mejor para los dos —respondí.

—Por cierto, me han llamado del cuartel para avisarme que ya tienen al nuevo compañero —comentó Spencer.

—¿Es una broma? ¡Clay es irremplazable! —exclamó Robin. Y estaba totalmente de acuerdo con él.

—Solo para nosotros —aclaré. Era una triste verdad, pero cierta. El ejército no podía darse el lujo de arriesgarnos también. Cuatro era el número mágico para ellos—. Será difícil volver a confiar —comenté.

Spencer me tomó por el hombro de nuevo en señal de apoyo.

—Seguiremos siendo fuertes. Pero, Cal, termina la terapia —ultimó Robin.

Asentí. Tenía que hacerlo, por mucho que fuera incómodo hablar con Lynn de lo bien que me hacía sentir Sarah.

—¡Por Clay! —dijo Robin alzando la cerveza de nuevo.

—¡Por Clay! —dijimos Spencer y yo. Pero agregué—. Quien de seguro está jugando ajedrez con Stephen Hawking —terminé brindando.

Clay siempre fue admirador de Stephen Hawking, fue su modelo de perseverancia y conocimiento. Clay estuvo a punto de ser físico si no es porque conoció a un soldado que cambió su vida con una sola conversación.

El silencio siguiente fue roto por la risa de Robin.

—Un perro... —recordó Spencer entre una sonrisa irónica, después preguntó—. ¿Lo llamaste Porthos?

Sonreí a medias en confirmación, y se carcajearon.

Les relaté todas las gracias que hace Porthos. Entendí porque no querían hablar de mi relación, o la de Spencer, la cual detecté de inmediato se refería a una mujer. En momentos de pena, es más fácil reír por un cachorro, el cual les daba el desahogo que necesitaban en este momento que estábamos juntos.

Clay era importante, siempre lo será, pero aún dolía y seguíamos sin entender por qué las cosas sucedieron así. Los cuatro necesitábamos más tiempo para aceptar su pérdida.

A pesar de todo, fue una buena noche y disfruté la compañía de mis amigos.

Al despedirnos, prometimos seguir en contacto.

Caleb

DOS SEMANAS DESPUÉS

Salí de bañarme, y vi a Porthos durmiendo a pierna suelta en su cama. Solo le gustaba subirse a la cama cuando Sarah estaba en ella, y siempre era para que le acariciara la panza.

Mi celular sonó, pero no era el personal. De nuevo traje latidos de miedo, y, aun así, corrí rápido para contestar.

—Un momento —dije a Spencer. Quería tomar un respiro profundo para prepararme para su noticia—. ¿Qué sucede?

—¿Has terminado la terapia?

—No. Lynn ha tenido agenda llena, pero me he sentido bien.

O ya no era prioridad para ella. Aunque creo que mi condición aún me daba el privilegio de ser atendido primero.

Tal vez Lynn estaba siendo negligente y me estaba castigando así. O tal vez ella siempre me dijo la verdad y no era estrés como lo sentía, solo un duelo profundo por mi amigo.

El silencio de Spencer me dijo que estaba pensando algo. Hasta podía ver sus gestos vacíos en este momento.

—Hemos sido llamados. Nos necesitan en Siria —informó al fin.

La noticia me cayó tan mal que tuve que recargarme en la pared, al momento sentí un revoltijo en el estómago, provocado por la ansiedad. Por primera vez en mi carrera no quería ir a la rotación.

Pero mi lealtad emergió tras un respiro profundo.

—¿Cuándo? —pregunté restregándome la frente después de recordar a la mujer que me ha dado fuerza. ¿Cómo iba a decir a Sarah que me iría por seis meses, que no soy corredor de bolsa sino un SAS?

—Salimos mañana por la tarde.

—Bien.

—¿Cal...?

—¿Sí?

—Es bueno tenerte de regreso.

—Gracias, Spencer. Nos vemos mañana.

Colgué sin alargar más la conversación. Sin embargo, mientras dejaba el celular en su lugar, me recriminé por no decirle que no estaba bien, necesitaba más tiempo para volver al ruedo, y que no quería dejar esta vida que al fin me estaba dando noches de paz y días de felicidad.

—¡Carajo, ¿qué voy a hacer con Sarah?! —pensé llevándome las manos al cabello en zozobra.

Porthos despertó al sentir mi agobio en mi voz y vino a apoyarme. Sin planearlo, tomé el celular, llaves y lo dejé atrás entre chillidos de abandono, me urgía hablar con la única mujer que tenía respuestas.

Sin embargo, unos pasos más adelante, me detuve para regresar por él.

—Lo siento, pulgoso —le dije en lo que lo abrazaba para sentir su dependencia a mí.

Pero cuando Porthos empezó a mordirme los dedos, supe que aún era muy pequeño para saber que lo necesitaba ya, y si lo dejaba solo por coraje hubiera sido capaz de destrozar mis muebles.

—¡Que hermoso cachorrito! —exclamó la asistente de Lynn en cuanto me vio con Porthos en brazos.

—Hola, necesito hablar con la doctora Riley.

La puerta de Lynn se abrió en ese preciso momento y salió conversando aun con un paciente acerca de su siguiente sesión. Se sorprendió mucho al verme.

—Lynn, necesito hablar contigo —dije apresurado.

Lynn se sorprendió, pero estaba tomando la palabra de hablar con ella cuando la necesitara:

—Por favor, es urgente... Me han llamado —le revelé.

Con eso, Lynn aceptó y me invitó a pasar, después dijo algo a su asistente que no puse atención.

—Así que este es tu bebé —dijo Lynn cerrando la puerta con cuidado.

—Sí, una disculpa por haberlo traído, pero esto era urgente y no quise dejarlo solo en el departamento.

—Está bien —aceptó tomándolo de mis brazos para apapacharlo. Agregó—: Después de todo, esta no es una sesión formal.

—No —concordé dejándome caer en el sofá sumamente apesadumbrado.

Cuando se sentó a mi lado, su cercanía me puso muy nervioso, porque yo necesitaba a la Lynn profesional, no a la que estaba creyendo que había venido a buscarla para cogérmela.

—¿Qué sucede?

—Spencer me llamó hace rato para informarme que hemos sido llamados a funciones.

Porthos se acurrucó en el regazo de Lynn y empezó a quedarse dormido con sus caricias delicadas.

—¿Crees que estás listo para regresar al trabajo?

—Eso solo lo puedes responder tú.

—Sí, pero quiero saber si tú crees que lo estás.

—No..., no lo creo —confesé—. Pero no puedo dejar que ellos vayan solos.

—¿Ya has hablado con ellos?

—Sí. Aun siento que hay cosas que tenemos que desahogar, pero, bueno, hemos dado ya el primer paso.

—¿Qué pasaría si no atiendes el llamado? —preguntó curiosa.

—Por ser un SAS, tengo dos días de prórroga, máximo tres. Ningún país en el mundo queda más de dos días de distancia. Si no me presento, entonces, investigan qué me ha retenido. Si descubren que fue porque se me dio la gana, tendré que ir a corte marcial y posiblemente me darían baja deshonrosa... Quedaría etiquetado como cobarde y traidor a la corona.

—No, no puedes hacer eso.

—Aunque también podrían darme de baja sin problemas por mis años de servicio —comenté la otra posibilidad—. Pero tengo que tener una buena razón durante el juicio... Es imposible asegurar el veredicto.

Me miró en silencio unos segundos nada más.

—¿Por qué dejaste de venir?

—No lo hice, estás tan ocupada que no hay día libre para que me atiendas —se me salió el reclamo.

—No sabía que habías agendado otra sesión, tendré que hablar con Mirna. Tú y los demás son

prioridad... Pero me refiero a antes.

—Porque... porque... no lo sé... Creo que mi atracción hacia ti fue...

Lynn me besó sin que yo lo esperara. Me tomó por sorpresa porque no me le estaba declarando; por el contrario, estaba por decirle que me sentía incómodo. Sarah ya estaba arraigada en mi vida y tenía miedo a perderla.

Pero el beso de Lynn me estaba dando el apoyo que necesitaba en ese momento. Me hizo sentir que estaba encontrando de nuevo la zona tranquila en mi vida. Sin máscaras ni problemas. Y era tan bueno que me hizo sentir como un jodido traicionero.

Corté el beso cuando entendí que no podía hacer esto a Sarah.

—Cal —dijo Lynn sin notar mi rechazo. Creo que lo tomó más como que estaba nervioso por mi situación—, vas a estar bien. Mientras sigas hablando con ellos, todo mejorará... Este es el último paso en tu recuperación: enfrentarte a la verdad y aceptarla. Y ellos son los únicos, aparte de ti, que la conocen.

“No tengas más miedo...”

—No tengo miedo a ir —interrumpí.

—Entonces, ¿tienes miedo a recordar todo en medio del combate? —consultó y le respondí con un asentimiento en silencio—. Puedo decirte qué hacer para que te enfoques en lo que tienes enfrente y no en el recuerdo.

Solté un suspiro cansado que la silenció, luego me restregué la frente agobiado porque sentía que estaba retrocediendo hasta el inicio.

Asentí.

—Si algo te recuerda el evento y te paralizas, respira profundo, concéntrate en cada latido y aférrate a algo que te ate aquí, que sea lo suficientemente importante para que te dé fuerzas para enfrentar la situación y regresar.

“Reconoce que eres importante y aun tienes esperanzas.

“Cuando estés a salvo ya, habla con Spencer y Robin sin dudar de lo sucedido, no lo guardes. Y si sientes que no puedes hablar con ellos, entonces, llámame. Estoy aquí para ti.

—Lo haré. Pero...

—Cal, has mejorado mucho, aunque no lo sientas así —me interrumpió para darme ánimo—. Tanto es así que estás a punto de terminar la terapia oficialmente... —calló cuando me puse cabizbajo porque aún sentía que faltaba algo—. ¿Quieres que hable a tu superior y...?

—No —le interrumpí rápido—. Hablaré con mis amigos mañana antes de tomar el vuelo. Si ellos concluyen que no estoy listo, no iré.

—¿Estás seguro? —me preguntó haciendo una caricia en mi mejilla.

Asentí con la cabeza mientras sonreía falsamente optimista. Lynn me miró fijo, como si estuviera teniendo una conversación muy importante en silencio conmigo.

Tal vez estaba decidiendo hacer esa llamada que me mantendría aquí con ella. ¿Será que ha visto en mí que me siento como si estuviese parado en el borde de un edificio alto, mirando hacia el abismo cubierto por personas indiferentes a mí, mientras que alguien me amenaza con un arma para que brinque?

Lynn dejó de acariciarme para sujetar mi mano. La profundidad en su mirada se hizo aún más intensa, al menos lo suficiente para entender que ella importaba ahora.

—¿Lynn? —le llamé para sacarla de sus pensamientos; ya me estaba asustando.

—No me recuerdas, ¿verdad? —preguntó seria.

—He pensado en ti, pero... —respondí dubitativo de confesarle mis sentimientos. Aun siento algo por ella, pero ahora no sé si es agradecimiento o atracción sexual.

—No, me refiero a que... —Lynn dudó tanto que pensé me iba a confesar que me amaba. Continuó—. Cal, ya nos conocíamos.

Fruncí confundido el ceño.

—Tú y yo nos acostamos hace unos meses... Tal vez antes de que te fueras a esta última rotación.

¡Mierda!, exclamé en silencio ante la confesión que me cayó como un rayo.

La miré al detalle, tratando de recordarla. En el período que ella decía, me acosté con dos mujeres, pero fueron de una sola noche, como todas.

¿Lynn en serio es una de ellas?, me cuestioné recorriendo cada centímetro de ella. El recuerdo de esas dos mujeres era vago, y cuando trataba de enfocarme en sus rostros, solo veía rasgos que no concordaban con la elegancia de Lynn.

Solía tener sexo casual, era la única relación que podía tener mientras estuviera en el ejército, principalmente con mujeres que conozco en el pub de Dylan. Tal y como pasó con Sarah; con quien espero sí funcione.

Pero ella supo ganarme, contuve la sonrisa que últimamente nace en mi cuando pienso en ella.

Entonces, Lynn se atrevió a hacerme una caricia en el cabello que reconocí, como si quisiera enroscar mis risos entre sus dedos. Me acosté con ella tres noches antes de regresar a rotación.

Recuerdo que fue muy buen sexo, arruinado cuando ella hizo esa caricia.

Es curioso que las dos mujeres que se han atrevido a hacerme tal gesto, han sido las que me han salvado en mi peor momento a su manera. No sé con qué intención lo hizo Lynn, pero Sarah lo ha tomado ya como su momento para consentirme.

—¿Por qué no me lo recordaste cuando me viste? —le reclamé.

—Cuando vi tu nombre en mi agenda, me sorprendió mucho, pero lo dejé pasar porque bien podría ser una coincidencia. Creí que me recordarías en la primera sesión, pero creo que no fui tan especial.

—Lynn... yo... —iba a excusarme por ser tan vale madre con ella esa vez. Nunca he estado en la situación de volver a toparme con las conquistas de una noche.

Me hizo seña de que no siguiera.

—Estuve en un conflicto ético contigo desde el principio. E iba a comentarlo contigo en la segunda sesión, pero, Cal, necesitabas mi ayuda y estabas dispuesto a hablar. Algo muy difícil para un soldado.

“Sé cuán delicado es ese momento en que un paciente se anima a abrirse. Si te confesaba todo, te verías obligado a irte y sé que no hubieras buscado de nuevo la ayuda que necesitabas.

—Sí, tienes razón —suspiré, pero no distinguí su significado.

—Quería corresponderte, pero me necesitabas más como doctora —se excusó.

Asentí a no sé qué. Creo que a que entendía todo, y aceptaba que hizo bien en guardar silencio porque entonces hubiera huido. Y la necesitaba.

No, aun la necesito, pensé mirándole.

—Caleb... —dijo acercándose más a mí—, recuérdalo muy bien, estoy a solo una llamada. Sin importar la hora. Sin importar nuestra historia. Estoy siempre disponible para ti.

—Gracias —respondí sintiéndome incómodo aún por la situación que nunca vislumbré.

Me besó... Y no la rechacé porque ella sabía todo lo que ha enfermado mi alma, y comprendía. Ella era el error que necesitaba en este momento de angustia.

Caleb

Dejé el consultorio de Lynn más optimista, por lo menos en cuanto a regresar a funciones. Lo que ahora me estresó fue qué iba a decir a Sarah.

Siempre ha sido mala la verdad de mi profesión. No solo para mí, sino para cualquier miembro SAS; ya que algunas personas no saben cómo lidiar con la confesión. A veces, pasan por varias etapas de aceptación y les toma tiempo en vernos como seres humanos.

No quería que Sarah me tuviera miedo, ni cautela de mi reacción. Quería que siguiera viéndome y pensando en mí como su ángel de la guarda, como me lo dijo después del asalto.

Tomé un taxi para ir a casa.

Pero a varias calles avanzadas, me di cuenta que no quería llegar a martirizarme con conversaciones ficticias con Sarah, lo mejor era dar continuidad a todo esto.

Saqué el celular para averiguar dónde estaba.

—¡Hola, princesa! —le saludé feliz cuando escuché su voz—. ¿En dónde estás?

—En casa, acabo de llegar.

—¿Podemos ir a verte?

—¿Quiénes?

—Traigo a Porthos conmigo y estamos en la calle...

—¡Claro! Te espero impaciente de ti, cariño.

Contuve una risa nerviosa.

—Voy en camino.

Me envió un beso de despedida antes de colgar.

Me quedé mirando a la nada. En solo un segundo llegué a la conclusión que lo mejor era cortar la relación. Estaba por enfrentar recuerdos que no tenía idea de cuánto me iban a afectar, y todo iba a ser en Siria. No podía estar temeroso de ser herido por estar pensando en Sarah.

No funcionó para Clay, quien tenía tan solo dos años de casado.

Hasta este momento, comprendí la razón por la que Lynn me pidió que dejara a la mujer con la que me estaba acostando. No eran celos, sino lo dijo por mi propio bien.

Pero ¿cómo podría cortar a la mujer que me estremecía con solo pensar en ella? No quería lastimarla, aun cuando lo he hecho al besuquearme hoy con Lynn.

“Ojos que no ven, corazón que no siente” es una mierda de excusa, y no merece perdón ni segunda oportunidad.

¿Qué es más fuerte: la lealtad a la corona o el amor a Sarah?, debatí.

¡Carajo! No importa cuál de las dos escoja, porque perderé todo al final.

Sin embargo, si era leal a la corona, Sarah estaría a salvo. Tanto de mí como del mundo que ella no quiere conocer.

Y, a decir verdad, prefiero que siga con esa inocencia de primer mundo. Quiero que sea feliz sin preocuparse si hoy sufrirá un bombardeo o no.

Miré a Porthos, quien estaba sentado en mi regazo y me veía de vez en tanto con compasión.

¿Acaso habrá sentido mi mortificación?

—Lo que sea que pase, estaré contigo —le dije en lo que lo levantaba para abrazarlo—. Eres

mi hermano de armas, pulgoso.

Porthos se entusiasmó lamiéndome el rostro.

Llegué a su departamento con el jodido corazón a punto de estallar. Ver su sonrisa, esa que le dibuja solecitos, aves cantando y unicornios, me hizo más daño que bien; y su beso tímido en los labios y su risa traviesa por las lamidas de Porthos en su rostro terminaron por matar mi fuerza.

Sarah lo tomó de mis brazos y lo consintió como siempre. Porthos lloró de felicidad por verla. ¡Carajo! Hasta el maldito perro me iba a odiar por arrancarle a su mamá.

Solo sé proteger con balas y muerte, ¿cómo iba a protegerla de mí?

—Sarah... —le llamé. Lo ideal era cortar de una vez, antes de que me dejara llevar por ella a la cama en donde mi barrera sería arrasada por completo. Además, eso sería ser ya una mierda. Continué cuando me miró—. Tenemos que hablar.

Creo que dije las palabras correctas que borraron su sonrisa y le hicieron poner a Porthos en el suelo. Por dios, incluso noté en sus manos que tembló un poco.

—He estado pensando y creo que... —callé. No podía decir las jodidas palabras que iban a lastimarla. Solté un resoplido agobiado.

Ya he tomado la decisión, pero es tan difícil dejarla atrás.

—No quiero terminar —aseguré—, pero ¿podríamos aligerar un poco el paso?

—No entiendo.

—He estado por mucho tiempo solo, tanto que ya no recordaba lo que era tener novia, y entraste a mi vida muy rápido...

—¿No te gusta estar conmigo? —cuestionó.

—Sí. Pero... —me restregué la frente porque ya estaba lastimándola con preguntas internas de si hizo algo malo—. Por favor, Sarah. Necesito tiempo para pensar.

—¿Para pensar en si vale la pena estar conmigo? —cuestionó tratando de contener su enojo.

—No... ¡Carajo, Sarah! No lo hagas más difícil, por favor —le espeté, aunque al final fue una súplica verdadera.

—Cal... —calló sin más. Creo que se prohibió suplicarme algo; tal vez que la deje ayudarme.

Pero ¿cómo espero que me ayude cuando soy un vil asesino que está rompiendo su corazón y estúpidamente aun pienso que puedo reconstruirlo después?

Bien sabía qué pasaba por su cabeza mientras me miraba en silencio: reclamos y mentadas de madre por ser un imbécil con ella.

Ante sus ojos era un pusilánime que no tenía los suficientes huevos para estar en una relación. Que las cogidas eran mi pan de cada día.

Era duro soportarlo sin soltarle la verdad, de decirle que tenía que dejarla atrás por el bien de ambos.

Su mirada enfadada se aceleró hacia la decepción.

—Está bien —accedió fría, no quería enfrentarse a suplicas y reclamos.

—Gracias —dije agachándome para tomar a Porthos para marcharnos.

—¿Desde hoy empiezas? —me inquirió apresurada.

—Sí.

—Okay, como quieras —aceptó, retrocediendo con la cabeza baja. Me conmovió tanto que estuve a punto de soltar al perro para abrazarla, pero, no, lo mejor era no tocarla.

No tuve el maldito corazón de piedra para romper con ella por una simple razón: la amaba... Y no podía decírselo porque la lastimaría aún más.

Poner una pausa era la solución más humana.

Dejé abatido su casa. Pero en lugar de ir a arrepentirme a la mía, fui a la de mi hermana para terminar de poner en orden mi vida en Londres, como lo hago siempre antes de la rotación. Iba a pedirle que cuidara a Porthos en mi ausencia. Pude haberlo dejado al cuidado de Sarah, pero en cuanto notara mi larga ausencia, iba a creer que había cortado con ella.

Estar alejada de Porthos le daría la esperanza de que regresaría a ella..., tarde o temprano.

Pops se quedó con la boca abierta cuando abrió y me vio con un perro en brazos.

—Hola, hermana —le saludé avanzando hacia ella para hacerla reaccionar.

—¡Oh, dios mío! ¡¿Tú con un perro?!

Reí entre dientes.

—Sí, se llama Porthos. Es un regalo que me hicieron.

—¡Vaya! Pues el que te lo dio no te conoce.

Otra risita entre dientes.

—Eso pensé al principio, pero me ha caído muy bien su compañía —le dije entregándole el perro que deseaba cargar. Se le veía en sus gestos de niña tierna.

—¿Cómo estás? —me preguntó después de adular a Porthos.

—Bien. De hecho, vengo a pedirte un favor.

—Sí, claro.

—Aún no sabes qué es.

—¡Suelta ya!

—Bien. Regreso a la base.

—¡¿Qué?! —soltó asustada—. ¡No puedes!

—Ojalá pudieras decir eso a mí capitán —comenté. Después le relaté todo lo que he tratado con Lynn; sin embargo, no le revelé la existencia de Sarah en mi vida. No estaba de humor para que me hiciera ver que la había cagado en grande.

—Necesito que cuides a Porthos hasta que regrese —le pedí.

—Insisto, quien te lo regaló, no te conoce.

—Sí, ya quedó claro eso... Entonces, ¿me haces el favor?

—Sí, claro.

—Bien, te lo dejo desde hoy, porque salgó muy temprano para Hereford. ¿Puedes pasar mañana por sus cosas a mi departamento?

—Sí... Por dios, ¿cómo puedes dejar a este bebé? —me cuestionó en lo que lo cargaba como tal.

No lo sé. Ni siquiera sé cómo tuve el valor de dejar a su mamá, respondí en silencio mientras acariciaba a Porthos.

—Bien. Te dejo para que te vayas familiarizando con él.

—¡Oye, tonto! ¿Ya avisaste a mis papás que te vas? —me consultó mientras me jalaba del brazo para detenerme.

—No, voy a su casa en este momento. Tendré que hablar con Edwin al rato para avisarle.

—Está bien —se apresuró a dejar a Porthos en el suelo para abrazarme muy fuerte. Y no fue como los que me dio en el pasado cuando me iba a rotación, este traía mucho agobio. Me hizo sentir tan mal porque ella era mi protectora y ahora sabía que podían herirme. Tenía mucho miedo.

—Tranquila, Pops. Estaré bien —le prometí.

—Por favor, no te hagas el valiente —supliqué—, y corré lo más que puedas.

—¿Cómo Forrest? —le bromeé un poco mientras la abrazaba con más fuerza.

—Corre, Cal, corre... —trató de seguir la broma, pero aun así sentí su preocupación—. ¡Por

favor, Cal! ¡Regresa a nosotros entero! —pidió casi en un llanto.

—Lo prometo —le dije soltándola, luego besé fraternal su frente para tranquilizarla.

Tras que me soltó, me puse de cuclillas para despedirme de Porthos, quien me dio sus acostumbradas mordidas de juego; aún no entendía que esta era una separación de mucho tiempo. Lo tomé y lo apreté fuerte en mis brazos, y él se retorció un poco, pero terminó lamiéndome la cara.

—Quiero llevarte conmigo, Porthos —me lamió con más entusiasmo—. Pero jamás debes conocer la verdadera maldad del ser humano, ni probar tu lealtad hacia mí. Sigue de terco y consentido —lo besé en su cabeza—. No me olvides, pulgoso. No olvides a tu mamá —le susurré en lo que me levantaba con él para dárselo a mi hermana, porque no podría soportar sus llantos cuando saliera.

Me despedí de ella de nuevo con los acostumbrados golpes que ocultaban el miedo a decir *adiós*.

Siempre ha sido difícil dejar a mis seres queridos, pero ahora lo fue más. Quería quedarme con ellos más tiempo, pero mi vida ahora pertenece a la suerte en el campo de batalla.

A LA MAÑANA SIGUIENTE

Tomé el tren a Hereford. Deseé que esa hora y veinte minutos se alargara lo más que pudiera, hasta el momento en que el ejército me dejara atrás.

Era un sueño estúpido porque eso solo iba a suceder si ya no era un activo invaluable para el ejército.

Saqué los audífonos de mi back pack para conectarme a Spotify. Pero cuando estaba buscando algo que me hiciera olvidar todo, me llegó un mensaje de Sarah.

¡Joder! Me emocionó hasta las orejas.

Abrí rápido el mensaje, pero era en realidad una fotografía suya. La contemplé un buen rato en silencio, aun sintiéndome mal por dejarla así, sin darle una verdadera explicación de por qué no me vería los siguientes meses. Pero ¿cómo romper a alguien con quien sí quería estar?

Subí la fotografía un poco para leer el mensaje que la acompañaba. Si la foto me emocionó, el miedo que me dio leer su mensaje me enfermó el estómago.

SARAH LLOYD

Hola, Cal.

Sé que me pediste que tomara las cosas con calma, ¡y lo haré! Pero no me dijiste cuándo nos veríamos o si por lo menos podíamos platicar por aquí.

Cerré los ojos en zozobra. ¿Qué iba a decirle?: “Amor, voy de camino a la base en Hereford porque parto hacia el culo del diablo en unas horas. ¡Ah!, se me olvidó confesarte que soy un SAS, y que me pagan por meter en cintura a los hombres muy malos”.

No me creería. Además, si no me cortaba por eso, lo haría por haberle mentido.

—¿Qué carajos le respondo? —murmuré mientras veía su foto de nuevo. Con cada segundo lejos de ella, me parecía más hermosa.

Tal vez un poco de verdad no haría mal.

CALEB MCGREGOR

Hola, princesa.

Gracias por la foto. Te ves preciosa.

Un poco de alago antes de los términos que tarde o temprano iban a romper esta relación por sí

solos.

SARAH LLOYD

:-) Gracias, guapo.

Suspiré profundo, y empecé a teclear.

CALEB MCGREGOR

Se que te pedí aligerar el paso, pero, ahora me doy cuenta que eso será imposible. Eres una tentación constante, y en este momento necesito soledad.

Creo que lo mejor es no vernos por un tiempo.

SARAH LLOYD

¿Me estás cortando?

Podía verla ya enojada, con mentadas de madre a viva voz.

CALEB MCGREGOR

No. Si quisiera cortar contigo, lo hubiera hecho cara a cara, no por WhatsApp. No soy un patán.

SARAH LLOYD

¿Entonces?

Explícate porque acabas de usar la estúpida excusa “Soy yo, no tú”.

¡Carajo! Seguía atorado en el mismo hoyo.

CALEB MCGREGOR

Bien. He aprendido que las personas se abren así mismas mucho más fácil en internet que en persona. Sarah, quiero conocerte a la perfección, pero no puedo hacerlo cuando cada vez que te veo y te beso, lo único que quiero es cogerte.

Estamos basando la relación en el sexo y no en la personalidad, deseos y gustos de ambos.

¿Me entiendes?

SARAH LLOYD

Hemos hablado.

CALEB MCGREGOR

No, en realidad... Y puedo demostrártelo.

Sarah no respondió, lo que me dio pie a seguir.

CALEB MCGREGOR

No sé si quiera por qué amas tu trabajo. Tampoco cuál es tu canción favorita. Ni por qué prefieres dormir del lado izquierdo. Y mucho menos conozco a tus papás. ¡Vamos! Ni siquiera sé cuántos años tienes.

SARAH LLOYD

¡Demonios!

Para mí pensar, tienes razón... No te has preocupado en querer conocerme bien.

CALEB MCGREGOR

Lo que te propongo es tratarnos por un tiempo como si fuéramos dos personas que están conociéndose por chat.

SARAH LLOYD

¿Por cuánto tiempo?

—Seis meses —susurré. Era lo que duraba mi rotación.

CALEB MCGREGOR

No lo sé. Lo que sea necesario para poder decir que tienes confianza en conocer a ese extraño.

SARAH LLOYD

¿Años?

CALEB MCGREGOR

No. Meses.

¿Qué te parecen seis?

SARAH LLOYD

¡No! Es mucho.

Me restregué la frente para contener el deseo de confesarle que soy soldado. Tenía razón, la maldita internet es una jodida droga de la verdad.

SARAH LLOYD

Sabes qué, mejor terminamos.

Tal vez no seas un patán, pero estás dando muchas vueltas a esto para llegar al mismo punto: No quieres ya nada conmigo. Y solo pones excusas insulsas.

CALEB MCGREGOR

¿Cuatro meses?

Sugerí de inmediato, ignorando que ahora ella me estaba cortando.

SARAH LLOYD

Olvidalo, Caleb.

No quiero rogar que te quedes conmigo.

Aquí termina todo.

Suspiré profundo y tecleé ya sin pensarlo más, mi corazón estaba aterrizado por perderla.

CALEB MCGREGOR

Sarah, estoy en el ejército.

No me respondió ni en ese minuto ni en los que le siguieron.

¿Me cortó? ¿Me creyó o no?, me cuestioné sin dejar de mirar el chat como imbécil enamorado.

Iba a llamarle para aclarar la duda, pero la sensatez me dijo que era mejor así. Rompió conmigo, pero le quedó constatado que yo no quería hacerlo, solo le pedía tiempo.

Regresé a Spotify para seleccionar mi *Daily mix*, y por el resto del viaje admiré el paisaje mientras pensaba en Sarah, mi razón para regresar a Londres a salvo.

HEREFORD, INGLATERRA

CUARTEL GENERAL DEL 22 SAS

Me topé con Spencer y Robin cuando cerré la puerta del taxi. Fue un momento incómodo, a pesar de que ya nos vimos días atrás, como si fuésemos enemigos que se encontraron en el peor momento.

Aun así, decidí ir con ellos y saludarlos con un apretón de manos.

—Nos hubieras hablado que vendrías a esta ahora y nos hubiéramos venido juntos —comentó Robin.

—No se me ocurrió —respondí encaminándonos a la base. ¿Y cómo hacerlo si Sarah es lo

único que he pensado desde que dejé Londres?—. Me gustaría seguir hablando con ustedes...

—Sí —me interrumpió Spencer—. Lynn nos habló ayer para pedirnos que siguiéramos hablando entre nosotros.

—Esto es una mierda —solté deteniéndome. Esta era la última oportunidad para regresar a la ciudad—. ¿Creen que estoy al cien?

—Lo estás tanto como nosotros —aclaró Spencer.

Solté un resoplido porque no era la respuesta que deseaba escuchar.

—¡Ya, Cal! —dijo Robin poniendo la mano en mi espalda en señal de apoyo—. Tendremos bastantes horas en el cielo para tener nuestra propia sesión.

“Estamos para ti, y tú lo estás para nosotros... ¿verdad?”

—Sí —respondí tras una exhalación afligida. Acababan de cerrarme la puerta de regreso a la ciudad.

Los tres caminamos en silencio. Sentí en cada paso que ellos tampoco querían estar aquí, que estaban soportando todo esto por la misma razón que yo: nuestra hermandad.

Creo que para los tres en este momento el juramento que hicimos de proteger a la patria estaba en la mierda.

Tan pronto entramos a la pista en donde estaba el avión terminando de ser cargado, nos encontramos con otros regimientos SAS. Ahí un soldado se reportó con Spencer como el sustituto de Clay. Ese fue el primer golpe de la realidad que los tres estuvimos evitando.

La vida sigue sin importarle que Clay dejó una marca imborrable en todos quienes lo estimaron.

Se presentó como Lester Green, y la verdad me importó un carajo; para mí solo era un novato imbécil que tenía que cubrir un lugar muy grande. Pero Robin lo trató bien. No fue de extrañarse, gracias a él nos llevamos bien desde el día uno. Lo único que lamentaba era que se iba a enterar de todo lo que sucedió con Clay.

Quizás era lo mejor. Así sabría de una vez por toda la situación por la que fue transferido.

Por lo general la novatada era drástica, literalmente tenía que ganarse su lugar. Servir de nuestro tapete si era necesario.

La razón por tal “salvajismo”, como algunos civiles lo llegan a describir, era muy sencilla: somos amigos que han confiado ciegamente en el otro por años, nuestras vidas están en juego y en manos de los otros. Nuestra lealtad se gana, no se regala solo porque un reclutador así lo desea.

Pero, dado la situación, me pareció estúpido humillarlo en este momento.

Nos sentamos en los incómodos lugares del avión; delante de nosotros había equipo empaquetado cuidadosamente y más soldados que, al igual que nosotros, eran el cambio de rotación.

Lester estaba sentado a mi lado izquierdo, Spencer en el derecho y a su lado venía Robin algo impaciente. Irónicamente, odiaba los despegues; sobre todo en estos animales voladores que no ofrecen nada de seguridad. A veces siento que voy dentro de una bomba que están preparando para arrojar en el blanco.

Cuando estaban cerrando la compuerta, sentí ansiedad y saqué rápido el celular para enviar un último mensaje a Sarah.

Siempre pensaré en ti

De paso, vi que aún no leía mi mensaje anterior, lo que quería decir que seguía enojada conmigo. Pero tenía la esperanza de que este último la tentara a hacerlo.

El avión empezó a tomar pista y tuve que guardar el celular. Despegamos sin contratiempo, y solo entonces pudimos “relajarnos”.

—¿En qué momento todo se fue al carajo? —pregunté a Spencer, después de una larga y muy silenciosa hora de vuelo. No he podido dejar de pensar en el pasado.

No me importó tocar el tema de nuevo. Tenía que hacerlo o de lo contrario explotaría en un mal momento.

Y bien sabía lo que ocasionaban los “malos momentos”.

—Desde que tu jodido sexto sentido te advirtió en la base... ¿Lo recuerdas? —respondió Robin.

Ahora sé que debo hacerle caso, pensé con la mirada baja.

—Fuimos un jodido huracán que recogió la basura que aterrizaría en Clay —comenté.

—Tal vez si hubiéramos eliminado a los francotiradores del tercer piso, hubiéramos podido entrar más rápido y alejarnos del cabrón que se voló los sesos —comentó Robin sin tacto.

—No tenía tiro libre. Lo busqué, te juro que lo busqué —traté de explicar el momento con la angustia de un adolescente que no sabe cómo enmendar los errores.

—Cal, si hubieras disparado, solo hubieras acelerado las cosas —terminó Spencer con tono de que no era mi culpa. No sentía que lo fuera, pero sí lo fue no haber protegido mejor a mis amigos.

—¿Estuvieron en el suicidio del yankee? —preguntó Lester. Los tres volteamos a verlo molestos por meterse en la conversación—. Me tocó estar ahí. Fue la peor mierda que he visto en mi vida... Y he visto mucha.

—Es novato en la fuerza —comentó Spencer. No tenía que decírnoslo, porque fuimos los únicos SAS que estuvieron ahí en ese momento. Tal vez él fue uno de los voluntarios que se nos unieron.

El silencio era perturbador, pero en el fondo, al menos en mi caso, me hizo sentir bien que alguien ajeno a nosotros tuviera una perspectiva del momento que coincidía con la nuestra.

—No sabía que su amigo fue el soldado que perdimos ese día —comentó Lester con cierta aflicción—. Lo lamento.

“De hecho, estuvimos a punto de perder más buenos soldados por ese cabrón egoísta.

“¡Bah! Tenía que ser un yankee.

Lester empezó a caerme bien. Sobre todo, porque demostró que no era cualquier novato salido de cuerpos regulares al que teníamos que adiestrar y bajarle los humos por creerse Superman, solo por ya ser parte del SAS

—No había mucho que hacer en esa situación. Todos perdimos la concentración tras la estupidez. Nada te prepara para lidiar con un soldado con estrés postraumático en acción —explicó Lester—. En lo personal, me sentí como un civil indefenso, luego como una rata acorralada que solo quiere encontrar un hoyo oscuro para protegerse.

“Yo estaba atrapado en el edificio de a lado con los yankees, y solo recibí ordenes ilógicas que estuvieron a punto de llevarnos a la muerte si no es por el apoyo que llegó... Había balas volando por todos lados.

“¡Fue un jodido caos!

—Sí, así fue también para nosotros —comenté avergonzado de mi actuar de esa noche.

—Por suerte, ustedes capturaron el objetivo y salvaron la misión —ya no comentamos a eso porque tocó el precio que pagamos por ese jodido *terry*—. Bueno, los dejo a solas para que hablen con más confianza —dijo Lester poniéndose de pie para ir a conversar con los otros soldados.

Solo por eso se ha ganado un punto.

—Después de enterrar a Clay, no dejé de sentirme culpable —ya se los había confesado, pero necesitaba volver a decirlo. Seguí—. He seguido analizando cada segundo de mi jodido día miles de situaciones y acciones que nunca terminarían con la muerte de Clay. En esa jodida noche escogí la única fatídica entre miles que nos harían salir a salvo de ahí —me restregué los ojos.

—Vuelvo a decírtelo... y no me cansaré de hacerlo, Cal. No era tu papel —refutó Spencer—. Yo soy su líder y mi obligación es llevarlos al éxito de la misión, no a la jodida muerte. Debí haber estado más enfocado...

—Spencer —le interrumpió Robin—, lo estuviste todo el tiempo —Spencer negó con la cabeza—. Eres humano y tu amigo estaba muriendo, no podíamos exigirte más de lo que podías dar. Notamos que perdiste el control y aun así nos lidereaste bien. Logramos la misión gracias a ti.

—Spencer, evitaste que matara al objetivo —le recordé. Asintió al reconocimiento—: Lynn estaría orgullosa de nosotros —comenté con una sonrisa irónica.

—Sí. No sé qué tiene esa mujer, pero desde el primer día me confesé —comentó Robin.

—Ha de ser imposible para su novio mentirle —agregó Spencer.

—Estuve a punto de tener algo serio con ella —confesé la otra parte de mi secreto.

—¡Lo sabemos! —confesaron ambos al unísono.

—¿Se los dijo ella?

—No —respondió Spencer—, pero preguntaba muchas cosas de ti al final de la sesión. “Extraoficialmente” lo hacía durante el corto camino al escritorio de Mirna.

—¿Mirna? —pregunté curioso.

—Su asistente bonita —respondió Robin.

—Se me había olvidado su nombre —susurré.

—Bueno, a veces, esos pocos metros parecían una jodida milla verde, porque no sabía que responder que no te comprometiera, tanto en lo personal como en tu terapia.

—¿Y te la cogiste? —me preguntó Spencer.

—Estás un poco lento hoy, amigo. “Casi” estuve a punto de tener algo —mentí. Confesar que ya lo había hecho antes de la terapia, le hubiera restado ética profesional ante mis amigos. No iba a manchar su imagen así. Continué—. No me la cogí porque ella me daba entrada unas veces y otras me detenía. Iba a esperar a terminar la terapia para decirle que se dejara de esos jodidos juegos de conquista, pero entonces conocí a Sarah... Y mi noche de sexo casual terminó en un perro y una novia.

—¡Mierda! Así que ella te lo regaló —comentó Robin.

Spencer y Robin se miraron fijamente y se carcajearon. Por ese momento, me sentí como en los días buenos, incluso la imagen me engañó diciéndome que la ausencia de Clay era porque se le había hecho tarde, como solía ser cuando recién conoció a Jessica, y nos alcanzaría en el siguiente vuelo. Ganándose su clásica amonestación.

—Bueno, no iba a decírselos, pero me comunicaron que la razón por la que estamos aquí es porque alguien del regimiento^[24] la llamó para saber de nosotros y ella se vio obligada a dar informes de nuestro avance psicológico.

—No me lo dijo —comenté molesto. ¿Cómo se le ocurrió haber dicho que ya estaba bien para estar trepado en este jodido avión? Literalmente me aventó a la alberca onda sin salvavidas.

—Tarde o temprano teníamos que regresar —comentó Robin—. Solo esperemos que no nos den misiones de inmediato.

Asentimos. Iba a poner todo de mí en ese inter para seguir mi terapia a distancia, siguiendo los consejos de Lynn. Por el bien de mis amigos y por regresar a Sarah entero.

Lester se acercó para sentarse en su lugar. Conversó con Spencer, no alcancé a escuchar de qué, porque aproveché para acomodarme para perderme un rato en la evocación de Sarah.

Me dio tanta paz que me quedé dormido.

HORA: 1200HRS.

LOCACIÓN: SIRIA

LOCACIÓN DE LA BASE: CLASIFICADO

Nos asignaron una barraca grande para los cuatro, como ya era costumbre. No era la que tendría cualquier soldado, pero tampoco era el Ritz.

Lo empezamos a adecuar rápido a nuestro gusto, puesto que sería nuestro hogar durante los próximos seis meses.

—Iré a reportarme —avisó Spencer tras ponerse el uniforme adecuado a su comodidad. Al ser parte del regimiento no se nos imponía un código de vestimenta. Si no teníamos que hablar con superiores, podíamos usar ropa de civil.

Todos asentimos en silencio con la cabeza.

Robin se sentó frente a su laptop, de seguro para configurarla rápido y poder hablar con su familia. Siempre lo hacía tras llegar; después yo hablaría con la mía.

Me eché en la cama para ver fotografías.

—Caleb —me llamó Lester después de un rato, cuando estaba buscando la foto más hermosa de Sarah. Le presté atención un segundo—, ¿vamos a comer algo?

—Sí, sí. Te alcanzo. Voy a imprimir una foto antes.

Lester sonrió mientras asentía con la cabeza y salió de la barraca.

—¿Demasiada hueva para hacerle la vida imposible? —consultó Robin.

—No estamos en posición de hacerlo. Su vida está en nuestras manos, al igual que lo está la nuestra en las suyas. Necesitamos un cuarto que nos apoye por completo.

“Además, pronto tendrá su bautismo de fuego.

—Sí, y uno verdadero. Coincido contigo... Y siento que Spencer piensa lo mismo.

—Además, él estuvo ahí también.

—Sí, eso lo ha convertido en nuestro posible amigo desde hace meses.

—Necesito sentirme completo, aunque sea con una “prótesis” —comenté metafóricamente, y Robin coincidió también.

Fui a la impresora que Robin tenía a un lado. Trató de darme privacidad, pero cuando salió al fin la imagen de Sarah, tomó la hoja para admirarla antes que yo.

—¡Mierda, es un verdadero bombón! —exclamó. Sonreí orgulloso de mi novia—. Este no es el tipo de mujeres con las que te las coges una noche nada más, esta es del tipo que te mete la loca idea del matrimonio en la cabeza.

—No, por el momento solo me voy a acostar con ella con compromiso —aclaré, tomando la hoja que me estaba dando.

¡Eres preciosa! ¿Cómo carajo te atrapé?, pensé mientras la veía. La sentí inalcanzable, como si fuera una hermosa actriz que jamás podré conocer.

Imprimí dos copias: una para tenerla en mi lectura de ocio y otra para traerla en mi bolsillo cuando saliera de misión. Estaría a mi lado siempre para recordarme que tenía que regresar vivo por ella.

Las corté con las tijeras que había también en el escritorio que Robin usaba.

—¿Vamos a comer con Lester? —le pregunté dejando las fotos en mi casillero.

—Ve con él. Los alcanzo a la hora del té, cuando terminé de hablar con mi hermana. Se quedó

muy preocupada.

—También la mía —coincidí, luego solté una risita burlona que hizo a Robin cuestionarme qué me era tan gracioso.

—Deberíamos dejar de decir: “Nos vemos a la hora del té”. Nos oímos como unos jodidos snobs que solo piensan en el polo y fiestas elegantes en Westminster.

—¡Bah! Eso es lo que nos hace una fuerza más sofisticada que la de los yankees. Recuerda, ¡jamás rompas la tradición!... O vendrá mi abuelita a jalarte los pies.

Me carcajeé.

—Tienes razón... Entonces, nos vemos en un rato.

Cuando salí de la barraca, el movimiento habitual de una base en el extranjero me hizo recordar esos días en que regresaba a la escuela después de las vacaciones de verano. Todo parecía nuevo pero la sensación de familiaridad era confusa.

Algunos soldados me miraron de soslayo, siempre lo hacían cuando mi desaliñado uniforme les decía que yo era una fuerza especial. Me miraban con reclamos explícitos de qué privilegio gozaba.

Sencillo. Me jodí todos los días para probar que era un hombre fuerte. Me prepararon para entrar y salir del infierno ileso. Me pongo al tú por tú contra la muerte... ¿A caso ellos pueden hacerlo ya?

Vagué por un rato admirando a la nada. Era un día muy caluroso y el viento traía consigo la martirizante arena del desierto. A veces quería quejarme porque la mayor parte de las veces nos envían al medio oriente, pero luego recordaba lo que era estar en la selva y agradecía estar aquí.

Cuando me aburrí, fui a sentarme en unas bancas cubiertas por mallas de camuflaje que me dieron un merecido descanso de las inclemencias del clima.

Creo que había encontrado mi oasis en medio del infierno.

Dejé caer la cabeza hacia atrás para disfrutar más ese súbito recuerdo que llegó con tal paz.

—Sarah.

Recorrí cada parte de su cuerpo en mi mente. Podía sentirla, olerla y escuchar el latido de su corazón que me erizó la piel como esa primera vez que lo hice. En ese instante, supe que ella se iba a enamorar de mí.

Sonreí ante el recuerdo más gracioso con ella, cuando se arrojó al lago. Fue sensual verla desnuda en la naturaleza, como una Eva.

—¡Cal! —la agresiva voz, junto con un zangoloteo, me sacó de ese tranquilo pensamiento. Como era de esperarse, reaccioné muy en alerta.

Robin se carcajeó a no más poder.

—¡Carajo, casi me das un ataque cardíaco! —le espeté.

—¿No ibas a comer con Lester? —consultó.

—Sí. Perdón, me perdí un segundo —respondí en lo que me ponía de pie.

—¿Pensando en tu delicioso bomboncito?

No le respondí, pero mis gestos reprimidos le dijeron que así era.

—Nunca pensé que te iba a ver enamorado —comentó.

—¡No lo estoy! —refuté.

—Te conozco, Cal. Pero esperaré a que tú solo lo aceptes.

—¡Ja-ja-ja! —reí sarcástico. Estaba enamorado, pero aún no estaba listo para gritarlo a los cuatro vientos.

Comimos con Lester. No hablaba aún mucho de su vida, pero era lógico porque todavía éramos extraños para él; así que mantuvo la conversación dentro de temas que él podía comentar.

Cuando terminamos, un soldado se acercó a Lester y le murmuró algo al oído.

—Dice Spencer que nos quiere ya para tomar el té —nos avisó una vez que el soldado se marchó. Lester se veía tan confundido que me carcajeé. Nos paramos para ir a donde Spencer.

—¿Y a qué hora tenemos plática con la reina? —pregunté a Lester.

—Después de hablar con el primer ministro —respondió Robin antes de carcajearse.

—Aún no puedo creer que encuentren tiempo para el té. Sería mejor irnos de juerga de fin de semana con Harry —comentó Lester, pero no supe si seguía la broma o lo dijo serio—. Es agradable el tipo.

Concordamos con él en eso, ya que años atrás, cuando fue piloto de un Apache en Afganistán, nos topamos con él en la base. Fue una verdadera sorpresa cuando nos lo presentaron. No supimos qué hacer: saludarlo como otro soldado o como su alteza.

En ese momento, Clay le hizo un comentario impertinente, acerca de que nunca imaginó que un Real pudiera llegar a ser su “chofer” algún día.

—Con el helicóptero correcto, creo que no será la única vez que lo sea —respondió entonces Harry entre risas irónicas—. Tal vez también pueda salvar sus traseros uno de estos días.

—Su alteza, eso jamás lo verá —le rebatió Clay—. Pero si necesita que vayamos a patear algunos, búsqenos. Estamos a su disposición... Ya sabe, ¡por su abuelita y la patria!

Todos nos carcajearnos, incluso él. Recuerdo que en ese momento concluí que el príncipe hubiera sido un buen gobernante si la suerte hubiere estado de su lado. Alguien que come sentado en cajas de municiones merece el respeto de todos por completo.

Cuando entramos al comedor, Spencer estaba escribiendo algo en su habitual libreta de pensamientos. Le hacíamos la burla de que era su diario, pero él siempre lo negaba. Solo apuntaba ahí algunas frases que desahogaban sus sentimientos.

Cada quien se libera de sus penas como puede. Yo voy a esa cabaña en donde llevé a Sarah.

Fuimos por nuestro té antes de sentarnos con él. Al vernos, guardó su libreta ya sin cohibirse con nosotros.

—¿Qué hay? —preguntó Robin a Spencer.

—Nada. Es hora del putito té —le respondió estirándose.

Nos carcajearnos. Fue tanta nuestra efusión que Spencer no supo si dejarse contagiar o seguir preguntando con sus gestos por qué nos burlábamos.

Fue agradable retomar una tradición en el culo del infierno. Lester no tenía la rutina, pero tras escuchar nuestras razones le pareció agradable unírseles.

Cada vez me caía mejor, era natural su esfuerzo por ser aceptado.

—Tengo dos cosas que decirles —nos avisó Spencer en un momento de silencio. Rogué que no tuviéramos una misión ya. Continuó—: Se nos ha asignado un perro para algunas misiones. Lester es quien lo manejará a partir de mañana —se señaló Lester e hizo muecas de disgusto.

Reí burlón por lo bajo, ya que a él también le cayó un perro del cielo.

—Bienvenido a la aventura canina —dije a Lester mientras tomaba mi taza para beber.

—¿Qué raza es? —preguntó Robin.

—No esperen un chihuahueño —comenté conteniendo la risa.

—Es un pastor belga malinois —respondió Spencer.

—Nunca he escuchado de esa raza. ¿Puedo negarme? —preguntó Lester con muecas de desagrado, y Spencer le negó seguro con la cabeza.

—No te va a dejar solo ni para ir al baño. Y olvida tu cama porque ya no es tuya —seguí molestándolo, y es que recordé que Porthos siempre me hacía guardia cuando entraba al baño y me tardaba.

Ya extrañaba mucho al pulgoso.

—Es responsabilidad de todos, no nada más de él. Así que también iremos mañana con él a conocerlo; porque no quiero que me muerda las putas nalgas en plena misión porque no me conoce —aclaró Spencer—. Bien. Lo segundo es que en una hora tendremos reunión con el Mayor.

—¿No hay yankees esta vez? —pregunté antes de beber mi té. No estaba preparado para volver a vivir la experiencia americana.

—No. Ni misión, pero aun así quiere hablar con nosotros.

Asentí con la cabeza, ocultando mi alegría de no volver a trabajar con esos cabrones.

De seguro querían hablar con nosotros respecto a nuestra mentalidad tras la muerte de Clay, si estábamos aptos para regresar. Pura formalidad en donde íbamos a tener que mentir. El ejército no quiere hombres que estén mal mentalmente, pero tampoco quiere escuchar la verdad.

Caleb

DOS SEMANAS DESPUÉS

Tomé la foto de Sarah para ir a mi lugar privado en donde suelo pasar el rato para alejarme de todos.

Me senté, pero, antes de mirar la foto, noté que mis manos seguían temblorosas. Las apreté en un puño doloroso para recordar que ya estábamos en la base, y que viviríamos un día más.

Hace media hora regresamos de nuestra primera misión tras la pérdida de Clay, la cual fue sencilla; incluso llevamos a Kash —el perro que nos asignaron— con nosotros como apoyo.

Fue exitosa.

Aunque el inicio fue muy intenso emocionalmente, ya que durante todo el camino pasamos por una larga mentalización de que nada malo iba a pasar esta vez. No sé cuántas caricias recibió Kash para relajarnos un poco.

Al bajar del vehículo, cuando por un momento me sentí perdido, brotó el liderazgo de Spencer, y nos mantuvo enfocados todo el tiempo. Al igual ayudó la compenetración que tuvimos con Lester, y logramos capturar al objetivo, que era un cabecilla benefactor del ISIS.

Pero al llegar a la base, fue cuando nos dijimos con las miradas que tuvimos una experiencia fuerte y que teníamos que hablar con Lynn; cada quien necesitaba desahogar su sentir.

Lo hicimos por turnos.

Tuve una conversación corta con ella, pero supo perfectamente qué decirme para regresarme al sosiego. Aun a miles de kilómetros de distancia, pude sentir su mano consolándome y su mirada llenándome de ánimo. Esa mujer es maravillosa como oyente y consejera.

Tras colgar con ella, deseé que ese apoyo mejor viniera de Sarah. Pero también decidí que no podía involucrarla aun en algo que empezaba a considerar como “terapia de choque”. Ya que entre más misiones exitosas tuviera y regresara sin temblar y completo, daría un paso más hacia la normalidad que ella se merece.

Por mientras, su foto será la única que escuchará mi día y palabras de amor.

CINCO MESES Y TRES SEMANAS DESPUÉS

El tiempo ha sido ambivalente conmigo. Hay días cuyo cada segundo dura una eternidad, esos son los días en que pienso en Sarah, y hay otros en donde estoy tan ocupado que a veces si puedo recordarla.

Aun así, son días que he contado ansioso para regresar a ella.

Mis amigos se acostaron para dormir ya. Estaba tranquilo, porque sentía a mi equipo completo de nuevo. Aun extrañamos a Clay, pero Lester se ha ganado su puesto; no el de Clay, sino el propio.

Hemos cumplido ya dos meses sin prescindir de Lynn. No sé los demás, pero al menos voy a las misiones más enfocados, siempre pendiente a cada detalle para que no vuelva a ocurrir otra

tragedia, y regreso sin que las manos me tiemblen.

Estoy volviendo a ser yo de nuevo.

Cuando ya tenía unos cinco minutos dentro de la oscuridad, tomé mi celular e hice mi cueva personal con la cobija para regresar a Londres en recuerdos. Seguía sintiéndome como cuando era niño y me escabullía con Edwin a la sala para construir un fuerte, en donde nuestra misión era cuidar la casa mientras la familia dormía. Algunas veces acribillamos a Pops con bolitas de papel y saliva cuando bajaba por un poco de agua a la cocina.

Fui a la carpeta de Sarah.

Como todas las noches, extraje los recuerdos mientras veía sus fotografías. La extrañaba más con cada día alejado de ella. Ya he llegado al día en que he aceptado que la amo.

Estoy a solo una semana de terminar la rotación. A siete largos días para ir a casa de Sarah y pedirle de rodillas que escuche la verdad que le he ocultado. Mi amor por ella me ha rogado que le haga parte de mi vida sin mentiras.

Mis amigos me han dicho que soy un iluso enamorado si aún creo que una mujer como ella iba a estar soltera, aun esperándome. Pero ellos no vieron el amor en su mirada, la felicidad en su sonrisa y la pasión en su desnudez. Sarah me amaba... de aquí a Andrómeda y de regreso.

Estoy seguro de ella.

Y ese pensamiento es el que me ha mantenido tranquilo ante el paso lento del tiempo.

Sonreí de nuevo con la fotografía de ella y Porthos lamiéndole el rostro; ella se plasmó con una mueca, pero aun así estaba feliz.

Abrí Whatsapp para entrar a nuestra chat. No ha contestado aun a mi confesión, es más, ni siquiera aparece que la ha visto.

Activé el teclado y dudé un poco en escribirle, pero al final regresé a su foto.

—Buenas noches, Sarah —susurré después de dar un beso a su fotografía.

—Buenas noches, Sarah —dijeron mis amigos disparejos con voz adormilada, acompañados por un ladrido de Kash, silenciado después por Lester.

Reí disimulado porque lo volvió a meter de contrabando para que durmiera con él.

Todas las noches y mañanas me han acompañado en mi cortesía. Al menos no se han atrevido a darle el beso de buena suerte que le doy antes de salir a mis labores.

Lester me comentó un día que ya estaban pensando en hacer tradición saludarla todos los días; explicó que por alguna razón les daba optimismo. Creo que era el poder de la sonrisa de Sarah, aun en una fotografía inspira a tener un buen día.

Dejé el celular y me acomodé para dormir, dando un último suspiro mientras supliqué soñar con Sarah.

LOCACIÓN: 16 KM DE LA FRONTERA TURCA, NORTE DE SIRIA

HORA: 1202HRS.

El sol estaba en su cenit, creando un horizonte ondulante por el calor que reflejaba la arena. Estábamos a las afueras de un pueblo que fue tomado por una patrulla de hostiles que no dejaban de disparar hacia el pelotón que había acudido a liberar dicho pueblo. Fueron emboscados por sorpresa y tuvieron que replegarse a un kilómetro, en una loma no muy alta pero que tenía un poco de vegetación. Han contenido el fuego por cerca de cuarenta y cinco minutos, y se corría el rumor de que habían capturado un soldado antes de nuestra incursión.

Nuestra misión era infiltrarnos en las líneas enemigas y rescatarlo. Trabajaríamos solos y no esperábamos bajas. Sería tan rápido que ni siquiera trajimos a Kash con nosotros para apoyarnos.

—¿Está confirmado? —preguntó Robin a Spencer.

—Sí, pero necesitamos que los regulares los mantengan ocupados para poder entrar sin problemas —respondió Spencer tratando de sobresalir un poco del ruido del fuego.

Miramos el terreno para hacer un plan rápido.

—Podríamos desplazarnos a un kilómetro lateralmente. Tardaremos un poco más en llegar, pero es seguro, ya que los hostiles están enfocados aquí. Ellos pueden usar el mortero para mantenerlos a raya —comentó Lester acompañando su sugerencia con señas que seguimos para tener una idea real.

Me alcé para ver el campo de batalla. Había un claro desolado entre nosotros y el pueblo, y era algo largo para poder pasar desapercibidos. Tragué saliva porque iba a ser algo difícil con el sol ardiente y tendríamos que correr rápido.

¡Puedes hacerlo, boy scout! Recuerda lo que dice Yoda: “No lo intentes. Hazlo, o no lo hagas, pero no lo intentes”, escuché la voz de Sarah dentro de mis pensamientos, incluso sonreí por lo de Yoda.

Sacudí fuerte la cabeza para que no me estuvieran jugando sucio en este momento, ya que necesitaba completa claridad.

—Cal, incluso las “águilas” caen cuando les disparan —me advirtió Lester palmeándome en la pierna para que me resguardara de nuevo.

Regresé a nuestra posición.

—Sí. Parece un buen plan —coincidió Robin después de verme. Creo que estaba tratando de leer en mi si presentía algo malo.

Levanté el dedo pulgar de que todo estaba bien.

—Entonces, andando —ordenó Spencer.

Trotamos hacia un lado apenas cubiertos. Era un mal día para trabajar, el viento intensificó para levantar arena y arañar la piel.

Después de algo de tiempo, Spencer nos ordenó detenernos para estudiar el terreno.

—¡Maldito calor! —exclamó en un susurro Lester; vi de reojo que se limpió la frente ya sudorosa. Tampoco nos ayudaba que trajéramos los pasamontañas y lentes puestos.

Saqué mi cantimplora para beber un poco de agua, Lester hizo lo mismo.

—Despejado —avisó Robin después de revisar un poco la zona. Guardamos las cantimploras y nos preparamos.

—Andando —ordenó Spencer. Esta vez íbamos a correr a campo abierto.

Por suerte, apenas se escuchaba el movimiento de la arena ante las pisadas que trataban de ser seguras y rápidas.

¡Mierda! ¡Maldito calor!... ¡Joder! ¡Ya falta poco!, me animé en silencio después de varios metros avanzados. Por suerte, el fuego que aún se llevaba a cabo era lo suficientemente ensordecedor para ocultar nuestra incursión.

Spencer nos ordenó acelerar el paso.

¡Arg! ¡Mierda!, exclamé sujetando mejor el rifle para alcanzar el paso de Spencer.

Sentí el sudor brotando ya, pero aun así tenía que seguir.

Recorrimos la distancia en tiempo récord.

—Bien, empieza la fiesta —dijo Spencer al llegar al otro lado. Lo seguimos sin rezongar que no nos haya dado un segundo para recuperar el aliento; aun vigilantes de cada sonido que escuchábamos.

Por suerte, no había nadie.

Avanzamos muy rápido hasta el pueblo, en donde se escuchaba un completo caos. Pero eso sucede cuando se es un “ejército” improvisado, cuyo el único poder que ha conseguido es ir más

allá de la deshumanización.

Nos detuvimos para analizar el terreno. Nuestra ventaja táctica era que parecía un laberinto sin edificios altos, iba a ser fácil poder huir si éramos descubiertos, siempre y cuando no cubrieran el camino que acabábamos de recorrer.

Robin, quien venía detrás de mí, me tocó el hombro para avisarme que había escuchado a alguien hablando nuestro idioma. Clay siempre fue nuestros oídos, pero ahora veo que Robin también tiene la habilidad de escuchar bien. O tal vez sucedió como cuando una persona pierde un sentido, los demás se intensifican.

Hice señas a Spencer de que habíamos localizado al objetivo; y asintió con la cabeza para autorizarnos ir a donde Robin lo escuchó.

Con cada esquina que doblamos y cada puerta con la que nos topamos, rogué que no saliera un hostil, porque disparar en este momento revelaría nuestra incursión. Y seríamos cuatro contra un número desconocido de malos tiradores. Por pura probabilidad podrían herirnos.

Llegamos a una casa pequeña, en donde había dos hostiles cuidando la puerta. La conversación que aun escuchábamos en realidad era un interrogatorio hacia el soldado capturado. Teníamos que actuar ya antes de que le pusieran una bala en la cabeza.

Spencer nos ordenó, a Lester y a mí, encargarnos de la guardia. Ambos nos preparamos rápido para liberar la amenaza al mismo tiempo lo más limpio y silencioso que pudiésemos. Hice una seña a Lester de que esperara mi señal para disparar; teníamos que ser muy precisos. Lester y yo hemos embonado muy bien cuando tenemos este tipo de apoyo conjunto dentro de la misión.

Decidí usar el ruido que nos rodeaba para esconder los disparos, que de todas maneras serían hechos con silenciador. No estaba de más ser precavido por partida doble.

Se paciente... se paciente, pensé mientras analizaba un poco los disparos ambientales. Hasta que pude dar la orden de disparar cuando alguien se emocionó liberando sin control una ronda.

Antes de que los dos cuerpos sin vida tocaran el suelo, Spencer abrió la puerta para entrar primero, atrayendo al instante otra guardia distraída. Robin disparó a uno y Lester al otro a matar, mientras tanto, yo cuidé la retaguardia. Spencer fue directo al soldado.

—No dije nada —balbuceó el soldado.

—Muy bien hecho —dijo Spencer liberándolo, luego volteó a verme—. ¿Despejado? —me preguntó.

—Despejado, pero no creo que por mucho tiempo —respondí.

—Bien, larguémonos de aquí —ordenó Spencer.

El soldado se quejó cuando Spencer lo ayudó a levantarse, algo le susurró para que dejara de hacer ruidos que pudieran revelarnos.

Fue fácil. Casi como un día de entrenamiento, todo coordinado a la perfección.

El problema iba a ser cuando cruzáramos de nuevo ese claro cargando al soldado que fue torturado.

Dado que ya estábamos en silencio absoluto, Robin le susurró que no se rindiera porque lo esperaba su cama calentita del otro lado. Dentro de su dolor, el soldado soltó una risita disimulada.

Robin y Lester eran quienes lo llevaban casi a rastras, mientras que Spencer y yo cubríamos la avanzada.

A tan solo cien metros en donde cruzaríamos, escuché gritos que parecían alertar de nuestra presencia. Avisé a Robin que avanzaran más rápido porque solo era cuestión de un par de minutos para que ellos llegaran en camionetas a detenernos, pero el soldado ya estaba agotado con el calor que aún hacía.

—¡Un último empuje! ¡Solo te pedimos un último empuje! —animé al soldado en lo que le daba unas palmadas en el hombro.

Dio un quejido de agotamiento, simplemente ya estaba rendido.

Pero cuando escuchó que nos estaban disparando, sacó fuerzas para vivir y corrió más rápido.

Escuché el motor de una camioneta intercalado contra el arrastre de nuestros pies en la arena. Sentía literalmente que ya los teníamos en los talones.

¡Vamos, boy scout! Un kilómetro no es nada para ti. ¡Alcánzame y cumpliré tu deseo!, escuché de nuevo la voz de Sarah, incluso la fantaseé corriendo delante de mí, riendo e invitándome a jugar con ella a alcanzarla para tomar mi premio.

—¡Puto calor, me está haciendo alucinar! —comentó Lester entre jadeos agotados.

—A mí también —concordé aun viendo a Sarah jugueteando en una carrera y riendo muy feliz; con que no empezara a desnudarse.

—Solo faltan unos metros más —animó Spencer.

—¡Carajo! Es como estar drogado —comentó Lester.

—¡Cabrón, usa ese oxígeno para correr, y no para hablar! —le ordenó Spencer, pero no tenía tono autoritario.

—¡Sí, papá, me callo ya! —respondió Lester. Su sonsonete adolescente desató risas inoportunas. Agradecí su broma porque nos alentó más.

Sin más, dejé de escuchar el motor de la camioneta y la distancia se acortó cada vez más entre destellos de bienvenida. Sarah se desvaneció entre las ondas de calor. No me gustó verla desaparecer como si nunca hubiese existido.

Tan pronto llegamos, Spencer nos ordenó seguir avanzando para desorientar a los hostiles. El soldado no dejaba de jaderar en sufrimiento, pero de vez en tanto le seguíamos dando palmadas en el hombro para animarlo.

Fue un largo camino, pero finalmente llegamos a donde estaban los demás, y ordenaron retirada en cuanto nos vieron con el soldado desmayándose ya. Al parecer, iba a caer fuerza área sobre los hostiles.

Subimos a los Bushmaster, que arrancaron como en una carrera clandestina. Solo hasta entonces pudimos tomarnos unos minutos para relajar la adrenalina.

—Misión cumplida —dijo Spencer después mientras ponía su puño en el centro para chocarlo con todos. Jamás he sentido tanto alivio al escucharlo decir eso.

—Estoy seguro que nunca hemos tenido un jodido día tan caluroso como hoy —comentó Robin.

—Cuarenta y dos grados no es nada —dijo nuestro chofer—. Los invito a tomar el sol en una duna del Sarah.

—Eso ya es hacer un Luau en el puto infierno —comentó Lester entre risas.

En un segundo de silencio, ya con algunos kilómetros fuera del peligro, pensé de nuevo en Sarah. Tal vez la deshidratación y la adrenalina me pegaron mucho, pero ella fue mi fuerza para no dejarme invadir por el pánico.

—Voy a llamar a Sarah —comenté a mis amigos.

—Suerte con ella —dijo Robin estirándose para chocar puños conmigo. Sin embargo, apenas nos tocamos y escuchamos un estruendo, seguido por el Bushmaster alzándose violentamente para volcarse. Ahí se fue a la mierda la seguridad que prometen estas bestias.

Nos movimos por el vehículo como si fuésemos bolas en una tómbola, en donde yo nunca iba a anunciar el premio mayor. Hubo un segundo eterno, la duración de un último respiro, en donde sentí las garras de la muerte arañándome una y otra vez, hasta que todo se detuvo de cabeza.

Perdí un poco el conocimiento de dónde estaba. Iba y venía, escuchando quejidos y sintiendo que alguien me sacaba del vehículo a rastras. Había conmoción afuera, ya que no fuimos los únicos que pisamos la bomba que de seguro fue puesta cuando estábamos en plena misión. O tal vez fue la misma, solo que fue de gran magnitud. Nos topamos con un hostil tan astuto que supo burlar la seguridad de nuestro vehículo.

Los oídos me zumbaban con una línea mortal y el sol me cegaba entre destellos. Escuché a alguien pidiendo asistencia para nosotros. La ayuda venía en camino, pero ¿cuánto tardará?

Sin embargo, entré en pánico cuando sentí una punzada caliente en las costillas, estaba respirando tan rápido que me estaba ahogando más.

—¡No, no, no, no! —exclamó Spencer horrorizado al verme herido. Me asusté cuando vi en su mirada el terror de entrar de nuevo al infierno en donde perdería a otro amigo. Fue tan estúpido al decirme así cuán grave estaba.

—¿Estoy...? ¡Carajo! ¡¿Estoy...?! —pregunté con voz trémula, imaginándome ya sin una extremidad.

—¡Estás entero, pero, joder, no te muevas! —me gritó Spencer.

Pero no lo creí. Miré mi mano ensangrentada y temblorosa primero, luego la llevé a mi muslo para tocarlo, de alguna manera logré que mis extremidades despertaran y se movieran.

¡Demonios! Corrí con suerte, pensé mientras sonreía aliviado.

Spencer siguió hablándome, pero el dolor y la incapacidad no me dejaban entenderle. Cada segundo me llevaba a la verdad de que la muerte estaba acercándose a mí.

Nunca le he temido, a pesar de que ya he sido herido anteriormente. Pero ahora era diferente porque tenía una razón para regresar a Londres a salvo.

—Sarah —susurré por instinto. La necesitaba para ser mi ancla antes de que la muerte me tomara de la mano para llevarme con ella.

—Sigue pensando en ella —dijo Spencer antes de lastimarme.

Miré hacia la izquierda y vi a Lester dando primeros auxilios a Robin en la mano; vi a mi amigo un poco atontado.

—¿Está herido? —cuestionó Robin en un balbuceo, y me señaló con mano temblorosa.

Quise responderle, pero sentí que liberar mi aliento me debilitaría aún más; ya solo quería cerrar los ojos y dormir para soñar con Sarah, porque ella era la única que me haría sentir mejor.

Pero cuando la lograba ver, ella corría sin voltear a verme para perderse dentro de una oscuridad que parecía engullirla. Yo le gritaba que no fuera a ella porque la mataría.

Spencer me prohibió algo en un siseo, de seguro mi cara de terror por perder a Sarah le recordó a Clay.

Nunca me he sentido tan perdido cómo ahora. Comprendí esos segundos que Clay vivió sabiendo que, si cerraba los ojos, nunca iba a abrirlos de nuevo.

Esa realidad es tan poderosa que acudes sin dudar en memoria a las personas que amas porque solo ellos te pueden confortar.

Mis padres... mis hermanos.

Sarah.

Por favor, no me lleves. Aún tengo que hablar con ella, tiene que saber que la amo, supliqué.

Pero ¿cuándo la muerte ha sido benévola? No podía contar con eso, tal y como Clay no lo hizo.

—Spencer... —le llamé en un momento de lucidez; me puso atención—, busca a Sarah. Sus datos están en mi celular.

—¡No! ¡No me jodas con eso, Cal! ¡Tú no! —exclamó en lo que hacía algo en mi cuerpo—. No dejes de mirarme y deja de pensar pendejadas. ¡No te voy a perder, carajo!

Tenía tanta adrenalina encima que ahora no sentía nada, solo el constante desvanecimiento que se hacía más fuerte y largo cada vez. Spencer no dejaba de sisearme, como si eso me atara a este mundo.

Mi familia siempre ha sabido que los amo, que ellos son los guardianes de mi humanidad. Pero Sarah no, y ha vivido meses creyendo que lo nuestro nunca fue importante para mí.

Tuve tantas oportunidades de decirle que la amo, y que por ella es que he estado cuerdo dentro de este infierno ilógico. Y todas las dejé ir por miedo a perderla; lo cual aún va a pasar.

—Dile que la amo y que lamento haberle mentido. Dile que lo hice para protegerla de mi vida.

—¡Cállate, imbécil! ¡No sigas! ¡No te vas a morir! ¡Ya quítate esa jodida idea de la cabeza o yo mismo te doy una razón para querer morir! —me gritó Robin encabronado.

Reí en balbuceos, como si estuviera muy borracho, porque todo me parecía una jodida ironía. Tal vez esto es lo que Clay sintió cuando yo le ordenaba seguir vivo.

Él quería decir sus últimos deseos, y yo se lo prohibí. Un grano más a mi culpabilidad por haberle quitado una despedida tranquila.

Nunca nos prepararon para morir, solo para seguir adelante, aun en una situación como esta. Clay luchó por su vida, por Jessica, hasta el último segundo. Y yo lo haré por Sarah, por eso abrí los ojos lo más que pude.

—Sarah... Sarah —balbuceé en un susurro una y otra vez, desesperado porque fuera el ancla que me atara a la vida de nuevo.

Pero no lo logré por mucho tiempo porque mi cuerpo dijo que ya era suficiente.

Que no lucharía más.

Di un suspiro atemorizado que pareció sacar lo que faltaba de mí.

—Buenas noches, Sarah —mi balbuceo se perdió entre gritos de horror.

Sarah

LONDRES, INGLATERRA

UN DÍA DESPUÉS

Hoy es otro día en que no sé nada de Caleb. Otro día que ha completado cinco meses separados.

¿Acaso tengo que resignarme ya a que nuestra relación terminó? Nunca he esperado mucho tiempo por un hombre, pero tampoco me he enamorado tanto como de él, aún más en su ausencia.

Antes de él, mi vida era plena, nocturna y reía siempre como niña maravillada del mundo. Después de él, me convertí en una ermitaña que prefiere quedarse en el sillón con una bolsa de papas y ver una película, que salir con sus amigas a chismear las últimas noticias de nuestras vidas.

En el trabajo trató de evitar a mis amigas lo más que puedo. Caleb era una de las razones por las que lo hacía. No quería que me sacaran de mi nostalgia ni escucharlas decir que lo olvidara. No podía hacerlo porque él es el amor de mi vida y no quiero dejarlo ir.

Aún no estaba preparada para hacerlo.

Por eso sigo esperándolo aún después de meses.

Mi celular sonó cuando estaba sentándome en el sofá para ver la televisión. Hace rato había llegado de ver a mi prima, con la que he salido a almorzar casi cada fin de semana. La única que entiende por qué no puedo olvidarme de Caleb, ya que ella también a añorado por tiempo a su ex. Hemos encontrado en ambas un desahogo comprendido.

—Hola —respondí a Joy.

—Hola —saludó apresurada—. ¿Estás ocupada?

—No, acabo de llegar.

No lo he estado por meses, pensé.

—Estoy con las chicas tomando un café. ¿Por qué no te nos unes?

Resoplé, ya se me han acabado las excusas para evadirlas. Al menos no tenía una buena a la mano que pudiera reciclar.

—Vamos. Hace mucho tiempo que no platicamos bien.

—Está bien. Envíame la dirección de dónde están en lo que me cambio —tuve que aceptar por no poder quitármela de encima.

—¡Sí! Tenemos muchos chismes que contarte.

—Okay, okay. Guárdalos para cuando las vea en un rato —le dije poniéndome de pie con trabajos.

—¡No nos plantes! —escuché ante de que colgara.

Llevé el celular conmigo a mi cuarto, en donde estuve un buen rato dentro del closet, buscando qué ponerme para taparme. Creo que ya he olvidado cómo debo vestir cuando salgo con las amigas.

Pero, como era una cafetería, opté por unos jeans, un sweater holgado y mocasines, y, como toque final, agarré mi cabello en una coleta informal. Me pareció casual el *outfit*^[25] cuando me miré en el espejo; después de todo, no tenía a nadie a quien impresionar.

Tomé mis cosas y salí para enfrentar a mis amigas después de tanto tiempo abandonadas.

—¡Hola! —exclamaron felices mis amigas al verme, incluso se pusieron de pie para abrazarme.

Nos sentamos, y casi de inmediato se acercó el mesero para tomar mi orden, solo pedí un té.

—¿Desde cuándo te gusta el té? —me preguntó Joy cruzándose de brazos.

—Desde hace tiempo, me ayuda a relajarme —respondí. Fue un hábito que adquirí de Caleb, ya que él tenía la tradición arraigada de tomar té todas las tardes. Y solo lo tomaba con él, por eso mis amigas no sabían de mi nuevo gusto.

Hacerlo ahora me acercaba a él.

—¿Y qué ha pasado en tu vida? —me preguntó Nina.

Mmm, ¿por dónde empiezo?, pensé mientras las miraba en silencio.

—¡Uff! He tenido unos meses infelices...

—¿Tienes depresión? —me preguntó preocupada Lidya. Tal vez ya han discutido mi ausencia en sus vidas y esa fue la única respuesta coherente que encontraron.

—No. Estoy... Mmm, no sé cómo explicarlo —respondí haciendo una que otra mueca de indecisión—. No es depresión, de eso estoy segura, sino añoranza —callé cuando el mesero se inclinó para entregarme el té. Le agradecí rápido con una sonrisa, luego miré a mis amigas, quienes aún esperaban una explicación. Así me di cuenta que esta reunión era una “intervención”.

Empecé a rascarme la frente, porque este era el momento para desahogar la tensión en la que he estado desde que Caleb me pidió tiempo.

Suspiré resignada a dejarme llevar por el momento.

—Bien. La buena noticia que les tengo, y las va a dejar en shock, es que estoy embarazada —revelé casi en un susurro.

—¿Que estas qué? —cuestionó Nina inclinándose hacia mí para escuchar mejor.

—Embarazada, preñada, fecundada... fertilizada —respondió Lidya. Me sorprendió que

hubiera tantos sinónimos.

Hubiera reído sino es porque sus miradas me hicieron sentir de inmediato que estaba confesándome con mis padres. ¡Ni ellos hicieron tanto alboroto!

—¿Y quién es?... Sabes quién es el papá, ¿verdad? —cuestionó Lidya.

—¡Claro que lo sé! —respondí con tono de indignación.

—Ella no es como tú, que se acuesta con él, luego lloriquea por una segunda vez y ni siquiera recuerda su nombre en el tercer acostón —le refutó Nina.

Reí disimulada.

—Su nombre es Daniel. Ya apréndetelo —le aclaró Lidya.

—¿Cómo se llama? —me preguntó Joy olvidando ya la discusión de las otras dos.

—Caleb McGregor —respondí entre un suspiro enamorado.

Se miraron unas a otras cuestionándose quién era.

—Ya les he hablado de él —hicieron muecas de que no fue así—. Ahora veo que olvidan fácilmente mis cosas cuando no hay drama de por medio —reclamé, pero ellas estaban tan atentas aun—. Voy de nuevo —suspiré—. ¿Recuerdan esa vez que salimos...?

—Hemos salido muchas veces para recordar algo en especial —aclaró Nina, interrumpiéndome.

—Me refiero a esa vez que Lidya estaba con la duda de si Daniel iba a llamarle o no para una segunda vez, cuando derramé la cerveza a un hombre guapo —terminé rememrando el momento. Asintieron dubitativas—. ¡Carajo! Ya les había hablado de él antes de San Valentín.

Se miraron indecisas.

—¿En serio no lo recuerdan?! —pregunté indignada.

Rieron.

—Sí, solo estábamos bromeando —dijo Joy.

—Espera, yo sí puedo decir que nunca he escuchado esa historia —aclaró Lidya. Tal vez así fue.

—Es el hombre a quien le derramó una bebida. Se acostó con él esa noche y después... —le relató Joy.

—¿Te acostaste con él esa noche? —interrumpió asombrada Lidya.

—Sí. Solo pasó —respondí.

—No, los acostones de una noche no “pasan”. Fue tu decisión plena y concisa de acostarte con él a minutos de conocerlo —juzgó Lidya.

Sonreí avergonzada, porque ha sido lo más atrevido que he hecho en mi vida.

—Sí, fue mi deseo. Y si me regresaran en el tiempo y me pusieran en la misma situación, lo volvería a hacer. Solo por ser Caleb —aseguré. Pero luego me perdí en la suposición de mi yo del pasado enamorándose de él en ese momento.

—¡Hum! Pensamiento personal —comentó Joy, regresándome a ellas.

—Tuvimos una relación completamente sexual que se convirtió en un noviazgo el día de San Valentín —continué.

Los gestos de mis amigas eran para una fotografía del recuerdo, y es que nunca les hablé de él después de ese día.

—Es maravilloso —comenté con una sonrisa nostálgica.

—No entiendo —dijo Lidya; levanté la mirada a ella—. Te vez feliz cuando hablas de él, pero ¿por qué has estado triste y nos has evitado muchas veces?

—Nos dejó de ver por el embarazo —aclaró Joy con obviedad, incluso me señaló—. Pero algo no le salió bien.

—Él me pidió un poco de espacio porque fuimos muy rápido. Creo que no ha tenido pareja en mucho tiempo.

“Se lo di porque lo amaba... Bueno, lo amo tanto que no quise que se sintiera atosigado y perderlo.

—Y no has sabido nada de él —concluyó Joy lo obvio.

Asentí con la cabeza y mirada baja.

—Pero estás embarazada, ¿por qué no lo has buscado? —cuestionó Lidya.

—Lo he hecho, pero nadie me abre en su departamento. Le he hablado, pero siempre me dice la compañía que está apagado y no he querido dejarle mensaje de voz por...

—Por no atosigarlo —terminó Nina.

—¿Cuántos meses tienes? —me preguntó Joy mirándome el estómago. La ventaja que he tenido es que el bebé aún no ha brotado.

—Al parecer, veinte semanas —me hicieron gestos de que no sabían cuánto era eso. Muy malas para las matemáticas—. Cinco meses.

—¿Qué?! —exclamó Joy—. ¡Y por cinco meses nos has ocultado tu embarazo!

—Fallaste en amistad —concordó Nina.

—¡Vuélvelo a buscar! ¡Déjale un jodido mensaje ya de que tienes que hablar con él! —ordenó Lidya desesperada—. No puede esconderse de ti ahora... ¿O piensas decirle que es padre cuando estés en labor de parto?

—No —bajé regañada la mirada—. Pero... —bufé desesperado—. Lidya, he sido su acosadora desde que me enteré del embarazo. Hay una cafetería en la esquina de su casa y he pasado muchas horas vigilando que llegue o salga. ¡Nada!

“Al principio pensé que tenía mala suerte, pero con el paso de las semanas empecé a creer que él ya no vivía ahí. Entonces, lo que hice fue preguntar a su vecino por él, y me respondió que Caleb estaba fuera del país, y que le encargó su casa.

—¡Te dejó! —exclamó Nina tapándose después la boca.

—Sí —respondí a la realidad que he estado evitando cada día.

—Pero él tiene que saber que va a ser padre y aceptar su responsabilidad —comentó severa Joy.

—No quiero nada de él, solo que sepa que va a ser padre —aclaré. Pero mentí, porque quería todo el paquete de él. Sobre todo, que me amara tan incondicional como yo lo he hecho.

—¿Tienes alguna foto de él? —preguntó Nina.

—Sí —rápido saqué mi celular para buscar esa foto que me gustaba mucho, en donde estaba desaliñado, pero tan sexy.

Se los mostré orgullosa del hombre del que estaba enamorada. Como lo esperaba, la gallardía de Caleb las dejó boquiabiertas.

—¡Vaya! Lo que esconde la oscuridad —comentó Nina.

—Yo lo recuerdo y es muy guapo en persona —comentó Joy.

—Y eso es solo el rostro, no tienen idea... —comenté.

—¿Del cuerpo que tiene? —Joy me interrumpió en lo que me arrancaba el celular para verlo más de cerca.

—Me refiero a sus sentimientos —aclaré.

—Mmm, lo he visto antes —comentó Lidya agrandando la imagen. Presté atención, tal vez ella era el ángel que nos iba a unir de nuevo—. ¿En dónde? ¿En dónde? —balbuceó y trono los dedos hasta que recordó—. ¡En el pub! Conversando con el bartender.

—¿Al qué vamos? —le pregunté.

Asintió con la cabeza varias veces, muy segura. Me quedé pensando, hasta que recordé que yo también lo vi conversando con el bartender cuando las abandoné para estar con él.

—Dylan puede confirmar si en realidad está fuera del país —comentó Nina.

Sonreí porque otra esperanza me acercaba a Caleb.

—¿Y ya sabe qué es? —me preguntó Nina, atreviéndose a tocar mi pancita.

—No. He pospuesto eso por Caleb.

—¿Por qué no hablaste con nosotras antes? —reclamó Joy.

—No lo sé. Creo que no quería que me hablaran mal de él.

—Eso... —calló Lidya cuando Nina le hizo muecas de que guardara silencio—. Lo siento, pero alguien tiene que decirle que ese “tiempo para pensar” fue realmente un trueno.

A veces, he pensado lo mismo, cuando me acórrala la tristeza potenciada por las hormonas.

—Aun así, tiene que saberlo —terminé. Por mucho que doliera aceptarlo, Lidya tenía razón, pero no lo admitiría hasta ver la reacción de Caleb.

Bajé la mirada para ocultarles el abatimiento porque me devastaría que él no le interesara nuestro bebé.

—No estás sola —aclaró Joy tomando mi mano que jugaba con el asa de la taza.

—¡No! —exclamó entusiasmada Lidya—. Ahora tenemos que consentir a ese bebé. Sus tres tías le comprarán de todo.

Concordaron Nina y Joy muy sonrientes.

—Gracias —dije con voz tímida—. Las extrañé mucho.

—Bueno, ahora te toca escuchar nuestros problemas de estos meses —dijo Lidya muy entusiasta.

Creí que iba a sentirme fuera de lugar con ellas, pero fue como si esos meses aislada nunca hubieren pasado. Fuimos de nuevo el cuarteto loco que seguía cuestionándose por qué los hombres eran incomprensibles. La única diferencia ahora es que les di la opinión de uno que derrumbó el misticismo de su género.

Aunque él mismo ha creado otro que es aún más doloroso y desconcertante.

Sarah

DOS DÍAS DESPUÉS

Mi corazón estaba aterrorizado cuando abrí la puerta del pub. Antes de dar el siguiente paso, revisé primero que mi sweater ocultara mi embarazo. Por suerte, aún era un pequeño meloncito que podía esconder sin problema.

Vi a Dylan trabajando con gusto. Disfrutaba coquetear con todas las mujeres que se acercaban al bar a conquistarlo; era cortés porque eso le daría más propinas. O tal vez le gustaba ser el centro de atención.

Tragué saliva cuando llegué a la barra. Como siempre, Dylan me miró de reojo, se hizo el que estaba muy ocupado, se tomó unos segundos tras terminar su orden actual y enseguida me atendió.

—Hola —le saludé algo sonriente. Traté de ocultar que estaba temblando de nervios.

—Hola, sonrisas. Hace mucho que no te veo por aquí —me dijo. Me llamaba “sonrisas” porque decía que siempre estaba riendo por todo, pero la verdad es que solo lo hacía por las aventuras de mis amigas. No soy tan sosa.

A veces decíamos que la vida le gustaba probar en nosotras las bromas que haría a otras personas. Como el día que a Nina le explotó una lata de refresco en plena oficina, y estuvo con su ropa manchada todo el día, soportando las miradas extrañas que cuestionaban por qué había ido a trabajar con ropa sucia. O cuando Joy se carcajeó sin razón aparente en plena junta... O cuando derramé la cerveza sobre el amor de mi vida.

—He estado tan ocupada que solo llego a casa a descansar —me expliqué muy amistosa. Mi tan amada sonrisa tenía que sacarle la información pronto.

—¿Lo de siempre? —preguntó tomando una pinta.

—No. ¿Podrías darme solo refresco o jugo? —me miró con gesto muy confundido—. Tengo que trabajar en casa y no puedo quedarme dormida.

—Está bien —dijo sacando un refresco para vaciarlo en un vaso.

—¿Y qué hay de nuevo por aquí? —pregunté casual.

—Nada. Lo mismo de siempre.

—Mmm —tomé el vaso de refresco como si fuera una cerveza fría. Dylan rio entre dientes por mi frescura expresa, después se apoyó en la barra de esa manera que siempre me decía que yo era la que siempre ganaba su atención sobre las demás.

Conversamos de cosas casuales como el clima, política, etcétera. Quería un camino bien cimentado que me llevara a Caleb, solo que no tenía idea de cómo construirlo.

Joy siempre me ha dicho que yo le gusto a Dylan, que por eso me regala siempre las cervezas. No quería ser abusiva y aprovecharme de eso.

Sin embargo, no sé cómo finalmente la conversación terminó en Caleb.

Cuando dije a Dylan que lo he estado buscando porque necesitaba hablar con él, me miró serio por unos segundos. No sé si lo imaginé, pero vi que sus labios se tensionaron un poco. No quiero creer que en celos porque entonces ahí terminaba mi camino a Caleb.

Iba a tener que aprovecharme de mi atractivo.

—Me dijeron que estaba fuera del país y me urge hablar con él acerca de un negocio que tenemos pendiente —mentí. Incluso puse mi carita de mujer inocente para que cediera.

Hizo gestos extraños que me dijeron que no me creía.

—¿Negocio? ¿Qué negocio? —preguntó, ahora con gestos que se hicieron interrogantes, sentí que me estaba probando.

—¿Sabes que tiene un perro?

—Sí —respondió pausado, arrepentido de haber confirmado.

—Bueno, yo se lo vendí y aún falta una parte en pagarme. Tiene pedigrí, vacunas, y no es barato.

—¿Cómo se llama el perro? —preguntó. Supe de inmediato que seguía probándome.

—Mmm... —hice gestos de estar recordando, aunque sabía a la perfección el nombre, pues yo ayudé a ponérselo—. Espera. Es algo de los tres mosqueteros... ¡Porthos!

Asintió lento. Creo que ya estaba reconociendo que sí lo conocía.

—Caleb está en la ciudad ya —reveló.

Me fue difícil contener la emoción por que al fin había dado con alguien que me llevaría con él.

—Leo —llamó a otro bartender, que rápido le prestó atención—. Regreso en un rato.

Enseguida vino a mí; se veía tan diferente cuando una barra ancha siempre nos ha separado. Me intimidó su altura que era muy similar a la de Caleb, incluso retrocedí un par de pasos cuando se acercó mucho a mí.

—Te llevaré a él —me avisó señalándome con la mano que saliera del pub.

Me llevó a su auto. Pero ya ahí mi lado paranoico me advirtió que estaba a punto de subirme con un desconocido. Aun cuando Dylan me regala cervezas, sigue siendo alguien que no se ha ganado mi confianza.

—Te sigo en mi auto. Así no tienes que quedarte hasta que termine de negociar con él —le sugerí.

—Está bien —respondió encogiéndose de hombros.

Fui rápido por mi auto, que estaba a dos más adelante del suyo, y lo seguí por calles que me emocionaban más porque vería a Caleb. No sé si ya es tiempo de que el bebé se mueva, pero podía sentir un ligero retorcijón ahí.

—Tienes que portarte bien cuando él sepa de ti —le dije dando una caricia.

De pronto, Dylan se estacionó frente a una cafetería; yo lo hice más adelante de él. Luego me esperó para entrar ahí, compramos cafés como si nada y me invitó a sentarme en un sillón.

—¿Caleb trabaja aquí? —pregunté confundida buscándolo. Esperaba que saliera de algún lado como si fuera mi dios—. Me dijo que era corredor de bolsa.

Dylan rio sarcástico antes de beber de su café.

—No, no está aquí. Y te mintió... Lo ha hecho con todas.

Lo miré asustada.

—Te traje aquí porque te voy a chantajear —dijo sin sutileza—. Quieres ver a Caleb, primero tendrás una cita conmigo.

—Pero...

—Si no lo deseas, entonces, espera a que él te contacte.

Me dio tanto coraje que me extorsionara así, pero en ese momento ya estaba entre la emoción y ansiedad porque necesitaba a Caleb ya a mi lado.

—Está bien —cedí. Una taza de café y una conversión aburrida son fácil de soportar.

Por la siguiente hora tuve que satisfacer su capricho. No me interesaba conocerlo, y si él se

aprovechaba de la situación, yo también lo seguiría haciendo. Por eso mentí tanto con mi risa como con mi interés por su vida.

—¿Cuál es tu verdadera relación con Caleb? —me preguntó mientras se recargaba en su brazo doblado. Todo el tiempo estuvo con su cuerpo hacia mí, siempre buscando tocarme de alguna forma, y yo no quería porque me sentía acosada y que estaba engañando a Caleb—. Dime la verdad.

—Yo le vendí a Porthos, eso es verdad —mentí de nuevo—. Pero después salimos algunas veces.

Dylan me miró fijo, y, por la seriedad de sus gestos, supe que ya no me creía. Él sabía ya que me había acostado con Caleb; tal vez se lo dije cuando evadí su mirada.

Temí que ya no quisiera llevarme a verlo.

—Por favor, necesito hablar con él —supliqué sujetando por primera vez su mano.

Me miró en silencio por tanto tiempo que estuve tentada a salir de ahí para no seguir con su juego.

Pero accedió en lo que ponía distancia ahora ente los dos. Se dio cuenta que el coqueteo era tiempo perdido para mí.

—Pero tendrás que venir conmigo —dijo—. Deja tu auto aquí, te regresaré después de que lo veas.

Lo pensé. El miedo me decía que rechazara eso, pero el bebé en mi vientre decía que tenía que aceptarlo. Tiempos desesperados requieren medidas “dementes”.

—Está bien.

Dylan se paró y me dijo que lo esperara afuera porque iba a ser una llamada primero. Mientras tanto, saqué rápido el celular para indagar en el WhatsApp quiénes de mis amigas estaban en línea en ese momento.

—Joy.

Joy, estoy con Dylan. Me va a llevar con Caleb, pero iremos en su auto.

Por favor, no te separes del celular.

Estaba por dar enviar cuando salió. Me sentí tan agarrada en infraganti que no sé si envié el mensaje o no.

—Vamos —dijo Dylan señalándome su auto.

Me subí al auto con mucho miedo. Mientras que Dylan lo rodeaba, saqué el celular y no despegué el dedo del botón de pánico para que enviara una alerta a mis conocidos por si acaso.

Dylan arrancó sin prestarme mucho interés.

—Caleb te mintió —dijo cuando nos detuvimos en un semáforo. Me fijé solo en sus labios, que empezaban a liberar confesiones de nuevo—. No es corredor de bolsa, sino soldado.

Me quedé estupefacta, no esperaba una mentira. Y debí haberme enojado sin dudar, pero recordé que alcancé a leer algo de eso en el chat con Caleb, antes de borrar la conversación. En ese entonces, estaba tan enojada que incluso lo bloqueé, hasta que me enteré que estaba embarazada.

Pensé en la confesión que en segundos me pareció la respuesta perfecta que aclaraba todas las cosas raras que noté en Caleb. Desde su conocimiento de “boy scout” hasta su súbita petición, incluso el abandono de su departamento... ¡Su súbita salida del país!

—Eso explica muchas cosas —comenté tranquila. Dylan soltó sin querer un quejido molesto, creo que tenía la idea de que eso me alejaría de Caleb. Pero en ese momento estaba tan deseosa de verlo, que ya aclararía con él esa mentira. Le iba a dar una oportunidad de explicarse.

Siguió manejando en silencio, sin despegar la vista del camino.

—¿Desde cuando eres su amigo? —pregunté tras algo de tiempo.

—Toda mi vida. Soy su primo —reveló mirándome al fin. Le gustó el impacto que al fin me dio.

—Eso explica también otras cosas —le comenté. Como por qué Caleb iba mucho a ese pub y por qué siempre los vi platicando como si fueran amigos de la infancia.

Finalmente entró al estacionamiento de un edificio, por venir dentro de mis pensamientos, no vi de qué era.

Dylan encontró lugar rápido en el estacionamiento subterráneo.

—¿Dónde estamos? —pregunté cuando lo seguí hacia un elevador.

—En el hospital. Caleb está en coma —reveló como si le hubiera preguntado el jodido clima.

El shock me paralizó tan fuerte que tuve que sujetarme de la pared, porque estuve a punto de dejarme caer de rodillas. Acepté tan rápido la noticia que mi corazón no dudó en rendirse ante el hoyo que lo lastimó con sufrimiento y desesperanza.

—No fue un simple acostón, ¿verdad? —consultó Dylan sin tener compasión de mi shock.

Levanté la mirada apenas para presenciar su mezquindad. No hubo compasión por mi tristeza en su rostro. De hecho, me ignoró entrando al elevador cuando llegó; incluso lo detuvo para esperarme, solo que no podía moverme. No quería ir hacia la confirmación de la verdad de Caleb.

El elevador me pareció las puertas de un mundo desolado, en donde tenía que entrar con la ferviente idea de que iba a sufrir cada segundo. Caleb era la única llave que me liberaría de ahí.

Dylan extendió la mano, la cual al fin demostró la compasión que necesitaba. La tomé después de un respiro muy profundo, a pesar de que aún tenía miedo de entrar a ese mundo.

En cuanto el elevador cerró sus puertas, empequeñeció hasta el punto que sentí me privaron de oxígeno. Miré angustiada a Dylan, pero él estaba dentro de otra realidad en donde para él yo estaba muy tranquila. Incluso me sonrió con optimismo.

Respira, respira, me animé en lo que lo hacía profundo y lento.

Me recompuse lo suficiente para obtener información.

—¿Qué le pasó? —le pregunté mirándolo. Él no despegaba la vista de la numeración que se iluminaba incrementando mi dolor sin saber.

—El vehículo donde venía después de una misión pisó una bomba que al parecer pusieron mientras jugaban a ser superhéroes y explotó. Nos dijeron que al parecer fue un nuevo tipo de bomba, diseñada especialmente para eliminar convoyes de fuerzas especiales.

“Caleb se sacó la lotería del soldado.

¿Fuerzas especiales? Si Caleb es un soldado y venía en un vehículo sencillo... ¡Dios mío! Lo atacaron por equivocación, cavilé imaginando a Caleb destrozado, tanto física como mentalmente. *¡No, no! No te dejes llevar por el miedo.*

—¿Está... —tragué saliva— muy lastimado?

—Está completo, si a eso te refieres. Pero una metralla le fracturó una costilla y laceró un poco un pulmón, y, a pesar de que traía casco, de alguna manera se golpeó la cabeza tan fuerte que ahora tiene traumatismo craneal... Lo que sea que eso signifique. Según dicen sus amigos tuvo una conmoción que le hizo perder el conocimiento en el lugar.

“No pudieron hacerlo volver en sí, por lo que tuvieron que trasladarlo a un hospital en la base. Pero seguía sin reaccionar, entonces, lo trasladaron a aquí.

“Llegó ayer en la mañana.

Tragué saliva cuando mi estomago enfermó.

¿Por qué no presentí nada?, me reclamé. Estaba tan segura de nuestra conexión por el bebé, que hasta creía poder leer sus pensamientos, si ponía un poco de esfuerzo.

La puerta del elevador se abrió tan teatral que por un momento sentí que estaba ante las puertas del cielo que me permitirían hablar con un ángel solo por un minuto.

Dylan ya no dijo nada, y me guio por un largo pasillo con doctores, enfermera y enfermeros caminando de un lado a otro. El miedo detuvo el tiempo a mi alrededor, sus garras apretaron mi garganta cada vez más fuerte; quise gritar, pero sabía que sería menos benevolente si lo hacía.

Mis piernas aun desfallecían, y quise huir, pero tenía que ver con mis propios ojos la verdad.

Llegamos a una sala de espera, en donde no había nadie.

—¿Su familia no lo está acompañando? —pregunté un poco indignada porque él los necesitaba. Además, esperaba conocerlos al fin.

—Acaban de salir a comer algo, por eso tendrás que verlo rápido porque no sé cuánto se tardarán en regresar.

—Pero...

—No, no saben de ti, Sarah —respondió mi duda, aunque lo hizo estoico. El cariño en “Somrisas” desapareció ya—. Eso lo supe cuando hablé con mi primo, el hermano de Caleb.

Cuán poco conocía a Caleb, no sabía siquiera que tenía un hermano. Pero tengo una excusa para eso: su mentira ocultó muchas de sus verdades, y Caleb siempre fue como una caja fuerte que no se dejaba abrir por mí. Siempre acepté que él me hablaría de sí a su tiempo.

—No lo esperaba porque solo salimos algunas veces —aclaré con el corazón roto porque fui un secreto en la vida de Caleb, cuando él siempre fue mi verdad a viva voz.

Mis padres supieron de él desde la segunda vez que nos acostamos, por eso fue que no hicieron melodrama cuando les dije que estaba embarazada de él.

Me llevó al cuarto en donde estaba Caleb. Sin embargo, no quise pasar cuando me abrió la puerta.

—No tienes mucho tiempo. Tienes que ver la verdad con tus propios ojos —me recordó Dylan en un murmullo, luego echó un vistazo rápido al pasillo. No quiero especular, pero creo que sentí placer en su voz por verme sufrir.

Respiré hondo en lo que entraba por fin. Dylan me dio privacidad cerrando la puerta.

Al instante, escuché el tic-tic del monitor cardíaco, parecía la canción de cuna del corazón de Cal. Recordé el momento en que escuchó el mío por primera vez, cuando sentí que él estaba encariñándose ya conmigo.

—*Me gusta escuchar los latidos* —oí su voz en mi cabeza, incluso pude sentir su cálida piel tocando mi pecho.

Cuanto deseé que su sonido no fuera una representación mecánica.

Llegué al pie de la cama con un respiro que pareció sacar todo de mí al ver a Caleb. Lo estaban oxigenando por medio de un tubo nasal doble, y traía una horrible bata que me ocultaba el resto de su condición, y a ese tatuaje que muchas veces creí que era críptico, cuando siempre fue una placa de metal para reconocer su cuerpo si moría en combate.

Callé con la mano el ataque de llanto que quiso brotar al darme cuenta que ese tatuaje estuvo a punto de cumplir su trabajo.

El hombre que siempre me hizo sentir segura, ahora me parecía el más indefenso.

Me necesitaba... y yo estaba tan aterrorizada que tuve que cerrar los ojos para desaparecer solo por un segundo lo demás que completaba su gravedad: la sonda, el monitor de función cerebral y todas las botellas de medicamentos que colgaban del atril. Era como estar dentro de una imagen de terror.

Respiré muy hondo varias veces para recomponerme, como si fuera a arrojarme a una piscina fría, solo que esta estaba más helada que cualquier lago de Alaska.

Al final logré abrirlos.

Y seguía en la pesadilla.

Me acerqué a su lado para tomar su mano con cuidado y besarla con mucha devoción. Me estremeció tanto que quise más y me hice con ella una caricia que se sintió muerta.

No sentía su amor.

—Mi boy scout, estoy aquí —le hice saber y, casi de inmediato, miré el monitor sin dudar, esperando que me dijera que él me había escuchado y que sabía que estaba con él al fin.

Pero el tic-tic se seguía escuchando a un ritmo compasado.

Me incliné a él, tal vez no me escuchó.

—Soy Sarah. Por favor, despierta —le susurré al oído. Dejé que mi miedo por verlo así se escuchara en mi voz para que él sintiera que estaba sufriendo.

Si una vez vino a mi corriendo cuando grité porque me pegué el meñique del pie, no dudaría ahora en despertar que mi corazón le grita a viva voz.

No despertó, pero sentí en ese momento al bebé moviéndose por primera vez. Y fue tan real, no como el retorrijón que tuve antes. Mi felicidad de que el bebé sintiera a su padre cerca me arrancó lágrimas entre risitas confusas.

—Cal, vas a ser papá —le revelé aun en su oído—. Tú bebé te necesita... Yo te necesito. Despierta, por favor.

Miré el monitor con la esperanza de que eso lo hiciera reaccionar, pero seguía igual de imposible. Estaba más grave de lo que pensé.

Entonces, me erguí para acariciar ahora su cabello, que ya empezaba a sentirse un poco grasoso, pero no importó porque quería que me sintiera de alguna manera.

Tocaron a la puerta, asustándome por completo, después se abrió.

—Es hora de irnos —me avisó apresurado Dylan; miró de vez en tanto hacia el corredor.

Asentí con una sonrisa forzada, y aproveché para dar un beso a Caleb en los labios cuando Dylan se alejó un poco para dar un vistazo detallado al corredor.

—Te amo —le susurré.

Me retiré sin dejar de verlo, aun sin creer que estuviese herido.

Ya en el pasillo, me limpié los rastros de lágrimas y respiré pausado para que Dylan no viera lo mucho que me afectó ver a Caleb en coma.

Salimos del hospital sin toparnos con los McGregor, y esta vez lo agradecí porque no sé qué hubiera pasado si me vieran así de triste. No podía mentirles que me mataba lo que sucedía con Caleb.

Dylan no me habló hasta que ya estuvimos en el auto de camino a la cafetería donde dejé el mío.

—Ahora sí quiero la verdad. ¿Cuál es tu verdadera relación con mi primo? —preguntó Dylan mirándome de reojo.

—Solo...

—No, no me mientas más. Traes los ojos rojos, y nadie llora por una simple cogida. Por jodidamente buena que sea —aclaró.

—Caleb y yo estábamos a punto de tener un noviazgo cuando, bueno, supongo que fue llamado a trabajar.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó con celos en su voz.

—No —me miró amenazante de que no siguiera entercada en mentirle—. Solo me impactó mucho verlo así.

Mentí de nuevo. No iba a confesar a este hombre que estaba enamorada de su primo porque

jamás me dejaría volver a verlo.

Dylan calló por el resto del viaje, lo cual me pareció bien porque no estaba en condiciones de seguir su interrogatorio de pretendiente celoso.

Al llegar a la cafetería, se estacionó delante de mi auto.

—¿Puedo verlo de nuevo? —le pregunté antes de bajar. Usé un tono de voz manipulador.

—No lo creo. Mis tíos no saben nada de ti...

—Sí, ya me lo dijiste —interrumpí—. Pero puedo verlo como amiga.

—Caleb solo tiene “amigas” de cama, y su familia lo sabe. Pasa tanto tiempo en el ejército que cuando viene a Londres solo se acuesta con lo primero que conoce en el pub. No te creas tan especial porque se acostó más de una vez contigo.

—Citas casuales —susurré desilusionada cuando me reconocí en esa situación. Abrí la puerta—. Gracias por llevarme con él. Hasta luego.

Bajé sin esperar a que Dylan me detuviera. No iba a obtener ya nada de él porque le había roto las esperanzas de tener algo conmigo; igual que Caleb rompió todo el mundo de ensueño que creé a su alrededor.

Aún me pregunto cuánto de lo que me dijo es mentira. ¿Nunca me amó?

Llamé a Joy tan pronto subí al auto.

—¡Hola! —me saludó amistosa.

—¡Caleb está en coma! —solté entre jadeos que pronosticaban ya mi llanto.

—¿Qué?! ¿Dónde estás? —preguntó con ansiedad; de hecho, escuché que empezó a jadear como si se moviera en trote mientras me hablaba.

—Voy para mi casa —revelé dejando caer la frente en el volante.

—¡No, primero tranquilízate, por favor! ¡Voy para allá! —ordenó, después colgó.

Eché el celular a la bolsa y tomé un trago de agua de la botella que siempre traigo en el auto. Respiré lento varias veces hasta que volví a dominar las lágrimas, solo entonces arranqué y manejé a mi casa despacio, con música que alejó por el momento mis pensamientos de Caleb.

Sin embargo, cuando entré a mi casa, corrí a derrumbarme en llanto a la sala mientras abrazaba a mi bebé que se quejaba de toda la tristeza que estaba recibiendo sin filtros.

Estábamos solos.

Sarah

DOS DÍAS DESPUÉS

Regresé del trabajo muy apática, como lo he estado desde que sé que Caleb está hospitalizado; al momento, no sé nada de su condición. He querido ir a donde Dylan para saber si hubo alguna mejora, pero me aterra que me vuelva a decir que no soy importante para Caleb, y que nunca lo fui.

Por suerte, mis amigas se están turnando las tardes para pasar el rato conmigo. Su compañía y entusiasmo por mi bebé al menos han hecho esos momentos alegres.

Así llegó el jueves y las tres nos reunimos en casa de Nina para cenar; a ella le encantaba cocinar mientras chismeaba con nosotras. Siempre había vino de por medio y buena música de fondo; aunque, ahora yo solo bebía jugo de manzana clarificado para aparentar que estaba dentro de la degustación.

—He estado pensando una manera para que puedas ver a Caleb de nuevo —comentó Nina de la nada.

Todas callamos en espera de su gran plan.

—Las horas de visita por lo general terminan algo tarde —dijo Nina—. No creo que su familia esté todo el tiempo ahí. En algún momento tienen que retirarse para ir a descansar.

—Yo sí me quedaría... Y tal vez también su mamá lo haría —afirmé.

—Tienes razón —concordó, luego suspiró para pensar mejor. No le dijimos nada para no interrumpir su cavilo. Por suerte, siguió en segundos—. Hay que arriesgarse, es la única manera. ¿Por qué no vas al hospital una media hora antes de que se acabe la hora de visita?

—¿Y crees que las enfermeras la van a dejar pasar como si nada, sin que se entere su familia? —consultó Lidya.

—No, para eso tendría que burlarlas. Es decir, buscar un descuido para entrar y salir del cuarto de Caleb sin ser vista por ellas —explicó Nina como si fuera el plan maestro de un robo de la joya más cara del mundo.

Bajé la mirada. Quería que su familia supiera de mi y del bebé de Caleb. No quería esconderme como si fuera la amante aprovechada que busca aun sacar un beneficio monetario.

—Sarah —me llamó Nina—, tienes que verlo. Tu tristeza es tal que tarde o temprano le harás daño al bebé. Verlo en esas condiciones será mejor para ambos que no verlo y estar angustiada las veinticuatro horas del día.

—En eso tiene razón —concordó Joy.

—Puedes hacerlo mañana —sugirió Lidya—. Es viernes y hay más posibilidad de que tengan algo que hacer.

—Sigo con el plan, Nina —dijo Joy—. Si quieres, voy contigo. Yo vigilo mientras tú ves a Caleb. Con suerte, también puedo escuchar algo respecto a su salud.

—¡Si! Ese es un buen plan —coincidió entusiasta Nina.

Era complicado de llevar a cabo, tanto que me hizo pensar en Caleb como soldado sorteando el peligro. ¿Qué tipo era? ¿Será un piloto de la RAF^[26]?

Mi sonrisa fue inoportuna cuando me imaginé a Caleb con uniforme azul. Ya era sexy con ropa de “civil”, estaba segura que era más “sabroso” con el uniforme más hermoso y sexy del ejército.

Aún me sorprende que siga sin molestarme que Caleb me haya mentido. ¿Será porque aún sigo en la oleada de verdades que terminan siempre con la súplica de que Caleb esté bien?

Solo quería eso.

Las mentiras pierden su importancia cuando el hombre que amo está peleando por su vida, y esta guerra tenía que ganarla por el bien de nuestro bebé.

La esperanza estaba de vuelta, y ahora, más que nunca, tenía que ser optimista en la recuperación de Caleb y en que estaremos juntos, ahora que sé su verdadera profesión.

Sé que así él lo querrá también.

A LA NOCHE SIGUIENTE

Esperé sentada en la sala a que Joy me recogiera para ir al hospital. Estaba impaciente, y el bebé lo sentía porque me daba una que otra patada en las costillas para ordenarme que me tranquilizara.

Joy llegó quince minutos después.

—¡Estás lista para una incursión en terreno enemigo! —comentó Joy cuando me vio de jeans, tenis y un sweater que ocultaba muy bien mi embarazo.

—Mira —le enseñé que incluso traía una de esas fajas de maternidad para sostener mi pancita si había necesidad de salir corriendo.

Después de que se carcajeó, me avisó que nos fuéramos ya.

Mi amiga se esmeró en hacerme entretenido el viaje, lo cual el bebé agradeció porque relajó mis latidos. Pobre, de seguro mi ansiedad le fue como escuchar una canción de trash metal por horas.

EN EL HOSPITAL

—¿Cómo atacaremos? —pregunté a Joy, quien era la mente maestra de la incursión.

Joy rio disimulada para no llamar la atención sobre nosotras.

—¿Qué es lo que haría Caleb? —preguntó.

—No lo sé. No sé qué tipo de soldado sea.

—¿Crees que es como James Bond?

—James Bond no es un soldado sino un agente del MI6 —aclaré.

—Me refiero a si le darán misiones tipo James Bond.

—Tal vez. Lo he pensado y tiene que ser algo importante porque un soldado común y corriente no tiene porqué mentir. Y Caleb tiene una cobertura muy buena entre los “civiles” —respondí, recordando su “trabajo” ficticio—. Le creí por completo que era un corredor de bolsa.

—Quizás lo más sencillo funcione —comentó.

—Explica.

—Entramos como si fuéramos a ver a un pariente: casuales y en silencio. Así no llamamos la atención de las enfermeras. Cuando lleguemos a su cuarto, entras y yo me quedo en el pasillo como si estuviese tomando un respiro de aire no tan viciado de enfermedad... Mmm, para eso necesitamos comprar un café para completar el disfraz.

Desvió el camino hacia donde leyó “Cafetería”.

—¿En verdad crees que va a funcionar? —cuestioné dudosa mientras la seguía.

—Sí. Lo estoy.

—Está bien. Hagamos eso —respondí algo animada.

Mi corazón se aceleró un poco cuando llegamos al piso en donde estaba Caleb. Había un cubículo de información con enfermeras conversando, pero no nos prestaron atención porque el chisme de un doctor era más interesante que dos locas jugando a James Bond.

Seguimos el camino hasta el cuarto de Caleb. Ahí, frente a esa puerta, casi desfallezco de miedo porque no quería verlo de nuevo conectado a tantas cosas, sino despierto y viendo la televisión.

Joy abrió la puerta como si me mostrará el cielo, en donde con un respiro de aliento entré.

Por desgracia, Caleb aún seguía como lo vi la primera vez.

Caminé despacio a él, cuidando mis pasos, como si quisiera tomarlo desprevenido para darle una grata sorpresa.

—¿Caleb? —le llamé cuando me paré a su lado.

Caleb respiraba tranquilo, su barba ya estaba más crecida y su cabello más grasoso. Toqué su mano para que sintiera que estaba intentando despertarlo, pero no se movió. Tristemente, me di cuenta que seguía en coma.

Tuve que consolarme con mirarlo y acariciarlo con amor, también le di un beso en los labios.

He estado investigando un poco acerca de los comas y algunos doctores recomiendan a los familiares que les hablen, ya que puede ser que el enfermo los escucha.

No perdía nada con intentarlo.

—Ayer fui con mi doctora —le puse al tanto—. Me hizo un ultrasonido y, después del susto que tuve cuando vine a verte, me dijo que nuestro bebé está creciendo muy sano. Me preguntó si quería saber el sexo —reí entre dientes—. Siempre lo hace, creo que no le gusta que le diga que quiero que sea una sorpresa.

“Me muero por saberlo, pero quiero que tú estés ahí cuando me lo digan —suspiré—. Caleb, tienes que despertar. Te extraño mucho.

“Cada día despierto con la esperanza de que será el día que tocarás a mi puerta o enviarás un mensaje para vernos.

“Pero, sobre todo, tienes que hacerlo por nuestro bebé. Ya te siente y te quiere a su lado.

En ese instante, el bebé se movió, arrancándome una sonrisa que me hizo tomar rápido la mano de Caleb para ponerla en mi estómago y que ambos se sintieran.

—Lo ves. No puede esperar para conocerte... Quiere que lo protejas también.

El bebé se tranquilizó segundos después, fue cuando aproveché para besar sus nudillos y hacerme una caricia en la mejilla que revolvió mi corazón en tristeza.

Las lágrimas brotaron con timidez. Iba a decirle que lo amaba, pero me interrumpieron cuando tocaron a la puerta. No me asusté porque supuse que era Joy avisándome que alguien se acercaba.

—Pronto vendré a verte de nuevo —le prometí antes de darle rápido un beso de despedida en los labios.

Troté hacia la puerta sin mirar atrás, aunque quise hacerlo para darme cuenta que había despertado, pero el silencio que me acompañó me dijo que eso no sucedería aún.

Me uní a Joy en una plática algo banal para dar la apariencia a la enfermera que se acercaba que habíamos salido de otro cuarto.

—Buenas noches —le dijo Joy con una sonrisa muy casual.

La enfermera nos respondió muy amable.

No comentamos nada hasta que llegamos al auto.

—Aún está en coma —avisé a Joy.

—Lo sospeché. Si hubiera estado despierto, hubieras salido para decirme que podía irme —concordó, después me miró en silencio soltar un suspiro—. Pero, a pesar de eso, veo que estás más tranquila.

—Me ayudó haberlo visto... ¿Creés que podremos hacer esto de nuevo? —consulté con mirada suplicante.

—Sí. Si yo no puedo, Nina y Lidya prometieron ayudarte también.

—Gracias —le dije muy sonriente, y agradecida. Hasta me sentí mal por haberlas alejado de mí por tanto tiempo. Ahora sé que siempre podré contar con ellas.

DÍAS DESPUÉS

He estado yendo al hospital cada dos días antes de que termine la hora de visitas. He platicado a Caleb nuestros días sin él.

Durante mis visitas, he notado que ya le han dado baños en la cama, también lo han afeitado; lo han puesto más guapo de lo que ya es.

Pero ahora me está matando la incertidumbre de saber si está estable, si está mejorando o empeorando.

Hoy mis amigas me invitaron unas copas en el pub en donde trabaja Dylan. Estoy segura que escogieron ese lugar para que aprovechara y hablara con él acerca de Caleb.

Llegué a la par de Joy, y sin dudar nos sentamos en la mesa de siempre para conversar ya. Por un rato, me olvidé de todo.

—Dylan ya se dio cuenta que estás aquí —me avisó Lidya, rompiendo con mi noche relajada.

—Iré a saludarlo —dije poniéndome de pie. No quería hacerlo, pero por Caleb sería la mujer más hipócrita y manipuladora del mundo.

Noté que mi acercamiento lo puso nervioso. Trató de ignorarme, pero fue tan malo que solo me confirmó que su atracción hacia mí era del tipo de un adolescente. Para mí eso era un gran problema porque no me interesa románticamente, solo es mi medio para saber de Caleb.

—Hola —le saludé sonriente cuando llegué. El tonto fingió que no me había visto.

—¡Hola! —se inclinó tanto hacia mí para saludarme de beso en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Bien. He estado ocupada trabajando. ¿Y tú?

—Perfecto. El negocio está muy bien últimamente.

—Me alegra —dije con una sonrisa falsa.

—¿Una cerveza? —preguntó.

—No, un refresco. Mañana trabajo...

—¿En sábado?

—Solo este. Una campaña publicitaria no está avanzando como quisiéramos... No es fácil manipular al consumidor para que nos escoja.

—No, no lo es. Sobre todo, si pasas un buen rato en el hospital —respondió poniendo mi refresco frente a mí.

—¿Disculpa? —pregunté después de tragar saliva.

—Sí. Sé que has estado viendo a Caleb —le hice gestos de por qué decía eso—. Mis tíos me han preguntado por la mujer que va a visitarlo antes de que terminen las visitas... Las enfermeras no son tan estúpidas, dales más crédito —explicó mientras limpiaba un vaso para llenarlo de Guinness.

—Pues no soy yo —mentí descarada. Dylan me miró en silencio con los labios ligeramente apretados, gritándome así que no me creía—. Tu primo es soldado, quizás tiene a una fácil en cada

puerto. ¡Ya sabes! Para no hacer quedar mal al cliché.

—¿Es verdad que no eres tú? —cuestionó entregando la cerveza a una mujer que tenía a mi lado y hacia todo lo posible para atraer su atención.

—No, no soy yo... Pero ya que pusiste a Caleb en la conversación, ¿cómo esta?

Mantente tranquila. Mantente tranquila, me repetí varias veces para no desfallecer de nervios.

—¡Ah! Sí te interesa...

—Si un buen acostón está en coma, sería incorrecto no preguntar por su salud, ¿no lo crees? —aclaré rápido interrumpiéndolo. Incluso hice muecas de desaire.

—Bueno, te diré cómo está, solo si aceptas salir a cenar conmigo —propuso, poniéndose en su pose de conquistador.

—¿Hoy? —cuestioné nerviosa porque esto estaba saliéndose de control, pero ¿cómo podía decirle que estoy embarazada de su primo, sin el riesgo de entrar al guion de Eastenders^[27]?

—No. Tengo libre mañana por la noche, ¿te parece bien a las siete? —consultó.

—Sí. ¿Te llamo?

Río sarcástico entre dientes mientras negaba con la cabeza.

—No. Dame tu número y yo te hablo para que me digas dónde te recojo. Yo no soy el clásico imbécil que vas a desechar con esa excusa.

¡Demonios! Quiere todo el paquete, pensé. Tenía que aceptar, no tenía otra opción. *¿Cómo no vi venir eso?*

—¿Tienes donde apuntar? —pregunté.

—Sí —respondió sacando su celular.

No tuve otra opción y le di mi número.

¡Vaya terrible situación en la que estoy metida! Pero solo es una cena, tal vez ahí puedo decirle que solo me interesa como primo "político", pensé.

—Y... ¿cómo esta? —pregunté, ansiosa por mi recompensa.

—Tiene momentos buenos y muy malos. Su corazón estuvo a punto de fallar un par de ocasiones, pero..., bueno, no quiero decir que se recuperará al siguiente día por arte de magia. Solo necesita al tiempo de su lado —respondió al fin. Mi estomago enfermó cuando pensé en Caleb sufriendo.

—Ojalá se recupere pronto para...

—¿Para buscarlo? —me interrumpió con celos fulminándome.

—No. Para que ustedes puedan estar ya tranquilos. Lo único que quiero es que Caleb esté bien.

Por suerte, en ese momento mi celular sonó con un mensaje.

—Tengo que irme, mis amigas dicen que ya me tardé —le avisé tras revisarlo.

Dylan se apresuró en despedirse de mí de beso en las mejillas.

—Entonces, te llamo —avisó.

—Sí. Y gracias.

Regresé con mis amigas y les platiqué lo que pasó con Dylan.

—¡Te está chantajeando! —expresó molesta Joy.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué se lo permites? —me cuestionó Nina.

—Porque lo estoy usando para saber de Caleb. Si tengo que hacer el sacrificio de soportar a su primo, pues no hay más que hablar. De todas maneras, él va a desaparecer tan pronto Caleb despierte.

—No sabe de tu “estado”, ¿verdad? —comentó Lidya con precaución de que oídos ajenos no escucharan. Después de Caleb, ahora tiene en cuenta que nunca se sabe quién está atento a las conversaciones ajenas.

—No, solo lo saben ustedes y mi familia. Si Dylan se entera, ya no me dirá nada de Caleb. Y mi única opción será ir con los padres de Caleb a confesarles todo. En las condiciones en que está él, no me van a creer o me correrán por ser una aprovechada.

—Tienes razón —coincidió Nina.

—Algo me dijo Dylan que me dio gusto saber y también mucha esperanza —comenté.

—¿Qué?

—Caleb tiene momentos de súbita mejoría. ¿Podría ser que me escucha?

—¿Crees que está luchando por ustedes? —consultó Nina.

Asentí con la cabeza y una tímida sonrisa asomándose ya porque presentía que así era.

—¿Irás a ver a Caleb mañana? —me consultó Joy.

—No, al parecer su familia ya sabe que una mujer desconocida va a visitarlo algunas noches. Lo más seguro es que ya han advertido a las enfermeras de no dejarme pasar. Por eso Dylan es ahora mi única esperanza.

—Pero tus visitas le ayudan —me recordó Joy.

—Sí, pero tarde o temprano nos van a descubrir y entonces podrían alejarme de él... Al menos hasta que él despierte. Tendré que aguantarme las ganas de verlo y dejar que olviden un poco a la “mujer misteriosa”.

Tuvieron reacciones calladas de indecisión. Por el momento, no había un plan factible a seguir.

—En verdad deseo que Caleb despierte por ti —comentó Lidya.

—Todas lo deseamos —agregó Nina.

—Gracias. Sé que lo hará pronto, así lo siento.

Joy cambió la conversación y pronto retomamos el buen momento de la noche.

No quería salir con Dylan, pero siempre me sacrificaré por Caleb.

Sarah

SÁBADO

Estaba en la sala, esperando a que Dylan me recogiera. Prometió llevarme a un restaurante en donde la cita fuera casual, eso fue lo único que le pedí porque así no vería mi embarazo.

Irámos a un restaurante de comida italiana en Knightsbridge.

Tomé rápido mi bolso y mi celular cuando tocaron a la puerta; me apresuré para terminar con esto más rápido.

—¡Hola! —me saludó Dylan en cuanto le abrí la puerta.

—Hola. ¿Nos vamos? Me estoy muriendo de hambre, no he comido nada desde el medio día —dije saliendo algo apresurada para no darle oportunidad de pedirme “un café”.

Así como el no cayó con el “yo te llamo”, yo no lo voy a hacer con el “invítame un café”.

Hablamos de algunas cosas que sucedían en el mundo. Cosas triviales que estaba vez agradecí no llevaran a Caleb ni dieran pie a Dylan de confesarme que yo le gustaba.

Llegamos al restaurante, que hubiese sido el escenario perfecto para una cita romántica con Caleb. Dylan fue muy galante, mostrando en todo instante la posibilidad de que esta cita terminara en algo sexual.

Quizás mis hormonas estaban un poco loquitas con el embarazo, o tal vez era la soledad que he sentido por meses y la incertidumbre de Caleb en el hospital, pero me agradó mucho ya no sentirme sola. Gracias a la manera en que Dylan me trataba, como si yo fuera única para él.

Las mujeres atractivas a mi alrededor, porque las había, eran solo seres humanos que fueron puestas ahí solo para ambientar la cita romántica que él planeó para los dos, para hacerse más cotizado ante mis ojos.

—Platícame... —le dije mientras servía un poco de limonada en mi vaso. Mi excusa para no tomar vino fue que me daba asco mezclarlo con la pasta. Tengo que sentarme a escribir más excusas porque ya se me estaban agotando. Preguntó—. ¿Por qué no tienes un trabajo de nueve a cinco como todos?

Dylan sonrió disimulado, tal vez era una pregunta que le hacen con frecuencia.

—Lo tenía, pero a veces la vida pone oportunidades que no puedes dejar ir. Antes era bartender nada más, para ayudar a mis papás a pagar la universidad. Terminando, me dispuse a ser cómo dices, una persona de nueve a cinco, y entré a un banco como ejecutivo de cuenta.

“Odié cada día de mi trabajo porque parecía más psicólogo. Me cansé de estar arreglando los problemas personales y financieros de las personas. Todo porque no investigan antes de meterse en un problema de préstamos o créditos. ¿Sabes cuántas veces tuve que explicar con manzanas y palitos que una tarjeta de crédito no es dinero gratis que da el banco por abrir una cuenta ahí?”

Reí porque no era la primera vez que escuchaba eso. Pero luego me enserí cuando tuve un déjà vu con su historia, solo que era Caleb quien se había cansado de trabajar en el banco y por eso se hizo corredor de bolsa.

Caleb usó la vida de Dylan para callar mi curiosidad que insistió en saber de él cuando fue ese fin de semana romántico. Me mintió.

¿Cuánto más lo hizo?, me cuestioné triste porque yo siempre fui sincera con él.

Si no fuese por los detalles que tuvo conmigo, en donde me dejó ver un poco de él, en este mismo momento hubiera ido al hospital a despertarlo a fuerzas para que escuchara mis reclamos.

—Surgió que el dueño del pub —siguió Dylan, ignorando mi sentir—, en donde trabajé por muchos años, quería mejorarlo, pero no tenía el dinero suficiente para modernizarse. Negocié con él y ahora soy socio del cincuenta por ciento. Él lo administra en el día y yo en la noche. Soy bartender para vigilar el negocio y..., bueno, porque me gusta interactuar con las personas de esa manera, es más relajado.

“Y si voy a ser “psicólogo”, al menos yo decido cuándo callarlos. Aunque entre más tiempo los soporte, mejores propinas dan. A diferencia del banco que solo hacía rico a empresarios y solo me daban dolores de cabeza.

Cubrí la risa con la mano, que deseaba escandalizarse. Tenía razón, ha seguido fungiendo el mismo rol. En mi experiencia, muchas veces llegué a platicar con ellos para desahogar un mal día de trabajo.

—Y la conquista es más fácil y rápida, supongo —comenté mientras tomaba un poco de pasta.

—Sí —respondió—. Pero lo más importante, si no hubiera invertido en el pub, no te hubiera conocido, y ya con eso vale la pena todo.

Me sonrojé mucho, y no me gustó reaccionar así porque tenía que alejarlo de mí, no incitarlo más a hacerlo.

—¿Con cuántas “clientes” te has acostado? —consulté.

—¿Celosa?

—Investigación de mercado. Mis amigas y yo estamos haciendo una tesis acerca de los hombres. Ya llevamos un cuarto de ella y hasta el momento seguimos un poco confundidas.

“No son fácil de descifrar.

Se carcajeó tanto que llamó la atención de las mujeres a nuestro alrededor, cuyas miradas celosas levantaron más mi ego.

Dylan era muy guapo, tenía un porte de empresario, que igual se veía bien desaliñado o de traje, supongo. Era un hombre muy seguro de sí. No del tipo de Caleb, quien parece tan inalcanzable como un superhéroe. Así me lo pareció cuando lo vi por primera vez: un hombre serio, analítico de su entorno —eso quedó muy comprobado al escuchar nuestra conversación—, que no estaba consciente de su atractivo y no le importa, y, sobre todo, despedía una inagotable protección hacia quien hubiere conquistado su corazón. La mujer que fuera amada por él sería muy afortunada... Eso fue lo que pensé en el momento en que levantó la mirada hacia mí cuando le reclamé por estar escuchando conversaciones ajenas.

Mirando detenidamente a Dylan, no podría decir que es primo de Caleb. Tal vez lo único que comparten es el color de ojos. Porque ni siquiera un apellido.

—No voy a mentirte. He tenido docenas de oportunidades con clientas y, sí, algunas las he aprovechado. Pero espero no asustarte... —se sobó nervioso la nuca—. Contigo siento algo diferente y único.

Bajé la mirada sonrojada de nuevo. No respondí porque supe bien qué seguiría después.

—Me gustaría volver a salir contigo —comentó. Me sorprendió y se lo hice notar alzando la mirada. Preguntó—. ¿Te gusta caminar?

—Un poco —dije alargando en duda, recordando las largas caminatas de Caleb.

—¿Qué tal si mañana desayunamos juntos y después vamos a pasear? Quiero mostrarte cómo me relajo en esta ajetreada ciudad.

“Desayunar juntos”. ¿Me está diciendo que quiere acostarse conmigo? ¿O estoy tan

paranoica con su coqueteo que ya entiendo mal?, pensé. *Aunque volver a verlo sería otra oportunidad para saber de Cal.*

—Está bien —accedí porque... , no sé por qué. Tal vez en el fondo quería seguir libre de preocupaciones, y sintiéndome deseada.

Cuando se está embarazada, uno a veces se siente como ganado marcado, y que ya nadie puede mirar. Es difícil ser vista así cuando las hormonas llevan de la excitación a la pansexualidad de un segundo a otro.

Después de comer, fuimos a la cafetería rústica que estaba a lado del restaurante.

—¿Crees en el amor a primera vista? —me preguntó tras sentarnos en un sofá cómodo; todo su cuerpo lo puso en dirección hacia mí, siempre lo está.

—¿Del tipo de “La bella durmiente” o “Bella y la bestia”?

Hizo gestos de confusión.

—¿Cuál es la diferencia? Disculpa, no estoy familiarizado con Bella y la bestia —respondió.

—Del tipo de “La bella durmiente” es “Te vi y, ¡boom!, ya me arruiné porque no dejaré de pensar en ti ni para masturbarme”.

Se carcajeó tanto, y lo acompañé. Creo que encontré otra coincidencia con su primo: ambos me hacían decir estupideces con tal facilidad.

—El de Bella es... —continuó—. Mmm... ¡Espera! —me carcajeé un poco—. ¡No hay amor a primera vista!

—Pero ¿cómo es?

—Es una atracción tóxica. Del tipo de “Castígame, tortúrame, trátame mal y, de pronto, ¡boom!, te perdono todo. Ahora sé que lo hiciste porque me amas en el fondo desde la primera mirada y no lo querías aceptar. Al fin veo cómo eres en realidad”.

—Ese sí es tóxico. Pero sigue siendo a primera vista —se quedó un poco pensativo, luego sonrió irónico—. Hasta suena como esa historia que toda mujer quiere encontrar en el primer hombre que se le acerca en el bar.

—¿Cuál? ¿La del bartender y la mujer abandonada y dolida? —le bromeé.

Soltó una risita traviesa; creo que atiné.

—No, la de las Sombras o algo así.

Me carcajeé tanto por la coincidencia. Ya que Nina estuvo tan obsesionada con esa historia que tuvimos que amenazarla con que si volvía a decir alguna frase del libro pagaría por siempre las bebidas en el pub de Dylan.

Sus ruegos fueron cumplidos y encontró un “Amo”, uno real. Ella estaba emocionada y presumía que al fin iba a tener el romance que siempre ha querido, con amor y sexo irreal. Hasta que el empresario la adentró en el verdadero BDSM, en donde la posesión es completa y no es maquillada con romance.

En donde el dolor es el verdadero placer.

Se asustó tanto que quemó sus libros; hicimos una fiesta para tal ocasión. Incluso cambió de número de celular porque no quería que el empresario se obsesionara con ella al no tenerla. Un hombre exitoso jamás aceptará el fracaso con una mujer.

Por suerte, Daniel apareció en su vida en el momento correcto.

—Creo en el tipo de “La bella durmiente” —respondí.

—Es el que tuve contigo —interrumpió Dylan con un alago que, además de tomarme desprevenida, me ruborizó de nuevo.

—¿Aparecieron animalitos del bosque? —pregunté iniciando un juego para que se diera cuenta que no lo estaba tomando en serio.

—¡Sí! Un venado. Como verás, fue la cosa más rara del mundo —respondió pasando los dedos entre su cabello.

—Sí, un venado en Londres. Lo más natural es un zorro.

Sonrió a medias muy conquistador. No se refería al venado, sino a que sintió amor a primera vista conmigo. No lo creo, fue solo lujuria.

—Estaba de espaldas batallando abriendo una botella cuando me hablaste, volteé con algo de fastidio porque estaba ocupado, y no era el único jodido bartender en ese espacio. Pero te vi... sonriéndome y ¡boom! —explicó haciendo al final con las manos una seña de explosión, y terminó con una sonrisa.

¡Demonios! Tiene memoria fotográfica al igual que Caleb, pensé asombrada. O tal vez los hombres son como nosotras cuando alguien en verdad le gusta. No, no lo creo, de lo contrario, no olvidarían los aniversarios.

No oculté el suspiro de alivio cuando Dylan dejó de sonreír cambiando por un tema algo más casual; supo de inmediato que ya estaba abusando del coqueteo.

Me sentí mal por aceptarlo, pero el resto de la “cita” fue muy amena. Sin embargo, cuando decidió que ya era hora de llevarme a casa, fue cuando mis rodillas empezaron a flaquear.

Era el momento más esperado de la noche. Pero también era el sentimiento correcto con el hombre incorrecto.

Dylan me acompañó a la puerta, como el caballero que ha sido toda la “cita”.

—Bueno —dije después de abrir la puerta, me detuve para prohibirle el paso—. Muchas gracias por la cena. Me divertí mucho contigo.

—A-ha —dijo él dando un paso más cerca de mí.

Me atreví a despedirme de él de beso en la mejilla, pero él aprovechó para tomarme del cuello y desviar mi cara a sus labios. Traté de negarme, pero eran tan entusiastas que me prohibieron alejarme.

Dylan gimió mientras que su otra mano se atrevió a deslizarse por mi cintura para jalarme hacia él, con la única finalidad de que sintiera su deseo por pasar la noche conmigo.

Pero alguien, a quien llamo “el buen protector McGregor”, dio una patada que llegó hasta Dylan.

—¿Qué...?! —exclamó alejándose un poco de mí. De alguna manera su mano había ceñido mi ropa tanto que mi pancita se vio enorme. Soltó un gemido nada alentador.

Se alejó paso a paso tratando de creer la verdad que mi bebé le estaba gritando a patadas: ¡Mi papá se va a enojar porque estás besando a mi mamá!

Tuve que llevar la mano ahí para tranquilizarlo.

Su asombro era tan silencioso.

—Caleb —fue lo único que pudo murmurar segundos después. Ahora todo le sumaba tan fácil como uno más uno igual a bebé

Cerré los ojos en zozobra, porque no podía seguir mintiendo ya, por eso acepté su deducción. Solo esperaba que entendiera por qué he estado escabulléndome al cuarto de Caleb en el hospital. Por nuestro hijo. Porque él tiene que sentirse necesitado para poder despertar, y que estamos esperándolo para estar juntos.

Dylan huyó a su auto, como si él fuera el padre que no quiere hacerse responsable. Su lejanía me quitó un peso de encima, pero un segundo después lamenté que se enterara así; ahí terminaba el secreto de mi embarazo para los McGregor.

—Sarah —me detuvo de pronto Dylan la puerta cuando estaba entrando, y fue más confuso

para mi cuando me abrazó muy fuerte. Le correspondí dentro de una extraña dicha.

No hay como el abrazo de un hombre, aseguran que los monstruos nunca llegarán a ti. Además de los secretos que sus labios no pueden decir.

Lloré al sentirme tan protegida. No pude contenerme.

Dylan siseó para tranquilizarme.

—No te dejaré sola en esto —susurró con sus labios pegados a mi cuello.

Agradecía su apoyo, pero solo correspondía a Caleb dármelo. Y sé que no me dejará sola en esto.

Dylan me soltó un poco para mirarme a los ojos.

—Quiero seguir viéndote —me aseguró.

Asentí con la cabeza. Yo también lo quería para saber de la salud de Caleb; y con la revelación ya no tenía que estar jugando a la detective.

—Ya hablaremos más a fondo, por ahora te dejo para que descanses. Mañana paso por ti a las diez para ir a desayunar —me dijo dándome un último abrazo que terminó con un beso labio con labio.

Me tomó por sorpresa porque no debió haberlo hecho ahora que sabía que estaba embarazada de su primo. Que permitiera que me consolara, no le daba el derecho de demandar el famoso beso en la puerta. Pero se fue tan rápido, sin darme oportunidad de aclarar las cosas.

Cerré la puerta mientras me preguntaba qué carajo estaba pasando con él.

Sin embargo, después me sentí bien porque íbamos a desayunar juntos y aprovecharía ese momento para pedirle que me ayudara a ver a Caleb de nuevo.

Tal vez su beso en la boca solo fue por impulso de la noche. Los accidentes pasan.

A LA MAÑANA SIGUIENTE

Dylan llegó cinco minutos antes de la hora acordada. Una vez más me besó casual en la boca y acarició mi estómago como si saludara a mi bebé también.

—¿Cómo está Caleb? —le pregunté cuando ya estábamos en el bistró. Si él estaba siendo descarado con su interés, yo lo sería también por Caleb.

—No lo sé. No he ido a verlo. Al rato escribiré a mi primo para preguntarle, pero en este momento me importa más cuidarte —respondió sin dejar de ver el menú.

—Ya ha estado mucho tiempo en coma —comenté.

—Sí, pero su cerebro sigue activo. Según la doctora eso es bueno.

—Me gustaría saber cómo esta.

—Te lo diré la próxima vez que... Mmm, ¿salimos a cenar el martes?

Acepté solo por la promesa de saber de Caleb, aunque noté cierta evasión por su parte.

—¿Y cuándo nacerá el bebé? —me preguntó, ahora sí prestándome atención.

—En dos meses, más o menos.

Se inclinó un poco para tomar mi mano.

—Recuerda que siempre puedes contar conmigo —prometió muy serio—. Si tienes antojo de algo a media noche, no dudes en llamarme y te lo cumpliré. Siempre y cuando sea algo que pueda conseguir —terminó con una sonrisa coqueta.

Me incomodó tanto que me liberé con discreción, tomando como excusa beber agua.

Sonrió irónico para sí; no logré engañarlo.

—Yo creía que ya te caía mal y por eso no ibas al pub. Y después que no querías beber porque te enteraste que me gustabas y no querías bajar la guardia para que no te robara un beso —comentó.

Reí disimulada por su ingenuidad. Todo lo que hice fue por mi bebé y Caleb.

Una vez más no hubo necesidad de cambiar la conversación porque ahora me habló de cuando estuvo en la universidad y en el banco. En aquellas largas noches y esfuerzo que pasó para poder sacar su diploma.

Yo solo podía pensar en que su vida no se comparaba a lo que de seguro Caleb ha vivido como soldado. Por eso estaba en coma.

La explosión de una bomba jamás se iba a comparar con el estrés de un cliente que no entiende ni con manzanas y palitos. O las docenas de hombres borrachos porque la mujer los engañó. Ni las mujeres que quieren toda la experiencia de acostarse con un bartender.

Pero por algo dice el dicho: Todo depende del cristal con que se mire.

Caleb arriesga su vida todos los días para que nosotros podamos tener todo eso.

Recordé el día del asalto, y solo hasta hoy entendí que Caleb se interpuso entre yo y la pistola. Me protegió aun sin tener nada serio conmigo.

Mi ángel guardián.

Caleb siempre ganará sobre Dylan.

Terminado el desayuno, corrí con suerte que Lidya me llamara para ir a su casa. Fue la excusa perfecta para terminar el día con Dylan. No quería que sus esperanzas crecieran, y que pensara que podría conseguir más de mí, mucho más que ingenuos besos robados.

Tan pronto bajé de su auto, fui al mío para ir a casa de Lidya. Él me acompañó, así que no tomó mi huida tan obvia. Por suerte, esta vez no se atrevió a despedirse de beso en la boca; quizás porque me vio apresurada.

Después de que Lidya me regañó por no detener las intenciones de Dylan, las cuales me daba miedo de hacer aún, se ofreció para ser mi vigía la siguiente noche para ir a ver a Caleb.

—Recuerda que ya no podemos hacerlo —avisé. Lidya me miró confundida porque mi voz quebrada se resistía a hacer eso.

—¿Por qué no pides a Dylan que les diga quién eres?

—Es complicado. Solo le creerán a Caleb.

Además, no veía a Dylan entusiasmado por ayudarme con eso.

Lidya gimió en desacuerdo, pero así eran las cosas por ahora.

Sin embargo, esa tarde tuve cita con la ginecóloga y me mandó a hacer unos estudios por “precaución”. No quiso decirme si algo malo sucedía porque no quería meterme ideas que pudieran hacer daño, pero fue tanto mi miedo, que me importó poco la advertencia de Dylan y me atreví a ir al hospital. Necesitaba a Caleb, aunque fuera solo en presencia.

Por suerte, no había nadie en la sala de espera ni en el cuarto de Caleb.

No lo vi nada bien. Estaba mu pálido y demacrado, irónicamente, como si tuviera días sin dormir. Estaba retrocediendo en lugar de mejorar. ¿Qué le estaba pasando para un cambio tan radical? ¿O acaso ahora sí estaba viendo la verdad y no la que la esperanza me dio?

Estaba por hablarle de nuestro bebé cuando la puerta se abrió de repente.

—¿Quién eres?! —cuestionó una mujer casi en un grito. Volteé a verla y juro que vi al diablo en sus ojos.

Me apresuré a salir de ahí con la cabeza baja, pero, para mí mala suerte, no venía sola, ya que los pasos del infierno me seguían muy de cerca, con el cruel deseo de detenerme para castigarme por irrumpir el sueño de Caleb.

—¡Demonios! —susurré sujetando mi pancita cuando crucé por la sala de espera, rogando que los visitantes se interpusieran entre Lucifer y yo.

—¡Sarah! —escuché a Dylan llamándome muy asombrado a mi paso—. ¡Detente!

Lo hice a su orden, fue casi como si se me hubiese acabado la cadena que me ataba a él. Volteé a verlo.

—¿La conoces? La encontré en el cuarto de Caleb a punto de hacer no sé qué —acusó la mujer, tratando de no levantar la voz.

Se acercaron a mí con la intención de acorralarme en un círculo; bajé la mirada para no seguir viendo el infierno en los ojos de esa mujer.

—Tranquila, Pops —dijo otro hombre. Me atreví a levantar la mirada para verlo porque su voz se parecía un poco a la de Caleb, y también su mirada. Aún estaba tan desolada que estuve a punto de arrojarme a sus brazos y rogarle que me protegiera de esa mujer.

Pero solo pude tragar saliva.

No había duda que ese era el hermano del que siempre habla Dylan. Pero ¿quién era ella? ¿Por qué lo defendía como si fuera esposa de Caleb?

—¿Qué sucede? —escuché a mis espaldas. Se acercó una pareja de edad avanzada, y no me fue difícil deducir quiénes eran. Temblé cuando se pararon frente a mí y me analizaron rápido de pies a cabeza. El señor era tan gallardo como Caleb.

—Ella es Sarah y es mi novia —reveló Dylan. Me sorprendió mucho, y quise aclarar la situación porque no quería que se complicara aún más con esa mujer infernal, pero Dylan tomó mi mano para ordenarme que no abriera la boca.

—¿Y por qué estaba con Caleb? —cuestionó de nuevo la tal “Pops”.

—Porque lo conoce también, ella fue quien le vendió a Porthos. Le platicué lo que le pasó y vino a verlo. Quedamos en vernos en la cafetería, pero fui a comer con ustedes y creo que se desesperó —mintió Dylan con tal maestría.

—¿Cómo está Caleb? —pregunté con voz tímida.

—Hay días... —respondió la mamá de Caleb, pero fue interrumpida por un súbito movimiento de personal médico. De pronto, yo ya no importé sino la confusión que nos rodeó, y más cuando el ambiente se llenó de un frío que me heló la sangre. La tal Pops fue la única que tuvo valor de asomarse al pasillo.

—¡Es Cal! —gritó ya en pánico, antes de correr hacia el cuarto.

Todos corrieron detrás de ella, incluso yo, pero fui detenida tajante por Dylan.

—No, te van a correr a gritos. Eres *nadie* para ellos —me advirtió Dylan mientras me jalaba hacia el elevador.

—Pero... —le supliqué entre jalones que no me alejara, quería saber qué estaba pasando con Caleb.

Pero incluso el elevador coincidió con él en sacarme de ahí.

—Por favor, Dylan. Necesito saber... —le supliqué cuando las puertas del elevador nos encerraron.

Solo espero que no se haya activado uno de esos dichosos códigos especiales que usan los hospitales en las películas, los que significan que el paciente tenía un paro cardíaco.

Por lo que me dijo Dylan antes, era una posibilidad, ya que el corazón de Caleb ha querido fallar un par de veces.

—¿En qué nivel te estacionaste? —demandó apresurado.

—Dos... Dylan, por favor...

Presionó el botón, negándome así más súplicas.

La oscuridad del estacionamiento fue mostrada por el elevador al dejarnos en el nivel donde estaba mi auto.

—Dame las llaves —pidió. No dudó en apretar el botón de pánico en cuanto se las di para buscar mi auto, le importó poco que estuviésemos en un hospital. Después volvió a jalarme sin agresividad.

—Iré a tu casa cuando sepa lo que está sucediendo —indicó mientras me ayudaba a subir a mi auto, pero lo detuve encajándole las uñas en el brazo. Solo así me dejó hablar.

—¡Quiero saber cómo está Caleb! —ordené ya desesperada porque no se me daba mi lugar como madre del bebé de Caleb.

—¡No! —negó Dylan más seguro que yo—. ¡No quiero que te pongas mal!

—Pero...

—¡Entiende que no saben de ti! —recordó con gestos severos ya.

—¡Es hora de que me conozcan! —grité. Mi voz retumbó por el estacionamiento en un eco que me heló la sangre.

—Ahora no. ¡Entiéndelo! —aseveró, noté en su mirada que estaba desesperándolo ya. Miré hacia otro lado para decirle así que estaba molesta—. ¡Piensa en el bebé! ¡Carajo! —exclamó exasperado de mi terquedad.

Solo así me resigné a no estar con Caleb en este momento. Tenía razón, el bebé ha estado inquieto desde que entré al cuarto para verlo, antes de que me cachara la estúpida Pops.

Dylan volteó hacia el elevador cuando sonó para avisar que había llegado al piso.

—Por favor, prométeme que irás a mi casa al rato —le pedí con gestos suplicantes, incluso mi voz se quebró un poco porque las lágrimas estaban recordando que tenían que salir ya.

—Sí, sí... Tengo que irme ya —prometió apresurado antes de cerrarme la puerta, luego corrió hacia el elevador, el cual apenas alcanzó.

No tuve más opción que ponerme el cinturón y arrancar, pero en lugar de ir a mi casa, fui a donde Joy.

Tan pronto platicué a Joy lo que pasó, llamó a las demás para apoyarme por esa noche. Terminé llorando porque las horas pasaban y Dylan no me llamaba para decirme qué había sucedido con Cal.

Nina me vio tan mal que llamó al hospital para preguntar por él, pero fue esperanza en vano porque no quisieron darle información.

Quise regresar al hospital, pero me lo prohibieron también. El bebé estaba sobre mis deseos de hacer un escándalo por no dejarme estar al lado de Caleb.

Esa noche nos quedamos a dormir en la sala. Al menos ellas durmieron porque yo me la pasé sentada en el sillón, a oscuras mientras miraba lo que alcanzaba de ver de la luna. Le imploré que su luz llegara a Caleb para decirle que no se rindiera, que fuera fuerte, como siempre lo ha sido.

Al día siguiente, fui a mi casa.

Llamé a Dylan tan pronto dejé las llaves en el comedor, pero no me contestó. Seguí insistiendo, pero siempre entraba la grabadora. Jamás he odiado tanto a una máquina que no tiene idea de que cada vez que me responde, agrega un grano más a mi zozobra.

—Por favor, Dylan, no me hagas esto. No me dejes en la oscuridad. ¿Qué está sucediendo con Caleb? Llámame... o ven a mi casa —dije en la última llamada tras saturar su buzón con silencios, ya a punto de desfallecer por todos los miedos del mundo que vinieron a agredirme.

19

Sarah

TRES DÍAS DESPUÉS

Dylan no me ha regresado la llamada ni ha venido a buscarme. Ya estaba en un pánico total, tanto que no tuve cabeza para ir a recoger los estudios que me mandó la doctora, los que Joy me llevó a hacerme a fuerzas. Por ahora no podía manejar más estrés.

En un segundo de osadía, me valió gorro la familia de Caleb y fui al hospital a averiguar qué carajos estaba pasando.

Mi incursión salió a la perfección. Las enfermeras me miraron, pero no me detuvieron; tal vez me recordaban de otras incursiones.

Cuando llegué al cuarto, estaba rebosando en nervios porque, por vez primera, me alegraría ver a Caleb aun en coma.

Sin embargo, tan pronto abrí la puerta vi que la cama estaba vacía. No había suero ni las máquinas estaban prendidas. El cuarto estaba como si esperara a que alguien más lo ocupara. Fui al closet a buscar sus pertenencias, pero estaba vacío. Me alarmé tanto que el bebé me dio una patada en las costillas que me sacó parte del aire. Aun así, me las arreglé para ir al cubil de las enfermeras.

—Disculpe, ¿podría decirme dónde está el paciente del cuarto 119? —pregunté. Desplegué un poco de mi ser manipulador, el que Dylan ha sabido desarrollar en poco tiempo.

—¿Es usted familiar? —preguntó como si estuviese leyendo un guion cinematográfico aburrido.

—Soy una amiga del paciente —respondí. No sé por qué fui tan estúpida en no mentir. Decir que era la esposa me hubiera dado acceso a información sin complicación. Después de todo, no piden el acta de matrimonio para verificar parentesco.

—Lo siento, pero ya se lo han llevado —respondió, pero en ese momento el teléfono sonó y lo entendió sin dudar, le valió gorro que yo estuviese aun sedienta de información.

Esperé ahí a que me siguiera atendiendo, pero se puso a sacar unos historiales médicos y me ignoró más, por lo que decidí irme.

Fui al elevador confundida. ¿Eso quería decir que ya lo dieron de alta? ¿Podía sonreír al fin porque pronto vería a Caleb?

Envié un mensaje a Dylan, con suerte ahora sí me respondería.

Estoy en el hospital y me dijeron que ya se llevaron a Caleb.

Por favor, Dylan, no te escondas y dime qué carajos está sucediendo o soy capaz de ir a casa de Caleb a averiguarlo por mí misma.

Caleb sabrá que lo estoy buscando quieras o no.

Esperé a que las dos palomitas cambiaran a azul, lo cual lo hicieron casi cinco minutos después.

DYLAN

No hagas nada que lastime al bebé.
En este momento estoy fuera de la ciudad, pero llego pasado mañana.
Te suplico que me esperes para explicarte todo lo que ha pasado. No hagas ninguna estupidez que pueda lastimar al bebé.

SARAH LLOYD

Está bien. Pero solo esperaré hasta entonces.
Ya estoy cansada de que me estés haciendo a un lado. ¡Necesito saber de él!, y soy capaz de hacer lo que sea por verlo de nuevo.

Ya no recibí respuesta, por lo que arranqué el auto para ir a casa.

DOS DÍAS DESPUÉS

No he ido a trabajar y no me he levantado de la cama porque no tengo ánimos de nada. Por suerte, el embarazo me ha dado la excusa perfecta para pedir días libres.

También he pasado el día con el celular pegado en la mano, esperando siempre el mensaje de Dylan.

El cual llegó el día prometido; me avisó que venía directo del aeropuerto.

Tomé una ducha rápido porque no me he bañado en... bueno, no recuerdo desde cuándo.

Dylan llegó una hora y media después de enviado su mensaje. Lo invité esperanzada a pasar a la sala, pero me mantuve siempre en silencio hasta que se sentó.

—¿Qué sucede? ¿Dónde está Caleb? —pregunté sentándome a su lado. Pero en lugar de responderme, se cubrió la cara con las manos.

—¿Dylan? —le pregunté preocupada. ¿Qué le había pasado?

Dylan salió de su muralla para tomar mi mano, cuando levantó la mirada tenía un par de lágrimas ya corriendo por su rostro.

Hay noticias que gritan por sí solas en el silencio. Algunas te embriagan de felicidad, y otras de dolor que destruye mundos.

—No, no, no... ¡No! —clamé al deducir la historia detrás de esas lágrimas.

Dylan me abrazó tan fuerte que lastimó un poco al bebé. Traté de separarme para seguir negando la verdad no dicha, pero él no me lo permitió porque necesitaba mucho mi consuelo.

—Tuvo un paro respiratorio y... —consiguió decir mientras me separaba para mirarme. No me gustó cómo lo hizo—. Está muerto —reveló serio.

Escuché cada palabra. Entendí por completo.

¡No! No quise entender. Solo quise regresar en el tiempo para borrar esas palabras para siempre. Que la realidad fuera un sueño horrible en donde con solo gritar despertaría en mi cama a lado de Caleb con Porthos acostado en su pecho mientras él lo acariciaba.

—¿Sarah? —escuché la voz de Dylan desfasada.

Me costaba respirar.

Y tampoco quise hacerlo porque era tanto dolor lo que sentía que quería estar frente a la muerte para rogarle que me dejara estar con Caleb solo un segundo. Necesitaba que me dijera tan solo una vez que me amó, y que aún lo hacía desde detrás del velo de la muerte. Solo así podré vivir para nuestro bebé.

Dylan me tocó para atraerme a su abrazo de nuevo, despertó sin intención una soledad que jamás he sentido, la que tuve que liberar con un llanto.

No quise detenerme, quería que el dolor me desmayara para olvidar que Caleb nos dejó.

Pero seguía cuerda y viviendo todo cada vez más intenso, como si fuera una estúpida lección de la que tenía que aprender, quisiera o no.

—Lo siento... Lo siento —susurró Dylan una y otra vez.

Grité cuando sentí que seguía restregándome la muerte; en respuesta, el bebé se movió tan agresivo que supe también estaba llorando a su padre.

Dylan me abrazó aún más fuerte.

—¡No, Caleb no! ¿Por qué me lo quitaste? —demandé a esa estúpida divinidad que no le importó separarnos definitivamente, mientras me aferraba a Dylan hasta el punto de desgarrar su ropa. ¡¿Qué tipo de “ser bueno” arranca a un neonato su padre?! ¡Solo un verdadero bastardo!

Nuestro amor inició con una risa y terminó con dos horribles palabras y lágrimas.

Perdí al amor de mi vida.

Sarah

¡No! ¡No! ¡No!

Porque mi amor por él sigue tan vivo, y no voy a dejar que se desvanezca, porque entonces Caleb pasará a ser solo un recuerdo hermoso y no como la mejor parte de mi vida.

—¡No, no, no es cierto! —espeté soltándome de Dylan entre golpes. Aun sentía que era una broma de muy mal gusto—. ¡Me estás mintiendo!

Dicen que la esperanza es lo último que muere, y yo aun la tengo. Así lo siento en cada respiro que es una súplica para que Caleb aparezca en mi puerta en este instante, como si fuese invocado por el hada madrina de Cenicienta.

—Sarah, tranquilízate, por favor —me suplicó Dylan cuando empecé a sofocarme. Demasiadas súplicas que no estaban siendo escuchadas.

—¿Cómo?... ¿Por qué? —le cuestioné entre jadeos, mientras que me liberaba de sus brazos que querían volver a ser mi cobertor.

—Pasó la última vez que fuiste a verlo. Tuvo el paro respiratorio cuando te saqué del hospital, seguido por el cardíaco. Cuando regresé, ya lo estaban llevando a cuidados intensivos, en donde estuvo en observación. A las tres de la mañana tuvo un infarto cerebral del cual no salió.

“Murió en segundos.

La última oración me regresó a esa terrible verdad que no dejaba de arrancarme la vida. Es más, lo disfrutaba tanto.

Volví a caer en la histeria sin importarme cuán mal estaba haciendo al bebé.

¡No puede estar pasándome esto! ¿Por qué él?, pensé. Dylan se rindió en consolarme y me dejó llorar; quizás pensó que me haría bien.

—Quiero verlo... Por favor, déjenme despedir de él. No sean crueles conmigo, necesito verlo —supliqué con las manos cubriéndome el rostro.

Tenía que tocarlo por una última vez, besar sus labios y decirle “te amo” por cada vez que debí habérselo dicho en vida.

Dylan suspiró acongojado. No me gustó el sentimiento que le puso.

—No puedes hacerlo.

—¿Por qué no?! ¡Voy a tener a su bebé! —exclamé enojada. Y también indignada porque ese jugueto del soldado con novias en cada ciudad ya me estaba fastidiando.

Mi bebé tenía el derecho de despedirse de su padre.

—El funeral fue tan pronto nos entregaron su cuerpo. Solo duró unas horas, las suficientes para que la familia se despidiera. Fue cremado y lo llevamos a la cripta familiar en Edimburgo. Cuando me llamaste, estábamos en una pequeña comida en casa de mi abuela para recordarlo.

Estaba en silencio, tratando de controlar todos los sentimientos.

—¿Por qué me negaron despedirme de él? —susurré sintiéndome tan sola y perdida.

El bebé no dejaba de moverse, quizás estaba reclamando también.

—Porque él así lo estipuló en su testamento.

Me pareció tan trágico que alguien joven tuviera uno.

—Sí. Se recomienda a los soldados que siempre tengan actualizado uno. Caleb sabía de la

preocupación en la que vivía su familia todo el tiempo que estaba en rotación, y no quiso darles más dolor. Por eso todo fue rápido.

Volví a cubrirme el rostro con las manos.

—¡Maldito Caleb! ¿Por qué me hiciste a un lado? —farfullé porque él mismo me quitó el derecho de despedirme.

Quería que terminara esto, que fuera todo mentira... ¡Y qué el bebé me dejara en paz un minuto!

—¿Por qué no me llevaste con él? ¿Por qué no les hablaste de mí? —le reclamé poniéndome de pie.

—Porque mis tíos estaban devastados, aún lo están, sobre todo mi tía. No podía manejar...

—Me hubieras llevado como tu novia —le supuse en lo que me ponía de pie para hacer mi reclamo más severo.

—Todo fue muy privado, Sarah. Los únicos amigos a los que se les avisó fueron los íntimos; sus compañeros de pelotón, o como sea que se le llame, tampoco pudieron asistir.

Me quedé en silencio. Me arrancaron todo sin que yo pudiera hacer algo. Pero eso pasa cuando se es la novia secreta que no es tan importante para presentar a la familia.

—¿Qué voy a hacer sin él? —pregunté a esa estúpida divinidad que no ha hecho nada más que hacerme sufrir de la peor manera. ¡Esto fue su jodido error y ahora tiene que resolverlo sin estúpidas excusas!

Me dejé caer de rodillas en medio de la sala entre un quejido cuando el bebé me pateó de tal manera que me hizo reaccionar a la realidad que él tenía ahora. ¿Cómo iba a decir a mi bebé cuando creciera que su padre murió sin saber siquiera que venía en camino?

—Sarah, no estás sola. Aquí estoy, déjame estar siempre para ti —me prometió Dylan viniendo rápido a mí para abrazarme.

Su apoyo fue tan abrumador que me hizo soltar un suspiro que liberó parte de mi angustia. En verdad sentí que estaba apoyándome en ese momento tan duro.

Dylan se quedó abrazándome por mucho tiempo. Siempre en silencio y dejando que llorara de vez en tanto.

Hasta que su estúpido celular sonó para romper el momento de tranquilidad que me fue dado por un extraño.

Dylan contestó, pero se paró para hablar sin molestarme. No presté atención a su conversación porque estaba tratando de acostarme en el sillón.

—Sarah —me llamó Dylan. Se hincó a un lado de mí, me retiró unos mechones del rostro y aprovechó para acariciarme también, todo el tiempo me miraba con compasión—. Tengo que irme. Me necesitan en el pub.

Bajé la mirada. ¿Cómo puede seguir su rutina diaria cuando Caleb está muerto? ¿Acaso no sentía mal su ausencia? ¿No sentía que el jodido universo se detuvo para llorar su pérdida?

—No quiero dejarte sola. ¿Puedo llamar a...? —consultó.

—Joy, Nina o Lidya.

—¿Tus amigas?

Asentí con la cabeza. De reojo vi que apretó los labios en congoja al verme destrozada, por eso no dudó en acariciarme la mejilla para seguir consolándome.

—Bien. ¿Puedo usar tu celular para llamarles? —consultó.

—Sí —le respondí mientras le señalaba donde estaba.

Llamó a Joy, con quien se presentó y le explicó rápido lo que había pasado. Sentí un hoyo enorme en el corazón de nuevo cuando dijo que Caleb nos había dejado. Fue como si hubiera

rebobinado el cassette para disfrutar una vez más mi espíritu muriendo.

¿Cuántas veces tendré que escuchar la historia más triste de mi vida?

Después de colgar dejé mi celular en la mesa de centro para sentarse en el suelo frente a mí y seguir acariciando mi cabello.

—Hermosa, no olvides nunca que estoy a tu lado —susurró, pero solo reinició mis lágrimas porque sentí su voz como si fuera la de Caleb.

Me hizo compañía en silencio hasta que alguien tocó el timbre. Iba a ponerme de pie con trabajos, pero me dijo que él abriría. Casi enseguida, escuché las voces de todas mis amigas. Me senté en el sofá para recibir las, pero en su lugar regresó Dylan.

—Te dejo con ellas. Mañana vengó temprano.

—No es necesario —dije bajando la mirada.

—Lo es, Sarah. Me necesitas —aseguró inclinándose para darme un beso en la frente, lo sentí tan devoto que me lastimó.

No quería recibir amor de nadie más que Caleb.

—Gracias, Dylan —le dije alzando la mirada cuando se irguió.

Se retiró ya. Pero antes de dejar la casa, escuché que agradeció a mis amigas por venir a verme.

Tan pronto cerró la puerta, mis amigas entraron a la sala y de nuevo entré en ataque de histeria con solo verlas. Como no sabían muy bien qué había sucedido con Caleb, nada más que falleció, solo intentaron consolarme en silencio.

No sé por cuánto tiempo más lloré. Pero fueron pacientes a que me cansara —porque lágrimas siempre tendré— para que pudiera relatarles la manera tan rápida y egoísta en la que perdí a mi hermoso boy scout.

—No entiendo por qué Dylan no les dijo a sus padres de ti —comentó Joy. Ella siempre ha sido mi amiga la analítica, con quien puedo obtener un punto de vista frío y real, aunque no me guste.

Y cuando quería citas de una noche, Nina era la indicada para conseguirlas. Mientras que Lidya es mi amiga inocente y risueña. La que siempre es la diana de nuestras bromas.

—Porque Dylan les dijo que yo era su novia cuando me cacharon —expliqué—. Al momento agradecí que lo hubiere hecho porque así me enteraría de muchas cosas, pero fue cuando... —un respiró de dolor me calló y me llevó al llanto de nuevo. Estuve en el momento exacto en que Caleb empezó a morir y no estuve a su lado.

Pude verlo, pero sin saber que en minutos iba a perderlo. De haberlo sentido, aunque sea un poco, nunca les hubiera dejado que me separaran de él. Y les hubiera gritado quién era yo en realidad, quisieran saberlo o no.

Siempre me recriminaré por no ser más tajante con Dylan en quedarme.

—Ponte en su lugar, Joy —situó Lidya. Las tres la miramos porque usualmente no tenía ese tipo de análisis. La dejamos seguir—. Es mejor que sepan que es novia de Dylan, porque han perdido un hijo, y si se enteran que el bebé es de Caleb... Bueno, querrán recuperar lo que perdieron.

—¿Quitándomelo? —consulté mientras abrazaba mi bebé para protegerlo.

—Sí —respondió Lidya—. Yo te recomiendo que sigan con esa idea hasta que... —soltó un suspiro algo acongojado—, bueno, no sé cuándo. No los conoces, y tener un “padre” de mentira puede protegerlos.

Creo que tenía razón porque Dylan me dijo que la señora McGregor estaba muy mal por perder a su hijo. Podría metérsele en la cabeza que mi bebé llenaría ese vacío.

Tenía que protegerlo de su propia familia.

—Sarah... —me llamó Nina, pero su tono fue precavido.

—Habla con confianza —le dije.

—¿Cómo era Caleb? —preguntó con gestos algo incómodos.

No sé por qué sonreí con ironía.

Lidya le dio un codazo porque su pregunta fue imprudente. Pero prefiero hablar de Caleb en vida, que de ese momento que me fue arrebatado.

—Lidya, he aprendido con mis pérdidas que ayuda mucho hablar con otros en un funeral de las cosas buenas que viviste con la persona en cuestión. Sientes tristeza, pero también agradecimiento por haberlo tenido en tu vida, y por todos los recuerdos que se fundaron para ser un consuelo después.

—Eso es cierto —concordó Joy.

Me quedé pensando. Más bien recordando todo lo vivido con Caleb.

—Estuve con él tan poco —balbuceé la verdad.

—Pero debió dejarte muchos momentos bellos para haber decidido tener a su bebé y seguir amándolo en su ausencia.

Sonreí porque así era.

—Era un hombre tan complejo de entender. Era amoroso con solo una mirada. También muy introspectivo. Muchas veces lo caché acostado en suelo con la mirada perdida en el techo mientras que acariciaba a nuestro primer bebé —hicieron muecas de confusión, pero les dije que hablaba del cachorrito que me regaló Nina. Entonces caí en otra realidad—. ¡Ni siquiera podré tener a Porthos! —dije entre sollozos que rápidos fueron calmados. Seguí tras un suspiro triste—. A Porthos le gustaba mucho acostar su cabecita en su pecho y lo miraba con el mismo interés. Los dos se la pasaban retándose, y estoy seguro que se hubieran gruñido, pero al final se querían mucho.

“Tal vez Porthos sabía que Caleb lo necesitaba mucho en esos momentos que quizás estaba pensando en la guerra. Aunque en su momento me pareció que estaba tratando de explicar el universo dentro del color blanco.

—Porthos era como un perro de terapia —comentó Joy.

—Mas bien como el mejor amigo que siempre está ahí..., como ustedes —expliqué con lágrimas que pude contener. Limpié una que escapó y seguí—. Era tradicionalista. Siempre que estaba conmigo teníamos que tomar té a las cinco de la tarde con bocadillos y todo.

Todas rieron.

—De ahí tu nueva pasión por el té —comentó Nina, a lo que asentí.

—Sí, eso me acerca más a él —respondí.

—¿Qué más? —preguntó Joy entusiasta de que me estuviese ayudando hablar de él.

—¿Alguna vez han conocido a un hombre que cante el tema de Thunderbirds mientras se baña? —consulté. Y mientras rieron por lo bajo, agregué—. Con conteo y todo.

Se taparon la boca para no carcajearse.

—Era mi boy scout...

—¿Cómo? —consultó confundida Lydia.

—Cal es... —se me atoró un suspiro porque ya tenía que hablar de él en pasado. ¿Cómo hacerlo cuando nuestro bebé me hace sentir que él aún está con nosotros?—. Era un hombre que tenía una solución para cualquier problema manual.

“Era tan hábil que bien pudo haber fabricado un condón con papel film y una liga —expose mientras lo imaginaba improvisando conmigo entre sus piernas.

Rieron. Y ese pensamiento de él me dio un segundo de calidez.

—Eso es porque era soldado —dilucidó Lidya.

—Sí, pero entonces no lo sabía —aclaré—. Y eso lo hacía aún más interesante para mí, porque me gustaba ver cómo se las ingeniaba.

—Debió ser muy sexy —comentó Nina.

—Yo era su koala... su sexy-bollos —comenté y desaté carcajadas. Quise reír también pero no pude, y solo me sentí tan nostálgica—. Era muy malo para los apodos, pero me encantaba que me llamara así.

—Sarah, tengo una sugerencia para ti —puse atención a Joy—. Ya que te quitaron el derecho de despedirte de él —bajé la mirada triste—, haz tu propio “tributo”.

—¿A qué te refieres? —levanté la mirada cuando Nina me arrancó la pregunta.

No quería ir como viuda a dejar una flor en la tumba del soldado desconocido, ni usar una flor de amapola en el día del recuerdo. ¡No!

—Todos tenemos un lugar especial con nuestro amorcito. El mío es el árbol que tiene Stanley en su casa —explicó Joy.

Recordé de inmediato la cabaña. En especial el momento en que estábamos en la hamaca, disfrutando el anochecer a lado de la fogata que nos ofrecía su tímido candor, mientras que los insectos, que en otra ocasión me hubieran aterrado, tocaban la más hermosa de las sinfonías. Nuestras delicadas caricias fueron el diálogo silencioso en donde nos dijimos “Nunca te dejaré ir” una y otra vez.

Y ahora tengo que hacerlo.

Apenas pude contener un suspiro.

—Sí, teníamos un lugar especial —les confesé.

—Bien. Ve ahí y recuérdalo —sugirió Joy—. Lloro... Desahógate sin que nadie te limite. Ríe con los momentos graciosos que tuvieron. Habla con él.

“Después regresa liberada...”

—Nunca lo voy a olvidar —aseguré interrumpiéndola.

—No. Pero regresa liberada del dolor que está lastimando a tu bebé —respondió acariciando mi pancita—. Caleb vive en ti a través de tu bebé. Recuérdalo siempre, no lo lastimes más.

Tenía razón. Nuestro bebé ha estado sufriendo por algunas horas ya, y es muy pequeño para haber conocido la tristeza.

—Lo haré —le prometí.

Lydia acarició mi cabeza.

—Cenemos algo —sugirió y asentí algo sonriente.

Joy sacó su celular para pedir comida al bistró que solíamos visitar cuando venían los fines de semana.

Se levantaron para preparar la mesa para cenar, mientras que yo me quedé en la sala con los pies arriba para abrazarme como pude.

La idea de Joy era buena, porque sería un momento completamente íntimo con mis recuerdos. Pero necesitaba algo más físico. Necesitaba ver a Caleb... o lo que queda de él.

Necesitaba terminar de creer que lo había perdido.

Podría preguntar a Dylan que me diera el nombre del cementerio en donde Caleb estaba descansando en Escocia e ir a verlo. Tocar su alma una última vez.

Esto no es justo, pensé mirándome el vientre, en ese momento el bebé se movió un poco para acomodarse. ¿Cómo voy a criar yo sola a nuestro bebé, cuando apenas me mantengo cuerda?

Si tan solo su familia supiera de mí, y no sospechara que están locos, todo sería más llevadero.

Los tendría a ellos también para perpetuar la memoria de Caleb en nuestro bebé.

Por favor, dios, por favor. Que esto sea una horrible pesadilla. Dame la felicidad de tenerlo a mi lado.

Lo necesito... Lo amo con toda mi alma, supliqué en silencio con los ojos cerrados para contener el sofoco que iniciaba las lágrimas.

¿Qué hubiera pasado si no lo hubiera bloqueado, y en su lugar le hubiera preguntado acerca de su última confesión?

Me arrepentí entonces, y ahora más por haber borrado nuestra conversación. Nos dijimos tantas cosas bonitas y graciosas que hoy serían mi cobertor para alejar la tristeza un poco.

No sé cuánto tiempo me perdí en mis súplicas que no paraban, pero cuando abrí los ojos, Joy se acercaba a mí para decirme que fuera a cenar con ellas. Ni siquiera escuché el timbre de la puerta.

Mis amigas trataron de seguir animándome; reían con la intensidad de contagiarme. Y quería hacerlo también, pero mi risa estaba encadenada por el duelo.

—Me quedaré contigo esta noche —avisó Joy.

—No es necesario —rechacé—. Estoy muy cansada y solo quiero dormir por horas.

—No queremos dejarte sola —explicó.

—No lo estaré, en realidad —dije tocando mi vientre—. Además, Dylan dijo que vendría en la mañana.

—¿Estás segura? —consultó dudosa. Asentí fingiendo una sonrisa para que no siguiera insistiendo.

Me aterraba quedarme sola esta noche, pero también necesitaba estarlo.

Un par de horas después, se despidieron con mi juramento de llamar a cualquiera de ellas si ya no quería estar sola.

—Estaré bien. Les envío un mensaje tan pronto me despierte —les prometí.

—Está bien —dijo Lidya—. Por favor, Sarah, se fuerte y piensa en tu bebé siempre. Aférrate a que pronto lo tendrás en tus brazos.

—Sí. Lo prometo —dije con otra sonrisa fingida.

Cerré la puerta tras que empezaron a bajar las escaleras y regresé a la sala, en donde me quedé de pie, mirando el vacío que queda tras que alguien importante se ha marchado. No sentía aun su ausencia, a pesar de que la voz de Dylan en mi cabeza no se cansaba en recordarme que Caleb estaba muerto.

—Estás muerto —susurré, y, al instante, me ahogaron las sensaciones incomprensibles que me daba la idea de no verlo más.

¿Cómo se sigue adelante sin amor? ¿Cómo enseñaré a mi bebé a sonreír cuando su padre se ha llevado todas mis sonrisas verdaderas con él?

Mis lágrimas brotaron con cadencia.

Cada una representaba una hora que viviré sin Caleb.

Un minuto que miraré a nuestro bebé y lo veré a él.

Un segundo que moriré lentamente.

Sarah

A LA MAÑANA SIGUIENTE

Desperté con el timbre sonando a la distancia. Me confundí un poco al abrir los ojos porque estaba en mi cama, cuando lo último que recuerdo fue que estuve catatónica por horas parada en la sala. No sé cómo llegué aquí.

Vi que sujetaba la placa que Caleb me dio. Sus palabras fielmente grabadas abrieron la puerta para mis lágrimas, que fueron calladas brutalmente por el timbre de nuevo.

—Ya voy —dije desganada.

Dejé la placa en el buró y me levanté con trabajos para ponerme las pantuflas. De seguro, era Dylan que venía a hacerme compañía. El único hombre que está cumpliendo su promesa.

—Hola —me saludó en cuanto le abrí la puerta.

—Hola —le respondí.

Reconoció que “Buenos días” era un mal saludo para la terrible depresión que traíauestas. Y aún lo era más “¿Cómo estás?”.

Fuimos a la sala en silencio tras que lo invité a pasar.

—¿Quieres salir a desayunar, o preparo algo rápido? —preguntó después de pensar si sentarse o no.

—Te ayudo a cocinar algo. No tengo ganas de salir.

—Bien. Muéstrame la cocina.

Lo guie de nuevo en silencio. Apenas si podía mostrar un poco de gusto por su compañía.

—Ve a cambiarte en lo que yo empiezo —sugirió cuando iba a tomar la tetera para ayudarle a preparar el desayuno.

No discutí y fui al cuarto a ponerme un pants. Cuando regresé, miré unos segundos a Dylan cocinando y me dolió tanto que no fuera Caleb preparando sus deliciosos sándwiches de pepino con queso crema. Ese delicioso tentempié significaba que era hora del té y de platicar de cualquier cosa, que no fuera de su trabajo.

Sin embargo, la presencia masculina me hizo sentir abrigada, lo que necesitaba en ese momento.

Mis amigas me ayudaron mucho al hablar de Caleb, aunque haya sido triste por momentos, pero Dylan me hace sentir algo que aún no termino de comprender.

Ayudé a preparar fruta, un café para él y una infusión de frutos rojos para mí.

—Dylan, hay algo que quiero pedirte —le dije después de que nos sentamos a desayunar.

—Sí, pídemelas estrellas y la luna si quieres. Haré todo lo posible para atraparlas solo para ti.

Quise agradecerle el halago, pero solo tenía suspiros acongojados, así que no contuve uno de ellos para tomar valor.

—¿Puedes darme la dirección en donde Caleb está descansando? Quiero ir a verlo —pedí con voz tímida.

Dylan me miró en silencio antes de beber su café. Aún seguía alejándome del sufrimiento que

me dio Caleb.

—Por favor, Dylan —supliqué en un murmullo—. Estaré bien después de verlo.

—Está en el cementerio Warriston. Iré contigo, pero...

—¿Podríamos ir el próximo fin de semana? —le pedí urgente. No quería dejarle decidir cuándo, porque iba a seguir siendo protector conmigo hasta que desistiera de ir a verlo.

—Tengo algo que hacer antes. ¿Te parece dentro de dos semanas?

Es mucho tiempo en espera. Pero tal vez podría ir este fin de semana a la cabaña y el siguiente a ver a Caleb, consideré, y terminé aceptando su plan.

—Bien. Solo ten en cuenta que él está en la cripta de los McGregor, no esperes ver una tumba exclusiva para él.

—Sí, no importa.

Yo hubiera puesto un altar solo para él, que demostrara cuánto fue amado por mí y su bebé. Y cada vez que lo fuéramos a ver, le llevaríamos S'more y bolsas de su té favorito.

—Bien. Prepararé el viaje... —empecé a planear.

—Sí. Solo que tendremos que regresar ese mismo día porque mi socio me necesita — interrumpió.

—Sí. Tampoco puedo pedir más días en el trabajo —le hice saber. Era mentira, pronto estaba por entrar en permiso por maternidad, así que mi jefe veía natural las faltas al trabajo que he tenido.

Me sentí un poco mejor con la pronta visita a Caleb.

Dylan cambió el tema con la clara intención de subirme el ánimo. Me pidió que sonriera para él cuando me perdía en el recuerdo de Caleb, pero no pude... ¡No puedo hacerlo! Y cada vez que lo intento siento una opresión en el corazón, como si estuviera amarrado por cadenas de picos para que recuerde que solo puede sonreír a Caleb.

Creo que nunca volveré a sonreír.

VIERNES POR LA MAÑANA

Abordé sola el avión que me llevaría a Edimburgo.

Seguí prometiendo a Dylan durante la semana que lo esperaría, pero conforme terminaba cada día, decidí que tenía que ir sola a visitar la tumba de Caleb. Enfrentar mi más grande miedo y aceptarlo por la felicidad de mi bebé. No podía él verme ni un solo segundo muriendo de tristeza por su padre.

Miré por la ventana todo el vuelo. No pensaba en nada, solo me dejé llevar por el momento que terminaría en algo doloroso.

Pero, una vez más, era algo que tenía que hacer; aunque terminara de destrozarme.

El taxi se desplazó por la ciudad a una velocidad prudente para que yo pudiera ver la arquitectura escocesa, la cual no era diferente de la inglesa. Después de conversar con el taxista, de mis “motivos” para estar ahí, decidió que diera un vistazo rápido de la ciudad que amaba y estaba muy orgulloso de mostrar a los turistas.

Era hermosamente melancólica.

Sujeté con fuerza la placa de Caleb, mi fiel compañera desde hace días, muy significativa a su profesión y sus sentimientos. En su momento lo consideré como otra cosa más de su obsesión por *Call of duty*, cuando me estaba dando algo que era parte de su vida. Si hubiera seguido bromeando con su juego, tal vez lo hubiera disuadido a revelarme su vida verdadera.

¿Es posible que todo hubiese sido diferente ahora? ¿Él seguiría vivo?, me cuestioné

conteniendo el compunjo.

La verdad es que todo hubiese sido igual. No hubiese cambiado la maldita decisión de ese terrorista en fabricar la bomba que lo destruyó.

Un momento tan importante que no lo era para el destino.

A lo mejor lo único que hubiera cambiado era que su familia sabría de mi ahora.

Nada más.

El auto se detuvo en un semáforo. Fueron cortos segundos que me hicieron mirar hacia la acera para dejarme en shock cuando vi a un hombre caminando con algo de prisa. Se parecía tanto a Caleb que rápido lo seguí con la mirada hasta que entró a un Tesco. Quise bajar del auto para ir con él, pero recordé dentro de un sollozo que Caleb estaba muerto. Solo era mi mente y la ciudad quienes me engañaban con algo que deseaba a gritos.

Este no iba a ser el primero ni el último Caleb que vería retratado en otro hombre que paseaba por la calle. Ahora sé que siempre lo buscaré en los rostros de todos los hombres.

Regresé a mi viaje triste.

El taxi se detuvo a las puertas del cementerio.

—Que encuentre paz, señorita —me dijo el taxista cuando bajé.

—Gracias.

Ahí estaba ya frente a esa reja de hierro forjado. Cada uno de mis latidos presentían la reunión triste con Caleb, y temían dar el primer paso en la casa de la muerte.

Miré de vez en tanto las tumbas desoladas, como un recuerdo perdido en el tiempo. Fue triste ver como terminamos algunos en la historia.

Gracias a un buscador de tumbas, encontré la de los McGregor, la cual databa desde mil ochocientos y tanto; Caleb siempre tuvo historia.

Una cripta antigua, pero muy bien cuidada, atestiguaba la descendencia de mi bebé. Soportando segundo a segundo las inclemencias del tiempo para ser los únicos vestigios que recordaban que esos McGregor existieron, y tal vez fueron igual de amados que Caleb.

Leí en susurro los nombres que iba recorriendo, hasta que llegué a “Caleb McGregor”. Mi corazón se detuvo con el abrupto que le prosiguió mi llanto.

Ahí estaba. Tan real. Frío. Ausente.

Todo el tiempo tuve la vaga esperanza de que fuera una pesadilla que despertaría al comprobar que su nombre no estaba ahí, pero la eternidad era cruel al asegurar la verdad.

Me dejé caer de rodillas porque ya no soporté el dolor; sentí que mi corazón tartamudeó entre la vida y la muerte, mientras que el bebé me pateó como si quisiera salir de mi vientre para huir de la realidad al que lo traje.

—Él está muerto —dije—. Él está muerto... Él está...

Lloré.

Por lo que amé. Por lo que pudo ser y me fue arrancado. Por lo que nunca pensé que poseería y jamás tendré con alguien más... Por Caleb. Por el único hombre que pensé estaría a mi lado siempre.

—Él era mi norte, mi sur, mi este y oeste... —se me fue la voz con el sollozo—. Pensé que el amor duraría para siempre: estaba equivocado —traté de recitar la parte del poema de W. H. Auden que siempre pensé describía el verdadero dolor de perder a alguien. Jamás deseé recitarlo, y ahora no puedo siquiera terminarlo bien.

Me puse de pie cuando las lágrimas se detuvieron un segundo para que respirara un poco

mejor. Alcancé su nombre gravado, el que adoré desde que lo escuché de sus labios. Una caricia cálida que traspasaría esa piedra fría y cruel para tocar un poco de su alma, que sintiera mi amor atravesando el tiempo.

Después toqué mi vientre.

—Gracias por dejarme este bello regalo. Le hablaré de ti todos los días... De lo mucho que amé tu risa, de lo mucho que añoro tus abrazos. De lo mucho... —me solté a llorar de nuevo, pero aun así logré decir—: Te amo... eternamente.

Un suspiro me llevó a alejarme un poco de la tumba. Ya no podía seguir ignorando la súplica del bebé de no seguir sucumbiendo de tristeza. Nos estaba haciendo mucho daño a ambos.

Saqué el celular para tomar una fotografía de la tumba de Caleb. He visto a personas hacerlo en los cementerios, y siempre me ha parecido mórbido, pero ahora entendía por qué lo hacían.

Era el último vestigio de mi ser amado que me serviría para conectarme con él aun en distancia. No vivía en la ciudad para verlo todos los días, solo así podría estar cerca de él.

El bebé me dio una patada tímida, como si quisiera recordarme algo.

—Cal, por favor, no me abandones en el momento que más te necesitaré —le supliqué.

Todo estaba tan silente. ¿Así es el verdadero sonido del abismo en mi vida?

Después miré hacia el cielo parcialmente nublado, y la ausencia absoluta de calidez me erizó la piel. Era irónico que me urgía estar con Caleb, y ahora no podía seguir aquí.

Pero es que no lo sentía, y solo estaba terminando de destruirme.

Besé su nombre marcado en la piedra y me marché.

Mientras caminaba a la salida, no sentí paz ni tranquilidad. Solo la obligación de seguir adelante por el bien de nuestro bebé.

Decidí que mi vida sería ser una dadora de felicidad para él. No me vería llorar por su padre, solo me verá sonreír por sus recuerdos.

Tomé un avión de regreso a Londres dos horas después. Mi siguiente lugar sería la cabaña en donde pasaría el fin de semana con nuestros recuerdos.

EN LA CABAÑA

AL DÍA SIGUIENTE

Hice una reservación durante la semana para usar la misma cabaña de esa vez. Al menos la buena suerte estuvo de mi lado con eso.

Los recuerdos se presentaron como fantasmas de otra dimensión tan pronto vi la cabaña a la distancia. No sonreí, pero hubo calidez en mi corazón por cada maravilloso segundo a su lado en ese lugar.

Fue una escapada de fin de semana tan romántico y divertido, y ahora me doy cuenta que no lo valoré lo suficiente, porque, como toda persona que da la vida por sentado, pensé que habría muchos más.

—Respira —me dije antes de entrar a la cabaña.

Sé que es imposible, pero percibí el aroma masculino de Caleb, y su presencia, lo que he anhelado. Tal vez escuchó mis ruegos frente a su tumba y decidió quedarse conmigo un poco más.

—Sabía que estarías aquí —dije en voz alta. Pero nadie me respondió.

Dejé la maleta junto al sillón para regresar al auto por las bolsas con comida.

Después me dediqué unos minutos a preparar un tentempié.

Cuando me senté en el sillón a comer, miré el lugar y no lo sentí vacío, sino como que había

salido a correr, y siempre estaba esa promesa de que regresaría para seguir divirtiéndonos juntos.

Después salí para disfrutar el siguiente recuerdo. No me acosté en la hamaca porque con mi embarazo sabía que iba a quedarme atascada ahí, tampoco prendí la fogata porque no sabía cómo hacerlo.

—Ahora entiendo la importancia de cargar un pedernal —murmuré irónica—. ¡Ah! ¡Tengo una idea, Cal! —dije regresando adentro para preparar algunos S'more en la cocina.

Ya con varios en un plato, volví a salir para sentarme en el suelo con un vaso de leche y los S'more. Miré hacia el horizonte oscuro mientras escuchaba la sinfonía de los insectos que seguía siendo igual de hermosa.

Al recordar el momento con S'more, el bebé se movió un poco, solo como si me dijera que le agradaba la paz que al fin le estaba dando.

—¿Te gustan? —pregunté al bebé—. Tu papi me enseñó a hacerlos —acaricié mi vientre—. Tu papi era un misterio. Todo lo que hacía era sorprendente —seguí platicándole—. Sabes, pasé horas en silencio con él y siempre me pareció fascinante. Creo que él hubiera estado encantado con la idea de acampar contigo..., si es que eres un bebito lindo. Y si eres una preciosa nena, hubieras sido su princesa. Te hubiera construido un castillo con torre y todo. Hubiera jugado contigo a ser tu valiente caballero.

“Te traeré aquí cuando puedas correr, para que disfrutes mejor el lugar.

“Sé que te hubiera amado mucho —suspiré afligida—. Nos dejó de la manera incorrecta, pero siento que lo hizo para protegernos de las cosas que vienen con él por ser soldado.

El bebé se movió como si me entendiera.

—Sí, así es. Estuve muy poco tiempo con él, y tal vez no lo conocí al detalle, pero, mi lindo bebé, lo amé... lo amo —le aseguré abrazando mi vientre.

Miré hacia el horizonte, y juro que vi a Caleb cargándome después de haberme sacado del estanque que casi me mata con hipotermia. Su voz y risa entibiaron mi corazón tanto que deseé quedarme ahí más tiempo, disfrutando los recuerdos que se presentaban en hermosas visiones palpables.

Pero la noche se hizo fría y tuve que entrar. Fui a la cama a recostarme después de prepararme un té, y tristemente no rechinó como esa vez que me puse a brincar un poco en ella.

—Al parecer, tu papi la arregló bien —comenté al bebé.

Me paré para ir por el celular. E iba brincar de regreso a la cama, pero no quise lastimar al bebé. Me recosté de nuevo y puse una de las tantas canciones que Caleb llegó a enviarme por WhatsApp. De hecho, tenía una lista llamada “Música de Caleb”, la que jamás voy a borrar.

Puse el celular a un lado para escuchar tranquila la música mientras dejaba que los bastos recuerdos siguieran llegando.

La noche que antes me daba felicidad por amar a Caleb, ahora me llevaba a la soledad; desde hace dos noches me he ido a la cama a llorar hasta caer dormida.

No quise destruir los recuerdos hermosos con lágrimas, por eso me levanté para ir a la sala, en donde me senté a mirar la placa en mis manos mientras la música sonaba. Acaricié cada palabra pensada por Caleb para confesarme sus sentimientos, y lo volví a sentir en cada una de ellas.

He sujetado su placa en todo momento como un recuerdo palpable, pero ahora quiero que todas las noches se convierta en el ticket que me llevará a sueños en donde solo ahí podré hablar con él.

Me ayudará a despertar en paz, solo para enfrentar una vez más que jamás volveremos a estar juntos.

Así serán mis noches.

Apenas empecé a bostezar, fui a la cama, apagué la música y me acosté para dormir.

—Buenas noches, Cal —dije en voz alta mientras trataba de abrazar el vacío que él llenó meses atrás.

El celular me despertó muy temprano.

—Hola, Dylan —respondí sin ver la pantalla; tuve un presentimiento de que era él.

—¿Dónde estás? —me preguntó con desespero, incluso llegué a notar toques de reclamo.

—En el campo...

—¿Desde ayer? —me interrumpió con actitud de novio.

—No, ayer estuve en Edimburgo. Fui a ver a Caleb —revelé al fin, tarde o temprano se iba a enterar.

Fue raro que no respingara porque lo hice a un lado, cuando él quería estar conmigo en cada segundo de ese viaje.

—¿Dylan? —le llamé después de que se quedó callado mucho tiempo.

—Te dije que haríamos eso juntos —me reprendió con voz afilada.

—Lo sé, pero, Dylan, es algo que tenía que hacer sola.

—¿Cómo supiste dónde estaba enterrado?

—Internet. Se usarlo muy bien.

—¿Te vio alguien de mi familia?

—No. Solo me despedí de él y tomé el vuelo de regreso, luego vine a aquí.

—¿Y dónde es *aquí*?

—Fuera de la ciudad, en un lugar en donde solo estamos nosotros.

—¿Nosotros? —ahora su voz cambió a celosa.

—Mi bebé y yo.

—¡Ah! Bien... ¿Me dejarás verte de nuevo cuando regreses? —preguntó cambiando su tono a suave y devoto, el que siempre usa cuando coquetea conmigo.

—Sí, siempre y cuando no corras la voz de que el bebé que espero es de Caleb.

La advertencia de que me lo pudieran quitar me resonó en la cabeza con la petición de seguir viéndonos.

—¿Por qué no quieres que se enteren? —me preguntó intrigado.

—Porque no estoy lista para enfrentarlos, ni para que atosiguen a mi bebé.

Dylan guardó silencio para pensarlo por unos segundos, pero terminó aceptando.

—Tengo que irme, porque tengo una cita con proveedores, pero ¿me hablas cuando llegues a tu casa? —pidió algo urgido.

—Sí.

—Regresa con cuidado, hermosa.

—Lo tendré.

—Que tengas un buen día —dijo antes de colgar.

Me molestó que me dijera eso, pero tras dejar el celular a un lado convine que fue una despedida innata. Algo tan condicionado en nosotros.

Me levanté para darme una ducha y después desayunaría. Mi plan era pasar otro rato admirando al fantasma de Caleb que a veces caminaba por la cabaña, llamándome siempre “sexy-bollos”.

Conformé dieron las cuatro de la tarde, decidí que era hora de regresar a la ciudad. No quería manejar de noche en la carretera porque no tengo buena vista para hacerlo. Y no iba a poner en

riesgo innecesario al bebé.

Tras terminar de llevar todo al auto, regresé a la cabaña solo para sentirlo una vez más... Tal vez la última.

—Caleb —dije en medio del lugar—, gracias por seguir conmigo —guardé un silencio que permitió que las lágrimas empezaran a brotar, pero eran tímidas. Continué—. No voy a despedirme porque sé que seguirás cuidándonos desde donde sea que estés.

“Solo te pido que conozcas a tu bebé en sus sueños. Sé ahí su padre y ¡ámalo! Te va a necesitar mucho.

Aguardé unos segundos esperando una respuesta. No sé por qué aún tenía la esperanza de que me hablara como si fuera un fantasma que se rehusaba a abandonarnos, cuando ahora solo quiero que encuentre paz.

—Te amo, mi sexy boy scout. Te amo desde tu primera risa impertinente.

Con solo darme la media vuelta para irme, terminó mi tributo a Caleb McGregor.

Era hora ya de regresar a la ciudad, en donde la vida continúa sin él. Ignorante de que un buen hombre murió por proteger la paz y la felicidad de todos.

Mi norte, mi sur, mi este y oeste.

Mi latido... Mi lágrima

Mi amado Caleb.

AGRADECIMIENTOS

Siempre ha sido para mí muy importante agradecer a aquellas personas que me apoyaron y a otras que me orientaron con su conocimiento para que la historia de Caleb y Sarah tomara forma como la visualicé hace años ya.

No me cansaré de agradecer en cada libro a mis padres, a mi familia y amigos porque han apoyado mi maravillosa aventura de las letras.

A mi hermano, quien fue entusiasta en todas mis conversaciones y descubrimientos del SAS. Gracias a él, Caleb es mi perfecto soldado.

A Bélgica Cortes, por su linda amistad, la cual espero que duré muchos años más. Sus consejos tras leer la historia me inspiraron a profundizarla aún más. Ese par de lágrimas son gracias a la emoción que ella me expresó.

A Michael Loizou, por su entusiasmo en saber más de mis historias, y por ayudarme a hacer mis personajes más ingleses.

A Grace Luna, por ser una lectora apasionada, y por ayudarme con su conocimiento médico. Aun sin saber para qué historia era, estuvo disponible para aclarar mis dudas.

A Effy Gil, por su amistad, y nuestras largas conversaciones en el chat. Casualmente estuvo ahí siempre que necesite descansar un poco emocionalmente de la historia.

A mis adoradas lectoras de mi grupo de Facebook (Detrás de las historias), quienes se entusiasmaron con participar en mi grupo y en cada pedacito de Caleb que les mostré. Espero que no se aburran de mis posts. Ellas son: Calu Amor, Afy Moreno, Bea Betty Pinto, Karla Rebek Cedeño, Ceci Torres Barajas, Hebe Silfi, Adriana Valdez, Fernanda Roca, Silvia Fernández Diaz, Shei Gr, Alejandra Martinez, Kathy R Lucero, Beatriz Ortiz, Juanii Lemos, Jocelyn Garcia, Blasida Prudente, Mery Gallego Rius, Lombana Melissa, María Angeles Rubio, Karina Pasos, Joseline Maria, Yennely Perez, Claudia Cadena, Beatriz Fugarazzo Moreno, Romy Vargas, Ana Monsalve Mondaca, Ines Riivera Quiintero, Yohana Tellez, Michael Scott, WenSofi BM, Wendy Camacho, Phany So Gonzá, Dayssy Acosta Quimbayo, Ro Orozco, Luisa Reyes y Evelyn Cuellar.

A ti, mi lindo lector, que sigues siendo entusiasta cada vez que publico un libro. Cada comentario, email y *like* tuyo me motiva más a que mis historias creadas en mis sueños, lleguen a la realidad.

Muchas, muchas gracias.

DERECHOS DE AUTOR & RENUNCIA DE RESPONSABILIDAD LEGAL

Las canciones mencionadas en esta historia son solo para ambientar la trama. La escritora no se adjudica los derechos de autor que pertenecen a:

Light my fire de The Doors

Álbum: The Doors

Sello discográfico: Elektra

Escrito por: Jim Morrison, Robby Krieger, John Densmore y Ray Manzarek

Producido por: Paul A. Rothchild

Sex on fire de Kings of Leon

Álbum: Only by the night

Sello discográfico: RCA y Sony

Escrito por: Caleb Followill, Nathan Followill, Jared Followill y Matthew Followill

Producido por: Angelo Petraglia y Jacquire King

All night de Def Leppard

Álbum: Euphoria

Sello discográfico: Mercury

Escrito por: Phil Collen y Robert John "Mutt" Lange

Producido por: Pete Woodroffe y Def Leppard

Duel of the fates de Star Wars

Álbum: Star Wars: Episode I - The Phantom Menace Soundtrack

Sello discográfico: Sony Classical

Escrito por: John Williams

Rule, Britannia!

Escrito por: James Thomson

TÍTULOS DISPONIBLES

TRILOGÍA EL DESPERTAR

El Despertar
El Renacimiento
La Restauración

BILOGÍA EL RECOLECTOR

Fuera de la vida
Revelaciones

SERIE WELCOME TO LONDON

(Todas las historias de esta serie son independientes y pueden leerse sin un orden en específico)

Encuétrame
Espérame
Recuérdame
Conóceme

SERIE DETRÁS DE LA MÚSICA

Rhys
Liam
Patrick
Corey

NOVELAS INDEPENDIENTES

El alma de Dorian

NOVELAS CORTAS

Expiación
Venganza (Witching Hour 1)

RELATOS

La llamada
Morfeo (Antología del Olimpo)

EN LÍNEA

Suscríbete a mi [newsletter](#) para recibir información, promociones y más.

Sitio oficial

<http://www.yunnuengonzalez.com>

Twitter

<http://twitter.com/YunnuenGonzalez>

Facebook

<http://www.facebook.com/YunnuenGonzalezEscritora>

Instagram

<https://www.instagram.com/yunnuengonzalez/>

Goodreads

<https://www.goodreads.com/YunnuenGonzalez>

^[1] Acrónimo de SEa, Air and Land. Conocidos habitualmente como Navy SEALs, son la principal fuerza de operaciones especiales de la Armada de los Estados Unidos.

^[2] Comandos de fuerzas especiales de élite militares de la actual Federación rusa.

^[3] Término militar británico. Referencia común al enemigo, usualmente terroristas.

^[4] Rifle de francotirador de uso exclusivo para la SAS

^[5] Term. Militar: He terminado de hablar por el momento, pero espero su respuesta, adelante.

^[6] Term. Militar: Su mensaje ha sido recibido y entendido.

^[7] Term. Militar: Listo para la acción.

^[8] Los musulmanes creen que los descreídos y los que no permanecen fieles al islam serán castigados en el Yahannam. Fuente: Wikipedia.

^[9] Nombre informal que se le da a la bandera del Reino Unido.

^[10] Nombre que se le da al ataque al sistema de transporte público de Londres, Inglaterra el 2 de julio de 2005. Fueron los actos de terrorismo más sangrientos en el Reino Unido.

^[11] Persona que cree saber y dominar varias especialidades.

^[12] Trad. Plancha anaeróbica. Es un ejercicio isométrico de torso que consiste en mantener una posición difícil por un periodo de tiempo prolongado.

^[13] Es un personaje ficticio de la serie de televisión *Star Trek: Enterprise*. Era el capitán de nave estelar Enterprise (NX-01) desde 2151 a 2161 y presidente posterior de la Federación Unida de Planetas

^[14] Es la parte final del proceso de selección de los SAS. Los candidatos deben completar una caminata de 64 km en Breacon Beacons en menos de 20 horas. Durante esta caminata, los candidatos deben llevar una mochila de 25 kg, un rifle, agua y alimentos. Está prohibido utilizar los trechos, y deben navegar simplemente con un mapa y una brújula.

^[15] Serie de videojuegos de guerras en primera persona.

^[16] *Egyptian PT*. Inglés británico. Término (modismo) militar para dormir. Describe el acto de acostarse en la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho, como una momia egipcia.

^[17] La expresión inglesa se traduce como “cama y desayuno”. Se trata de un alojamiento sencillo en una casa que ha sido restaurada o acondicionada para estos efectos. Se caracteriza por un ambiente familiar y hogareño.

^[18] Trad. Inglés. Vamos chica, enciende mi fuego. Intentar prender la noche. Letra de *Light my fire* de The Doors.

^[19] Trad. Inglés. Tu sexo está en llamas. Letra de *Sex on fire* de Kings of Leon.

^[20] Trad. Inglés. ¡Oh, cariño, es hora del espectáculo! Dámelo. Letra de *All night* de Def Leppard.

^[21] Jason Voorhees es el protagonista multihomicida de la serie de películas de terror “Viernes 13” (Friday the 13th). Fuente: Wikipedia.

^[22] Es una canción patriótica británica, originaria del poema de James Thomson y musicalizada por Thomas Arne en 1740. Fuente: Wikipedia.

^[23] Personaje femenino de Ralf, el demoledor.

^[24] A la SAS a menudo se le conoce como “El Regimiento” o “Hereford” porque tiene su sede en Herefordshire.

^[25] Conjunto de ropa y otros artículos usados juntos como un conjunto.

^[26] La Real Fuerza Aérea (en inglés: Royal Air Force, abreviada como RAF) es la rama aérea de las Fuerzas Armadas Británicas y la fuerza aérea independiente más antigua del mundo. Fuente: Wikipedia.

^[27] Es una telenovela británica, que se transmite desde 1985 por la cadena BBC One. Actualmente la serie se ubica como uno de los programas más vistos en el Reino Unido.